JUAN CARLOS
MORENO CABRERA

LA DIGNIDAD E IGUALDAD DE LAS LENGUAS

CRÍTICA DE LA DISCRIMINACIÓN LINGÜÍSTICA

FILOLOGÍA Y LINGÜÍSTICA
Alianza Editorial

JUAN CARLOS MORENO
CABRERA

LA DIGNIDAD E IGUALDAD DE LAS LENGUAS

CRÍTICA DE LA DISCRIMINACIÓN LINGÜÍSTICA

Alianza Editorial

© Juan Carlos Moreno Cabrera, 2000
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2000
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; télef. 91 393 88 88
ISBN: 84-206-6744-7
Depósito legal: M. 8.757-2000
Fotocomposición e impresión EFCA, S. A.
Parque Industrial «Las Monjas»
28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)
Printed in Spain

A Jesús Tusón, cuyos libros han fortalecido e incrementado mis defensas contra el mal de lenguas

Son del todo inútiles los intentos de relacionar ciertos tipos de morfología lingüística con determinadas etapas paralelas de desarrollo cultural. Bien visto, esos paralelismos no existen. Basta una ojeada para confirmar nuestro argumento. En todos los grados de desarrollo cultural se encuentran infinitos tipos de lenguas, simples y complejas. Por lo que toca a la forma lingüística, Platón camina mano a mano con el último porquerizo de Macedonia, y Confucio con el salvaje cazador de cabezas de Assam.

(E. SAPIR, *El lenguaje*)

Nos podemos malentender usando la misma lengua y podemos comunicarnos usando lenguas distintas.Todo depende de si existe o no un proyecto de entendimiento que vaya más allá del lenguaje.

(J. A. MARINA, *La Selva del Lenguaje*)

ÍNDICE

PRÓLOGO 11

1. ¿QUÉ ES LA DISCRIMINACIÓN LINGÜÍSTICA? 15
2. UNA SOLA ESPECIE HUMANA Y UNA SOLA ESPECIE LINGÜÍSTICA 17
3. EL ORIGEN DEL LENGUAJE HUMANO 39
4. LA ESENCIA DE LAS LENGUAS 41
5. LENGUA Y DIALECTO 47
6. MITOS SOBRE LA DIVERSIDAD DE LAS LENGUAS 77
7. EL CHOVINISMO LINGÜÍSTICO 83
8. LA EXCELENCIA DE LOS TIPOS LINGÜÍSTICOS 89
9. LENGUA , SOCIEDAD Y MENTALIDAD *PRIMITIVAS* 101
10. LA FACILIDAD Y DIFICULTAD DE LAS LENGUAS 115
11. LA IRREGULARIDAD DE LAS LENGUAS NATURALES 137
12. EL NÚMERO DE HABLANTES DE LAS LENGUAS 147
13. LOS IDIOMAS LOS HACE EL PUEBLO 151

14. LENGUA ESCRITA Y LENGUA HABLADA 161

15. LÉXICO E IDIOMA 183

16. EL ORIGEN DE LAS LENGUAS GRANDES ES MUY HUMILDE . 195

17. LITERATURA E IDIOMA..... 199

18. LENGUAS EN PELIGRO Y POLÍTICA LINGÜÍSTICA 213

19. LA RESPONSABILIDAD DE LOS LINGÜISTAS 227

20. CONCLUSIÓN..... 233

APÉNDICES

A. CIEN MITOS, PREJUICIOS Y TÓPICOS SOBRE LAS LENGUAS 237

B. LENGUAS EUROPEAS EN PELIGRO..... 267

C. LA VARIEDAD DEL INGLÉS EN INGLATERRA 277

D. LITERATURA INDÍGENA 281
Comentario gramatical de un cuento popular chucoto..... 281
Comentario de un poema akano 288

E. EXTRACTO DE LA DECLARACIÓN UNIVERSAL DE DERECHOS LINGÜÍSTICOS..... 295

BIBLIOGRAFÍA 299

ÍNDICE DE AUTORES 309

ÍNDICE DE LENGUAS 313

PRÓLOGO

Los científicos del siglo XIX creyeron que los aborígenes australianos eran el eslabón perdido entre el mono y el hombre. Hoy en día sabemos que todos los seres humanos de cualquier rincón del planeta pertenecemos exactamente a la misma especie *(Homo Sapiens Sapiens)* y lo sabemos porque nuestros conocimientos antropológicos son mucho más exactos que los que había el siglo pasado. Una vez aceptado esto, todavía hay quienes piensan que, a pesar de todo, los aborígenes australianos o de otros lugares de nuestro planeta son inferiores culturalmente a nosotros y esto se refleja en que sus lenguas son menos complejas, flexibles, ricas y potentes que las nuestras. Se sabe que el ser humano habita Australia desde hace por lo menos sesenta mil años y que ha estado prácticamente aislado en ese continente hasta el siglo pasado. Por ello, se puede decir sin temor a equivocarse que los aborígenes australianos están entre los pueblos más antiguos de la tierra. El estudio científico de las lenguas indígenas australianas se ha producido a mediados de este mismo siglo. Las lenguas autóctonas australianas que se han descrito hasta la fecha presentan una estructura de un grado de complejidad fonética, morfológica, sintáctica y semántica del todo equiparable al de nuestras lenguas

europeas. El supuesto primitivismo cultural de los aborígenes australianos no se corresponde en absoluto con un primitivismo lingüístico. Ese presunto primitivismo no se puede demostrar en términos lingüísticos. Lo mismo hay que concluir a partir de los estudios científicos actuales de las lenguas aborígenes de otros lugares: desde América hasta Nueva Guinea, pasando por África.

De hecho, puede afirmarse que una de las aportaciones fundamentales de la lingüística actual es haber puesto de manifiesto que no existen lenguas primitivas. Ello indica que a una única especie humana *(Homo Sapiens Sapiens)* le corresponde una única especie lingüística, que hemos de denominar *lengua humana*.

De aquí se deduce que la valoración jerarquizadora de las lenguas humanas no puede basarse en criterios lingüísticos, que la discriminación lingüística no puede justificarse gramaticalmente, por más que a veces se oigan cosas como «esa lengua es muy difícil», «aquella lengua no es útil», «esa lengua es más perfecta que ésta», «aquella lengua no es de cultura», «esa lengua no es de comunicación», «esta lengua es más apta para la literatura que aquella otra», «esa lengua es poco apta para la poesía o el amor», «aquella lengua suena mal, es desagradable», «esa lengua es léxicamente más rica que ésta» y tantas y tantas otras.

En este libro vamos a someter a crítica algunas ideas que se hacen públicas, a veces en toda su crudeza, y que parecen estar muy arraigadas en muchas personas en tanto que prejuicios que sirven para evaluar la lengua que hablamos y las lenguas que hablan otras personas. La existencia de prejuicios se puede explicar por la aplicación irreflexiva de una serie de valores que tenemos asumidos o que nos han hecho asumir, a terrenos en los que no tiene sentido utilizarlos.

Se podría sospechar que los especialistas en el estudio del lenguaje, los lingüistas, por el mero hecho de serlo o de ser reconocidos como tales, estamos libres de esos prejuicios sobre las lenguas. De entrada, hay que decir que los lingüistas, como cualquier otra persona, no estamos tampoco libres de los prejuicios sobre la evaluación de las lenguas. Los lingüistas vivimos, estudiamos y enseñamos dentro de la sociedad que a menudo nos

apoya y nos pide consejo. No somos impermeables a todos los prejuicios que en ella imperan y no debemos avergonzarnos por ello. Nuestra supuesta distancia científica al objeto de estudio no nos hace inmunes a esos prejuicios. En este libro vamos a ver algunos ejemplos de esto.

Por ello, el presente libro no quiere ser un manifiesto en el que los estudiosos de la lingüística ponemos en evidencia todos los errores conceptuales que la gente no especialista tiene sobre el lenguaje humano; más bien quiere resaltar el hecho de que muchos de esos juicios de valor que creemos exclusivos de la gente no entendida están representados de forma a veces más sutil en algunas de las aportaciones de los estudiosos del lenguaje. La diferencia está en que aparecen más solapados y disimulados y aparentemente más razonados. Por ello, esos juicios de valor disfrazados de análisis neutrales y objetivos son infinitamente más peligrosos que los juicios ingenuos y simples de los no especialistas. El objetivo de este libro es poner esto de manifiesto no sólo para los lingüistas, sino también para el público en general.

Más que ningunos otros especialistas, los lingüistas tenemos la obligación de desenmascarar y combatir esos prejuicios sobre las lenguas para colocar a todas ellas en pie de igualdad a pesar de las grandes diferencias culturales, políticas, económicas, demográficas, sociales e incluso lingüísticas que van asociadas a ellas.

Es absolutamente imprescindible demostrar que la idea del igualitarismo lingüístico se plantea, no como un prejuicio que no se basa en lo que la lingüística moderna sabe sobre los idiomas conocidos, sino como una deducción razonada que se realiza a partir de esos conocimientos acumulados durante siglos. El objetivo principal de este libro es aportar análisis teóricos y prácticos que hagan evidente esa deducción científica.

Las lenguas del mundo son muy diferentes en su apariencia, pero la moderna lingüística ha ido mostrando cómo, debajo de esa aparentemente indomeñable diversidad se esconden los mismos principios básicos, los mismos mecanismos gramaticales, los mismos procesos estructurales, los mismos objetivos comunicati-

vos, expresivos o imperativos. El ser humano nace preparado para adquirir de modo natural la lengua que se hable en su entorno; esto es posible gracias a esa base común de la que acabamos de hablar. Esa base hace posible que podamos insistir en la igualdad de las lenguas.

Quiero agradecer a Carmen Junyent, Elisa Garrido González y Luisa Martín Rojo los comentarios y observaciones que hicieron a un borrador preliminar de este libro, así como la ayuda que en su composición me han prestado Théophile Ambadiang, Muhammad el-Madkouri y Joan Argente.

CAPÍTULO 1

¿QUÉ ES LA DISCRIMINACIÓN LINGÜÍSTICA?

Entendemos por *discriminación lingüística* toda aquella actitud hacia las lenguas o variedades lingüísticas que se base en la idea de que éstas se pueden clasificar en tipos y que existen diferencias entre esos tipos, que pueden justificar la concepción de que unas son superiores a otras total o parcialmente.

El siguiente párrafo es un diagnóstico suficientemente ilustrativo:

> Desde el principio de este libro, hemos señalado que no sólo juzgamos las lenguas mediante calificativos inapropiados, sino que, además, por una tendencia quizá en primera instancia natural aunque luego mantenida, la persona humana suele considerar su propia lengua como la mejor. Y, en numerosos casos, esta tendencia suele llevarle a pensar que es deseable que otros compartan ese bien. La consigna de Nebrija haciendo a la lengua compañera del Imperio no fue, en este sentido, fórmula retórica, ni probablemente ha dejado de serlo. Las ideologías diglósicas antes vistas no son, por ello, sino manifestaciones de un fenómeno más general: el que concierne la relación *lengua e ideología*, que suele manifestarse a través de nuestro juicios de valor sobre las lenguas. (K. Rotaetxe Amusategui 1990: 76.)

La discriminación lingüística que puede pasar más inadvertida y, por tanto, contra la que conviene estar siempre en guardia es la que se esconde detrás de ciertas afirmaciones aparentemente objetivas sobre la hechura gramatical y fonológica de las lenguas humanas. El campo del estudio de las estructuras lingüísticas parece a primera vista ser un nivel demasiado objetivo y ajeno a las contigencias sociopolíticas, como para poder estar influido por éstas.

Igual que es difícil ver cómo puede influir la ideología en el estudio de la estructura interna del átomo, también parece difícil entender cómo pueden influir determinados prejuicios en el análisis del sistema fonológico de una lengua.

La historia de la lingüística nos demuestra que ni la lingüística más pura y objetiva es inaccesible a la influencia de prejuicios discriminatorios, como veremos. Por ello, es absolutamente imprescindible poner de manifiesto cualquier atisbo de contaminación ideológica severa de los discursos aparentemente objetivos de la ciencia lingüística para que no se presenten como verdades científicas y como éxitos del conocimiento humano, lo que no es más que una justificación interesada y parcial de un prejuicio ideológico que nada tiene que ver con una verdad científica objetivamente demostrable.

La tesis fundamental de este libro es que no tenemos conocimiento científico de ninguna característica lingüística que permita determinar si una lengua, dialecto, variedad lingüística o habla es mejor o peor (más útil, más rica, más flexible, más adecuada, más avanzada o evolucionada, etc.) que otra, ya sea parcial o totalmente. De esta tesis se deduce que ninguna clasificación de las lenguas que sirva para establecer una prelación de excelencia de las mismas tiene base científica.

Tampoco se deben utilizar estos criterios para marginar a un hablante o comunidad lingüística por razones de lengua ni para inducirle un menosprecio de su propio idioma.

CAPITULO 2

UNA SOLA ESPECIE HUMANA Y UNA SOLA ESPECIE LINGÜÍSTICA

Todos los seres humanos pertenecemos a la misma especie: *Homo Sapiens Sapiens*. Las diferencias entre ciertos rasgos físicos que les sirven a algunos para proponer una clasificación en *razas* son superficiales y biológicamente insignificantes. La antropología y biología modernas han comprobado empíricamente estos extremos. Esas diferencias se derivan de diversas adaptaciones climáticas de nuestra especie y, por tanto, proceden del exterior y no del interior de la propia naturaleza humana. Hoy sabemos que el clima no determina ninguna propiedad *esencial* del ser humano. Esto es lo que se quiere decir cuando se afirma que todos los seres humanos somos iguales y no que todos los seres humanos midamos 1,70 y seamos de piel blanca [1].

El concepto de *raza* no es aplicable, pues, a los humanos, ni siquiera puede definirse objetivamente, como dicen los Cavalli-Sforza (1993: 246):

> No existe una constancia que satisfaga adecuadamente la definición corriente de *raza* [...] Podemos encontrar clasificaciones recientes en

[1] Sobre este asunto puede consultarse la sencilla y brillante exposición de Cavalli-Sforza (1996: 1-40).

las que se enumeran de 3 a 60 *razas*. Puestos a precisar, se podrían contar muchas más, pero no se ve la utilidad. Todas estas clasificaciones son igual de arbitrarias. (L. y F. Cavalli-Sforza 1993: 246-247.)

La conclusión de estos autores sobre el particular es bastante significativa:

> La verdad es que en la especie humana el concepto de raza no sirve para nada. La estructura de las poblaciones humanas es sumamente compleja y varía de unas regiones a otras, de unos pueblos a otros. Siempre hay gradaciones, debidas a las continuas migraciones dentro y fuera de las fronteras nacionales, que impiden realizar separaciones netas. (L. y F. Cavalli-Sforza 1993: 254.)

A la vista de todo esto, no merece la pena que gastemos ni un minuto más de nuestro tiempo en este concepto.

Al igualitarismo humano hay que asociar el igualitarismo lingüístico, que se puede derivar directamente de lo que la moderna ciencia lingüística ha averiguado sobre la estructura de las lenguas del mundo. Hay autores, sin embargo, que niegan explícitamente esto:

> El igualitarismo es doctrina aplicable a los hombres, pero no en absoluto a los idiomas. Los idiomas son objetos esencialmente desiguales, son instrumentos de utilidad mensurable y a sus colisiones no se les deben aplicar jamás los mismos criterios que sirven para resolver los conflictos entre personas. (G. Salvador 1992: 97.)

Vamos a mostrar en este libro que ninguno de los criterios que se han esgrimido para hacer distinciones esenciales entre las lenguas justifica la concepción de que los idiomas son esencialmente desiguales. Nuestros conocimientos lingüísticos actuales nos llevan exactamente a la conclusión contraria. Nos conducen inexorablemente a un igualitarismo esencial unido a una gran variación individual, igual que en el caso del ser humano.

Es conveniente señalar que la igualdad no supone uniformidad; que la igualdad es compatible con la diversidad. Dentro del

ser humano, el sexo, la altura, el color del pelo, la anchura de hombros, la forma de la cara, la forma de la nariz, el color de los ojos o el peso hace que no haya dos individuos exactamente iguales: el ser humano muestra una diversidad enorme, pero eso no quiere decir que todos, absolutamente todos los humanos pertenezcamos a la misma especie. La igualdad de especie no significa la uniformidad e identidad absoluta en los atributos de dicha especie. Como en los demás aspectos de la naturaleza, la variación es ley general y ubicua. No hay dos árboles iguales, dos piedras iguales o dos mariposas exactamente iguales.

Uno de los postulados básicos de este libro es que todas las lenguas del mundo pertenecen a la misma especie de sistema comunicativo y que ello no impide diferencias muy notables entre los diversos individuos, las lenguas, que pertenecen a esa especie.

En efecto, ésta ha sido una de las constataciones más importantes de la moderna ciencia lingüística, si no la más importante: la comprobación de que todas las lenguas que se han estudiado pertenecen a la misma especie de sistema comunicativo. En uno de los estudios más brillantes que se han realizado recientemente sobre la variedad lingüística del mundo, J. Nichols nos dice:

> Aunque la lingüística no tiene un concepto análogo a la noción biológica de especie, se puede afirmar con seguridad, hablando informalmente, que las lenguas y los linajes lingüísticos se relacionan entre sí como lo están individuos o grupos emparentados de una especie biológica, y no como especies de un mismo género. (J. Nichols 1992: 277. Traducción de JCMC.)

Haciendo caso omiso de la metáfora biológica, J. Nichols concluye lo siguiente:

> Esta investigación no ha descubierto prueba alguna de que el lenguaje humano haya cambiado en general desde el estado más temprano recuperable con el método usado aquí. Hay simplemente diversidad, distribuida geográficamente. Lo único que ha cambiado de modo demostrable desde el primer estadio de la humanidad es la

distribución geográfica de la diversidad. (J. Nichols 1992: 277. Traducción de JCMC.)

Esta obra de Nichols, uno de los mejores estudios sobre la variedad lingüística del planeta, viene a confirmar la idea, mantenida por muchos de los lingüistas [2] actuales, de que todas las lenguas actuales son de la misma naturaleza, que es una de las tesis básicas de este libro.

El peligro de aplicar metáforas biológicas a la lingüística, cosa que se viene haciendo al menos desde el siglo XIX, consiste en confundir el cambio lingüístico con la evolución lingüística.

La evolución lingüística es el proceso mediante el cual surgen las lenguas humanas con las características con que las conocemos y una de esas características es precisamente el cambio lingüístico. No hay que pensar que la evolución del lenguaje se realiza a través del cambio lingüístico. Es bastante evidente, para un lingüista al menos, que si aplicamos los mecanismos del cambio lingüístico a un lenguaje animal nunca podríamos llegar a obtener un lenguaje más evolucionado, cercano al humano.

No sabemos con certeza cuáles son los pasos que convierten un embrión de lenguaje humano en lenguaje humano [3]; sin embargo, sí tenemos una idea bastante más clara de cómo cambian las lenguas, de los mecanismos de cambio lingüístico. Es esencial tener en cuenta que ninguno de estos mecanismos modifica *esencialmente* una lengua natural. Se han producido muchos cambios desde el latín vulgar al español, pero tanto un idioma como el otro son lenguas naturales con todas las características que se exigen a un sistema de comunicación humano para que se le pueda calificar de tal.

En un libro titulado precisamente *Linguistic Evolution* (M. L. Samuels 1972) y dedicado al cambio lingüístico, el autor nos aclara lo siguiente:

[2] Algunos lingüistas, sin embargo, consideran este igualitarismo lingüístico como un dogma negativo y nefando (G. Salvador 1988: 82) y tan perjudicial potencialmente como el dogma contrario (F. J. Manjón Pozas y J. D.-Luque Durán 1997: 218).

[3] Un excelente y accesible estado de la cuestión sobre la evolución del lenguaje humano puede leerse en J. Aitchison 1996.

Sin embargo, «evolución» se presta al malentendido de que hay implicado algún tipo de progreso, de que se ha llegado a consecuencia de ella a un medio de comunicación más claro o más efectivo. *No empleamos aquí este sentido de «evolución»*. No vamos a tratar de los orígenes prehistóricos del lenguaje humano y, como se ha observado a menudo, no hay hoy día lengua «primitiva» alguna; toda lengua tiene un valor aproximadamente igual *para los propósitos para los que se ha desarrollado*, ya pertenezca a una cultura avanzada o primitiva. (M. L. Samuels 1972: 1. Traducción de JCMC.)

Es claro que *evolución* no ha de entenderse como sinónimo de *mejora* o *perfeccionamiento*. La evolución puede ser también *deterioro*. La evolución del ser humano puede llevar a éste a su perfeccionamiento, pero también al peor de sus resultados posibles: la autodestrucción.

En consecuencia con esta idea, la relación entre cambio lingüístico y evolución de las lenguas podría ser una de las siguientes (cfr. J. Aitchison 1991: 10):

— El cambio lingüístico mejora evolutivamente las lenguas.
— El cambio lingüístico empeora evolutivamente las lenguas.
— El cambio lingüístico no afecta evolutivamente a las lenguas.

Admitir la primera posibilidad significa postular que las lenguas antiguas están evolutivamente menos avanzadas que las modernas. No existe ni un solo dato hoy en día sobre nuestro conocimiento de las lenguas del pasado que pueda apoyar esta idea. Pensar que el español es una lengua más evolucionada que el latín está hoy fuera de lugar.

La segunda posibilidad supone afirmar que las lenguas modernas son degeneraciones de las lenguas antiguas de las que proceden a través de los mecanismos de cambio lingüístico. Aunque se sostuvo durante siglos, hoy nadie puede decir seriamente que el español o el francés sean una corrupción de latín o que se adaptan al medio peor de lo que se adaptaba esta lengua.

La tercera posibilidad es la única que es consistente con lo que sabemos sobre las lenguas presentes y pasadas que conocemos.

Hay autores que, a pesar de ello, siguen confundiendo, aunque sólo sea terminológicamente, el cambio lingüístico con la evolución lingüística. Por ejemplo, W. Croft[4] dice lo siguiente:

> El lenguaje está configurado por fuerzas evolutivas tal como lo están los organismos biológicos. Las motivaciones de economía, icónicas y comunicativas entre otras, representan las presiones adaptativas que restringen la estructura lingüística. [...] En algunos casos estas presiones adaptativas compiten entre sí; otras veces se refuerzan unas a otras (conspiraciones). La evolución del lenguaje puede operar dentro del espacio de los estados lingüísticos permitidos que estas presiones adaptativas determinan. La evolución es un proceso probabilístico: ningún tipo lingüístico satisface de modo óptimo todas las presiones adaptativas, pero pueden surgir tipos lingüísticos más o menos cercanos al óptimo; las variantes menos adaptadas irán cambiando o desapareciendo con frecuencia relativamente mayor. (W. Croft 1995: 137.)

Es claro que el surgimiento de las lenguas tal como las conocemos ha sido indudablemente configurado por fuerzas evolutivas. También lo es que la forma en la que aparecen las lenguas actuales y su variedad se debe a una adaptación evolutiva en la que han quedado atrás formas de lenguaje humano menos adaptadas. Pero, con los conocimientos de que hoy disponemos, en absoluto puede mantenerse que los diversos tipos lingüísticos que presentan las lenguas actuales tienen un grado mayor o menor de adaptación y por tanto ejemplifican diversas etapas de la evolución, porque entonces llegamos a la tipología evolutiva del siglo XIX, que comentaremos en el próximo capítulo y que está claramente basada en prejuicios etnocentristas.

[4] El texto lo citan F. J. Manjón Pozas y J. D. Luque Durán 1997: 220, pero la traducción que damos aquí es nuestra y estos autores no tienen responsabilidad alguna sobre ella.

El uso de la expresión *tipo lingüístico* está injustificado aquí, si es que se interpreta ese concepto de su manera habitual. Si a lo que Croft se refiere es a que hubo otros tipos lingüísticos desconocidos hoy, que presentan estados evolutivos anteriores, debemos estar totalmente de acuerdo con él. Pero si lo que quiere decir es que hay tipos lingüísticos en la actualidad más o menos adaptados evolutivamente, debemos disentir radicalmente. La fenomenología de tipos lingüísticos que hay en el mundo ahora es el producto de la evolución lingüística hasta el momento presente. Podría ser que dentro de otros 500.000 años haya otros tipos lingüísticos más evolucionados. La hipótesis es que no hay en el mundo actual lenguas o familias lingüísticas que sean restos de estadios de evolución lingüística ya superados. Esto no quiere decir que en las lenguas no encontremos componentes heredados de esos posibles estadios anteriores, es decir, elementos que se desarrollaron primitivamente cuando se formaba el lenguaje humano[5]. Lo mismo cabe decir del ser humano: no hay ninguna persona que sea un resto de una especie de *Homo* anterior al *Homo Sapiens Sapiens*, por más que todos los seres humanos tengamos elementos que señalan o indican esa evolución de los homínidos al hombre actual (y desde luego, también de etapas muy anteriores). Por supuesto, dentro de uno o dos millones de años a lo mejor tenemos una nueva especie de *Homo* más evolucionada que la que hay en la actualidad, si somos optimistas con nuestro futuro.

La propia variación tipológica de las lenguas que constatamos hoy en día es una respuesta adaptativa y no se pueden establecer preeminencias entre los tipos lingüísticos existentes actualmente y, por tanto, no se puede razonar que las lenguas de un tipo están más evolucionadas que las de otros.

Ya hemos dicho que el propio cambio lingüístico y la diversidad de tipos son el resultado de mecanismos adaptativos. La flexibilidad de las lenguas en sí misma, tanto desde la perspec-

[5] Las onomatopeyas, presentes en todas las lenguas conocidas, quizás sean elementos de una etapa primitiva del lenguaje humano.

tiva sincrónica como diacrónica, es una adaptación que se ha producido como resultado de una evolución lingüística anterior.

No cabe hablar, por consiguiente, de lenguas o tipos lingüísticos mejor o peor adaptados, ni cabe tampoco decir que las lenguas más o mejor adaptadas tienden a extenderse y las menos adaptadas tienden a desaparecer. Hacerlo así nos llevaría a posturas discriminatorias basadas en criterios ideológicos. Vamos a ver un ejemplo harto evidente.

Si unimos la extensión geográfica actual de las lenguas indoeuropeas, que ejemplifican un tipo flexivo (frente a las lenguas túrquicas, que lo presentan aglutinante o sino-tibetanas, que lo tienen aislante [6]); es decir, si unimos el ámbito de influencia del inglés, español, francés, alemán y ruso y otras lenguas indoeuropeas, todas lenguas de la macrofamilia lingüística indoeuropea, obtenemos prácticamente el 90 por ciento del mundo actual. América está dominada por cuatro lenguas indoeuropeas: inglés, francés, español y portugués. Toda el África subsahariana también lo está: inglés, francés, portugués y neerlandés. Toda Asia menos la Península Arábiga, China e Indochina está dominada igualmente por lenguas indoeuropeas, Siberia es dominada por el ruso, en la India está presente de modo muy importante el inglés y muchas lenguas indias son indoeuropeas. Australia y Nueva Zelanda están dominadas igualmente por el inglés. Ni siquiera Oceanía se libra de la omnipresencia de este tipo de lenguas: el inglés o el francés son lenguas oficiales u ocupan un lugar destacado en muchas de la islas de Oceanía. En el mapa 1 se puede ver el inmenso ámbito a través del cual de una u otra forma predominan las lenguas indoeuropeas hoy en día.

Para una referencia rápida, he aquí un esquema con algunas de las lenguas indoeuropeas actuales más conocidas [7]:

[6] Estos conceptos se explican en el capítulo 8.

[7] Para una descripción detallada de las lenguas indoeuropeas véase A. G. Ramat y P. Ramat (eds.) 1995 F. y Villar 1996.

Mapa 1. Extensión de las lenguas indoeuropeas.

1. *Familia Celta*
   Rama britónica: bretón, galés
   Rama goidélica: irlandés, gaélico escocés
2. *Familia Romance*
   Rama oriental: rumano
   Rama occidental: italiano, español, francés, occitano, catalán, gallego, portugués
3. *Familia Germánica*
   Rama escandinava: sueco, noruego, danés, islandés, faroés
   Rama occidental: alemán, neerlandés, inglés, frisón
4. *Familia Báltica*
   Letón
   Lituano
5. *Familia Eslava*
   Rama oriental: ruso, ucraniano, bielorruso
   Rama meridional: búlgaro, macedonio, serbio, croata, esloveno
   Rama occidental: polaco, checo
6. *Familia Irania:* persa, curdo, pasto
7. Familia Índica: hindí, urdú, penyabí, guyaratí, bengalí, oriya, maratí, sindí, rayastaní, nepalí, asamés
8. *Otras lenguas:* griego, armenio, albanés

¿Quiere todo esto decir que el tipo de las lenguas flexivas, al que pertenece el indoeuropeo, es adaptativamente superior a otros tipos lingüísticos, teniendo en cuenta además que las lenguas semíticas, también del tipo flexivo, dominan la parte septentrional de África, y ello explica su triunfo? ¿Hay alguna conexión con la denominada *raza aria*, la de los antiguos indoeuropeos, o la *semita,* la de los descendientes directos de Sem? El racismo lingüístico (y el otro) está servido.

La explicación del dominio mundial de las lenguas indoeuropeas tiene una historia muy larga que quizás empiece allá por el año 5000 a.C., donde los indoeuropeos tuvieron su patria originaria, posiblemente en alguna zona de las inmediaciones del mar

Caspio. Este pueblo se expandió hacia oriente y occidente dando lugar a las familias lingüísticas como la indo-irania (repartida por la zona de Persia y la India), celta, germánica, griega, itálica o eslava. Diversos pueblos indoeuropeos fueron ocupando regiones del orbe cada vez mayores y fueron imponiendo por factores de predominio demográfico, militar, cultural, político, colonial, económico, religioso o social, su lengua sobre las lenguas de los pueblos que habitaban esos territorios. Alejandro Magno hizo que el ámbito del griego se ampliara enormemente. El imperio romano amplió aún más el campo de influencia del latín, lengua indoeuropea, que se convirtió en el idioma dominante en distintos ámbitos de poder y prestigio cultural durante muchos siglos. En la época de los grandes descubrimientos, españoles, portugueses, ingleses, neerlandeses y franceses se encargaron de difundir sus lenguas, todas indoeuropeas, por todos los confines del planeta. En todos los casos, esta expansión ha ido acompañada por un arrinconamiento, cuando no desaparición total, de las lenguas y las culturas de los pueblos autóctonos de cada una de las zonas. En América del Norte, las lenguas indígenas han quedado arrinconadas y apenas pueden sobrevivir hoy en día: el inglés, el francés y el español siguen predominando en prácticamente todos los ámbitos. En América Central y Meridional la situación de las lenguas indígenas es algo mejor; pero el español y el portugués dominan claramente en prácticamente todos los lugares decisivos. En Australia y Nueva Zelanda la situación para las lenguas autóctonas es mucho peor aún. África tiene una situación mejor, pero las lenguas europeas siguen dominando en muchos ámbitos. Estas culturas e imperios europeos son enormemente glotófagos[8].

La expansión de los diversos pueblos indoeuropeos ha conllevado en el pasado y en el presente un detrimento de las lenguas y culturas autóctonas de muchísimas regiones o zonas del globo.

[8] El término *glotofagia* ha sido utilizado por L. J. Calvet (1981). Una excelente y accesible panorámica sobre las lenguas indoeuropeas puede encontrarse en F. Villar 1996.

Éste es un hecho de carácter histórico consecuencia del imperialismo y del colonialismo y es lo que explica la preeminencia de las lenguas indoeuropeas[9].

No existe ningún rasgo gramatical de las lenguas indoeuropeas que sirva para explicar esta situación. Esta idea se refuerza si tenemos en cuenta, además, que lenguas indoeuropeas otrora bastante extendidas están hoy arrinconadas por sus hermanas (por ejemplo, las lenguas celtas o determinadas lenguas romances) o, simplemente, han dejado de existir hace mucho sin dejar ningún descendiente (las lenguas anatolias o el tocario, por ejemplo). En el caso de la propia Europa, el dominio de unas lenguas indoeuropeas sobre otras, denominadas *minoritarias*, ha dado lugar a un tipo de colonialismo lingüístico, que se ha propuesto denominar *interno*:

> Veinticinco de los treinta y seis países europeos son oficialmente unilingües. En la mayor parte de ellos, sin embargo, hay minorías (autóctonas y no autóctonas) cuyas lenguas no tienen los mismos derechos que las lenguas oficiales. La marginación de la lengua y la cultura de las minorías europeas puede ser considerada una forma de «colonialismo interno» (S. Romaine 1994: 53)[10].

Ahora el mundo podría estar dominado por lenguas túrquicas, sino-tibetanas o semíticas si la historia hubiera sido de otra manera; o no dominado por ningún tipo de lengua en absoluto.

Hoy en día el inglés es la lengua internacional por excelencia. ¿Se debe a que es una lengua más fácil, evolucionada o útil que el kunimaipa[11]? No; se debe a factores políticos, económicos y sociales:

[9] En un esclarecedor libro, J. Diamond (Diamond 1998) describe minuciosamente los condicionantes del entorno físico y biológico que hicieron posible que algunos pueblos se expandieran y acabaran dominando a otros. Remitimos al lector a esta obra para un estudio pormenorizado y claro de algunas de las circunstancias que han provocado la situación de desequilibrio entre los pueblos que vivimos hoy en día.

[10] Véase el apéndice B del presente libro.

[11] Se trata de una lengua papú hablada en la provincia central del distrito Goilala septentrional en Nueva Guinea Papúa, por unas once mil personas.

> Una lengua no se convierte en lengua global a causa de sus propiedades estructurales intrínsecas, o a causa del tamaño de su vocabulario, o a causa de haber sido el vehículo de una gran literatura en el pasado, o a causa de haber estado asociada en el pasado con una gran cultura o religión. [...] Una lengua se convierte en internacional por una razón fundamental: el poder político de su gente, especialmente su poder militar. (D. Crystal 1997: 7. Traducción de JCMC.)

Estas consideraciones pueden aplicarse al inglés perfectamente:

> El inglés es la lengua mejor situada en este momento. El inglés ha adquirido muchos territorios unilingües, se ha expandido por varios continentes, es la lengua internacional más extendida, y es la más fuerte por el número de hombres de negocios, políticos, escritores y fuerzas armadas. Su dominio ha surgido no tanto de su pasado y de su rica literatura como de la fuerza militar, económica y política de los grandes estados que la han llevado a lo largo de la historia. La fuerza lingüística es básicamente la fuerza política. Lyautey decía que una lengua es un dialecto que tiene una armada. Ya con la ayuda de marineros, aviadores o bombas atómicas, las lenguas se reafirman por la fuerza, aun cuando esa fuerza no se usa de hecho. Un estado importante que enarbola una lengua por lo común es particularmente intolerante con la diversidad lingüística. Su historia es normalmente la de una absorción progresiva de lenguas y minorías periféricas. (J. A. Laponce 1987: 200. Traducción de JCMC.)

Se dice que el inglés es una lengua muy apta para la comunicación internacional porque acepta con facilidad préstamos de muchas lenguas diferentes. Todas las lenguas del mundo aceptan o pueden aceptar préstamos de otras (véase el capítulo 15). Si el inglés tiene muchos préstamos de otras lenguas es porque durante mucho tiempo se ha venido hablando en diferentes lugares del mundo y ha experimentado la influencia de muy diversas lenguas. Si el inglés tiene muchas palabras francesas ello se debe a la invasión normanda del siglo XI; si tiene palabras indias, se debe a que la India perteneció a la Corona británica; si tiene palabras indígenas de Norteamérica se debe al contacto de los colonizado-

res ingleses con la población autóctona de América del Norte. En ninguno de estos acontecimientos tiene cabida alguna una presunta facilidad del inglés para aceptar préstamos. El inglés no es una lengua internacional porque tenga préstamos. Tiene préstamos porque se ha impuesto como lengua internacional. Las demás lenguas europeas tienen muchos préstamos del inglés no porque en estas lenguas no se puedan encontrar medios de designar determinados inventos u objetos nuevos, sino simplemente porque esos inventos u objetos nuevos se hacen desde el inglés (muchos científicos y técnicos utilizan el inglés aunque no sea su lengua habitual de comunicación diaria) [12].

Si el tipo lingüístico indoeuropeo está mucho más extendido que otros tipos lingüísticos, se debe a consideraciones históricas que nada tienen que ver con la configuración estrictamente lingüística de un idioma. El éxito y extensión geográfica de una lengua no tiene, por lo que hemos dicho, apoyo alguno en una presunta ventaja evolutiva estrictamente gramatical.

Volviendo a la cuestión de la pretendida evolución de las lenguas, se puede decir que hoy en día no se conocen lenguas primitivas que se puedan asociar a comunidades denominadas «primitivas» o «salvajes», ni hay razón alguna de peso para esperar encontrarlas en el futuro. Las lenguas que hablan las tribus más recónditas del Amazonas o de la cuenca del Sepik [13] son de la misma especie en tanto que sistemas comunicativos que las lenguas habladas por millones de personas como el inglés o el español.

La idea de que en las comunidades nativas ha de manifestarse el lenguaje mediante sistemas de comunicación más rudimentarios, simples y elementales que los de las lenguas occidentales, es sencillamente falsa. No se han encontrado comunidades cuya lengua autóctona o nativa tenga estas características y pueda considerarse como un sistema más primitivo que el de las len-

[12] Un excelente y claro repaso sobre el desarrollo de la lengua inglesa puede encontrarse en P. Tejada Caller 1999.

[13] Río del norte de Nueva Guinea Papúa.

guas occidentales de ámbito mundial. No existen comunidades lingüísticas que utilicen un idioma como el de Tarzán. Esto queremos decir cuando afirmamos que todas las lenguas son iguales, y no que todas las lenguas tienen artículos y preposiciones. Este igualitarismo lingüístico no es *a priori* y no se trata de un prejuicio. Los hechos hablan a gritos a su favor. Tampoco es incurrir en un igualitarismo apriorista decir que todos los seres humanos actuales pertenecen a la misma especie, mal que les pese a los racistas. Los hechos biológicos lo demuestran fehacientemente.

De todos modos, a veces los lingüistas dudamos de que esto sea realmente así:

> Quizás no todas las lenguas vivas que existen hoy en el mundo se hallen en el mismo estadio evolutivo. (F. J. Manjón Pozas y J. D. Luque Durán 1997: 218.)

Nos podemos preguntar de dónde sale esta duda. Esta duda no parece que pueda surgir del convencimiento o de la sospecha que las lenguas occidentales de nuestra cultura estén en un estadio evolutivo anterior al de otras lenguas de otras culturas diferentes y/o alejadas de nosotros. Si así fuera deberíamos decirlo explícitamente. Afirmaríamos algo así como lo siguiente: creemos o sospechamos que el inglés (francés, español, alemán o ruso) puede estar en un estadio evolutivo más atrasado que otras lenguas como el kunimaipa o el paumarí [14]. Por supuesto, difícilmente osaríamos aseverar esto, por la reacción que conllevaría. La duda tendemos a situarla más bien del lado de las lenguas de culturas ajenas a las nuestras, como las dos que acabamos de mencionar. Es esta implicación lo que hace peligrosísimas afirmaciones como la que comentamos. Estaríamos dispuestos a aceptar que hay lenguas más atrasadas evolutivamente... ¡siempre que no sea la nuestra!

[14] Lengua arahuaca hablada por unas 600 personas en Brasil. Sobre el kunimaipa véase la nota 11.

Pero no hay que plantearse siquiera la cuestión, ya que, como estamos diciendo, todo lo que sabemos sobre las lenguas apunta a que no tiene sentido hablar de lenguas más o menos evolucionadas ni ahora ni en la antigüedad más lejana que podemos conocer.

Encontrar una lengua que se halle en un estado evolutivo anterior al de las lenguas consideradas evolucionadas sería un descubrimiento sensacional para el estudio del origen de las lenguas humanas. Nos permitiría conocer dicho origen de primera mano. Sin embargo, ninguno de los estudiosos que ha descrito lenguas de tribus australianas, del Amazonas, de África o de Nueva Guinea Papúa, se han topado con una lengua primitiva, más sencilla o elemental, que pudiera darnos pistas sobre el origen de las lenguas humanas actuales . Ni las lenguas koisanas del suroeste de África, reputadas por algunos como las más antiguas de la humanidad, presentan síntomas de la sencillez que esperaríamos encontrar en las lenguas primitivas (de hecho estas lenguas koisanas tienen, por ejemplo, sistemas fonológicos tan *complejos* o más que los de las europeas), ni las lenguas de las tribus indígenas de Australia, de las que se han descrito varias docenas, ni las de las tribus indígenas de América, ni las de Nueva Guinea Papúa presentan esos síntomas de primitivismo. Basta consultar alguna de las gramáticas publicadas de estos idiomas para constatarlo. El primitivismo atribuido a estas lenguas por algunos de los primeros pobladores europeos de los territorios que las hablan se fundamentaba en la ignorancia y en el desconocimiento del que nos va sacando poco a poco la ciencia lingüística contemporánea.

Como decimos, el descubrimiento de una lengua primitiva sería algo sensacional y sería muy bienvenido por la comunidad científica internacional, pero no para demostrar su inferioridad, sino para estudiar cómo han evolucionado nuestras propias lenguas. Cada vez que se describe una lengua ignota hasta ahora, utilizando los conocimientos de la gramática moderna, se constata una vez más que no hay lenguas primitivas. Por tanto, la duda sobre si existen estas lenguas o no, no tiene ningún funda-

miento empírico hoy por hoy, por lo que hay que atenerse a las conclusiones de J. Nichols citadas antes.

Otra forma de comprobar si existen bases para la duda al respecto es la de investigar testimonios de lenguas muy antiguas. La lengua más antigua que conocemos a través de documentos escritos es el sumerio, idioma del sur de Mesopotamia del que tenemos testimonios escritos que datan del tercer milenio a.C. (hay que remontarse nada menos que casi cinco mil años hacia el pasado). No se puede conceptuar desde ningún punto de vista como una lengua primitiva o simple comparada con las lenguas actuales. Tenía probablemente ocho vocales (*a,e,i,o* en versiones corta y larga; Jiménez Zamudio 1998: 22) y dieciséis consonantes (entre ellas *p, k, g, t, d, l, r, s, m, n*; Jiménez Zamudio 1998: 20). La lengua tenía casos nominales (que indican si el nombre es sujeto, objeto o complemento circunstancial), como el latín. De hecho, tenía más casos que esta lengua clásica [15]. El sistema verbal se basaba en la oposición entre perfectivo/imperfectivo, de modo similar al de las lenguas eslavas o semíticas actuales (Jiménez Zamudio 1998: 75). Hay también marcas de subordinación en el verbo y otros mecanismos típicos de las lenguas actuales. No hay en sumerio ningún indicio de que esta lengua estuviera menos desarrollada que las lenguas que se hablan en la actualidad ni de que no tuviera las propiedades esenciales que definen las lenguas humanas actuales. El sumerio no es similar a la lengua de Tarzán y dado que la escritura se desarrolla muy tarde en la historia de la humanidad, no sería nada sorprendente averiguar que el sumerio se habló desde una fecha muy anterior a ese tercer milenio a.C. del que se conservan testimonios escritos; ello nos puede retrotraer a varios siglos e incluso milenios antes de esa fecha.

La lengua griega está atestiguada en su variedad micénica desde el siglo XV a.C., por lo que no sería descabellado decir que el

[15] Son los casos *ergativo, genitivo, absolutivo, dativo, locativo, locativo-terminativo, directivo, ablativo-instrumental, comitativo y ecuativo*. Cfr. Jiménez Zamudio 1998: 30.

griego actual tiene una antigüedad de bastante más de tres mil años [16].

De todos modos, hay que tener aquí en cuenta que no porque se mantenga el mismo nombre para un dilatado período cronológico, se puede deducir que esa lengua ha sobrevivido durante todo ese período. El inglés antiguo en realidad es una lengua muy diferente del inglés moderno y desde luego podría conocerse con otro nombre, como, por ejemplo, *anglosajón* [17]. Como dice P. Tejada Caller:

> No siempre es fácil saber si lo que denominamos «inglés antiguo», «inglés medio», «inglés moderno» e «inglés contemporáneo» constituyen efectivamente etapas sucesivas de una misma lengua o si estamos tratando con lenguas distintas. [...] Es decir, la continuidad de una lengua viene dada fundamentalmente por razones políticas y culturales de la comunidad a la que sirve. La historia del inglés ha querido ser, sin duda, la historia del pueblo británico. Con todo, el mantenimiento del término «inglés» a través de diferentes períodos no garantiza en absoluto la *proximidad tipológica* entre unos y otros. (P. Tejada Caller 1999: 60.)

Es evidente que el micénico es una lengua distinta del griego moderno, aunque, demostrablemente, ambas están estrechamente emparentadas. Que hablemos de una lengua que pasa a través de una serie de fases históricas o de diversas lenguas que se suceden con el tiempo, es una cuestión de enfoque del objeto de estudio y de consideraciones históricas, más que una propiedad intrínseca de ese objeto de estudio:

> Seis o más etapas históricas son demasiadas para un complejo de lenguas con un solo nombre [...] La recurrencia de un solo nombre

[16] Para un repaso actualizado y accesible a la historia de la lengua griega desde la antigüedad más remota hasta nuestros días, el lector puede consultar G. Horrocks 1997. Véase también F. R. Adrados 1999.

[17] El lingüista inglés H. Sweet prefería el término *anglosajón* al de *inglés antiguo*, para poner de manifiesto el hecho de que los hablantes del inglés moderno no pueden entender el inglés antiguo más fácilmente que los hablantes de italiano el latín. Véase T. McCarthur 1998: 88.

como *inglés* o *griego*, a lo largo de esos modelos privilegia la continuidad sobre el cambio y afirma una unidad constante que no se propone normalmente para el complejo de lenguas emparentadas que emergió en Italia hacia tres mil años. Los especialistas se refieren a los estadios más antiguos de este complejo como «dialectos itálicos», después de los cuales viene un dialecto-cum-lengua denominado latín, que más adelante dio origen al italiano. Ahora bien, el complejo en su totalidad presenta esencialmente el mismo *continuum* que el griego y el inglés. Pero una razón-clave para que el latín y el italiano no tengan el mismo nombre es la expansión del latín más allá de Italia, dando origen a complejos ulteriores como el español o el francés. Sin embargo, se puede aducir que el italiano tiene una mayor semejanza con el latín que el griego moderno con el clásico y el inglés contemporáneo con el inglés antiguo/anglosajón. Al parecer, los nombres pueden oscurecer las conexiones tanto como revelarlas. (T. McArthur 1998: 87-88. Traducción de JCMC.)

Como se ve, incluso en un procedimiento tan aparentemente neutral como el de dar un nombre a una lengua, hay factores de carácter histórico o cultural que pueden enmascarar aspectos importantes y esenciales del objeto estudiado. Sobre este asunto hablaremos más detenidamente en las secciones siguientes del presente libro.

Como conclusión de este capítulo podemos decir que la idea de asociar la unicidad de la especie humana con la unicidad de la especie lingüística parece mucho más justificada la posibilidad de suponer lo primero asociado a una pluralidad de especies lingüísticas. Sabemos que en una época del desarrollo de la humanidad convivieron hombres como los actuales con otras especies como el *Hombre de Neandertal*. También sabemos que de todas las especies de *Homo* que convivieron hace centenares de miles de años, sólo una sobrevivió: la nuestra. No sabemos si esas otras especies tenían una capacidad lingüística análoga a la nuestra. Con todo, parece natural pensar que la capacidad asociada a la especie que sobrevivió es la que ha dado origen a todas las lenguas actuales (y a las del pasado documentado). Sólo si hubiera hoy día

descendientes directos del *Hombre de Neandertal* podríamos tener la esperanza de encontrar otra especie lingüística: sin embargo, de momento, parece que esta hipótesis sólo puede plantearse en la ficción novelesca.

Como conclusión de todo este apartado podemos citar estas palabras de uno de los grandes lingüistas de nuestro tiempo, Joseph Greenberg:

> Ciertamente entonces la evolución del lenguaje como tal nunca ha sido demostrada y debe mantenerse la igualdad inherente de todas las lenguas según lo que sabemos hoy día. [...] Las lenguas son iguales en el sentido de que han sido «creadas iguales», es decir, de que tienen idéntico potencial. De hecho, algunas de las que han sido cultivadas probablemente tengan mayores recursos de expresión, pero esto no se debe a una superioridad inherente. Cualquier lengua colocada en esa situación mediante factores no lingüísticos será capaz de desarrollos semejantes. (J. Greenberg 1957: 65. Traducción de JCMC[18].)

En la misma línea se coloca, más recientemente, un lingüista nuestro:

> Está muy difundida la idea de que unas lenguas son mejores que otras, que unas permiten la expresión más alta del pensamiento humano, mientras que otras hacen a sus hablantes incapaces de ir más allá de las tareas cotidianas. [...] Pero basta que haya necesidad de expresar un concepto para que se disponga del procedimiento, sea una palabra o una construcción. Basta que se desarrolle la filosofía o un campo de la ciencia en una cultura para que la lengua correspondiente haga posible su expresión. Para que una lengua sea útil para una misión determinada sólo es necesario verse obligado a usarla. Si podemos servirnos de otra, si nunca usamos la lengua en cuestión para esta tarea (digamos la poesía o el derecho), no habrá manera de que nos sirva, y siempre acudiremos a la que ya tenemos a punto, en forma para ser usada. (J. Garrido 1997: 94-95.)

[18] La cita incluye también la nota 7, a la que se remite al final de la primera oración.

En conclusión, si no se habla de matemáticas en una lengua, es sencillamente porque esa lengua nunca se ha utilizado para hablar de matemáticas y no porque no sirva para hablar de matemáticas. Es ésta una idea-clave para escapar a buen número de graves prejuicios sobre las lenguas menos favorecidas por la sociedad actual.

CAPÍTULO 3

EL ORIGEN DEL LENGUAJE HUMANO

Hay investigadores que, a pesar de que no hay testimonios directos de etapas evolutivas anteriores del lenguaje humano, no renuncian a estudiar su origen. Un caso muy brillante es el del lingüista norteamericano D. Bickerton, quien, en un espléndido libro (Bickerton 1990), intenta plantear de modo científico cuáles han podido ser las etapas evolutivas que han conducido a las lenguas tal como las conocemos en la actualidad. A falta de lenguas naturales primitivas, Bickerton estudia dos formas simplificadas de lengua natural: los sabires o *pidgin* y el lenguaje de los niños pequeños menores de dos años, que están, pues, iniciando el proceso de adquirir naturalmente un idioma.

Los sabires o *pidgin* son idiomas simplificados que usan comunidades cuyas lenguas nativas son ininteligibles, para poder entenderse de modo rápido, pero éstos no son lenguas nativas y cuando se convierten en nativas adquieren las mismas características que las demás lenguas del mundo: se trata de las lenguas criollas, de las que hablaremos en el capítulo 5.

En estas dos formas lingüísticas encuentra indicios de una serie de características que bien pudieron ser las propiedades de una especie lingüística anterior a la nuestra. Bickerton enumera

las siguientes propiedades de un protolenguaje, etapa evolutiva posiblemente anterior a las lenguas humanas que conocemos:

— En el protolenguaje humano el orden de palabras está condicionado únicamente por los contextos de uso, ya que no hay estructura sintáctica alguna.
— Cualquier unidad léxica puede estar ausente, sin que haya ninguna restricción sintáctica ni semántica al respecto.
— Ninguna palabra requiere la aparición de otra (no hay, por ejemplo, verbos que rijan complementos).
— En cuarto lugar, no existen en el protolenguaje patrones para ampliar o complicar la estructura de las oraciones (como los que tenemos en las lenguas actuales para obtener oraciones complejas por coordinación o subordinación).
— Por último, el protolenguaje humano no conoce ningún tipo de partícula gramatical (como nuestras preposiciones) que tenga una función estrictamente formal o sintáctica.

Pues bien, partiendo de la hipótesis de Bickerton, ninguna de las lenguas de tribus denominadas *primitivas* descritas hasta la fecha tiene estas cinco características, lo que confirma de nuevo la idea de que no se han encontrado aún lenguas que pertenezcan a otra especie anterior o menos evolucionada que aquella a la que pertenecen las lenguas modernas que usamos.

CAPÍTULO 4

LA ESENCIA DE LAS LENGUAS

Hemos dicho que todas las lenguas conocidas pertenecen a la misma especie lingüística. Esa especie se caracteriza por una serie de rasgos que han de presentar todas las entidades que pertenezcan a ella.

La existencia de rasgos comunes a todas las lenguas se enuncia taxativamente al comienzo de un excelente manual de la lingüística moderna, de la siguiente forma:

> Hay muchas diferencias entre las lenguas tal como revela incluso un examen superficial de los sistemas fónicos, vocabularios y orden de palabras. Pero esto no significa que no existan límites sobre el tipo de gramáticas que los seres humanos pueden adquirir y usar. Mas bien al contrario, la investigación actual sugiere que hay importantes principios y tendencias gramaticales compartidas por todas las lenguas humanas. (W. O'Grady, M. Dobrovolsky y F. Katamba 1996: 6-7.)

En este capítulo vamos a enumerar y explicar algunas de esas propiedades universales que definen las lenguas del *Homo Sapiens Sapiens*.

En primer lugar, toda lengua tiene un inventario limitado de sonidos vocálicos y consonánticos y unas reglas de combinación de los mismos para obtener unidades mayores denominadas *sílabas*. Todas las lenguas del mundo tienen restricciones sobre qué sonidos pueden combinarse para formar sílabas y estas restricciones son muy variadas. Por ejemplo, el español no admite la combinación *spa*, pero sí el inglés; en esta lengua, *español* se dice *Spanish*. Ni el inglés ni el español permiten la sílaba *fkus*, pero sí el ruso.

En segundo lugar, todas las lenguas del mundo tienen un elenco de elementos mínimos con significado, denominados *palabras*, que se forman con una o más sílabas. Estas palabras se cuentan en las lenguas por miles. Es muy difícil determinar el número mínimo de palabras básicas con las que puede existir una lengua natural. Podemos decir que este número puede estar en torno a las 5.000. De la lengua limba, idioma níger-congo de África, hablado en Sierra Leona por unas 300.000 personas, se han recogido más de 4.600 términos en un pequeño diccionario (M. L. Clarke 1971) [1]. Un glosario de neguidal [2] incluido como apéndice en una gramática de esta lengua contiene unas 6.000 palabras (V. I. Tsintsius 1982). El vocabulario básico que tiene cada lengua es el adecuado para el entorno natural y cultural en

[1] No es inusitado leer que determinado pueblo primitivo tiene una lengua con muy pocas palabras. J. A. Marina (1998: 11) recoge la siguiente afirmación de C. Rule: «Los nativos del desierto de Kalahari, que se limitan a recoger alimentos y a cazar, poseen un vocabulario de aproximadamente ochenta palabras.» No hace falta ir al desierto del Kalahari para comprender que estos nativos tienen palabras sobre las partes del cuerpo humano, de la cara, de los órganos vitales del ser humano; tienen nombres para las cosas de su entorno físico que incluyen nombres de animales, de plantas, de accidentes geográficos, de fenómenos naturales; tienen palabras para su historia, sus fantasías, sus sueños, sus necesidades, sus temores, sus sentimientos. No hay lenguas que tengan sólo ochenta palabras. Enumeremos la cantidad de cosas y sucesos vitales para unos seres humanos que viven de la recolección y de la caza y contaremos muchos más de ochenta. A modo de ilustración vamos a dar una pequeña lista de diccionarios de lenguas nativas con indicación del número de páginas, extraída de A. Dalby 1998. A C. Rule habría que decirle que el diccionario de bosquimano que se incluye en el cuadro de la página siguiente tiene 773 páginas, en las que con seguridad se contienen más de ochenta palabras.

[2] Lengua tungusa hablada en Siberia, en la región de Jabarovsk, por apenas 200 hablantes y que, por tanto, es una lengua moribunda.

que se mueve. A su vez, ese vocabulario está organizado de una determinada manera en cada lengua, de modo que hay, por ejemplo, términos más generales y otros más concretos en todas ellas. Como veremos en el capítulo 15, el número de elementos léxicos básicos de una lengua no supone en realidad limitación alguna, debido a las dos propiedades que enumeramos a continuación, que posibilitan la ampliación ilimitada de ese vocabulario, con elementos derivados.

En tercer lugar, todas las lenguas tienen mecanismos para obtener palabras nuevas a partir de otras ya existentes por algún

ALGUNOS DICCIONARIOS DE LENGUAS ABORÍGENES

Lengua	*Familia/lugar*	*Autor y año*	*Páginas*
achenés	austronesia/Sumatra	Bakar 1985	1.073
bemba	níger-congo/Zambia	White Fathers 1991	829
bosquimano	koisana/África	Bleek 1956	773
buguinés	austronesia/Célebes	Matthes 1874	1.180
cebuano	austronesia/Filipinas	Wolff 1972	1.164
chokué	níger-congo/Angola	Barbosa 1989	750
cisteno	algonquina/Canadá	Faeries 1938	530
dakota	siu/Canadá	Riggs 1890	665
ebe	níger-congo/Ghana	Westermann 1954	795
evén	tungusa/Rusia	Doerfer-Hesche 1980	1.181
ganda	níger-congo/Uganda	Murphy 1972	651
hausa	chádica/Nigeria	Abraham-Kano 1949	992
jantí	urálica/Siberia	Karjalainen 1948	1.199
josa	níger-congo/Sudáfrica	Fischer 1985	738
karachai-balkar	túrcica/Cáucaso	Tenischev 1989	830
lanna	daica/Tailandia	Rungruangsi 1991	1.638
luba	níger-congo/Zambia	Avermaet 1954	838
mangarái	austronesia/Indonesia	Verheijen 1967-70	1.041
minankabáu	austronesia/Sumatra	Moussay 1995	1.328
navajo	na-dené/Estados Unidos	Young-Morgan 1987	1.541
pamona	austronesia/Célebes	Adriani 1928	1.074
tobelo	papú/Nueva Guinea P.	Hueting 1908	516
rotí	austronesia/Indonesia	Jonker 1908	806
samí (lapón)	urálica/Noruega	Lagercrantz 1939	1.250
sanguir	austronesia/Indonesia	Steller 1989	622
yakuto	túrquica/Siberia	Pekarski 1881-1930	1.929
zulú	níger-congo/Sudáfrica	Doke-Vilakazi	918

medio como la composición, aglutinación o incorporación. Esto hace que ese léxico inicial se multiplique sensiblemente y hace posible que una lengua cree palabras nuevas, si necesita hacerlo.

En cuarto lugar, todas las lenguas tienen una serie de reglas de combinación sintáctica a través de las cuales se unen las palabras para obtener sintagmas y oraciones. En todas las lenguas, el significado de las oraciones, es decir, la situación que describen, se deriva de las palabras o frases hechas que las componen. Esto hace que cualquier tipo de situación pueda ser descrita mediante una oración correspondiente[3].

Estas propiedades hacen referencia a los aspectos sustantivos de las lenguas, pero éstas también tienen una serie de características que se derivan de los usos que se pueden hacer de las estructuras lingüísticas.

En este ámbito tenemos, entre muchos otros, los siguientes rasgos universales:

— Todas las lenguas tienen expresiones para transmitir información, hacer preguntas y dar órdenes.
— Todas las lenguas tienen mecanismos lingüísticos para describir y narrar acontecimientos.
— Todas las lenguas tienen mecanismos lingüísticos para señalar las relaciones de sus hablantes con su entorno.
— Todas las lenguas tienen mecanismos para expresar razonamientos.
— Todas las lenguas tienen mecanismos para expresar lo imaginado, lo soñado o lo visionado, aunque no coincida con la realidad. Por tanto, en toda lengua se puede mentir.
— Todas las lenguas permiten la elocuencia, los juegos de palabras, los procedimientos retóricos.

[3] Para un inventario más detallado y amplio de las características universales de las lenguas humanas, remitimos a J. C. Moreno Cabrera 1997.

— Todas las lenguas permiten la excelencia estética de los mensajes. Por supuesto, depende en cada caso de la cultura, lo que se considera excelencia estética. Es decir, los mensajes se pueden disponer de una forma considerada bella en una cultura determinada.
— Todas las lenguas conocen la connotación. Es decir, la asociación de un significado fundamental de una palabra con otros significados accesorios.

CAPÍTULO 5

LENGUA Y DIALECTO

En el *Curso de Lingüística General*, que recoge las lecciones impartidas por el lingüista suizo Ferdinand de Saussure, se dice lo siguiente:

> Abandonada a sí misma, la lengua sólo conoce dialectos, ninguno de los cuales se impone a los demás y con ello está destinada a un fraccionamiento indefinido. Pero como la civilización, al desarrollarse, multiplica las comunicaciones, se elige, por una especie de convención tácita, uno de los dialectos existentes para hacerlo vehículo de todo cuanto interesa a la nación en su conjunto: unas veces da la preferencia al dialecto donde la civilización está más avanzada; otras al de la provincia que tiene la hegemonía política y la sede del poder central; otras es una corte la que impone su habla a la nación. (F. de Saussure 1915: 312.)

En puridad, nadie habla una lengua; todos hablamos una variedad lingüística. La diferencia que comúnmente se concibe entre lengua y dialecto es política más que lingüística. Las palabras del *Curso* son harto reveladoras al respecto: desde el punto de vista estrictamente lingüístico, no hay lengua sino un conjunto de variedades lingüísticas estrechamente emparentadas y confinadas

a un determinado territorio. Para hablar de una diferencia entre lengua y dialecto hay que recurrir a factores claramente extralingüísticos, perfectamente descritos en esta cita. Factores que aparecen dulcificados mediante eufemismos como *convención tácita*[1].

En las líneas siguientes de este pasaje del Curso se nos dice que la lengua estandarizada nunca pierde las señas de identidad de la variedad de la que procede, por muchas influencias que haya podido experimentar al ampliar su territorio original. Así, se nos dice que el francés literario tiene la impronta inequívoca del franciano, variedad de la Isla de Francia en el que se basa.

Pero ha de quedar claro que el hecho de que se produzca un proceso de estandarización de una variedad determinada no se debe en modo alguno a que ese dialecto sea en un sentido u otro superior o más excelso que los demás, sino a una serie de procesos extralingüísticos que tienen que ver muy a menudo con el dominio que un determinado grupo social, político, cultural o económico ejerce sobre otros grupos:

> El francés no es una lengua eterna o de derecho divino, ha llegado a serlo históricamente, a partir del dialecto franciano y por un proceso que no tiene nada de lingüístico. Pero la bibliografía lingüística ha permitido creer, o dejado creer, en la validez teórica de esta oposición [lengua/dialecto] en un terreno que no era el suyo. (L.-J. Calvet 1981: 43.)

Esto puede aplicarse igualmente a nuestra lengua:

> El castellano, efectivamente, no es el romance del *pueblo koinético* [...], sino la variedad románica que se impone principalmente por conquista: recuérdese el Cid castellano enfrentado a su rey leonés. [...] No se trata, entonces, de una lengua del pueblo elevada a lengua del estado, sino de un estado que impone su lengua. En este sentido transcurre la historia: primero se diferencia el castellano como variedad románica, luego se difunde hasta llegar a ser *el idioma general de la nación.* (J. Garrido Medina 1994: 326-327.)

[1] Véase L.-J. Calvet 1981: 42.

No existe ninguna lengua que tenga una homogeneidad total en cuanto a las formas en las que se habla. Cuanto más amplio es el ámbito geográfico en el que se usa una lengua, más variedades locales hay. Todo el mundo habla una variedad de esa lengua. Llamamos lengua a lo que tienen en común esas variedades, pero eso es una abstracción y nadie habla abstracciones. La existencia de una lengua estándar no elimina esa variedad. Esto es así por mucho que se diga que antes de adoptarse una variante estandarizada lo que tenemos es un conjunto de variedades y después una lengua propiamente dicha.

En este sentido, las lenguas no son entidades concretas, sino abstractas que, desde luego, pueden describirse, reglamentarse e incluso imponerse. Lo que se llama dialecto es mucho más concreto que lo que se llama lengua y aunque es también una abstracción (los dialectos se conceptúan como lo que hay de común a muchas hablas individuales), es algo que está mucho más cerca de lo que es el uso real de las lenguas humanas.

Se le da habitualmente un sentido peyorativo a *dialecto o variedad lingüística* frente a *lengua*: lo primero se considera a veces más inculto, iletrado, variable, irregular y lo segundo se considera culto, letrado, constante y regular:

> La lengua estándar se considera comúnmente como un instrumento rico, preciso, racionalmente organizado y organizador; los dialectos y las lenguas de minorías étnicas, por contra, se consideran pobres y crudas, muy poco aptas para organizar el mundo subordinado mismo y ciertamente inadecuadas para organizar otros mundos. (N. Dorian 1998: 8. Traducción de JCMC.)

El origen de este menosprecio es claramente social y tiene que ver con el uso con fines políticos de una lengua estándar basada en una determinada variedad:

> En segundo lugar, las elites consideran que los símbolos de su singularidad, lingüística o de otra índole, prueban su superioridad y justifican su posición privilegiada (Koch, 1978). A las elites les interesa promover su variedad lingüística como único modelo correcto, no

sólo para despertar «la veneración de las masas», sino también para legitimar los manifiestos del estado, la iglesia y otras instituciones de control. [...] El modelo preferido por las elites suele ser adoptado por las escuelas, que a su vez promueven la aceptación por el público de lo que Milroy y Milroy (1985), en su libro sobre el uso correcto de la lengua, denominan la «ideología de la normalización», la idea de que hay una forma correcta de usar la lengua y de que las personas *deberían* usarla de esa forma. (R. L. Cooper 1989: 163 [2].)

Todas estas ideas de que hay una variedad correcta y de que las demás son incorrectas son falsas y carecen además de fundamento lingüístico o gramatical alguno. Hemos dicho que la lengua es una abstracción hecha a partir de los rasgos comunes entre diversas variedades. Por tanto, esas regularidades y rasgos comunes están en dichas variedades y proceden de ellas. Por consiguiente, la idea de que en el dialecto estamos ante lo irregular y asistemático y en la lengua ante lo sistemático y regular es un puro dislate.

En algunas ocasiones, para establecer lo que se llama una *lengua estándar* se recoge no exactamente lo que es común a todas las variedades, sino elementos diferentes de diversos dialectos para no privilegiar a ninguno de ellos. Esto no hace que esa lengua de compromiso sea mejor, más digna o más perfecta que las variedades de las que se deriva. Esa lengua, al ser usada por comunidades de diferentes dialectos, se realizará a su vez en distintas variedades, lo que además de ser imposible de evitar, lejos de ser malo, es imprescindible para la propia supervivencia de la lengua. La variedad es inseparable de las lenguas humanas y su misma esencia está en esa variedad. Sólo las lenguas artificiales o las lenguas muertas escapan a dicha variedad, sencillamente porque no se adoptan como medio de comunicación habitual en diversas comunidades humanas.

La idea de una lengua fija e inmutable es uno de los mitos más arraigados en la cultura occidental, que reaparece una y otra vez bajo distintas formas:

[2] El libro de los Milroy que se cita es del año 1985, pero para la redacción de la presente obra hemos utilizado la segunda edición, que es de 1991.

> Lo que es mítico no es Babel, sino precisamente lo contrario: que haya una sola lengua, fija e inamovible. (J. Garrido Medina 1997: 98.)

Las lenguas funcionan de esta manera y no de otra y decir, por tanto, que el dialecto tiene menos prestigio que la lengua puede tener sentido cuando lo que se quiere justificar es un tipo de dominación cultural, política o demográfica, pero no lo tiene desde el punto de vista estrictamente lingüístico, que es el que adoptamos aquí.

En conclusión, la llamada *lengua estándar* no es más que una variedad entre otras que, por razones sociológicas, ha adquirido un prestigio y un desarrollo que lo hace preferible o deseable en una comunidad lingüística:

> Comprobamos que lo que se suele llamar lengua es en realidad un dialecto, otro dialecto, que por hegemonía política más o menos aceptada culturalmente se presenta como único correcto, y se le llama lengua. Sin embargo, como fenómeno de sonido y significado, es tan dialecto, tan variedad relacionada genéticamente con otras, como los demás. Lo que sí es realmente diferente es la función que tiene en la sociedad. Por su origen, es un dialecto; por su situación, es un sociolecto. Es la variedad del grupo social que gobierna y que escribe. A la inversa, quien quiere pertenecer a ese grupo aprende esa variedad, si no es la suya propia originariamente. (J. Garrido Medina 1996: 72-73.)

Por otro lado, los investigadores de la sociolingüística actual recalcan el hecho de que una lengua estándar en puridad no existe como lengua real, sino es más bien un marco ideal más o menos desdibujado en el que se sitúan diversos agentes sociales a la hora de planificar determinadas actividades:

> Con frecuencia se habla de *lengua o variedad estándar* cuando se hace referencia a la enseñanza de las lenguas o a cualquier tipo de planificación lingüística. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, sobre todo en lo que atañe al *español estándar*, no se trata de un

principio bien definido: en todo caso, una variedad estándar sería aquella que está desprovista de cualquier marca —diacrónica, diatópica, diafásica, diastrática— alejada de una norma general. Pero una realidad así no es utilizada por nadie. (F. Moreno Fernández 1998: 336.)

Del mismo parecer son J. y L. Milroy por lo se refiere al inglés estándar:

Aunque nos hemos referido de modo informal al «inglés estándar» no existe —en el sentido muy estricto en el que hemos utilizado hasta ahora el término «estandarización»— la lengua estándar hablada. Incluso la conocida como «inglés estándar» presenta variabilidad y cambio. (J. Milroy y L. Milroy 1991: 26. Traducción de JCMC.)

Según estos autores, más que lengua estándar lo que existe es una ideología de la estandarización lingüística:

Parece por consiguiente más apropiado hablar de modo más abstracto de estandarización como una *ideología*, y de lengua estándar como una idea en la mente más que como una realidad, como un conjunto de normas abstractas a las que el uso real puede atenerse en mayor o menor medida. (J. Milroy y L. Milroy 1991: 22-23. Traducción de JCMC.)

Una experiencia personal que quizás hayan tenido muchos lectores ayudará a ver lo que queremos explicar. Cuando se aprende un idioma segundo y se va por primera vez a uno de los lugares donde se habla, se produce un choque traumático: lo que escuchamos no es lo mismo que lo que hemos aprendido, nos cuesta entenderlo por muy buenas notas que hayamos obtenido al estudiar la lengua en cuestión en la academia o la escuela. Nunca encontramos esa lengua estándar que hemos aprendido en los libros de texto y que sólo habla el profesor en clase, porque esa lengua no es real. En ningún lugar se habla naturalmente, en la comunicación diaria de la gente, el inglés estándar que aprendemos en las gramáticas pedagógicas: cada país, cada re-

gión, cada ciudad, tiene su propia variedad con sus peculiaridades; unas de ellas son más parecidas a la lengua estándar que hemos aprendido y otras lo son menos. Hemos de adaptarnos en cada caso a los usos locales. Eso explica por qué la primera vez que oímos una lengua aprendida artificialmente nos solemos llevar una sorpresa mayúscula. Ello no significa que no seamos capaces de aprender lenguas, ni que sea imposible hacerlo; significa que tenemos ideas equivocadas sobre lo que son y cómo funcionan las lenguas.

Nosotros mismos creemos hablar *la lengua española* y cuando oímos a un andaluz o a un extremeño pensamos que ellos hablan un dialecto del español. Nada hay más falso. Tanto ellos como nosotros hablamos dialectos. Nadie habla la lengua española. Si un andaluz disimula su acento para adecuarse al nuestro, no ha pasado del dialecto a la lengua, sino de un dialecto de menos prestigio a otro dialecto de mayor prestigio.

Las variedades sobre las que se basa lo que se conviene que es la lengua estándar, culta o común llegan a adquirir un prestigio que no proviene de consideraciones estrictamente gramaticales, sino de otras de cariz político y social. El basar una norma culta en un dialecto es un hecho puramente convencional desde el punto de vista gramatical y se explica por cuestiones de supremacía social, económica, militar, demográfica o política o de acuerdo dentro de una comunidad lingüística. Toda variedad, por poco extendida que esté, puede ser la base de lo que un grupo puede considerar una lengua normalizada o estandarizada. No existe ningún dialecto sobre la tierra que no tenga este potencial, lo hablen diez personas o diez mil. De hecho, como veremos después (capítulo 16), lenguas como el inglés o el español, habladas por muchos millones de personas, tuvieron unos orígenes muy humildes como simples hablas o dialectos de ámbito geográfico extremadamente pequeño, si lo comparamos con su extensión actual.

Como hemos dicho, la oposición entre *lengua* y *dialecto* no es puramente lingüística, sino de carácter político. En nuestro país hay una polémica sobre si el valenciano es una lengua indepen-

diente del catalán o no. Erróneamente, las personas se dirigen a los lingüistas para zanjar la cuestión. Lo que la lingüística nos dice es que el valenciano y el catalán están lo suficientemente próximos para poder ser considerados como variedades de una misma lengua, de igual modo que nos dice también que el chino y el inglés no se encuentran lo suficientemente próximos para poder ser vistos como variedades de un mismo idioma.

Sin embargo, la gramática no puede dictaminar si el valenciano ha de ser considerado como una lengua distinta o no; ello dependerá de factores históricos, culturales, políticos y económicos de compleja y problemática interacción. El sueco, el noruego y el danés se pueden considerar, desde el punto de vista estrictamente gramatical, como variedades de la misma lengua, pero eso no ha impedido que a todos los efectos se traten en el mundo actual como tres lenguas diferentes. Lo mismo podría decirse del gallego y el portugués, del serbio y el croata, del macedonio y el búlgaro, del rumano y el moldavo o del hindí y el urdú. Es absolutamente claro, por consiguiente, que los lingüistas no pueden decidir si hay que considerar al valenciano como lengua o como variedad de lengua; lo único que pueden decir es que valenciano y catalán pueden ser considerados desde el punto de vista gramatical como variedades de la misma lengua. Ahora bien, acabamos de razonar que esto no es óbice en el mundo actual para que variedades lingüísticas se consideren lenguas diferentes a efectos políticos, culturales o sociales y no ha sido sobre la opinión de los lingüistas sobre lo que se han fundado esas consideraciones.

Con todo, hay que decir que cualquier variedad lingüística: valenciana, mirandesa, asturiana, balear, extremeña o andaluza, por poner sólo algunos ejemplos, puede dar origen a una lengua estándar si la comunidad que quiere desarrollarla e impulsarla dispone de los medios para ello. El éxito de tal lengua estándar dependerá de muchos factores de diverso tipo y de compleja interacción.

La idea de disimular los orígenes dialectales de una lengua estándar o común obedece a unos mecanismos ideológicos determinados que se intentan justificar diciendo que una lengua co-

mún fijada y estandarizada es una lengua paradigmática, ejemplar y pura frente a las variedades, que son meras aproximaciones imperfectas a esa lengua ideal:

> La lengua común ha podido ser, en sus orígenes, una de las formas menores de la lengua histórica, un dialecto, pero su jerarquía histórico-política es otra que la de los dialectos y quien la adopta no la adopta como un dialecto, sino en un plano superior de solidaridad idiomática [...] La constitución de una lengua común implica un determinado ideal de lengua, una lengua ejemplar o normalizada, y ésta resulta, a su vez, idealmente unitaria, por encima de las variedades regionales y aún más exonerada de localismos que la lengua común. En este sentido lo político de la lengua común es la lengua ejemplar. (G. Salvador 1988: 72.)

Estamos ante un concepto de *lengua ideal* despojada de cualquier localismo o dialectalismo que la ensucie o la deteriore y cuya jerarquía histórico-política coloca al que la adopta en un plano de superior solidaridad. Es posible que no interpretemos bien estas palabras, pero lo cierto es que ponen de manifiesto a las claras que estamos ante consideraciones sociopolíticas y no estrictamente lingüísticas. Ese plano de superioridad en la solidaridad idiomática hay que interpretarlo, según nuestro punto de vista, como un eufemismo de *superioridad sociopolítica*. Este párrafo muestra de modo palmario que, al hablar de la superioridad de la lengua común estandarizada sobre las demás variedades, estamos ante una postura claramente ideológica y que la lengua ideal y ejemplar lo es por cuestiones políticas y no gramaticales. Unir la noción de pureza, universalidad (exoneración de localismos), idealidad, a una situación de superioridad sociopolítica lleva indefectiblemente a la discriminación lingüística y a posturas que intentan justificar el dominio de una clase sobre otra.

Por otro lado, se ha reconocido que estas idealizaciones, si bien pudieran tener una función en la tarea de la descripción y estudio del sistema lingüístico, nunca deben hacernos olvidar que estas lenguas ideales no son entidades reales y que no definen ningún nivel de lengua real superior:

> Es falso considerar el lenguaje como una entidad ideal que evoluciona independientemente de los hombres y persigue sus fines propios. El lenguaje no existe fuera de los que piensan y hablan. (J. Vendryès 1928: 356.)

Nunca debería utilizarse una pura abstracción realizada con fines de descripción científica (*lengua abstracta* frente a *habla* usada por un *hablante-oyente ideal*, por ejemplo) para justificar un tipo de norma establecida e impuesta a través de los mecanismos extralingüísticos que mediatizan las relaciones de dominio en una sociedad. La lengua estándar considerada correcta y ejemplar en una comunidad nunca debería identificarse con el concepto de lengua abstracta que utilizan los lingüistas y gramáticos para darle una respetabilidad y objetividad científicas que no tiene en modo alguno. Los lingüistas deben ser los primeros en rebelarse contra este uso ideológico o político de los conceptos que utilizan en su quehacer científico.

Un primer paso que habría que dar lleva a la idea de que bajo la noción de una descripción puramente objetiva de la lengua, que se adopta en gran parte de la lingüística teórica actual, existe un claro sustrato ideológico del que conviene ser consciente:

> El prescriptivismo explícito es muy raro entre los lingüistas reconocidos y hoy los descriptivistas nos presentan las teorías sobre la lengua más útiles para el estudio de las llamadas formas no-estándares del discurso. Sin embargo, el descriptivismo, a pesar de sus intenciones manifiestas, tiende a valorar ciertos dialectos (y, de hecho, lenguas) al prestarles una atención excesiva. Este énfasis desigual no se debe tanto a un fallo personal de los descriptivistas como al carácter problemático de *la descripción misma, que nunca puede ser una actividad neutral. En otras palabras, la descripción es siempre una forma débil de prescripción.* (A. Parakrama 1995: 3. Traducción de JCMC.)

Si lo que se describe habitualmente en los estudios gramaticales es, en la mayor parte de las ocasiones, una determinada variedad, la estándar, se está dando la impresión de que es la única variedad accesible a los métodos científicos, por ser la

más regular y sistematizable y se está haciendo de la descripción, prescripción:

> El hecho de que exista como objeto descrito en los libros de gramática produce la idea de que es, de alguna manera, la lengua «verdadera» y «legítima», y que las otras variedades son versiones degeneradas y corruptas de ella. (S. Romaine 1994: 109[3].)

Pero incluso desde el punto de vista puramente teórico, se puede captar también algún compromiso ideológico. En efecto, cuando se idealiza en una descripción lingüística y se habla, por ejemplo, de un hablante-oyente ideal localizado en una comunidad lingüística homogénea y a continuación se estudia únicamente una determinada variedad lingüística, que suele ser la lengua que se reconoce como estándar, se está privilegiando una variedad entre otras muchas y la descripción en su totalidad, por muy objetiva que sea, tiene un fundamento ideológico subyacente, que en modo alguno puede hacerla neutral, inatacable e inobjetable ideológicamente. A veces esto puede realizarse de modo más o menos inconsciente, según denuncian J. y L. Milroy:

> Bajo la influencia de Chomsky, los lingüistas transformacionales de los años sesenta creyeron que las intuiciones de los hablantes nativos sobre la gramaticalidad en inglés era fiables, de modo que ejemplificaron sus argumentaciones echando mano de oraciones idealizadas construidas por ellos mismos: muchas de las oraciones que consideraban agramaticales eran, de hecho, posibles y gramaticales en alguna variedad del inglés distinta de la suya. Naturalmente, los tipos oracionales que se consideraban gramaticales eran normalmente tipos del inglés estándar. Más aún, tenían a veces un aire literario y formal y no parecía que pudieran aparecer a menudo en el habla diaria. (J. Milroy y L. Milroy 1991: 61. Traducción de JCMC.)

[3] El adaptador de esta versión española, el profesor J. Borrego Nieto, añade la siguiente nota a este párrafo: «E incluso se les niega la existencia: cuando he realizado encuestas de campo con frecuencia he recogido observaciones como "aquí no dicen *refugiarse*, dicen *agrimarse*, pero esta palabra no existe"».

La actividad de los gramáticos pasa así a estar al servicio del mantenimiento y valoración de una variedad concreta que se privilegia sobre las demás. La gran mayoría de estudios gramaticales sobre el inglés se centran en la variedad estándar y el gran número de variedades de esta lengua que hay por todo el mundo suelen caer fuera del ámbito de esos estudios gramaticales. Basta comparar, por ejemplo, el número de los estudios de sintaxis del inglés estándar con el de los estudios de la sintaxis del *Black English*. Esta situación además conlleva la impresión de que solamente es sometible a la disciplina de la descripción gramatical la lengua estándar, y de que las demás variedades no son susceptibles de un tratamiento sistemático y generalizador. Contra esta impresión, absolutamente falsa, tendrían que luchar denodadamente los lingüistas y gramáticos. Si no hay tantos estudios sobre variantes no estándar de una lengua se debe a ese mayor interés de los lingüistas y gramáticos por hacer respetable su objeto de estudio mediante el acercamiento casi exclusivo a la variedad lingüística que se considera más respetable y social y académicamente rentable.

A partir de todo lo dicho, es palmario que la idea de que las variedades lingüísticas que no se adecuan a la lengua estándar son peores, se ha utilizado en muchas ocasiones para justificar el racismo, tal como nos señala J. Baugh (1988), quien ha estudiado el *Black English*, variedad no estándar del inglés y ha llegado a la siguiente conclusión:

> Una observación detallada de las pruebas empíricas niega la presunción de que el *Black English* sea menos lógico que el inglés estándar o de que no sea competente para las abstracciones. (J. Baugh 1988: 94.)

Este estudio empírico fue ocasionado por la teoría de A. Jensen, quien en el año 1969 hizo pública su idea de que los niños negros son intelectualmente inferiores a los blancos, apoyada en parte por sus observaciones sobre el habla de los negros. Como señala Baugh (1988: 90-91), las ideas de Jensen han sido resuci-

tadas por Thomas Farrell, quien en 1983 hizo pública su idea de que «la alfabetización y la consecución de ciertas estructuras gramaticales presentes en el nivel estándar son necesarias para el pensamiento abstracto» (J. Baugh 1988: 91).

¿Cómo se pueden evitar estos usos racistas del concepto de *lengua estándar*? Insistiendo, como lo venimos haciendo a lo largo de estas páginas, en que la lengua estándar es una variedad tan perfecta o imperfecta como cualquier otra variedad lingüística, sin afirmar nada sobre la superioridad de una lengua que se considera más cercana del ideal, fijada, normalizada, ejemplar o estandarizada y en que cualquier variedad lingüística puede dar origen a una lengua estándar. Las lenguas artificiales se pueden fijar, idealizar y todo lo que se quiera, pero las lenguas reales no se dejan domeñar de modo tan fácil y se atienen a sus propias reglas de juego y no a las que les quieren imponer quienes desean que su variedad lingüística arrincone o denigre a las demás. Está por ver, sin embargo, si estos conceptos realmente pueden desligarse de los componentes ideológicos que conllevan para convertirse en puramente lingüísticos; creemos que no, dados los razonamientos que hemos hecho con anterioridad.

Por supuesto, una lengua estándar no es mala ni buena en sí misma. Una comunidad lingüística en la que hay diversas variedades idiomáticas puede tener la necesidad de crear un estándar si la situación en que se encuentra pudiera poner en peligro su supervivencia: ante los estándares dominantes pueden resistirse en mejores condiciones los estándares de las lenguas dominadas. Estos estándares pueden posibilitar que los miembros de las diversas comunidades en las que se hablan distintas variedades se sientan miembros de una comunidad más amplia que luche conjuntamente por la preservación y potenciación de sus lenguas comunitarias. En determinadas situaciones sociopolíticas, el carecer de una variedad estándar puede poner en peligro la supervivencia de una o varias lenguas. Lo dicho antes se aplica también a este caso: ese estándar no es ni mejor ni más auténtico que las variedades que pertenecen al conjunto de hablas que se dan dentro de la comunidad que lo adopta.

Algunos de los empeños como el de *mantener y preservar la unidad de la lengua dominante* que a veces se enuncian tanto en nuestro ámbito hispánico como también en el anglosajón, están claramente fundamentados en una situación de hegemonía de una variedad lingüística sobre las demás. En el caso de las lenguas dominadas, la constitución, preservación y defensa del estándar pueden estar perfectamente justificados como una herramienta de oposición y resistencia ante el empuje inmisericorde del idioma del estamento opresor. Es necesario enfrentarse en el campo lingüístico armados con armas de similar naturaleza. También puede utilizarse un estándar para reforzar y desarrollar los lazos lingüísticos entre diversas comunidades.

Este empeño por el mantenimiento de la unidad de una lengua dominante con una amplia extensión geográfica no puede consistir en impedir y enmendar las variedades o dialectos de una lengua, pues tal tarea es manifiestamente imposible: sería ir contra la naturaleza misma de la lengua. La idea de impedir que las variedades lleguen a constituirse como lenguas autónomas y distintas de la variedad estándar vale lo mismo, en las situaciones de dominio y sometimiento, que negar a las comunidades que las hablan su derecho a ver reconocida su variedad como un instrumento de comunicación y de cultura situado a estos efectos al mismo nivel que la variedad estándar. Esta nivelación, en las situaciones de desequilibrio, supondría arrebatar a esa variedad estándar una de sus parcelas de poder idiomático y cultural. Por ello, defender la unidad de una lengua dominante equivale de hecho, en muchas ocasiones (no necesariamente en todas), a defender la imposición de una variedad lingüística sobre las demás. Esto es de hecho así, porque hemos intentado demostrar que la lengua estándar no es más que una variedad lingüística entre otras: una variedad que ha visto privilegiada su situación por determinados factores de carácter extralingüístico (nunca lingüísticos). En una sociedad en la que no se busca imponer el dominio de una variedad sobre otras, lo que habría que potenciar es la dignificación de todas las variedades y la posibilidad de que puedan tener un espacio que asegure su desarrollo y supervivencia,

aun cuando exista una variedad que, de modo consensuado, se adopte como estándar. Es decir, habría que establecer un modelo de relación horizontal en el que las diversas variedades interactúan en un plano de igualdad, frente a un modelo vertical, en la que una variedad se sitúa en un plano superior al de las demás[4].

El modelo vertical es el que predomina claramente hoy en día aunque se intente disimular al hablar de variedades neutrales y ajenas a ese modelo vertical de dominación:

> Lo que debe ser evitado al coste que sea es precisamente esta disimulación del estándar como neutral políticamente, no localizado socialmente y no contaminado ideológicamente, si es que queremos ver la lengua como lo que es, un lugar de lucha. (A. Parakrama 1995: 71. Traducción de JCMC.)

En los estudios sobre las llamadas *lenguas mundiales* o *globales*, se intenta presentar la variedad que se quiere imponer o cuyo dominio se quiere justificar, presentándola como una especie de solución de compromiso más o menos neutral, que debe ser aceptada como el modo más apropiado para llegar a un entendimiento común. Así, por ejemplo, D. Crystal (1997: 136) nos habla de un Inglés Hablado Estándar Mundial[5] que con toda seguridad va a surgir en un futuro próximo. Crystal opina que los que conocen el inglés escrito estándar actual, lo usarán para comunicarse con gente de diferentes países y emplearán entre ellos sus dialectos. Incluso afirma que si hubiera en el futuro distintas variedades del inglés, no habría por qué preocuparse, porque seguiría existiendo ese inglés estándar. La cuestión está en determinar cómo será ese Inglés Estándar Mundial. Crystal lo tiene muy claro:

> ¿Qué variedad tendrá más influencia en el desarrollo del Inglés Hablado Estándar Mundial? Parece probable que será el inglés de los

[4] Véase C. Junyent 1998, capítulo 8.

[5] D. Crystal lo denomina WSSE, acrónimo de *World Standard Spoken English* (1997: 137).

Estados Unidos (más que el de Gran Bretaña). (D. Crystal 1997: 138.)

Ésta es la manera que tiene este autor de responder a la pregunta que da origen a la sección del libro del que hemos extraído la cita anterior. La pregunta es: ¿se fragmentará el inglés?

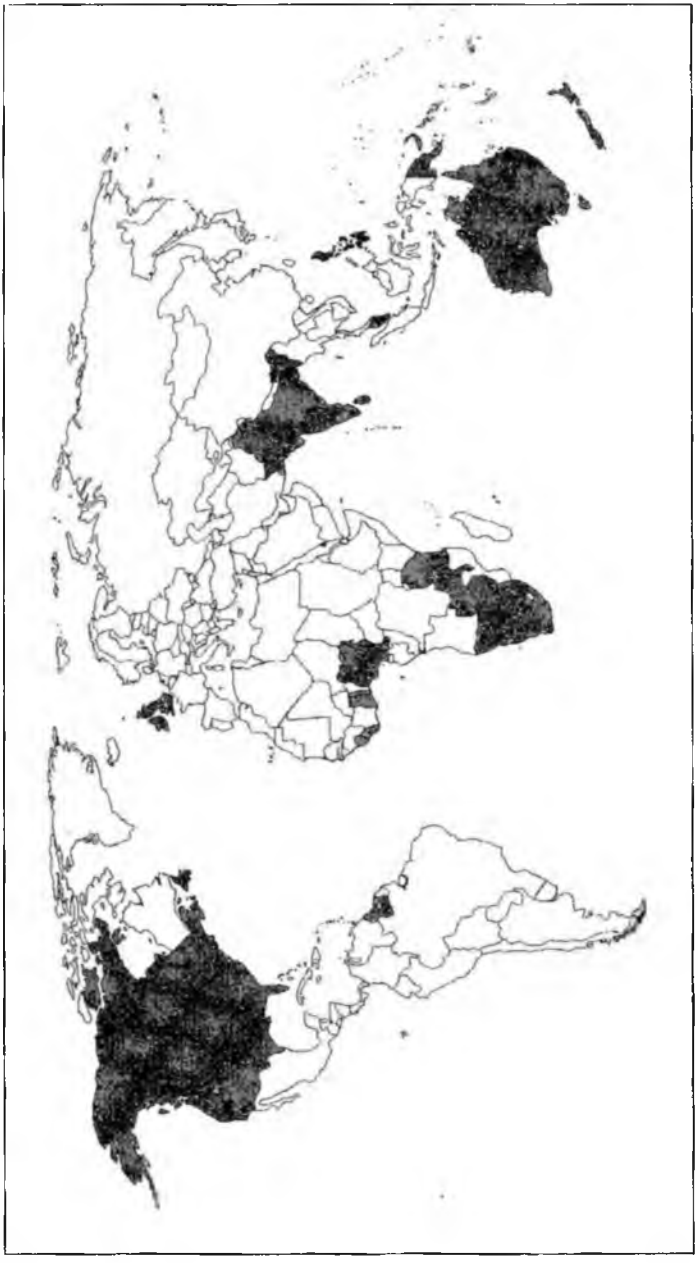
La idea de que los medios de comunicación de masas actuales en los que el inglés tiene una presencia privilegiada, irán haciendo disminuir las variedades de esta lengua es más un deseo que una realidad y no sirve para contestar esta pregunta:

> La mayor parte de la gente tiene la opinión de que la influencia de los medios de comunicación de masas en los tiempos modernos ha tenido un efecto importante en la reducción de la diversidad del inglés y en la creación de una uniformidad. Esto no es un hecho probado: es un puro deseo. [...] Contra ello puede argumentarse que sólo entre un 3 y un 5 por ciento de la población inglesa hablan realmente con la pronunciación estándar [...]. También puede señalarse que la extensión del inglés a las antiguas colonias ha seguido creando diversidad y siguen surgiendo nuevas variedades del inglés en la actualidad. (J. Milroy y L. Milroy 1991: 29. Traducción de JCMC.)

Por ello, hay que decir que el inglés está de hecho ya fragmentado. El mismo Crystal (1997: 133) nos habla de las variedades australiana, neozelandesa, canadiense, sudafricana, caribe, sudasiática. Se puede hablar de muchas variedades más presentes en diversos países de África u Oceanía en donde el inglés tiene una presencia muy notable y eso sin contar los sabires y criollos de base inglesa de los que hay más de treinta: krio, liberiano, surinamés, saramacano, enyuka, guyanés, jamaicano, samaná, neomelanesio, pitcairnés, etc.[6].

El inglés, como las demás lenguas que tienen un ámbito muy extenso, está ya dividido en multitud de variantes que desde lue-

[6] Véase para una descripción de estos sabires y criollos, J. Holm 1989: 405-551. Sobre el desarrollo histórico de la lengua inglesa puede consultarse el excelente panorama de P. Tejada Caller 1999.



Mapa 2. Extensión de la lengua inglesa en el mundo.

go no son en su totalidad mutuamente inteligibles: comparemos si no el inglés de Texas, el de Escocia, el de Nigeria, el de Ceilán o el de Singapur[7].

Como botón de muestra para comprobar esto T. McArthur (1998: 7-8) nos proporciona un pasaje del Evangelio de San Marcos. Primero tenemos la versión inglesa oficial, seguida de versiones en tres variedades del inglés[8]:

— *Inglés estándar:* «So they came to the country of the Gerasenes on the other side of the lake».
— *Escocés:* «Sae they wan atowre the Loch tae the kintra o the Gerasenes».
— *Inglés pre-estándar* (1611): «And they came ouer vnto the other side of the sea, into the countrey of the Gadarenes».
— *Neomelanesio:* «Ol i kamap long hapsait bilong raunwara, long graun bilong ol Gerasa».

En neomelanesio, una expresión como *hapsait bilong raunwara* puede parecer que nada tiene que ver con el inglés hasta que caemos en la cuenta de que el modelo estándar de esta oración es *halfside belong roundwater* (= *the other side of the lake*).

La pregunta sobre si se va a fragmentar el inglés (o el español o el francés) en realidad oculta otra cuestión que pone de manifiesto mucho más a las claras su innegable trasfondo ideológico: ¿Conseguirán las otras variedades del inglés (del español o del francés) desbancar de su predominio cultural a la variedad que lo ha venido ejerciendo hasta ahora?

Para evitar esto es absolutamente necesario que esas variedades queden sistemáticamente fuera del estándar literario. La diferencia entre la variedad estándar literaria y las variedades habladas radica precisamente en esta exclusión:

[7] Un panorama de la inmensa variedad que se esconde bajo el término *inglés* lo traza muy claramente T. McArthur (1998). En el apéndice C del presente libro se dan unas muestras de las variedades del inglés en la propia Inglaterra.

[8] En el apéndice C damos un pasaje del Cantar de los Cantares en diversos dialectos del inglés de Inglaterra, para ilustrar más detenidamente este punto.

La diferencia está en la inaccesibilidad de la lengua escrita no estándar, ya que la política de publicación asegura la exposición exclusiva y ubicua del estándar normativo cuya exclusividad misma se enmascara de este modo. Por tanto, el estándar literario aparece como el más natural pues a sus competidores se les niega sistemáticamente visibilidad pública excepto precisamente como «errores» y «desviaciones» que provocan a menudo humor y simpatía. (A. Parakrama 1995: 11. Traducción de JCMC.)

A. Parakrama (1995: 40) es de la opinión que esas otras formas de inglés no estándar que surgen en diversos lugares del globo —él se refiere concretamente a la variedad cingalesa de inglés— no están formadas de una mera sarta de incorrecciones y fallos gramaticales totalmente asistemáticos que no configuran una lengua en el sentido propio de la palabra:

A pesar de las actitudes hegemónicas que ejemplifican esos puntos de vista, se trata de una cuestión empírica que se estudia sistemáticamente en los capítulos 3 y 4, que esbozan muchas de las maneras en las que los escritores/hablantes que han sido marginados tradicionalmente como productores de elementos «incultos» o «subestándar» e «inaceptables» o «agramaticales»; de hecho trabajan en un discurso productivo, creativo y sistematizable que constituye un componente crucial en la deshegemonización del inglés en la Sri Lanka postcolonial. (A. Parakrama 1995: 40. Traducción de JCMC.)

Frente al Inglés Estándar Hablado Mundial en el que la variedad estadounidense tendrá la mayor influencia, A. Parakrama propone un modelo de inglés global, en el que la variedad actualmente dominante deje paso a una interrelación de dialectos mutuamente inteligibles en contacto permanente:

El hecho de que el Inglés Británico Estándar es «aceptable» para todos da por contestada la pregunta de si este estado de hechos debe reforzarse o si debe contrarrestarse activamente. El lingüista como «observador desinteresado» se hace sospechoso precisamente en esas situaciones en las que los privilegios determinados históricamente se describen como «las cosas son como son». La alternativa es, por lo

tanto, si los lingüistas deben trabajar para un tipo de Inglés Internacional Estándar para usos transnacionales (sin embargo, no hay modo alguno de que su uso se vea restringido a esta categoría ya que el «prestigio» de tal dialecto estará potenciado) o si el Inglés Internacional debería ser una red de dialectos mutuamente inteligibles que de modo sistemático se enriquecen y estimulan entre sí a través del contacto. (A. Parakrama 1995: 57. Traducción de JCMC.)

Estamos aquí ante una propuesta en la que, frente a un modelo vertical de dominio, se ofrece un modelo horizontal de intercambio al mismo nivel, es decir, la propuesta que hemos visto antes de C. Junyent.

La justificación del imperialismo lingüístico viene a veces a través de supuestos más o menos razonables que se utilizan para enmascarar una situación de dominio.

Se dice a veces que para entenderse es necesario hablar una lengua común. Esto puede parecer razonable, pero dicho en una situación de clara desigualdad lingüística lleva más o menos inevitablemente a la siguiente conclusión: luego usted debe hablar mi lengua (que es la más extendida). Esta conclusión no es otra cosa que el imperativo siguiente: usted debe entenderme a mí, no yo a usted.

En efecto, supongamos que se encuentran dos personas: una hablante de inglés y otra de euskera. El principio de que para que puedan entenderse deben recurrir a una lengua común lleva a que el euskaldun aprenda inglés y no a que el anglófono aprenda euskera. Por tanto, la consecuencia es clara: el euskaldún debe aprender inglés. Es el euskaldún el que tiene que entender al anglófono, y no al revés. Hágase una estadística sobre el número de personas en el mundo que estudian inglés y el número de personas que aprenden euskera y podremos comprobar que hay un desequilibrio abismal, dado el cual recurrir a esa idea de que para entenderse hay que hablar la misma lengua supone justificar, afianzar y propagar ese monstruoso desequilibrio.

Además no es cierto que para que dos personas se entiendan deban hablar la misma lengua (o la misma variedad lingüística). Poniendo cada uno de los interlocutores un poco de esfuerzo e

interés en llegar a la comprensión es posible la comunicación entre variedades de la misma lengua o entre lenguas diferentes, pero próximas genéticamente. Estudiando un poco durante un par de meses, un castellanohablante puede comprender con facilidad a un catalanohablante o a un italianohablante o a un hablante de portugués. Se puede llegar a entender una lengua genéticamente relacionada o no sin necesidad de hablarla. Esta situación se denomina a veces *sesquilingüismo*[9]. Es muy frecuente en Cataluña, por ejemplo, que un castellanohablante no hable fluidamente el catalán, pero sí lo entienda con bastante facilidad. La situación de desequilibrio se ve en este caso, porque un catalanohablante no puede permitirse este lujo: debe hablar también castellano, no sólo entenderlo. El día en que en Cataluña se pueda simplemente entender castellano sin llegar a hablarlo fácilmente, es decir, el día en el que esté generalizado el sesquilingüismo, podremos hablar de una situación más equilibrada entre las dos lenguas: aquella en la que los dos idiomas son por igual y en la misma medida lenguas de entendimiento.

El imperialismo lingüístico dominante desfavorece los modelos sesquilingüísticos, para que las personas gasten todo su tiempo en la lengua cuyo dominio se desea mantener. Es claro que es bastante más fácil llegar sólo a entender una lengua que a dominarla también activamente. La idea de que una lengua sólo se puede estudiar si se aprende a entender y a hablar fluidamente obliga a los que la aprenden a invertir mucho más tiempo en estudiarla que el que necesitarían para adquirir un conocimiento meramente pasivo y además les fuerza a aprender en todo caso la lengua estándar, única considerada correcta. Esto favorece el imperialismo lingüístico, ya que se le roba a la población el tiempo necesario para aprender a entender (y en su caso a hablar) otras lenguas.

En la publicidad de la enseñanza de idiomas del imperio se insiste en la necesidad de hablar el idioma para llegar a unos objetivos educativos adecuados, y todo lo que no sea esto es considerado como fracaso.

[9] El término se propone en Hockett 1972: 330.

Además esta insistencia en el aprendizaje del uso activo de la lengua imperial (considerando un fracaso el no llegar al dominio activo del idioma) tiene el resultado de que los hablantes de esa lengua ven eliminada la exigencia de aprender ni siquiera a entender otras lenguas, ya que lo que se pretende es que mucha gente hable la suya.

El imperialismo lingüístico consiste, pues, en que se somete a los hablantes de las lenguas dominadas a un esfuerzo doble para que los hablantes de la dominante no tengan que hacer ni siquiera el esfuerzo de entender (no ya de hablar) la lengua de los demás.

Ante el monolingüismo recalcitrante de las situaciones de imperialismo lingüístico, hay que reivindicar el plurilingüismo y el sesquilingüismo, como modelo en el que diversas lenguas y culturas entran en interacción en unas condiciones de mayor o menor equilibrio.

Los profetas del imperialismo lingüístico dirán inmediatamente que estas situaciones no pueden llevar a otro sitio que al caos y que una sociedad moderna necesita un medio de expresión único y uniforme para poder avanzar y cumplir los retos de la civilización tecnológica actual.

Hay que observar, primero, que las situaciones de plurilingüismo y sesquilingüismo se vienen produciendo desde hace milenios en la historia de la humanidad y que en muchas ocasiones han surgido más o menos espontáneamente soluciones de compromiso, cuando las lenguas implicadas en el contacto son mutuamente ininteligibles. Esas soluciones de compromiso son lo que se llaman *sabires* o *pidgins*, que dan origen a lenguas criollas.

Los *sabires* o *pidgins* son variedades lingüísticas simplificadas de urgencia que se basan en una mezcla de dos o más lenguas mutuamente ininteligibles y que sirven para afrontar determinadas situaciones de comunicación. Estas variedades simplificadas, cuando se convierten en idiomas nativos, pasan a ser lenguas naturales con todas las características que identifican un sistema de comunicación como una lengua humana.

Sin embargo, su origen como lenguas mixtas ha hecho que sean despreciadas y consideradas como lenguas inferiores a las *puras* en las que se basan. Estas consideraciones se fundamentan en el racismo e imperialismo cultural y lingüístico y de ningún modo en consideraciones puramente gramaticales.

En efecto, la valoración habitual de una lengua criolla puede resumirse en las siguientes palabras:

> Lo que se pensaba antiguamente sobre los *sabires* y lenguas criollas se deduce claramente de sus nombres: *inglés roto, portugués bastardo, francés negro* [...]. Este desprecio venía a menudo de la idea de que los sabires y criollos eran corrupciones de lenguas *superiores*, normalmente europeas y en parte de las actitudes hacia los hablantes de estas lenguas, que a menudo eran vistos como semisalvajes cuya adquisición parcial de los hábitos de la civilización era algo así como una ofensa. Los hablantes de las lenguas criollas que tenían acceso a la educación estaban debidamente persuadidos de que su habla era errónea y a menudo intentaron hacerla más similar a la lengua estándar. (J. Holm 1988: 1. Traducción de JCMC.)

Ante ello hay que afirmar de modo rotundo la idea contraria:

> Los dialectos y criollos del inglés no son sistemas deficientes y las variedades e híbridos anglos nativizados son fenómenos logrados y creativos, por muy deplorables que puedan ser para los puristas de ambos lados de la divisoria lingüística. (T. McArthur 1998: 21.)

Esta actitud negativa ante una lengua criolla, el papiamento (hablado principalmente en la isla de Curaçao, en las Antillas Holandesas), favorecida por la lengua dominante (el neerlandés en este caso), es lo primero que constata D. Munteanu en su completo estudio de esta lengua criolla:

> A pesar de una larga y riquísima tradición literaria oral y de una incipiente tradición literaria culta, en el siglo pasado el papiamento se vio desestimado no pocas veces con respecto al holandés, la lengua oficial, de prestigio, y considerado un instrumento de comunicación

primitivo, utilizable exclusivamente en los territorios coloniales. (D. Munteanu 1996: 48.)

Las lenguas criollas suponen una *desviación* respecto de las lenguas dominantes, que constituye una clara amenaza para su predominio absoluto. Por ello, hay que asociarlas con la ignorancia, la corrupción y la degeneración. Pero, de hecho, las lenguas criollas han existido siempre, siguen existiendo y seguirán existiendo, porque surgen de unos mecanismos que tienen las personas probablemente desde su nacimiento para afrontar las situaciones de plurilingüismo.

Las lenguas criollas se pueden *estandarizar* exactamente igual que cualquier otra lengua. Las dificultades que surgen no son de carácter lingüístico, sino de carácter político-social:

> La diferencia fundamental entre un sabir o criollo y cualquier otra lengua indígena para conseguir ser reconocido como una lengua estándar está en su relación con la lengua de prestigio de la región en que se usa, especialmente si se trata de la lengua en que está basado. Cualquier lengua no-estándar tiene que combatir los prejuicios respecto de su uso, frente a los de una variedad más firmemente establecida, ya sea en un nivel local, regional o nacional. Un sabir y criollo, además de las cuestiones de su estatus puramente social, tiene que enfrentarse a la opinión de que es una variedad «degenerada» o «corrupta» de alguna lengua, ya sea una lengua de prestigio de la región o no. [...] El único factor que, al parecer, puede producir un cambio de estatus en un sabir o criollo es político: la presión efectivamente ejercida por o a favor de la población que lo usa, para su reconocimiento. Tal presión ha sido ejercida en los últimos años a nivel local y regional en muchas áreas, entre ellas Sierra Leona, Nueva Guinea, Haití, Surinam y en las islas de las Islas Occidentales Holandesas (Curaçao, Aruba, Bonaire). (R. A. Hall, Jr. 1972: 151. Traducción de JCMC.)

El sistema educativo europeo está dirigido, en la enseñanza de las lenguas oficiales, a la evitación de cualquier forma de criollización, castigando y desfavoreciendo toda desviación, por mínima que ésta sea, de la norma establecida. Las clases dominantes

siempre han tenido miedo a los formas criollas de sus lenguas, que, de generalizarse, podrían acabar con su predominio cultural. Esto quizás pueda controlarse a escala europea, pero no a escala mundial donde continuamente están surgiendo formas criollizadas de las lenguas del imperialismo cultural dominante hoy en el mundo.

Volvemos al argumento inicial: ¿Hay algún rasgo exclusivamente lingüístico que permita identificar una lengua criolla como tipo diferente a una lengua no criolla o mixta? Los lingüistas han intentado durante años encontrar estos rasgos estrictamente lingüísticos que confirmen esta categoría. Si los tomamos en consideración, no encontramos ni una sola característica de las lenguas criollas que no esté en lenguas no consideradas mixtas. El profesor J. Holm, en su amplio trabajo sobre los sabires y criollos (J. Holm 1988), cita rasgos fonológicos, morfológicos, sintácticos, léxicos y semánticos típicos de las lenguas criollas. Pues bien, ninguno de ellos está ausente en lenguas no consideradas mixtas.

El criterio de que la mayoría del vocabulario sean préstamos de una de las lenguas de la mezcla, considerada la base de la misma, se da en muchas lenguas que no se consideran lenguas mixtas: el coreano y el japonés tienen un abundantísimo léxico chino y, sin embargo, los lingüistas no las consideran lenguas criollas. El inglés tiene muchísimos préstamos del francés, el español los tiene del árabe. Ninguna de las dos lenguas se consideran mixtas y no faltarían razones para hacerlo así, si usamos este criterio que aplicamos de modo tan determinante a las lenguas criollas.

En el ámbito de la morfología se dice que las lenguas criollas carecen por completo de flexión nominal o verbal. Supongamos que esto es cierto. Pero es que hay muchas lenguas en el mundo que carecen de flexión nominal y/o verbal (lenguas sino-tibetanas, malayo-polinesias) y no se las considera mixtas. El chino mandarín debería ser, según este criterio, una lengua criolla o mixta.

En el terreno de la fonología, Holm observa (988: 130-135) que bastantes lenguas criollas presentan el fenómeno de la pala-

talización. Pero este fenómeno se da de modo sistemático en lenguas celtas y eslavas, tales como el irlandés y el ruso, que ningún lingüista considera idiomas criollos.

En el nivel de la sintaxis se ha señalado como característica de los criollos la existencia de la construcción polirremática [10]. Esta construcción consiste en la aglutinación de varios verbos sin que exista ninguna conjunción entre ellos y sin que ninguno esté sintácticamente subordinado a los otros. Veamos un ejemplo del criollo inglés jamaicano: *ron go lef im* 'correr desde él', literalmente: *corre (ron), ve (go) deja (lef) le (im)*, en el cuadro siguiente (extraído de J. Holm et al. 1999: 300) vemos la construcción polirremática correspondiente en otros criollos:

lengua	*'correr desde él'*
jamaicano	ron go lef im
papiamento	kore bay lagá e
haitiano	kuri ale lese li
saramacano	kule go dis en

Resulta que la construcción polirremática es típica de nuevo del chino y de muchas lenguas indígenas de África. En chino, como en muchas lenguas criollas [11], no hay preposiciones, sino que se utilizan verbos en su función dentro de construcciones polirremáticas. Por ejemplo, en el criollo de base portuguesa de Santo Tomé *cómprame un sombrero* se dice *complá sapé da mu* (J. Holm 1988: 184), en donde el destinatario se marca mediante el verbo *dar*. Exactamente esto es lo que ocurre en chino mandarín, lengua que pocos gramáticos se atreverían a considerar criolla.

[10] En inglés *serial verb construction*. El término *polirremático* se propone y justifica en J. C. Moreno Cabrera 1998: 19 y 188. J. Holm 1988: 183-190, da un repaso al uso de este tipo de construcción sintáctica en diversas lenguas criollas. Véase también J. Holm et al. 1999.

[11] J. Holm 1988: 184, nos da ejemplos de este caso en varios criollos.

Podríamos seguir enumerando características utilizadas habitualmente para diagnosticar la calidad de criollo. Absolutamente todas se dan en las lenguas que no se consideran criollas.

Algunos romanistas se han dado cuenta de todo esto y tienen una visión de las lenguas criollas más cercana a la realidad:

> Otro punto de vista sobre la criollización, muy apoyado por los romanistas, es que se trata de una versión extrema y rápida del cambio lingüístico, que se lleva a cabo en condiciones sociales en las que hay una ruptura en la continuidad de la transmisión. La simplificación de la morfología flexiva, la pérdida de las distinciones redundantes como la de género, el recurso al orden de palabras para indicar las relaciones gramaticales y el uso de construcciones analíticas son al parecer meras intensificaciones de tendencias observables en la historia de todas las lenguas romances. Algunas lenguas, como el francés, han ido muy lejos en esta línea; otras, como el rumano, se han quedado más atrás. [...] Por tanto, no habría ninguna diferencia cualitativa entre un dialecto y un criollo, sólo cuantitativa, que dependería de factores tales como las diferencias sociales, la situación geográfica, el contacto de lenguas, etc. (R. Posner 1996: 225. Traducción de JCMC [página 278 de la versión española].)

¿Qué conclusión puede extraerse de estas consideraciones? Pues simplemente que el concepto de *criollo* es histórico, político e ideológico, pero no estrictamente lingüístico. La mayoría de las lenguas del mundo presentan algún grado de mezcla con otras lenguas, relacionadas o no genéticamente con ellas y, por tanto, todas las lenguas del mundo son criollas o, por lo menos, presentan algún grado de criollización. Es posible que a más de uno ofenda la afirmación de que el inglés [12] o el español son lenguas criollas, pero desde la idea de que las lenguas que llamamos criollas son tan lenguas como las demás desde un punto estrictamente lingüístico, hay que poner énfasis en que ello no debería ser

[12] T. McArthur 1998 examina esta propuesta y propone el término *hibridación* para caracterizar el inglés.

algo negativo o denigrante: la mezcla es consustancial a la naturaleza biológica y cultural de la humanidad.

El plurilingüismo, el sesquilingüismo y la criollización son los mecanismos ancestrales de que nos valemos los seres humanos para afrontar las situaciones de contacto lingüístico y cultural. También ancestrales son los mecanismos de conquista e imposición de una lengua y una cultura sobre la de los vecinos por la fuerza o por el convencimiento de que las demás lenguas o variedades son inferiores. Estos dos tipos de mecanismo son posibles, pero es una *manipulación ideológica inadmisible* presentar como acertada la opinión de que sólo podemos entendernos y prosperar si compartimos una única lengua común, es decir, la idea de que son los mecanismos de dominio los únicos que pueden llevarnos a una situación de entendimiento y comprensión intercultural. Hay que decir públicamente y en voz alta que existen otros mecanismos para conseguir el entendimiento y la armonía entre culturas y naciones y el progreso de la humanidad: las relaciones equilibradas y en pie de igualdad que se dan en una sociedad en la que aprender a hablar y a entender otras lenguas o variedades (por pocos hablantes que tengan) no se considere una tarea inútil y onerosa, en la que todos hacen el esfuerzo de entender a los demás independientemente de la variedad o lengua que hablen, en la que surgen mecanismos de compromiso lingüístico como los sabires y lenguas criollas, no consideradas como degeneraciones y corrupciones, sino como el resultado de una interacción lingüística y cultural que no puede tener otro efecto que el de enriquecernos cultural y humanamente.

Veamos como ejemplo de situación típica de plurilingüismo: el de una pequeña comunidad lingüística indígena en la que, por cuestiones históricas, sociales y políticas, hay tres lenguas diferentes que conviven de modo más o menos equilibrado. Se trata de los buangos, que viven en siete poblados en el distrito Morobe de Nueva Guinea [13]. Tienen tres lenguas: la suya propia, el

[13] G. Sankoff 1972. Los resultados del estudio de este autor se recogen en S. Romaine 1994: 65.

buango (lengua papú), el yabén (lengua papú), lengua utilizada para la evangelización luterana y la lengua criolla de base inglesa neomelanesio, idioma común de Nueva Guinea Papúa. El buango se utiliza en todas las situaciones formales en las que se dirige la palabra a un buango. En ellas, para los temas religiosos se puede utilizar también el neomelanesio y el yabén; para los temas políticos y organizativos, el buango comparte con el neomelanesio el protagonismo; para los temas tradicionales, el buango es la lengua que se utiliza exclusivamente.

En situaciones informales se utilizan el yabén y el neomelanesio cuando el medio es el escrito y, en el medio oral, se utiliza normalmente el buango; el yabén y el neomelanesio pueden usarse en circunstancias especiales, como, por ejemplo, a la hora de contar chistes.

Cuando los buangos se dirigen a un extranjero utilizan el idioma neomelanesio y cuando son no buangos se utiliza el yabén cuando se habla con maestros, misioneros o curas, el yabén o el neomelanesio cuando se hablan con los yabén, las tres lenguas cuando se habla con alguien que habla también buango, y en los demás casos se utiliza el neomelanesio.

Este tipo de situaciones plurilingües es muy frecuente en muy diversos rincones del mundo y no sería descabellado intentar que fuera un modelo para la convivencia en un marco de mayor equilibrio de las lenguas y naciones del mundo.

CAPÍTULO 6

MITOS SOBRE LA DIVERSIDAD DE LAS LENGUAS

Aquello que no entendemos es considerado habitualmente como algo negativo, algo de lo que debemos desconfiar. Cuando escuchamos una lengua que no conocemos, apenas percibimos un balbuceo informe y sin sentido alguno y en consecuencia tendemos a pensar que estamos ante una forma de comunicación imperfecta y primitiva. De ahí apelativos tales como *bárbaros*, *bereberes* u *hotentotes* [1]. La palabra *algarabía*, documentada desde finales del siglo XIII y que aparece en 1540 con el significado de 'lenguaje incomprensible, jerigonza' y en 1618 con el de 'griterío confuso', no es otra cosa que la expresión árabe *al'arabiyya* 'la (lengua) árabe'.

Sólo combatiendo la ignorancia, que hace que las impresiones superficiales nos confundan, podemos deshacernos de estas opiniones negativas sobre otras formas de hablar. Cuando aprendemos una lengua al principio extraña, allí donde antes no oíamos algo más que un ronroneo monótono e informe, descubrimos un habla conformada y con sentido.

[1] Como nos dice C. Junyent (1996: 48) *hotentot* corresponde a una fórmula que los koi repetían en sus danzas.

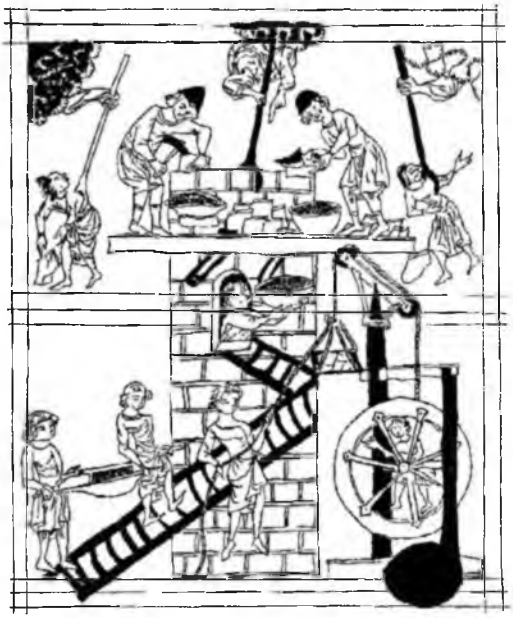


Figura 1. La construcción de la torre de Babel. *Biblia de Welislaw* (siglo XIV), Praga.

FUENTE: *Corps Écrit* 36, París, PUF 1991: 22.

La diferencia de lenguas ha sido vista desde muy antiguo como una maldición y un castigo divino [2]. El versículo 11 del Génesis es el texto que expresa este sentimiento de modo más crudo. Dios mismo origina la llamada *confusión de lenguas* como castigo hacia los hombres, que intentaron llegar hasta al cielo mediante una torre gigantesca:

> Era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras. En su marcha desde Oriente hallaron una llanura en la tierra de Senaar

[2] A. Borst (1957-1963) nos ofrece un exhaustivo repaso en seis gruesos tomos de todas las ideas y mitos sobre la diversidad de lenguas y naciones desde la antigüedad hasta nuestros días.

y se establecieron allí. Dijéronse unos a otros: «Vamos a hacer ladrillos y a cocerlos al fuego.» Y se sirvieron de los ladrillos como de piedra, y el betún les sirvió de cemento; y dijeron: «Vamos a edificarnos una ciudad y una torre, cuya cúspide toque a los cielos y nos haga famosos, por si tenemos que dividirnos por la haz de la tierra.» Bajó Yavé a ver la ciudad y la torre que estaban haciendo los hijos de los hombres, y se dijo: «He aquí un pueblo uno, pues tienen todos una lengua sola. Se han propuesto esto, y nada les impedirá llevarlo a cabo. Bajemos, pues, y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros.»

Este pasaje es especialmente interesante, ya que pone de manifiesto muchos puntos del pensamiento mítico sobre el lenguaje. Dios creó el mundo mediante actos de habla (dijo Dios: «Haya luz»). Es típico del pensamiento mítico dar al habla un poder creativo o mágico. En esta historia de la Torre de Babel se empieza diciendo que toda la tierra tenía una sola lengua (lo cual entra en contradicción con lo dicho en Génesis, 10. Ello puede hacer pensar que esta historia se introdujo más o menos arbitrariamente en este lugar, procedente de una tradición mítica diferente) y a continuación se señala el poder que da al hombre la lengua. El origen de la construcción de la ciudad y de la torre está en las palabras que unos se dicen a otros: el lenguaje tiene un poder ilimitado, pues no sólo está en el origen de las obras humanas, sino también en el de las divinas.

El lenguaje hace del hombre un dios, dado el carácter mágico del mismo. Dios empieza enunciando otro mito: el de la igualdad entre lengua y pueblo. A continuación inventa un procedimiento para impedir que el hombre, su creación, pueda desafiarle: se trata de hacer que dejen de entenderse; de ese modo no podrán cooperar como comunidad y elevar la altiva y desafiante torre. No sabemos si lo que se quiere decir es que dejaron de hablar de modo inteligible su lengua o si empezó cada uno a hablar una lengua distinta, pero lo cierto es que este castigo divino es una manera de explicar algo que el hombre durante mucho tiempo no supo aclarar: la diversidad de lenguas.

La diversidad de idiomas es, pues, un castigo divino, una maldición que nos hace considerar al hablante de otra lengua como un enemigo al que temer:

> Yavé hará venir contra ti, desde lejos, desde el cabo de la tierra, una nación que vuela como el águila, *cuya lengua no conoces*, gente de feroz aspecto, que no tiene miramientos con el anciano ni perdona al niño. (Deuteronomio 28: 49-50.)
>
> Contra vosotros, casa de Israel, voy a traer yo de lejos un pueblo, palabra de Yavé; un pueblo fuerte, un pueblo de antiguo abolengo, *un pueblo de lengua extraña, cuyas palabras no entenderéis*. Su aljaba es como sepulcro abierto, todos ellos valerosos; y devorarán tus cosechas y tu pan, a tus hijos y a tus hijas. (Jeremías 5, 15-16.)

Hoy en día sabemos que la diversidad de las lenguas no proviene de castigo divino alguno. Sabemos que las lenguas van cambiando y van dando origen a otras lenguas: del latín vulgar han surgido lenguas como el catalán, el occitano o el friulano y otras muchas lenguas romances entre las que está la que utilizamos en este libro.

Hay que esperar al Nuevo Testamento para tener un visión más positiva de la diversidad de lenguas:

> Aparecieron, como divididas, lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos quedando todos llenos de Espíritu Santo; y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según que el Espíritu les daba. Residían en Jerusalen judíos, varones piadosos, de cuantas naciones hay bajo el cielo, y habiéndose corrido la voz, se juntó una muchedumbre que se quedó confusa al oírlos hablar cada uno en su propia lengua. (Hechos de los Apóstoles 2, 3-6.)

La única forma de paliar algo el castigo divino es mediante una intervención sobrenatural que enderece momentáneamente el entuerto producido mucho tiempo antes. Ahora los pueblos conviven pacíficamente y ni se destruyen ni devoran mutuamente, sus lenguas conviven también pacíficamente. La palabra, de nuevo, es la que vuelve a congregar a los hombres («habiéndose

oído la voz...»), y lo curioso es que la gente debía estar acostumbrada a la existencia de otras lenguas ya que lo que les confunde en este caso es que hablando una única lengua todos escuchen la propia.

Para alivio de las academias de idiomas, el Espíritu Santo no sigue prodigando lenguas de fuego, aunque más de uno daríamos lo que fuera por gozar de una de tales lenguas. La única forma que conocemos de hablar lenguas ajenas a nosotros es haciendo el esfuerzo de aprenderlas, como una forma más de acercarnos al prójimo, de conocerle o comprenderle mejor.

Cuando oímos hablar nuestro idioma con aceptable corrección a una persona cuya primera lengua es diferente de la nuestra, tendemos a creer que no le cuesta esfuerzo, que es para ella algo natural. Pero no es así; excepto en casos de bilingüismo, esa segunda lengua es menos natural que la lengua nativa y cuesta más o menos esfuerzo expresarse en ella. Tendemos a creer que esas personas que hablan bien o muy bien nuestra lengua han sido iluminadas por una lengua de fuego y no les cuesta nada hablarla, porque son más aptos que nosotros para las lenguas. De modo que ¿para qué nos vamos a molestar en aprender a hablar la suya? Pero sólo podremos comprender su situación cuando nosotros hagamos con su lengua lo mismo que ellos han hecho con la nuestra: aprenderla.

La inmensa mayoría de las personas que tienen el catalán o el occitano como lengua nativa primera, hablan fluidamente el español y el francés. Pero hay que reconocer que tendrán siempre que hacer un mayor esfuerzo para hablar esa lengua segunda que la nativa y el caso es que los monolingües no aprecian ese esfuerzo en absoluto. ¡Qué distinto sería si los monolingües que hablan sólo español o francés intentaran aprender catalán u occitano! Se darían cuenta de que no hay lenguas de fuego y de que, por muy bien que llegaran a hablarlo, nunca lo harían con tanta comodidad como su lengua nativa. Por mucho que uno domine una lengua segunda, habrá ciertas esferas de la vida cotidiana en las que se sentiría mucho más cómodo usando su lengua nativa.

Supongamos que nuestra historia se ha desarrollado de otra manera y ahora España es un estado islámico, en el que la lengua oficial es el árabe. ¿No lucharíamos por poder utilizar nuestro minúsculo e insignificante dialecto castellano al declarar y contestar preguntas ante un tribunal de justicia o al aprender matemáticas en la escuela o al hacer una entrevista de trabajo? ¿No es eso lo que les ha ocurrido no hace mucho tiempo a muchos catalanes, vascos y gallegos cuya lengua nativa es el catalán, vasco o gallego? Es una situación que a un hablante monolingüe de una lengua dominante le cuesta muchísimo entender, pero que uno de los más grandes lingüistas de este siglo, Leonard Bloomfield, reconoció en los años veinte:

> Ninguna lengua es como el habla nativa que uno aprende de los brazos de su madre; nadie está nunca perfectamente seguro en la lengua que adquirió después. (L. Bloomfield 1927: 271.)

CUADRO 7

EL CHOVINISMO LINGÜÍSTICO

El desprecio por la lengua de los demás suele ir unido al aprecio exagerado de la lengua propia. Esto fue evidente en Europa desde los movimientos de reafirmación nacionalista que dieron paso, entre otras cosas, a la sustitución del latín por las lenguas vulgares, que supusieron una de las señas de identidad de esos estados nacionales emergentes. U. Eco (1994: 88-93) nos proporciona algunos testimonios de chovinismo lingüístico. Se nos refiere que el flamenco Goropius Becanus afirmaba en 1569 que los antepasados de los nativos de Amberes descendían directamente de los hijos de Jafet que, al no estar en la Torre de Babel, escaparon a la confusión de lenguas. El flamenco, pues, es superior a todas las lenguas porque preserva la lengua en la que hablaba Adán. El barón de Ryckholt, en 1868, publica un libro cuyo título es elocuente: *El flamenco, lengua primera, madre de todas las lenguas*. Veamos un pasaje, aducido por Eco (1994: 93), donde Rowland Jones en su obra *The Circles of Gomer* nos habla sobre las excelencias de la lengua inglesa:

> [la lengua inglesa] es la madre de todos los dialectos occidentales y del griego, hermana mayor de las lenguas orientales, y, en su forma

concreta, la lengua viva de los Atlánticos y de los aborígenes de Italia, de Galia y de Bretaña.

Este autor sostiene que la lengua inglesa es heredera directa de las lenguas celtas; de ahí sus extravagantes afirmaciones.

Todas estas aseveraciones son de carácter genealógico. Para exaltar la propia lengua se la pone en contacto histórico inmediato con la lengua primigenia, la madre de todas las lenguas, la lengua que hablaba Adán y, por qué no, la que habla el propio Dios.

En España encontramos también ejemplos de juicios que suponen una reafirmación de la lengua propia frente a la de la ciencia y la cultura durante siglos: el latín. Lázaro Carreter nos cita el siguiente párrafo del padre Masdéu de 1783:

> Los españoles, en su dialecto, han mejorado aquella nobleza romana; porque conociendo ellos que la combinación de las letras entre sí es la que forma el sonido de las palabras [...] se aplicaron con diligencia a juntar en su dialecto la dulzura con la majestad, quitando a todos los vocablos latinos toda la dureza que tenían. (F. Lázaro Carreter 1949: 169.)

Como dice el profesor Lázaro Carreter, Masdéu hace algo impensable poco tiempo antes: afirmar que el español ha mejorado al latín.

La línea genealogista se ve también en la defensa que hace del vasco el padre Larramendi, en su gramática del vascuence (1729), primera gramática conocida de esta lengua, tal como nos recuerda A. Tovar (1980: 72). De su *De la antigüedad y universalidad del Bascuenze en España*, Tovar nos ofrece este pasaje:

> Pues digo que el bascuenze según esta regla es la mejor y más perfecta que las demás, a lo menos que el latín, romance, francés, italiano. (A. Tovar 1980: 72.)

Como nos recuerdan Manjón Pozas y Luque Durán (1997: 215-16), esta exaltación de la lengua nacional se da en todas las

latitudes. El árabe y el ruso son considerados por sus hablantes como las lenguas más perfectas, bellas, ricas y adecuadas. He aquí un conocidísimo texto en el que Mijail Lomonósov, en el siglo XVIII, canta las excelencia del ruso:

> La lengua rusa es superior a todas las demás lenguas de Europa tanto por el alcance y extensión de las zonas donde se habla como por su riqueza y abundancia. (F. J. Manjón Pozas y J. D. Luque Durán 1997: 216.)

Este tipo de aserciones sobre la preeminencia de las lenguas es muy similar a las afirmaciones sobre la verdad de las religiones: una persona de creencias islámicas asegurará e incluso dará la vida por demostrar que su religión es la única verdadera; lo mismo puede llegar a hacer un budista, un hinduísta o un cristiano. Es claro que todos no pueden estar en lo cierto; todos menos uno se equivocan o, para ser más justos con todos, podemos decir que todos se equivocan. Es claro que por el camino de la exclusión no vamos a ninguna parte, como lo han demostrado las guerras llamadas *de religión* más de una vez. Sería mejor relativizar nuestras creencias, para evitar este tipo de exclusiones por principio.

Aplicando esto a nuestros juicios sobre las lenguas, podemos decir que todos tenemos derecho a cantar las excelencias de nuestras lenguas, porque *nunca* nos faltará razón. Lo que no está objetivamente justificado es hacerlo a costa o en detrimento de la lengua o dialecto del vecino. Con esto parece que todos podemos estar de acuerdo.

Los dialectos andaluces se ven a veces como variedades corruptas, imperfectas y empobrecidas del español estándar, que deben estar ligados a éste y no deberían constituirse en *lengua*:

> Es perfectamente planteable considerar al andaluz como una variedad más «blanda, suave» que la castellana. Lo mismo que también es planteable que el andaluz deba seguir subordinado al español. Es decir, que la lengua andaluza, frente a lo que algunos exaltados predican, no debe romper amarras con el castellano e independizarse

como lengua porque esto llevaría al andaluz a la situación absurda de fragmentarse en multitud de hablas, con lo cual en vez de poseer una lengua de cultura estandarizada se pasaría a una situación como la de las lenguas bereberes actuales. (F. J. Manjón Pozas y J. D. Luque Durán 1997: 218.)

En definitiva, el andaluz no debe acceder al estatus de lengua de *cultura*, porque se fragmentaría en multitud de hablas. Es la maldición que se suele pronunciar cuando se considera la posibilidad de que el *estatus* de una variedad como la lengua estándar de *cultura* pierda en todo o en parte su dominio sobre las demás. El dilema se expone en toda su crudeza: o la subordinación incontestable e incuestionable de esa variedad a la estándar o la barbarie.

Primero, hay que decir que, desde el punto de vista estrictamente lingüístico, los dialectos andaluces (cualquiera de ellos) son tan dignos y tan capaces de constituir la base de una lengua estándar como lo pudo ser en su día el dialecto castellano. Otra cosa muy distinta es la conveniencia o no de llevar a cabo esto. Pero no hay ningún criterio estrictamente lingüístico que haga imposible o impensable la creación de un estándar andaluz diferente del estándar basado en el dialecto castellano.

Pero es que aquí hay un hecho de historia de la lengua española que se obvia y que se resume perfectamente en el siguiente párrafo:

A pesar de que la corte se asentara en Valladolid y sobre todo en Madrid, la pronunciación del sur, principalmente la sevillana, no solo se mantuvo, sino que se llevó a América, puesto que Sevilla era el centro de organización y gobierno de la colonización. Más que influencia entre andaluz y americano, se trata de que hoy día, si no se detalla más, hay dos pronunciaciones básicas, y una de ellas es la de España meridional y América. [...] Hay, pues, dos dialectos, en el siglo XV pero también hoy [...] Sin embargo, el otro dialecto, el sevillano y americano, no solo sigue siendo hablado (por un número nueve veces mayor de personas que el otro), sino que, si hay que aplicar el criterio de la literatura, ha producido verdaderas obras de

arte verbales. En lugar de tener la lengua española el dialecto andaluz y el americano, ocurre que lo que se suele considerar como lengua resulta ser un dialecto, el castellano. Lo interesante, lo que hay detrás de considerar como lengua lo que es un dialecto, es la función social que cumple ese dialecto y cómo ha llegado a ella. (J. Garrido 1997: 71-72.)

No hay, pues, ninguna justificación histórica para pensar que la variedad andaluza-americana deba seguir subordinada a la castellana, sino más bien para todo lo contrario. Pensar que el andaluz debe seguir subordinado a la norma estándar castellana si no quiere convertirse en un conglomerado de hablas es una postura claramente ideológica y no se puede entender más que desde una posición de hegemonía cultural, política y económica, nunca desde una postura estrictamente lingüística y gramatical. Hemos examinado ya esta cuestión detenidamente en el capítulo 5.

CAPÍTULO 8

LA EXCELENCIA DE LOS TIPOS LINGÜÍSTICOS

Sólo muy tardíamente ha llegado a nuestra cultura occidental el conocimiento de la riqueza lingüística de nuestro planeta. Durante siglos los mitos bíblicos y los prejuicios etnocentristas han limitado severamente el reconocimiento de esta riqueza lingüística. Si en la Roma antigua a algún estudioso se le hubiera ocurrido ni siquiera insinuar que las lenguas de los pueblos bárbaros contra los que César luchó en la Galia procedían de la misma lengua madre que el latín, le hubieran tachado de loco. Hoy en día, quienes afirman esto suelen desempeñar labores docentes en las Universidades de todo el mundo.

Sólo se pudo ser consciente de la inmensa variedad lingüística del orbe cuando se entró en contacto con comunidades lingüísticas de los rincones más alejados del planeta. Desde principios del siglo XVI , cuando Magallanes da la vuelta al mundo, hasta finales del XVIII, cuando James Cook explora el norte del Pacífico, se va tomando contacto con pueblos de cultura y lengua hasta entonces ignotas [1].

[1] Los primeros panoramas mínimamente completos de la diversidad lingüística del planeta se empiezan a hacer en el siglo XVIII. Entre ellos destaca el de Hervás y Pan-

La primera gran clasificación de las lenguas del mundo la hace el jesuita español Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809), pero hasta el siglo XIX no empezamos a tener estudios gramaticales fiables sobre lenguas de tipología diferente a las europeas. Precisamente de los estudiosos del siglo XIX surge la famosa clasificación de las lenguas en tres tipos básicos: aislante, aglutinante y flexivo.

Al estudiar el chino y otras lenguas de Asia como el vietnamita o el tai, se vio que no se encontraban las terminaciones que en latín y en griego (no olvidemos que la teoría gramatical estaba y está todavía asentada en la gramática grecolatina) indicaban la función de las palabras en la oración y que lo que se tenía era una sucesión de palabras muchas de ellas inanalizables, como ocurre en la siguiente frase española: *ya va mañana a casa,* donde ninguna de las palabras de que consta puede segmentarse, por lo menos en un primer acercamiento, en elementos más pequeños con significado léxico o gramatical. En estas lenguas, algunas de esas palabras inanalizables tienen una función gramatical (análoga a las que tienen en esa oración en español *ya* y *a*) y otras tienen un significado léxico (como el español *casa*). A estas lenguas se las denominó *aislantes*, pues se suponía (erróneamente) que constan únicamente de palabras aisladas.

Se descubrió, por otro lado, que en otro tipo de lenguas, como, por ejemplo, las túrquicas (turco, kazajo, uzbeco, entre muchas otras) o las ugrofinesas (húngaro, lapón, estonio, entre otras), sí existen en las palabras terminaciones que indican la función de las mismas de la oración. Pero se observó que, a diferencia de lo que ocurre en latín y en griego, esas terminaciones se agrupaban formando hileras más o menos largas, añadiéndose a las palabras como cuentas de un collar. En estas lenguas son muy comunes palabras que presentan un gran número de afijos (prefijos, infijos o sufijos) como, por ejemplo, el español *desenmascaradoras*, que podemos segmentar de esta manera: *des-en-mascarador-a-s*. Vemos cómo en torno a la palabra *máscara* se van

duro originariamente publicado en italiano en 1784 y en una versión española en seis volúmenes entre 1800 y 1805.

añadiendo prefijos y sufijos: de *máscara* obtenemos el verbo *enmascarar*; de este verbo formamos un nuevo verbo: *desenmascarar*; a su vez, de este verbo derivamos el sustantivo *desenmascarador* al que le añadimos el sufijo de femenino *a* y el del plural *s*. Estos procedimientos son muy frecuentes y sistemáticos en las lenguas referidas, a las que se clasificó como *aglutinantes*, porque los afijos se aglutinan en torno a la palabra.

Por último, las lenguas como el latín o el griego presentan variaciones de las palabras en función de su papel gramatical, pero en ellas los afijos no se yuxtaponen como en las lenguas aglutinantes, sino que se funden en unas terminaciones que pueden expresar varias categorías gramaticales simultáneamente. Por ejemplo, la terminación *-nis* de *homi-nis* 'del hombre' expresa a la vez *número* (singular), *género* (masculino) y *caso* (genitivo). Una palabra similar de una lengua aglutinante presentaría un afijo distinto para cada categoría. Estas lenguas se clasifican como *fusionantes* o *flexivas*.

Un dato fundamental es que las lenguas no son puramente aislantes, aglutinantes y flexivas, sino que, dependiendo de determinados ámbitos de la morfología, presentan de modo gradual las propiedades que se asocian a cada uno de estos tipos. La prueba es que hemos podido ejemplificar los tres tipos con la misma lengua: el español.

Pronto se descubrió que existía una relación entre los tres tipos, que se hace palmaria en cuanto comprobamos cómo cambian las lenguas: las construcciones aislantes dan lugar a las aglutinantes y éstas dan lugar a la flexión. Esto lo podemos ilustrar con un sencillo ejemplo. En latín existía la expresión *hac hora* 'en esta hora' formada por el ablativo de *haec* 'esta' y el de *hora* 'hora'; esta expresión se convirtió en una sola palabra por aglutinación, dando *hacora* y de ahí *agora* en castellano medieval, que ha dado origen a nuestro adverbio *ahora*. Si consideramos *ahora* como una forma adverbial de *hora*, podemos ver el ciclo completo *aislamiento* < *aglutinación* < *flexión*.

A partir de hechos reales como éstos se empezó a forjar la idea de que las lenguas aislantes y aglutinantes son estadios de

desarrollo lingüístico evolutivamente anteriores al estadio de la flexión, siendo el aislante el más primitivo, seguido del aglutinante y del flexivo, que sería el nivel de desarrollo más evolucionado[2]. Comoquiera que las culturas más admiradas por entonces eran la grecolatina y la india y que estas culturas tuvieron lenguas flexivas, la conclusión estaba servida: el latín, el griego y el sánscrito son lenguas más evolucionadas que las demás. Los lingüistas del siglo XIX creyeron haber encontrado una prueba irrefutable de que había lenguas más primitivas y menos desarrolladas que otras.

Pero este razonamiento tiene un inconveniente gravísimo. Si el latín y el griego han alcanzado el grado máximo de desarrollo, entonces las lenguas romances, que han perdido casi completamente las flexiones latinas, deben ser corrupciones y regresiones de esa lengua latina. La conclusión era inescapable: después de una lengua flexiva sólo puede haber decadencia y degeneración. Resulta que el inglés antiguo es una lengua flexiva y el inglés moderno es una lengua casi completamente aislante, como ocurre con el francés hablado moderno. ¿Quiere esto decir que, a diferencia de lo que ocurre en el desarrollo biológico de las especies, las lenguas se van degradando progresivamente y van recorriendo hacia atrás el camino de la evolución lingüística para acabar siendo lenguas más primitivas y menos evolucionadas?

Casi nadie duda en adscribir al francés y al inglés modernos el estatuto de lengua evolucionada y pocos afirmarán que se trata de idiomas primitivos. Ironías del destino. Esperaban los europeos encontrar lenguas primitivas en los lejanos parajes que exploraban y hete aquí que es el idioma del capitán Cook el que resulta ser una lengua primitiva o menos evolucionada.

Hoy día se sabe que los estadios *aislante* > *aglutinante* > *flexivo* no constituyen una línea, sino un círculo: las lenguas flexivas pasan a aislantes y el ciclo se repite. Este ciclo es un ciclo de cambio lingüístico que se da de una forma característica en cada lengua o familia lingüística y no es un ciclo evolutivo que da origen

[2] Véase la breve exposición de O. Ducrot y J-M. Schaeffer 1995: 25-26.

a lenguas más evolucionadas a partir de lenguas más primitivas. Además se sabe que ninguna lengua manifiesta estos tipos de modo puro, sino que el ciclo está en distintas fases según la parcela de una misma lengua que se estudie. En consecuencia, el cambio entre los tres estadios no es un cambio evolutivo, sino un cambio que no saca a las lenguas de la especie única a la que pertenecen.

Fue el gran lingüista W. von Humboldt (1767-1835) quien contribuyó de una manera decisiva a implantar en el siglo XIX este mito de que las lenguas flexivas están más evolucionadas que las aislantes y las aglutinantes, utilizando un razonamiento más filosófico que lingüístico. Y esto no supone desmerecer un ápice la meritoria y decisiva labor de este estudioso como fundador de la lingüística moderna; al contrario, engrandece aún más su figura y además demuestra que los prejuicios no siempre impiden que un estudioso realice contribuciones preciosas al saber de su época y de épocas posteriores. ¿Quita un ápice de grandeza a Aristóteles el que consintiera la esclavitud? Los estudiosos son personas de su tiempo engrandecidos y limitados a la vez por su época.

Veamos un texto del maestro alemán, revelador de esta idea de la superioridad de las lenguas flexivas sobre las aglutinantes y aislantes:

> Si he alcanzado mi objetivo de exponer el método flexivo en su forma más completa, y de mostrar cómo sólo él es capaz de conferir a la palabra [...] su *verdadera consistencia interior*, así como mantener certeramente separadas las partes de la frase tal como lo quiere el necesario entrelazamiento de las ideas, ya no cabrá duda alguna de que *sólo este método guarda en sí el principio más puro de la organización del lenguaje*. [...] *el método flexivo se muestra como un principio genial, nacido de la intuición verdadera del lenguaje*. Pues así como las otras lenguas se esfuerzan penosamente por reunir los hechos singulares en una frase, o bien por representar ésta como un todo único desde el principio, el sistema flexivo dota directamente a cada parte de la impronta correspondiente a la conexión de ideas que se realiza en cada caso, y por su naturaleza no es posible distinguir en el discurso

cada parte de su relación con esa conexión de las ideas. (W. von Humboldt 1836: 209-210.)

Este párrafo está sacado de la principal obra de Humboldt (Humboldt 1836), de la sección titulada «La pureza del principio de formación de las lenguas como origen de una diferencia fundamental entre ellas». Ya la propia palabra *pureza*[3] es sospechosa, pues dentro del terreno del lenguaje, como de otros aspectos del ser humano, nos encontramos fundamentalmente con la impureza, la heterogeneidad y la variedad. Exigir pureza al lenguaje, igual que exigírselo a las supuestas razas, va contra las leyes más elementales de la naturaleza y, desde nuestro punto de vista, de la cultura. En el primer párrafo se afirma que la flexión confiere a la palabra *su verdadera consistencia interior*[4] y pone de manifiesto el principio más puro de la organización del lenguaje[5]. Las lenguas flexivas son las más puras. Esto suena a prejuicio y lo es, según nuestro punto de vista. La flexión da a las palabras su *verdadera* consistencia interior y es el principio más *puro*. Las palabras *verdadero* y *puro* usadas en este contexto ponen de manifiesto que estamos ante prejuicios más o menos declarados. Los términos *verdad* y *pureza* referidos a procesos son más propios del vocabulario religioso que del vocabulario científico. No menos ideológica es la afirmación de que el procedimiento flexivo es *un principio genial, nacido de la intuición verdadera del lenguaje*[6]. El adjetivo *genial* parece más sacado de un juicio estético que de una constatación puramente lingüística, por no hablar de *intuición verdadera*. Si ya de por sí el término de *intuición* es bastante nebuloso, no menos lo es distinguir una intuición verdadera de otra falsa.

Este uso de términos y conceptos de carácter ideológico en un contexto que debería ser estrictamente empírico y objetivo en la

[3] En el original alemán *Reinheit*.
[4] *Die wahre innere Festigkeit*, en el original alemán.
[5] *Das reine Prinzip des Sprachbaues*, en el original alemán.
[6] *Ein geniales, aus der wahren Intuition der Sprache hervorgehendes Princip*, en el original alemán.

lingüística del XIX no debe extrañarnos, ya que por entonces esta disciplina acababa de nacer y no disponía de un sistema conceptual y analítico claro. Hoy en día a pocos lingüistas se les ocurriría utilizar estos adjetivos en sus propuestas de descripción lingüística, aunque ello no quiere decir que quienes usen una terminología reputada como científica estén libres de prejuicios.

Augusto Schleicher (1821-1865), quien desarrolló el método científico de la reconstrucción lingüística histórico-comparativa, aceptó la excelencia de la flexión, como puede apreciarse en este texto:

> La esencia de la flexión radica, como ya se ha mostrado antes, en que expresa la fusión espiritual, la auténtica inseparabilidad del significado y la relación, a través de una correspondiente fusión e inseparabilidad del significado y la relación de los elementos fónicos; con otras palabras, la raíz puede ser modificada a través de la flexión. Los elementos aún rígidos de las lenguas aglutinantes se han hecho ahora flexibles, la lengua posee la capacidad de seguir paso a paso la actividad espiritual en su esfera sonora. Es éste el grado más alto que puede alcanzar la organización lingüística. (A. Schleicher 1850: 113. Traducción de JCMC.)

Aquí Schleicher denomina a las unidades gramaticales de las lenguas aglutinantes como *rígidas*[7] y nos dice que en las lenguas flexivas éstas se han hecho *flexibles*[8], haciendo un juego de palabras con el concepto de *flexión*[9].

Estamos ante unos juicios de valor claramente ideológicos, tal como ha mantenido algún autor:

> Lo que nos interesa en esta estratificación es ante todo su aspecto normativo-eurocentrista. Las lenguas flexionadas son las más evolucionadas (es el aspecto normativo) y corresponden como por casualidad a las lenguas indoeuropeas (es el aspecto eurocentrista). [...]

[7] *starr* en el original alemán.
[8] *biegsam* en el original alemán.
[9] En alemán *Beugung*.

Ahora, tras el lento descubrimiento del mundo que marca los siglos XVII y XVIII, estamos en plena defensa de Occidente contra el resto del planeta: no se trata tanto de demostrar la superioridad del francés sobre el alemán, o viceversa, cuanto la superioridad de las lenguas indoeuropeas sobre el resto. (L.-J. Calvet 1981: 33.)

En el mismo sentido tenemos esta otra opinión:

La hipóstasis entre una interpretación evolucionista de una realidad estructural y la interpretación finalista de la evolución, sumada al prejuicio etnocéntrico que interpreta los hechos en función de la propia posición cultural del investigador (para los lingüistas europeos las lenguas clásicas, griego, latín y sánscrito, y por extensión las indoeuropeas, y en consecuencia su alemán nativo, representaban la máxima perfección de la forma lingüística), dio lugar a una ideología que venía a justificar, en el orden lingüístico, la preeminencia de los pueblos europeos en el orden cultural. [...] Para Sapir aquellos prejuicios, hijos del evolucionismo y del eurocentrismo, así como de una concepción limitada de la realidad lingüística, debían ser erradicados de la actividad científica y en su lugar substituidos por una actitud abierta y relativista. (J. Argente 1996: 367.)

Estas valoraciones hubieran sido muy diferentes si la lingüística se hubiera ideado en una sociedad con una lengua aglutinante. No habrían faltado argumentos para decir que las lenguas flexivas suponen una corrupción y una decadencia de las aglutinantes. Una característica típica de las lenguas aglutinantes es que conocen la declinación y la conjugación, pero como los afijos que señalan las diversas categorías gramaticales (número, caso, persona, tiempo, modo...) se mantienen perfectamente diferentes y delimitados entre sí y respecto de la palabra a la que afectan, no existe más que una única declinación y una única conjugación. Se trata de una situación muy diferente de la que observamos en las lenguas flexivas como el latín y el griego, en las que hay varios modelos de declinación y varios modelos de conjugación, en los que es imposible delimitar fónicamente la expresión de categorías como el número, género, tiempo, modo

o persona. Esta situación caótica, comparada con la que hay en las lenguas aglutinantes, podría haber sido fácilmente considerada como resultado de una corrupción y no como ejemplo de un principio genial de síntesis fusionante.

Hoy en día pocos siguen manteniendo esta idea, que era moneda común entre los lingüistas del XIX. La jerarquía entre aislamiento, aglutinación, flexión y luego de nuevo aislamiento etc., señala algunos de los caminos por los que circula el cambio lingüístico, pero, como hemos razonado en el capítulo anterior, no hay pruebas de que constituyan diversos estadios del desarrollo evolutivo de las lenguas.

Con todo, se han seguido ensayando intentos de establecer criterios para evaluar las lenguas. El gran lingüista danés O. Jespersen utiliza un criterio que se basa en la eficiencia comunicativa. Si la función de las lenguas es la de comunicar pensamientos y sentimientos, serán mejores aquellas lenguas en las que se consiga la mayor eficiencia comunicativa con el menor esfuerzo:

> Aquellas lenguas que van más lejos en el arte de conseguir mucho con pocos medios están en un lugar superior o, con otras palabras, que sean capaces de expresar la mayor cantidad de significado con el mecanismo más simple. (O. Jespersen 1922: 324. Traducción de JCMC.)

En última instancia, esto significa que serán mejores las lenguas en las que con menos esfuerzo se digan más cosas. El mismo Jespersen reconoce que los hablantes nativos de las lenguas parecen realizar exactamente el mismo esfuerzo cuando hablan su idioma. Lo cierto es que, por muy compleja y poco económica que nos parezca una forma de expresión en una lengua, a sus hablantes nativos les parecerá mucho más sencilla y fácil de utilizar que otra expresión equivalente en otra lengua que tenga una apariencia mucho más simple y manejable.

Si miramos la hechura de las lenguas del mundo, podemos comprobar que todas sin excepción estarían calificadas de igual

modo respecto del criterio de Jespersen, dado que si se realiza algún cambio en uno de los rasgos esenciales de las lenguas (como los que hemos enumerado en el capítulo 4) se produce inmediatamente una situación que hace el idioma inmanejable y difícilmente aprendible o tratable y, por tanto, menos eficiente que los idiomas que conocemos.

Todas las lenguas del mundo distinguen entre palabras o usos de palabras que denotan entidades y palabras y usos de palabras que denotan propiedades. En todas las lenguas conocidas la traducción de una oración como *Juan es alto* supone la existencia de dos unidades diferenciables: una que denota la persona y otra que denota la propiedad de la persona. Es evidente que, en teoría, una lengua que utilizase un solo elemento para denotar *Juan es alto*, sería más eficiente, pues expresaría lo mismo pero con menos medios. Supongamos que modificamos el español para que la palabra CAISO signifique *Juan es alto*; necesitaríamos otro elemento inanalizable para expresar *Juan es bajo*, pongamos POLTA y así sucesivamente. Es fácil ver que una lengua natural así es imposible de usar eficientemente y de aprender: necesitaríamos retener en nuestra memoria muchas más palabras de las que podríamos dominar en toda nuestra vida.

Si las lenguas son como son, si comparten las características esenciales que vimos en el capítulo 4 es, sencillamente, porque ésa es la única forma en la que podemos tener un medio de comunicación aprendible, transmitible y utilizable en la comunicación diaria de las comunidades humanas. Las diferencias entre las lenguas no pueden alterar ese rendimiento óptimo que se deriva de esas características universales de las lenguas humanas y, por tanto, no pueden servir de base para una evaluación de la eficiencia lingüística. Las lenguas sólo pueden ser eficientes si tienen todas las características universales señaladas y no las tienen en mayor o menor grado: simplemente las tienen o no las tienen. Si las tienen son lenguas naturales; si no, no son lenguas humanas naturales. El criterio de Jespersen no se puede aplicar a las lenguas humanas concretas sino sólo al lenguaje humano en general en tanto que sistema de comunicación con unas propieda-

des que hacen que sea óptimo en cuanto a la eficiencia y, por ende, que todas sus posibles concreciones en forma de lengua natural sean igualmente óptimas [10].

[10] En realidad, la idea de Jespersen de que su criterio sirve para calificar lenguas concretas se debe a un prejuicio que él mismo confiesa: «A mi entender, no cabe la menor duda de que lenguas diferentes difieren marcadamente en cuanto a su facilidad, incluso para los hablantes nativos» (Jespersen 1922: 325). Como veremos en los capítulos siguientes (especialmente en el capítulo 10), no existe forma objetiva alguna de establecer grados absolutos de facilidad o dificultad entre las lenguas.

CAPÍTULO 9

LENGUA, SOCIEDAD Y MENTALIDAD *PRIMITIVAS*

La actitud de los europeos ante las lenguas de los pueblos indígenas de las diversas partes del mundo considerado como no civilizado puede ser muy bien caracterizada mediante el conjunto de anécdotas relacionadas con el origen de la palabra *canguro*, que nos resume Dixon en su libro sobre las lenguas de Australia (R. M. W. Dixon 1980:8). Cuando el capitán Cook y su tripulación llegaron a Australia en abril de 1770 a bordo del *Endeavour*, lo hicieron en lo que es hoy Sydney, al sureste del continente. Después continuaron por la costa oriental de Australia hacia el norte y en junio llegaron a la parte nororiental del continente, a lo que es hoy día *Cooktown*, a más de dos mil kilómetros de Sydney. Fue allí donde tomaron mayor contacto con los nativos. Éstos hablaban la lengua *gugu yimidir* y comunicaron el nombre en su lengua de un extraño animal que sorprendió a los europeos. El nombre en gugu yimidir es [gaŋurru] y lo transcribieron al inglés como *kangooroo* o *kanguru*. En 1788, el gobernador Arthur Phillip, en Sydney, utilizó la lista de palabras recogida por el capitán Cook, pensando equivocadamente que había sido obtenida en aquella zona (y no a más de dos mil kilómetros de distancia). A Phillip no le preocupó si las personas nativas con las que que-

ría comunicarse eran las mismas con las que habló Cook, pues suponía que todos los nativos de Australia hablaban la misma lengua. Los *daruk*, el pueblo con el que interactuó, no reconocieron la palabra *kangooroo*, ni ninguna de las palabras recogidas por Cook; de hecho, pensaron que se trataba de una palabra inglesa para cualquier animal doméstico e incluso les preguntaban a los ingleses si las vacas eran un tipo de *kangooroo* [1]. Posteriormente, en 1820, el capitán P. P. King visitó la zona de Cooktown, donde Cook recogió la palabra *canguro* y comprobó que la lista de Cook era exacta, excepto por el hecho de que los nativos no reconocieron *kangooroo*. De hecho, los nativos utilizaron en vez de [gaŋurru], la palabra *min-naar*. A partir de aquí se pensó que Cook se había equivocado y que en realidad esa palabra no denotaba animal alguno; incluso llegó a deducirse que *kangooroo* significa 'no lo sé' en gugu yimidir.

Este malentendido surgió de dos factores. En primer lugar, [gaŋurru] lo que denota en gugu yimidir no es cualquier canguro, sino un tipo de canguro grande de piel oscura. En segundo lugar, la manera de pronunciar la palabra no es la que sugiere la ortografía inglesa: *kan-gooroo* sino *kang-ooroo*.

La conjunción de estos dos hechos: la mala pronunciación más el señalamiento de una especie de canguro probablemente diferente de la que denota la palabra original, hizo surgir los equívocos sobre la interpretación de esta palabra, que hoy en día es una palabra universal.

Esta historia muestra algunos de los prejuicios que tenemos o hemos tenido los europeos sobre las lenguas indígenas de otros continentes.

Primero, la idea de que lo que nosotros percibimos como igual debe ser también percibido como igual por otros [2]. Los nativos australianos son capaces de diferenciar entre diversos tipos

[1] Nos cuenta Dixon que diversas palabras australianas del inglés fueron tomadas del daruk, como *dingo*, *gin* o *woomera*.

[2] Y lo que nosotros percibimos como distinto debe también ser percibido como distinto por los demás.

Mapa 3. Localización aproximada de las dos lenguas australianas a que se refiere el texto.

de canguro y los europeos, por su falta de familiaridad con el animal, no. Por ello, la palabra [gaŋurru] denota un tipo de canguro, pero no 'canguro' en general, igual que en español *percherón* denota un tipo de caballo o yegua y no este animal en general. Esto podría llevarnos a pensar que los nativos no tienen palabras que designen genéricamente, como nosotros. Pero resulta que la palabra que les dieron los hablantes de gugu yimidir al capitán P. P. King, *min-nar,* denota 'cualquier animal comestible'; el español (y creemos que el inglés) carece de una palabra tan general que tenga esa denotación.

En segundo lugar, se pensaba que todos los habitantes aborígenes de Australia hablaban la lengua australiana (o dialectos de ésta), pero esto no es así: había muchas lenguas diferentes, tan distintas entre sí como las europeas o asiáticas.

Nuestra falta de entendimiento adecuado de lenguas de otras culturas está, como vemos, basada en prejuicios que nos llevan lejos de una visión objetiva y enriquecedora de la diversidad lin-

güística y cultural del planeta. De esos prejuicios surgen a veces afirmaciones que siguen llegando hoy día a las páginas de artículos y libros. Por ejemplo, se anota en dos libros publicados en España en 1998, que los hablantes de lenguas *primitivas* necesitan de los gestos para entenderse:

> Los nativos del desierto de Kalahari, que se limitan a recoger alimentos y a cazar, poseen un vocabulario de aproximadamente ochenta palabras, y sus sistema de comunicación se apoya tanto en posturas y gesticulaciones, que tienen dificultad para comunicarse en la oscuridad. Las palabras no se han independizado del contexto práctico[3].
>
> Lo cierto es que en las lenguas primitivas son muy importantes los gestos y la mímica; en algunas se pueden considerar como parte integrante, ya que son capaces de distinguir el sentido de las palabras formalmente iguales. Se supone, p. ej., que los indígenas de la tribu norteamericana de los Arapahos difícilmente pueden entenderse en la oscuridad, porque su vocabulario por sí solo es demasiado pobre. (J. Černý 1998: 23.)

Un primer error de apreciación importante consiste en que no somos conscientes de la importancia que tiene la comunicación gestual en nuestra propia sociedad occidental. Los especialistas en este tipo de comunicación han puesto esto de manifiesto en muchas ocasiones. Así, Flora Davis, en su estudio sobre la comunicación no verbal (Davis 1976), que se centra fundamentalmente en los Estados Unidos, propone al lector el siguiente experimento:

> Yo le sugeriría al lector que comenzara la lectura de este libro sentándose frente al televisor. Enciéndalo, pero deje sólo la imagen, sin

[3] Este texto recoge unas afirmaciones de C. Rule (1967) que incluye J. A. Marina en su excelente libro sobre el lenguaje (J. A. Marina 1998: 11). Marina se refiere a estas ideas como *anécdotas pintorescas*. Aunque los nombres *anécdota* y *pintoresca* revelan que este autor no se toma muy en serio estos datos, habría que haber advertido al lector más contundentemente del mayúsculo disparate que representan. Sobre el asunto del vocabulario puede verse la nota primera del capítulo 4.

sonido. Le recomendaría los programas de charlas porque en ellos la gente se comporta de una manera normal, no *actúa*, y las cámaras, al acercarse y alejarse del protagonista, brindan imágenes del cuerpo entero. Al eliminar la distracción que producen las palabras, su primera impresión será la de una gran cantidad de movimientos corporales desconcertantes. En cualquier momento dado parecen estar pasando demasiadas cosas demasiado deprisa. Un hombre levanta las cejas, inclina la cabeza, descruza las piernas, se echa hacia atrás en el asiento, forma un ángulo con los dedos; unos segundos después, sus manos empiezan a batir el aire con gestos enfáticos cuando empieza a hablar. (F. Davis 1976: 12-13.)

El lector español puede hacer esta prueba con cualquier debate que se transmita por televisión. Apreciará de inmediato que los seres humanos gesticulamos sin parar. Lo que sí ocurre es que no en todas las culturas o sociedades se gesticula de la misma manera para expresar los mismos contenidos. Es muy conocido en Europa el caso de los búlgaros, que balancean la cabeza a derecha e izquierda para decir *sí* y de arriba abajo para decir *no*. Una vez establecido esto, es claro que, si estamos en la oscuridad, hay cosas que no podemos deducir de los gestos que hace nuestro interlocutor, pero esto ocurre absolutamente en todas partes y no sólo en el desierto del Kalahari o en las reservas indígenas norteamericanas. Ahora bien, nuestra dependencia de los gestos no tiene relación alguna con la estructura de la lengua. Los italianos del sur parece que gesticulan más que los ingleses, pero esto no indica que la lengua italiana sea estructuralmente más pobre que la inglesa.

Pero hay otras consideraciones que hacen que las afirmaciones que criticamos no sean creíbles ni razonables. El lenguaje humano se ha desarrollado en forma primariamente oral entre otras razones por la ventaja que supone para la comunicación en la oscuridad. Durante la mayor parte de la existencia del ser humano, éste ha tenido que conformarse con los períodos de luz natural. La luz artificial sólo ha sido capaz de sustituir a la natural de modo eficaz desde hace muy poco en la historia de la humanidad. No es creíble, pues, que las lenguas humanas sean ineficaces

en la comunicación no visual. Si el ser humano ha desarrollado lenguas orales y no visuales ha debido ser por todo lo contrario. Esto no impide reconocer el hecho de que la gesticulación es una característica del ser humano que se da no sólo en el desierto del Kalahari, sino también en el bar de la esquina. En respuesta a la afirmación de que los gestos pueden distinguir palabras, hay que decir que esto puede darse en cualquier lengua y no sólo en las mal llamadas *primitivas*. Por ejemplo, la expresión española *¡Qué cara!* puede hacer referencia a lo costosa que es una nevera o a la sinvergonzonería del dueño del establecimiento de electrodomésticos, que me quiere vender como nuevo un aparato ya usado. Si acompaño la emisión de esa expresión con unas palmaditas en mi cara, entonces se transmitirá el segundo de los significados y si la acompaño de un frotamiento repetido de los dedos índice y pulgar de una de mis manos, se indicará el primer significado. ¡Nosotros también somos primitivos!

Un análisis superficial de algunas lenguas indígenas puede llevar a pensar al no versado en lingüística que las características del entorno físico, del contexto práctico, parecen estar más reflejadas en la estructura gramatical que en las lenguas de la cultura europea. Sobre esta base se podría pensar que las lenguas indígenas están en un estadio evolutivo inferior al nuestro, en el que la estructura lingüística pone de manifiesto una mayor dependencia del entorno físico y, por tanto, una menor capacidad de abstracción.

Vamos a dar un ejemplo concreto del navajo, lengua indígena norteamericana (hablada hoy en día por unas 130.000 personas en Arizona, Utah y Nuevo México). En este idioma la forma verbal que se emplee para denotar una acción o estado depende del objeto que sufra la acción o que se encuentre en ese estado.

Consideremos el verbo *comer/masticar yishá* [4]; se emplea una forma diferente de este verbo según los casos siguientes:

[4] Los ejemplos se extraen de R. W. Young y W. Morgan 1987: páginas 251-263.

Formas del verbo comer *en navajo*

1. comer algo duro: *yisha'aal*
2. comer carne: *yishghal*
3. comer algo redondo: *yishkeed*
4. comer algo plano en forma de hoja: *yishchozh*
5. comer algo pulposo: *yists'ééh*
6. comer algo líquido: *yishdlá*
7. comer varias cosas: *yishdeel*
8. comer en general: *yishá*

Si lo que comemos o masticamos es una zanahoria cruda, una nuez, un grano de café, un copo de trigo, un pescado crudo, un cubito de hielo, una patata frita o un macarrón crudo, utilizamos la forma 1.

Si lo que comemos o masticamos es pollo, rana, ancas de rana, ternilla, hamburguesa, corazón o hígado, hay que usar la forma 2.

Si lo que comemos es una galleta, una baya, una barra de pan, una berza, un pastel o un caramelo, hemos de utilizar la forma 3.

Si lo que comemos o masticamos es una hoja de tabaco, algodón dulce, una brizna de hierba, pulmón, cebolla verde, espaghetti cocido u hoja de espinaca, hay que emplear la forma 4.

Si comemos o masticamos mantequilla, queso cremoso, salsa de carne, melaza, puré de patata o ciruela cocida, ha de usarse la forma 5.

Si comemos o bebemos caldo, una taza de café, salsa, melaza, sopa, crema o agua, usamos la forma 6.

Para utilizar la forma 7 hay que comer una pluralidad de cosas, como, por ejemplo, hormigas, galletas, bayas, rebanadas de pan, macarrones o nueces.

Por último, la forma 8 se puede usar con cualquier cosa que comamos o mastiquemos: es el verbo abstracto *comer cualquier cosa.*

En primer lugar, como vemos, el hecho de tener siete formas verbales diferentes para *comer* no impide que exista un verbo ge-

nérico *comer*, que es lo único que tenemos en español. Lo que puede parecer extraño o incluso *primitivo* es que la morfología del verbo *comer* dependa de lo que se come, y aquí es evidente que el navajo es diferente del español. En nuestra lengua los morfemas verbales que hay expresan tiempo, aspecto, persona o número sólo, categorías aparentemente más abstractas [5]. Se dice que el verbo navajo es *clasificatorio*, es decir, dependiendo de a qué clase natural pertenece lo que se come, en él aparecerá una u otra forma verbal.

Podríamos terminar aquí la comparación entre el español y el navajo y podríamos deducir que el navajo es una lengua clasificatoria y el español no y, lo que es mas grave, deducir que las lenguas clasificadoras son más primitivas que las lenguas no clasificadoras, que no están apegadas a la realidad física y son más abstractas. Estas lenguas *primitivas* recogen en la gramática características de su entorno físico, como una muestra de su mayor dependencia de él y de su primitivismo cultural.

Pero este modo de proceder parte de un prejuicio gravísimo: el español no es una lengua clasificatoria. Del hecho de que el español no tenga clasificación verbal no se puede deducir que no tenga clasificación, porque si hay algo que la tipología lingüística nos enseña es que la clasificación no tiene por qué darse en una única categoría morfológica; puede manifestarse en cualquier parte de la gramática.

¿Estamos seguros de que no hay clasificación natural de objetos físicos en español?

Sí que la hay; lo que ocurre es que no se manifiesta en la morfología como el navajo, sino en la sintaxis, en las construcciones partitivas. Consideremos la expresión *un pellizco de sal*; la palabra *pellizco* se puede utilizar cuando hablamos de *sal*, pero no cuan-

[5] El verbo navajo también tiene morfemas de aspecto, tiempo, persona y número. De hecho, conoce bastantes más morfemas aspectuales que el español; en concreto, se distinguen morfológicamente los siguientes aspectos verbales: *momentáneo, continuativo, durativo, repetitivo, semelfactivo, distributivo, diversativo, reversivo, conativo, transicional, semeliterativo, serial*, entre otros. Todos estos matices aspectuales pueden expresarse también en nuestra lengua, pero utilizando perífrasis verbales.

do hablamos de *agua*: la expresión *un pellizco de agua* es anómala en español. Esto se debe a que *sal* y *agua* están en dos clases naturales diferentes y a una de ellas le conviene el clasificador *pellizco* y a la otra no. ¿Qué decir de *brizna*? Podemos usar *una brizna de hierba* pero no *una brizna de agua* o *una brizna de carne*. Algo similar ocurre con *mechón*: podemos decir *un mechón de pelo*, pero no *un mechón de agua*. El clasificador *mechón* sólo puede ir con palabras que señalen haces de pelo. El clasificador *hoja* puede aparecer con cosas planas: *hoja de parra, hoja de papel*, pero no *hoja de agua* u *hoja de carne*. El clasificador *gota* sólo admite líquidos: *gota de agua, gota de aceite, gota de sangre*, pero no *dos gotas de carne, cinco gotas de papel*. El clasificador *jirón* vale con *jirón de ropa*, pero no con *jirón de papel*. El clasificador *viruta* se puede emplear en *viruta de madera, viruta de latón, viruta de cartón*, pero no en *viruta de agua*. El clasificador *copo* vale para *copo de nieve, copo de avena*, pero no para *agua* o *carne*. El clasificador *esquirla* vale para *hueso, diente, piedra, cristal*, pero no para *agua, carne* o *libro*.

¿Hace falta que sigamos? El español es una lengua tan atada al entorno físico como pueda estarlo el navajo. No podemos, desde ningún punto de vista, decir que el español está más avanzado que el navajo porque nuestra lengua está más desligada de su entorno físico y permite un pensamiento mucho más abstracto. Nuestra lengua, como el navajo, está adaptada al entorno físico, aunque esa adaptación no se refleja en los mismos componentes de la lengua. Y he aquí dónde radica la diferencia entre las lenguas: cada una nos ofrece una perspectiva original y única de adaptación al entorno natural y cultural en el que se usa. El estudio de estos aspectos de la adaptación de las lenguas a su entorno es lo que se denomina *ecología lingüística* (Junyent 1998: 153-168).

En la dificultad que tenemos para ver con claridad aspectos como éstos que parecen contraponer radicalmente una lengua como el navajo a una lengua como el español tenemos mucha culpa los lingüistas y gramáticos. Si inspeccionamos cualquier gramática del español, veremos que no hay ningún capítulo de-

dicado a la clasificación natural, es decir, en ningún lugar se nos explica de modo sistemático el uso de palabras clasificadoras como las que acabamos de examinar y éste es un capítulo fundamental de un aspecto de la sintaxis española: las construcciones partitivas. Faltas como éstas son rémoras de nuestra tradición gramatical: como a los gramáticos clásicos no se les ocurrió dedicar una parte fundamental de la gramática a estas cuestiones, los gramáticos de las lenguas europeas modernas no han sentido ninguna necesidad de incluirlas; pero estas cuestiones son fundamentales, y el hecho de que no se incluyan no quiere decir que caigan fuera de lo que debe entenderse por *estructura lingüística*.

Al estudiar lenguas indígenas o exóticas, los lingüistas nos hemos dado cuenta de la importancia que tiene la clasificación y los sistemas clasificatorios en las lenguas del mundo. Hoy día hay muchos libros y artículos sobre la cuestión[6].

Sin embargo, muchos gramáticos siguen todavía pensando que la clasificación natural es algo que incumbe sólo a las lenguas indígenas y que las lenguas europeas no pueden enfocarse desde ese punto de vista *primitivo*. Como acabamos de ver, esto es claramente falso. En las lenguas europeas hay también clasificación natural, aunque manifestada en muchos casos en la sintaxis y no en la morfología.

Aquí es donde se ve con mayor claridad cómo la actividad presuntamente científica y objetiva de los gramáticos está invadida hasta la médula de prejuicios ideológicos que la llevan a la discriminación lingüística encubierta e inconsciente (en la mayor parte de los casos) y declarada y consciente (en sólo unos pocos). Hay que luchar día a día y con la máxima urgencia y energía contra esta situación.

El estudio de las lenguas exóticas nos ha hecho ver aspectos de nuestras propias lenguas que nos habían pasado inadvertidos

[6] Por ejemplo, C. Craig (ed.) 1986. Incluso se ha propuesto una dimensión universal de la *aprehensión* del entorno dentro del proyecto UNITYP de tipología y universales lingüísticos (H. Seiler y Ch. Lehmann [eds.] 1982, H. Seiler y F. J. Stachowiak [eds.] 1982 y H. Seiler 1986).

durante siglos y nos demuestra que nuestras ideas sobre la desigualdad de las lenguas están basadas en prejuicios ideológicos y en la ignorancia.

De lo anterior es fácil deducir que afirmaciones como las siguientes son sospechosas de tener un fundamento discriminatorio basado en prejuicios culturales:

> La enseñanza que nos proporciona la historia está confirmada por el examen de las lenguas de los salvajes. Estas lenguas presentan un estado lingüístico en el que poca o ninguna participación ha tenido lo que nosotros llamamos civilización. Abundan en ellas categorías concretas y particulares, con lo que contrastan con nuestras lenguas de civilización, en las que, cada vez más, no hay apenas sino categorías abstractas y generales. El salvaje expresa con una rara precisión una multitud de detalles materiales que se nos escapan; presta, por ejemplo, a las sensaciones del espacio una atención mayor que la que conceden nuestras lenguas a las sensaciones del tiempo. Una acción se presenta a su espíritu fijada en un cierto punto del espacio, y las relaciones espaciales de las personas y de las cosas se señalan en su lengua por categorías especiales, tanto o más que las relaciones temporales. Ahora bien, el tiempo es de un grado de abstracción más elevado que el espacio. Nosotros, los civilizados, abandonamos en la morfología la noción concreta de espacio y tendemos más a expresar la noción abstracta del tiempo. Es un hecho de civilización. (J. Vendryès 1928: 352.)

Nuestros conocimientos actuales de las lenguas de los *salvajes* no confirman estas ideas. Veamos, por ejemplo, lo que dice un experto investigador de las lenguas nativas de Nueva Guinea Papúa, W. Foley, sobre la categoría de tiempo en esos idiomas:

> Los sistemas temporales en las lenguas papúes están generalmente más elaborados que en las lenguas europeas. En casi todos los casos se diferencia más de un pasado, según lo lejos que esté el momento del suceso pasado respecto del momento del habla. El marindo tiene cuatro tiempos: pasado remoto, para sucesos anteriores a ayer; pasado cercano para sucesos acaecidos ayer; presente y futuro. [...] El enga y el alamblaco añaden una distinción temporal en el pasado.

Además de un presente y de un futuro hay tres tiempos pasados: el pasado inmediato, para sucesos de hoy mismo; el pasado cercano, para sucesos de ayer; y el pasado remoto, para sucesos anteriores a ayer. [...] El foré tiene cinco distinciones temporales: pasado cercano, para sucesos pasados desde ayer hasta hace una semana; pasado remoto, para sucesos anteriores a aquéllos; presente; futuro definido, para sucesos que se espera que tengan lugar, y futuro dubitativo, para sucesos cuya realización es dudosa. (W. A. Foley 1986: 159-160. Traducción de JCMC.)

A la vista de esto, es muy difícil mantener hoy día que las lenguas de las tribus *salvajes* no tienen tan desarrollada y organizada como nosotros la esfera del tiempo, más abstracta que la del espacio. En los casos que acabamos de examinar, las relaciones temporales están tan organizadas como en las lenguas europeas. Para comprobar esto veamos unos ejemplos del daní, lengua papú hablada en Irián Jaya[7] por unas 250.000 personas.

Distinciones temporales en daní

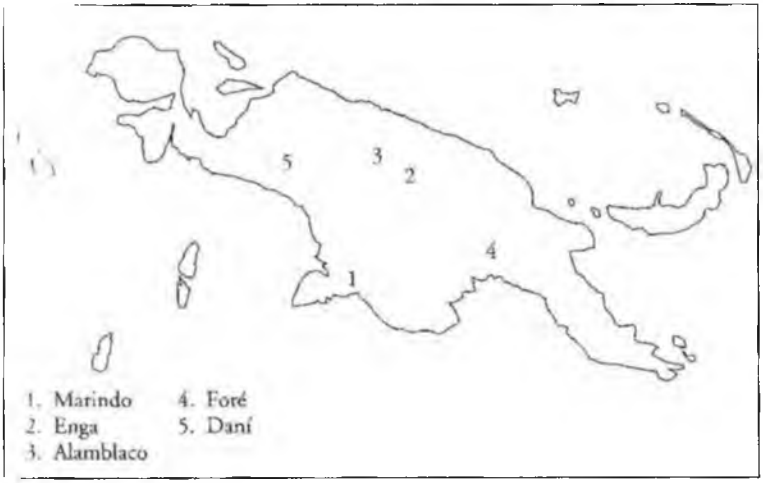
1. Wath—i 'Lo he matado'
2. Wath—i—ki 'Lo maté hace mucho'
3. Was—ik 'Lo mataré'
4. Was—ik—in 'Lo matará pronto'
5. Wat—hvp 'Lo matará dentro de mucho tiempo'

(W. A. Foley 1986: 163.)

Estas diferencias temporales podemos también señalarlas en español, pero, como vemos por las traducciones, utilizando adverbios.

Observa además Foley (W. A. Foley 1986: 164) que, al igual que en latín, en daní el modo irreal (equivalente al subjuntivo latino) no sólo sirve para denotar aquello que no es el caso, sino

[7] Parte occidental de la isla de Nueva Guinea, perteneciente a Indonesia.



Mapa 4. Localización aproximada de las lenguas papúes que se mencionan en el texto.

que también sirve para expresar todo aquello que aún no se ha realizado: exhortaciones, deseos, órdenes o prohibiciones.

La idea expresada en la cita que comentamos, según la cual en las lenguas indígenas predominan las relaciones espaciales sobre las temporales y que este rasgo opone estos idiomas a las lenguas europeas, es además sencillamente falsa, por lo que sabemos sobre las propias lenguas europeas.

En muchas lenguas del mundo, incluidas las europeas, se utilizan nociones espaciales para denotar las temporales. Esto puede comprobarse fácilmente en nuestra lengua: preposiciones claramente espaciales tales como *dentro de*, *alrededor de*, *en*, *desde*, *entre* se utilizan para señalar también tiempo:

dentro de dos minutos (compárese con *dentro de la habitación*), *alrededor de dos horas* (compárese con *alrededor de la casa*), *en dos horas* (compárese con *en la casa*), *desde las diez* (compárese con *desde la casa*), *desde las diez hasta las once* (compárese con *desde la casa hasta*

la iglesia), *hacia las diez* (compárese con *hacia la casa*), *entre las diez y las once* (compárese con *entre la casa y la iglesia*).

Además, en nuestra lengua, se utilizan verbos que indican movimiento espacial para denotar el paso del tiempo: *el año que VIENE*, *el año que SE VA*. De hecho, el verbo *ir* se utiliza para expresar futuro inmediato: *me VOY a ir al cine dentro de media hora*; predicción: *VA a hacer calor* o intención: *VOY a hacer esto* (L. A. Santos y R. M. Espinosa 1996: 79-80).

Podríamos deducir que los españoles estamos apegados a las relaciones locales y nos apoyamos en ellas para expresar el tiempo, con lo cual caeríamos dentro del pensamiento salvaje que se caracteriza en el pasaje que estamos comentando. Seguramente no nos sentiríamos a gusto con esta conclusión y lo que haríamos sería investigar si en otras lenguas vecinas ocurre algo similar. Así se da, en efecto. Pero es que el uso de las nociones espaciales para denotar las temporales es algo que se puede comprobar en prácticamente todas las lenguas conocidas. Por ello estamos ante un posible universal lingüístico. Lo que se dice en el pasaje que criticamos es, de hecho, un universal lingüístico, sólo que enunciado como si se cumpliera nada más que en las lenguas de los *salvajes*. Lo que opera en dicho pasaje es un prejuicio que impide ver los hechos lingüísticos de forma no sesgada o interesada. Simplemente, conviene afirmar que nuestra civilización es superior a las de los *salvajes* y es este prejuicio el que guía las extravagantes y falsas afirmaciones que se hacen en el pasaje en cuestión.

CAPÍTULO 10

LA FACILIDAD Y DIFICULTAD DE LAS LENGUAS

Leemos en una revista de información general que los hablantes de lenguas difíciles como el alemán tienen más facilidad para aprender otros idiomas [1]. Mucha gente cree comprobar esto cuando escucha hablar fluidamente español a un polaco, a un ruso o a un chino. La razón es evidente: como estas lenguas son muy *difíciles*, no les cuesta trabajo aprender a hablar español, que resulta ser una lengua *fácil*. Además nos viene muy bien esta idea para evitarnos la molestia de aprender otras lenguas: ¡Que aprendan ellos, que lo tienen más fácil! Incluso se llega a decir que hay pueblos más dotados para las lenguas que otros. Los españoles podríamos ser uno de esos otros pueblos. Esta idea, naturalmente, es racista, aunque no causa mucha indignación entre algunos de nosotros, ya que es una idea racista útil: justifica nuestro poco interés por aprender lenguas. Una prueba de que esto es de hecho así está en la observación de que no sólo somos los españoles los que preferimos concebirnos como no aptos o poco dotados

[1] Revista *Quo. El Saber Actual*, núm. 30, marzo de 1998, página 92, titular de la primera columna. En la página 94 se dice textualmente: «provenir de una lengua con una estructura muy compleja, como el alemán, es un elemento a favor para aprender otra».

para el aprendizaje de las lenguas extranjeras. Veamos lo que dice D. Crystal de los hablantes del inglés:

> *No se me dan bien las lenguas* es probablemente la excusa que se oye con más frecuencia para no hacer ningún esfuerzo para adquirir siquiera un conocimiento básico de una nueva lengua. Por lo común, esta autodenigración se deriva de una experiencia de aprendizaje en la escuela poco satisfactoria. [...] Pero esto no impide que la gente haga generalizaciones como «los británicos (o los americanos) no son muy capaces de aprender lenguas». (D. Crystal 1997: 15. Traducción de JCMC.)

Los hablantes del francés tampoco se quedan atrás en este tipo de autodiscriminación lingüística:

> Determinados pueblos tienen la reputación de *estar dotados para las lenguas*; los eslavos, por ejemplo. Por el contrario, los franceses se consideran generalmente a sí mismos como *poco dotados*. Este tipo de juicio se une al vasto catálogo de estereotipos nacionales o raciales: los negros son perezosos, los escoceses son avaros, los ingleses son flemáticos, etc. (M. Yaguello 1988: 29. Traducción de JCMC.)

Primero, el aprendizaje de una segunda lengua en la época adulta no es una tarea natural, como la adquisición de la primera lengua en la infancia. Hay que realizar un *esfuerzo consciente y constante* para ello y, mientras que toda persona está equipada naturalmente para adquirir en la infancia una o varias lenguas, no todas las personas estamos igualmente dotadas para aprender una lengua en la edad adulta. Hay un factor fundamental que diferencia a las personas en este aspecto: los que están dispuestos a realizar el esfuerzo necesario y están motivados para ello lo tienen más fácil que los que no encuentran por ningún sitio esa motivación. Ello no quiere decir que dos personas igualmente motivadas aprendan una segunda lengua en la edad adulta con la misma rapidez; aquí puede haber diferencias individuales grandes, que proceden tanto de los métodos empleados como de las aptitudes individuales. Aunque se utilicen métodos adecuados y

tengan buenas aptitudes para aprender una lengua, si lo que falla es la actitud, la motivación, es muy difícil, si no imposible, aprender una lengua. Lo contrario, sin embargo, no siempre sucede: una actitud positiva puede solventar tanto los problemas derivados del método como los derivados de las aptitudes personales.

Por lo que estamos diciendo, la cuestión de la facilidad o dificultad de aprender lenguas es un problema de mentalidad y de educación. En general, mucha gente está educada para no prestar la más mínima atención a la diversidad lingüística (más bien para evitarla, denostarla o huir de ella). A esa gente se le va a hacer muy cuesta arriba enfrentarse al aprendizaje de una lengua segunda. Nuestra supuesta dificultad para aprender lenguas segundas proviene del hecho de que el sistema educativo que hemos tenido los españoles durante muchos años ha vuelto la espalda al reconocimiento y aceptación de la diversidad lingüística de nuestro propio país; aun hoy hay mucho que arreglar en este aspecto. Estamos demasiado acostumbrados todavía hoy día a que sean los demás los que hablen nuestra lengua y no nosotros la suya. Aunque lo que vamos a proponer ahora de seguro será inaceptable para algunos, el incluir como obligatoria una de las lenguas peninsulares en los niveles básicos de la educación: vasco, gallego, catalán o portugués, haría mucho por cambiar nuestra actitud hacia el aprendizaje de lenguas y para comprender mejor actitudes que hoy nos parecen desafiantes o amenazadoras. Como dice C. Junyent:

> ¿Per què l'ensenyament bilingüe, considerat tan necessari en molts comunitats, no té la mateixa consideració en les comunitats que disposen de llengües dominants? Doncs perquè el bilingüisme només es considerat com un trànsit cap al monolingüisme en la llengua dominant: la via alliberadora del llast que suposa una llengua recessiva. (C. Junyent 1998: 78.)

Existen muchos prejuicios sobre la facilidad o dificultad de las lenguas; la mayor parte de las veces, estos juicios se realizan des-

de la lengua o lenguas que se conocen y por tanto han de relativizarse a ellas y nunca tomarse como juicios de validez general. El portugués o el italiano son lenguas fáciles de aprender para un español si las comparamos con el neerlandés y el polaco. Pero del hecho de que para una persona que conozca el español sea más fácil el italiano que el polaco no se puede deducir que el italiano sea más fácil que el polaco. A una persona que conoce sólo el checo, el polaco le parece mucho más fácil que el italiano; para esta persona el polaco es más fácil que el italiano. Tenemos dos juicios contradictorios. Para el hablante monolingüe de español, el italiano es más fácil que el polaco, pero para el hablante monolingüe de checo ocurre exactamente lo contrario. ¿Quién tiene razón? Los dos y ninguno. *La dificultad de una lengua, entre otros factores, depende de su similitud con la lengua de la que se parte.* Por ello una lengua no es difícil ni fácil en términos absolutos, sino sólo en términos relativos, respecto de otra u otras lenguas que sirven de punto de partida.

La idea de la dificultad de las lenguas naturales puede ser un estímulo para proponer lenguas artificiales más *sencillas* y *perfectas*. La lengua perfecta no es otra cosa que un mito cultural, como ha mostrado brillantemente U. Eco (1994).

No tiene sentido la idea, que mantienen algunos esperantistas, de que el esperanto es la lengua más fácil del mundo. El esperanto tiene una base léxica y gramatical fundamentada en las lenguas europeas más extendidas: las romances, las germánicas y las eslavas. Desde el punto de vista léxico y gramatical, el esperanto es una lengua claramente europea y, por tanto, será más fácil de aprender para un hablante monolingüe de una lengua europea que para un hablante monolingüe de una lengua asiática. Además el esperanto será tanto más fácil de aprender para una persona cuantas más lenguas europeas conozca. Un individuo que conozca bien el inglés, francés, alemán e italiano debe tener gran facilidad para aprender esperanto. Consideremos la siguiente frase en esta lengua artificial: *mi vidas belajn kaj grandajn arbojn,* 'veo bellos y grandes árboles'. Podemos reconocer fácilmente, aun sin haber estudiado la lengua, casi todas las pa-

fabras de que consta la oración: *mi*/me, *vidas*/veo, *belajs*/bellos, *grandajn*/grandes y *arbojn*/árboles. Incluso podemos entrever la traducción de la frase desde nuestro conocimiento del español. Pero nada de esto podríamos hacer si fuéramos hablantes monolingües de chino o de japonés; entonces el esperanto sería tan *difícil* como el inglés o el francés. Por tanto, el esperanto no puede ser desde el punto de vista léxico una lengua fácil en términos absolutos, sino sólo fácil para los hablantes de lenguas europeas (sean europeos o no). Por consiguiente, no tiene sentido decir que el esperanto es la lengua más fácil del mundo. Ni siquiera lo tiene decir que es una lengua fácil en términos absolutos.

La extensión de una lengua se suele atribuir a su supuesta facilidad de aprendizaje como lengua segunda basándose en la *simplicidad* y *perfección* de su sistema fonológico:

> Más favorable aún si se tiene en cuenta la paralela simplicidad de su [el del español] sistema fonológico, con sólo cinco fonemas vocálicos y de diecisiete a diecinueve consonánticos, según áreas dialectales, en todo caso muy diferenciados, con suficiente margen de seguridad siempre en sus realizaciones fonéticas. [...] podemos aseverar, con objetividad, que el español es, entre las grandes lenguas de intercambio y de cultura, entre las lenguas supranacionales, la que ofrece mayores facilidades para el aprendizaje. (G. Salvador 1989: 44.)

Antes de comentar esta cita hay que insistir en que la facilidad de aprendizaje de una lengua como lengua segunda depende de la lengua primera desde la que se realice dicho aprendizaje y no de ningún rasgo lingüístico del idioma, que lo haga intrínsecamente más fácil de adquirir. No cabe hablar, pues, de facilidad de aprendizaje de una lengua en términos absolutos.

Hay que decir que todas las lenguas tienen suficiente margen de seguridad para la realización de sus fonemas y que no se ha detectado ningún idioma en el que tal margen sea tan pequeño que la comunicación oral sea especialmente difícil. Este dato de las cinco vocales y las diecinueve consonantes parece ser un fac-

tor que favorece al español. Pero la cuestión es que el favorecimiento de una lengua nada tiene que ver con estas cuestiones lingüísticas, sino con otras de carácter social, demográfico, político y económico. Una lengua se ve favorecida si la comunidad que la habla se ve favorecida, sin importar para nada la estructura de la lengua. Para demostrarlo no hay más que echar un vistazo a la estructura fonológica del griego moderno. Esta lengua tiene exactamente nuestras cinco vocales y prácticamente las mismas consonantes que el español (diecinueve también). Además, es una lengua mucho más antigua que la nuestra y depositaria de una cultura de la que nosotros somos deudos. Griegas son la mayor parte de las palabras de la ciencia, de la técnica y de la medicina de la mayoría de las lenguas occidentales [2] y el griego tiene una literatura que no podemos mirar desde ningún punto de vista con el menor atisbo de desprecio. Además de la facilidad de aprendizaje, que si se le supone al español ha de suponérsele también al griego moderno, estamos ante una lengua con cartas culturales más que suficientes para poder gozar de una situación tan privilegiada como la del español. Pero no es así. ¿Por qué? Son las circunstancias históricas, políticas, sociales y económicas las que tienen aquí la última palabra. El griego, con sólo 12 millones de hablantes frente a los apabullantes 332 millones del español, no es una lengua de intercambio, suponemos que sí es de cultura y no es una lengua supranacional. Los griegos no han colonizado América, ni han impuesto su lengua recientemente en ningún sitio (más bien han sido ellos los que en los últimos siglos han sufrido problemas de este tipo), ni han creado un imperio colonial en la edad moderna, ni tienen un peso significativo en el orden político y económico mundial. Este tipo de circunstancias es lo que hace que una lengua no sea de comunicación internacional y supranacional y no cuente con suficientes apoyos

[2] Se podría argüir que el griego moderno tiene bastantes préstamos de otras lenguas (eslavo, albanés, rumano, turco, francés; véase F. R. Adrados 1999: 268-271), pero este criterio no sirve, pues el español tiene también arabismos, germanismos y anglicismos y eso no impide, según el autor de la cita anterior, que sea «un cómodo punto de encuentro para las lenguas románicas». (G. Salvador 1989: 45.)

internacionales, ni siquiera de aquellos que son deudores más directos de su milenaria cultura.

Intentar justificar una posición privilegiada de una lengua a través de criterios estrictamente lingüísticos está fuera de lugar y es peligroso porque estos criterios pueden ser utilizados para hacer que los lingüistas contribuyamos a justificar mediante nuestra ciencia situaciones de desequilibrio y predominio de unas lenguas sobre otras; con ello, los datos que aportamos se manipulan para justificar y abonar de manera supuestamente objetiva la discriminación lingüística.

Acabamos de mencionar una lengua con una facilidad de aprendizaje equiparable al español, pero que a pesar de ello está en una posición mucho menos privilegiada que éste en el mundo actual. Pero es que se da la situación contraria: una lengua al parecer más complicada fonológicamente que el español (es decir, el inglés, con seis vocales y veintiún consonantes), pero con una situación aún más privilegiada que éste. De nuevo, son las circunstancias históricas y de predominio económico y político las decisivas en este caso.

Examinemos ahora la cuestión de la facilidad de la adquisición natural de una lengua como lengua primera. En este terreno, los propios especialistas en lingüística caemos en los mismos errores basados en los prejuicios lingüísticos habituales entre los ciudadanos de a pie, que dan origen a ideas de discriminación lingüística. Hemos dicho, por ejemplo, que:

> Un sistema fonológico de sesenta o setenta fonemas será más complejo de dominar que uno relativamente simple, como el del samoano. (F. J. Manjón Pozas y J. D. Luque Durán 1997: 213.)

Lo que hay que decir es que una lengua con sesenta fonemas es tan aprendible como una con veinte fonemas; es decir, ambas tienen la misma dificultad o facilidad para ser aprendidas. Desde un punto de vista superficial, podríamos afirmar que el español, que tiene cinco fonemas vocálicos, es más sencillo que el francés, que tiene 14 vocales. Con ello se nos quiere decir que el sistema

vocálico español es más sencillo que el del francés. Parece que el criterio que se sigue aquí es puramente cuantitativo: a más fonemas, menos sencillez y menos facilidad de aprendizaje.

Como hemos visto, esta supuesta mayor facilidad de adquisición natural y/o aprendizaje como lengua segunda podría ser una de las causas de que unas lenguas se extiendan más fácilmente que otras:

> No me importa decir que buena parte del éxito del castellano hay que atribuírselo a sus cinco vocales netamente diferenciadas, el sistema vocálico más perfecto de los posibles, sin vocales mixtas ni intermedias, sin sensibles diferencias en su intensidad. (G. Salvador 1989: 44.)

Pero este criterio es excesivamente ingenuo [3] si lo aplicamos a la adquisición natural de la lengua española (y francesa). En efecto, en español tenemos cinco vocales: /a/, /e/, /i/, /o/ y /u/, no tenemos una /e/ abierta o una /o/ abierta o nasales (como en francés). Pero eso no quiere decir que no exista la [e] abierta o la [o] abierta en español. Se ha observado desde hace tiempo que la [e] de *perro* es una [e] un poco más abierta que la [e] de *sello* (T. Navarro Tomás 1972: 52) o que la /o/ de *roca* es un poco más abierta que la primera [o] de *pollo* (T. Navarro Tomás 1972: 59). En la realización de los fonemas no tenemos nunca diferencias tan tajantes como las que los fonólogos establecen entre los fonemas. Tanto en francés como en español existen la [e] y [o] abiertas [4]. El francés, además, distingue cuatro fonemas vocálicos

[3] Hay lenguas que tienen sólo tres vocales /i/, /u/ y /a/ como el árabe clásico y que deberían considerarse más perfectas que el español siguiendo este criterio, pues la /e/ y la /o/ son vocales de abertura intermedia entre la /i/ y la /a/ por un lado y entre la /u/ y la /a/ por otro. Hay otros idiomas en el mundo que tienen sólo estas tres vocales, como algunas lenguas indígenas australianas: el nungubuyú, el bardí, el carduchara, el ñangumara, el aranda, el gugu-yalanyí, el arabana-huanganura, el diyarí, por ejemplo, véase I. Maddieson 1984: 325-332. Es una satisfacción poder comprobar que, al menos desde este punto de vista, estas lenguas son *más perfectas* que el inglés, francés, alemán, español e italiano.

[4] Más recientemente, A. Quilis (1993: 145) ha señalado que aunque existen estas diferencias de abertura de las vocales españolas, su número es reducido y esas aberturas

nasalizados: una [œ̃], una [æ̃], una [ɔ̃] y una [ɔ̃]. En español tenemos cinco sonidos vocálicos nasalizados: [ĩ], [ẽ], [ũ], [õ] y [ã] [5]. La diferencia está en que en francés, estas variaciones sirven para distinguir palabras y en español, no. Pero lo importante es que el español conoce articulatoria y auditivamente sonidos de esos tipos, aunque *no se perciban como significativos*. En este mismo sentido, J. Garrido Medina (1994: 55) señala que el francés distingue una *a* palatal o aguda (como la de *patte* 'pata') y una *a* velar o grave (como la de *pâte* 'pasta') y que en español existen fonéticamente estos dos tipos de *a*, pero no se utilizan para diferenciar palabras:

> En español [a] aguda y [a:] grave están agrupadas en un mismo 'sonido elemental', mientras que en francés cada una constituye por sí sola un fonema. La diferencia que en español no sirve para distinguir palabras sí tiene ese papel en francés. (J. Garrido Medina 1994: 55.)

Lo que diferencia entre el aprendizaje del español y del francés es que en el primer caso el niño (que *a priori* no sabe si la abertura o la nasalización van a ser distintivas o no) tiene que aprender a no percibir de la diferencia entre la [e] / [o] abierta y cerrada o nasalizada ([a] aguda y [a:] grave) y en el segundo tiene que aprender lo contrario. La diferencia no está, pues, en que el español es fonéticamente más sencillo que el francés.

Pero incluso algunos dialectos españoles aprovechan esta diferencia entre vocales abiertas y cerradas cuando pierden un sonido

o cierres no son muy grandes y no se producen en distribución complementaria. Por ello, este autor no hace constar las variantes alofónicas abiertas en sus transcripciones fonéticas, como lo hacía el autor citado en las dos notas anteriores. De la misma opinión es E. Martínez Celdrán (1989) quien afirma: «A la vista de estos datos no es posible afirmar que la diferencia entre abiertas y cerradas sea un hecho sistemático en castellano. La variabilidad no depende tanto de los contextos como de la multiplicidad de circunstancias del habla» (1989: 301). Por su parte, F. d'Introno, E. del Teso y R. Wiston (1995:104-105) sí señalan variantes abiertas de la /e/ y de la /o/.

[5] Véase Quilis 1993: 145. Ni en éste ni en el caso de las vocales abiertas queremos dar a entender que las vocales españolas sean fonéticamente idénticas a las correspondientes francesas; simplemente queremos mostrar que existen fonéticamente muchos más sonidos vocálicos españoles (según Quilis, 10), que fonemas vocálicos (sólo 5).

distintivo. Es lo que ocurre con las variedades del andaluz en las que se pierde la *s* final y con ello la diferencia entre *puede* (3.ª persona) y *puedes* (2.ª persona). Para solucionarlo la última [e] de la primera forma verbal se hace cerrada y la de la segunda forma verbal se pronuncia abierta: se aprovecha una diferencia que ya existía en la fonética española para establecer una oposición morfológica.

¿Qué es más *fácil* a efectos de aprendizaje: hacer caso omiso de una diferencia que *existe* o aprovechar esa diferencia y sacar rendimiento de ella? En ambos casos la diferencia se da, pero en una lengua se usa y en otra no. ¿No sería sensato decir que en este caso es el francés más fácil que el español, porque se aprovechan diferencias que de todas formas existen en el habla a partir de la cual el niño aprende y éste no ha de hacer caso omiso de ellas? ¿No será más fácil e inmediato anotar una diferencia que realizar un gran paso abstractivo para eliminarla? Aplicando este razonamiento, cuantos menos fonemas haya en una lengua, más amplio será el espectro de sonidos que realiza cada uno de ellos y más tendrá que abstraer y generalizar el niño cuando la aprenda. Cuantos más fonemas tenga una lengua, menor será su grado de variación realizativa fonética y menor será también la abstracción que tendrán que realizar los niños para adquirir el correspondiente sistema fonológico. Por tanto, llegamos a la conclusión contraria a la que nos servía de partida. Ahora tener pocos fonemas parece que hace difícil una lengua y no fácil.

Lo cierto es que *ninguna de las dos perspectivas* sirve para establecer de forma absoluta el grado de dificultad de una lengua. *Siempre* ocurre que cuando una lengua parece muy sencilla desde un punto de vista, resulta ser complicada desde otro punto de vista. Todas las lenguas presentan un equilibrio entre la complicación y simplicidad de sus componentes estructurales y no hay dos que sean idénticas en este aspecto (pero esto es algo bastante común en la naturaleza: no hay dos personas exactamente iguales). Cada lengua es una solución *original* a este problema del equilibrio entre componentes. Ese equilibrio es el justo para que sean aprendibles.

La cuestión de la aprendibilidad de las lenguas es crucial en este punto. Existe un filtro implacable que hace que las lenguas alcancen siempre dicho equilibrio y ese filtro no es otro que el de la transmisión generacional. Las lenguas que no puedan transmitirse a través de la adquisición natural están condenadas a desaparecer, sencillamente porque al no formar parte las lenguas de la herencia genética deben ser explícitamente aprendidas. Todas las lenguas humanas que conocemos son transmitidas o transmisibles naturalmente y, por tanto, en todas ellas se observa el equilibrio a que aludimos. Es evidente, pues, que no puede haber idiomas que no sean aprendibles dentro del período crítico, por una razón de pura selección natural: una lengua que no se puede transmitir mediante la adquisición natural no puede haber llegado a lo largo de los siglos o milenios hasta nosotros. Cuando un idioma se muere es porque la comunidad que la habla se muere o porque dicha comunidad adopta (casi siempre de modo obligado) otra lengua natural, pero no porque no sea aprendible o sea difícil[6].

Como conclusión de todo esto podemos afirmar que las lenguas no son fáciles o difíciles en términos absolutos, sino aprendibles de modo natural. No existe ninguna lengua natural que no sea aprendible en el periodo crítico de adquisición del lenguaje (que acaba hacia la adolescencia). Por supuesto, las variaciones individuales pueden ser muy grandes: hay niños que hablan a los dos años y niños que no hablan casi nada hasta los cuatro; y eso dentro del mismo idioma, pero, si no hay alguna anomalía, siempre dentro del período crítico.

¿Por qué se puede afirmar tan tajantemente que todas las lenguas son aprendibles? Todas las lenguas son aprendibles porque son adaptaciones a un medio que exige la transmisión: las lenguas que no son transmitibles no pueden perdurar y, por lo tan-

[6] Contraponemos la muerte *artificial* de las lenguas, que acabamos de caracterizar ahora, a la muerte *natural* de la lengua, consistente en que ésta se va diversificando paulatinamente y acaba convirtiéndose en una o varias lenguas diferentes, de las que esa primera es la llamada lengua-madre de las segundas. Véase sobre esto el capítulo 18 del presente libro.

to, no podemos esperar encontrar lenguas naturales no aprendibles o difícilmente aprendibles.

La facilidad de aprendizaje no puede ser tampoco el único factor que ha de tenerse en cuenta, ya que ésta está irremediablemente constreñida por la eficacia del sistema. Le pedimos muchas cosas a un sistema de comunicación como la lengua y no nos las podría ofrecer si la facilidad de aprendizaje fuera el único factor relevante aquí.

Para mostrar esto volvamos al análisis ingenuo puramente cuantitativo del que hemos partido: ¿Qué sería más sencillo de aprender que una lengua con dos vocales y dos consonantes? Supongamos que son la /a/ y la /o/ y las consonantes /p/ y /t/. Combinando las vocales y las consonantes podemos formar un número infinito de unidades complejas. De una sílaba, sólo podemos tener cuatro palabras del tipo consonante+vocal (CV): /pa/; /po/; /ta/; /to/. Vamos a suponer que las sílabas terminadas en consonante no son aceptables.

Con dos sílabas podemos formar 16 palabras más si podemos repetirla : /papa/, /papo/, /pata/, /pato/, /popo/, /popa/, /pota/ y /poto/; /tata/, /tapa/, /tapo/, /tato/ y /toto/, /topa/, /topo/ y /tota/. Si suponemos que no puede haber tres sílabas idénticas, podemos formar nuevas palabras si a cada palabra bisílaba le añadimos una sílaba adicional. Las doce palabras que no tienen sílabas idénticas se pueden combinar con cualquier sílaba para obtener cosas como *topata* o *tapapa* (12 por 8 = 96 palabras más 4 por 6 = 24 hacen un total de 120 palabras). Es fácil deducir que para llegar a las 5.000 unidades necesitamos alargar las palabras. La inmensa mayoría de las palabras de esta lengua tendrían más de tres sílabas. Es decir, una lengua muy sencilla fonológicamente sería mucho más compleja (en términos cuantitativos) morfológicamente. Una lengua con una mayoría de palabras muy largas es una carga tanto para la emisión como para la recepción y su eficiencia descendería enormemente (a la vez que su aprendibilidad).

No existe ninguna lengua natural del mundo que tenga sólo dos vocales y dos consonantes. A la vista de lo que acabamos de decir, es fácil explicar por qué. Sería una lengua de fonología

sencillísima, pero de morfología y posiblemente sintaxis cuantitativamente complejas.

Aquí actúa una ley de sobra conocida en la teoría de la información: a menor número de unidades distintivas, mayor extensión del mensaje, y a mayor número de unidades distintivas, menor extensión del mensaje[7]. Acabamos de ilustrar el primer caso; ilustremos ahora el segundo.

Imaginémonos una lengua con 300 vocales y 600 consonantes. En ella podría haber muchísimas palabras monosilábicas o bisilábicas, pero habría que tener un cuidado exquisito en la pronunciación para no equivocarse de sonido y una atención exagerada en la recepción para no interpretar mal un mensaje. Una lengua así no sería eficiente.

Ni siquiera en estos dos casos extremos podemos decir que las lenguas son fáciles o difíciles en términos absolutos (una es fácil fonéticamente y otra es fácil morfológicamente; una es difícil morfológicamente y la otra lo es fonéticamente). Lo que sí podemos decir es que son lenguas desequilibradas en sus componentes. Todas las lenguas que conocemos están equilibradas de un modo idiosincrásico.

En conclusión, no tiene sentido decir que las lenguas son fáciles o difíciles en términos absolutos: la presunta facilidad de un aspecto implica la presunta complejidad de otros en la misma lengua. Lo que sí tiene sentido es decir que todas las lenguas naturales del mundo presentan un equilibrio entre sus componentes: el equilibrio justo para poder ser aprendibles por los seres humanos. El campo en el que se puede dar dicho equilibrio es muy amplio y las lenguas se sitúan a lo largo y ancho de él.

Vamos ahora a analizar un caso concreto de comparación de dos lenguas, una de las cuales se suele decir que es más difícil en términos absolutos que la otra.

[7] J. Lyons, en su famoso manual de lingüística general, enuncia esta ley del siguiente modo: «La *extensión* de cada unidad de *nivel superior*, medida por el número de elementos sintagmáticamente relacionados en cada grupo que la identifica, será inversamente proporcional al número de elementos en contraste paradigmático dentro del grupo» (1968: 80-81).

El vasco o euskera, idioma que no pertenece a la gran familia indoeuropea ni a ninguna de las familias lingüísticas conocidas, es una lengua que está a mayor distancia tipológica del español que éste de las demás lenguas de su entorno, que son lenguas romances: portugués, gallego, catalán, francés, occitano, italiano. Esta lejanía tipológica, que contrasta con una cercanía geográfica (y no sólo geográfica) hace que esta lengua no sea tan fácilmente aprendible como lengua segunda por un hablante de una lengua románica, como lo sería otra lengua románica. De aquí surge un prejuicio como el que se puede enunciar de una de estas formas: el vasco es muy difícil o el vasco es más difícil que el español. Ambos enunciados son falsos. Lo único que podemos decir es que para un hablante de español el vasco es más difícil de adquirir como lengua segunda que el catalán o el occitano. Pero de aquí no se deduce en absoluto que el vasco sea más difícil o complicado que el español. Este prejuicio viene de lejos. La primera gramática del euskera lleva este expresivo título: *El Imposible vencido. Arte de la lengua bascongada* (1729) y fue redactada por el padre Manuel Larramendi (1690-1766), creador del pensamiento gramatical euskérico.

El problema con el euskera a la hora de confeccionar gramáticas, como ocurre con las demás lenguas no indoeuropeas, consiste o reside, no en la lengua, sino en un hecho de historia de la gramática. Los instrumentos de análisis gramatical que se utilizan en occidente proceden de la tradición grecolatina; es decir, fueron desarrollados por y para describir y estudiar dos lenguas de la familia indoeuropea. Cuando intentamos aplicar esos conceptos analíticos a lenguas que presentan una hechura diferente, pueden surgir problemas. Lo que pasa es que, instalados en la cultura gramatical dominante, algunos gramáticos no echan la culpa a esos conceptos gramaticales tradicionales sino a la propia lengua que se intenta describir utilizándolos. Cuando dicha lengua no se atenga a los patrones de las lenguas indoeuropeas será difícil, complicada, irregular, poco útil o de imposible sistematización. A veces, el gramático

echa la culpa de su incapacidad al objeto de estudio y no a su ignorancia.

La tradición gramatical grecolatina, de la que debemos sentirnos depositarios orgullosos, es un avance de primer orden en el estudio de las lenguas, pero no debemos *llegar a ella,* sino *partir de ella*; no ha de ser el punto de llegada, sino de partida. El gramático no ha de estudiar la lengua para ver cómo se puede justificar esa tradición, sino partir de lo que dice la tradición para mejorarla, ampliarla, corregirla o profundizar en ella, depende de lo que dicte el objeto de estudio. Pondremos un ejemplo para mostrar esto. Es sabido que el latín tenía una voz pasiva sintética: *amo* significa 'amo' y *amor* 'soy amado'. Por ello, el latín hizo reconocer a los gramáticos la existencia de una voz pasiva. El español forma la voz pasiva a través de una perífrasis y no mediante una forma verbal sintética, tal como puede apreciarse en las traducciones de los verbos latinos que acabamos de dar. Eso no ha impedido que muchos gramáticos digan que en español hay voz pasiva (aunque otros, que aplican métodos más recientes, lo niegan [8]). Pero lo cierto es que algunos gramáticos hablan o han hablado de voz pasiva en español, siguiendo la categoría gramatical tradicional y sin embargo no hablan de la voz causativa, que en español se expresa también mediante una perífrasis, en este caso con el verbo *hacer*; así, *hacer amar* es la voz causativa de *amar*. La razón estriba en que los gramáticos no reconocieron esta voz en el latín pues, como en español, no se expresaba sino mediante una perífrasis verbal. Pero hay muchas lenguas que tienen una forma causativa sintética, similar a la forma pasiva sintética del latín *amor*: el húngaro, el turco y el propio vasco. El apego a una tradición gramati-

[8] Por ejemplo, Hernández Alonso en su *Gramática Española* dice: «No existe realmente una conjugación pasiva, y no creemos conveniente, metodológicamente hablando, ni plantearla ni enseñarla en ninguna metodología ni nivel de enseñanza» (Hernández Alonso 1996: 219). De modo análogo, F. Marcos Marín, F. Javier Satorre y M.ª Luisa Viejo afirman: «El verbo español carece de una conjugación pasiva, como tenían los verbos latino o griego.» (F. Marcos Marín, F. J. Satorre y M.ª L. Viejo 1998: 204.)

cal puede impedirnos ver cosas que en dicha tradición no se han percibido.

Pero volvamos al vasco. Vamos a ver un fenómeno que, según creencia más o menos popular, da al vasco una gran complejidad. Se trata del verbo. El verbo vasco se conjuga para persona, tiempo y número. Una novedad que parece hacerlo diferente a las lenguas de su entorno es que las formas verbales no sólo incluyen una indicación de la persona y número del agente, sino también los del paciente y los del receptor. Ello hace que los paradigmas verbales euskéricos nos parezcan muy complejos. Veamos, a modo de ejemplo, una pequeña parte de la conjugación del verbo *ekarri* 'traer'[9].

d-akarki-o-t 'Se lo traigo a él'
d-akarki-e-t 'Se lo traigo a ellos'
d-akarki-o-gu 'Se lo traemos a él'
d-akarki-e-gu 'Se lo traemos a ellos'
d-akarki-o-zu 'Se lo trae usted a él'
d-akarki-e-zu 'Se lo trae usted a ellos'
d-akarki-o-te 'Se lo traen a él'
d-akarki-e-te 'Se lo traen a ellos'

En estas formas, la *d-* inicial señala el paciente de tercera persona del singular, la *o/e* de en medio indica el receptor de tercera persona singular y plural, respectivamente, la *t* final de las dos primeras formas indica el agente de primera persona del singular, la *gu* final de las dos formas siguientes señala el agente de primera persona del plural y *zu/te* indican respectivamente el agente de segunda de plural (utilizado para el *usted*) y de tercera de plural.

[9] Algunas gramáticas del euskera constan casi exclusivamente de interminables tablas de conjugación. Por ejemplo, la *Grammaire Basque* del padre Ithurry (1895) consta de 450 páginas de las que casi 300 son tablas de conjugación. Las gramáticas pedagógicas modernas del euskera prescinden de esa cantidad de tablas, capaces de amedrentar al más osado de los estudiantes. Por ejemplo, P. Salaburu 1987 o I. Zubiri 1991.

Esto puede parecernos difícil, pero es de una regularidad matemática y recurre una y otra vez en decenas de formas verbales. Por supuesto, aprender de memoria esas decenas de formas verbales es engorroso y además perfectamente inútil, ya que se pueden producir y analizar siguiendo las pautas que hemos indicado (y algunas otras que no damos aquí para hacer la exposición lo más breve posible).

¿Es esto tan diferente de lo que ocurre en español? Veamos algunas formas del imperativo del verbo *traer*: *tráemelo; tráemelos; tráenoslo; tráenoslos; tráetelo; tráetelos; tráeselo; tráeselos; traédmelo; traédmelos; traédnoslo; traédnoslos.*

La similitud con las formas vascas es más que notable. Pero no sólo podemos comprobar esto en el imperativo. Si modificamos ligeramente la ortografía del español, podemos conjugar el verbo *traer* en este uso, de la siguiente manera: *melotrae; telotrae; selotrae; noslotrae; noslostrae; oslotrae; oslostrae.*

Que en la ortografía estándar del español se escriba *se lo trae* (y no *selotrae*) es una pura convención, dado que estas expresiones se pronuncian como una única palabra, igual que el vasco *dakarkiozu* y, por tanto, no sería disparatado en absoluto escribirlo todo junto. Imaginemos qué impresión le daría a alguien que desee aprender nuestra lengua cuando, al abrir la gramática, se encontrara con inacabables listas de cientos de formas que podemos obtener sólo de un verbo como *traer*: *selostrajera, noslostraía, oslostraeremos; melostraerá, telostraeremos, selostraeríamos; oslostraigamos; osloshabría traído; oslotraiga; melotraigan; semetrajera; seostraía; semetrajo; setetrajo*, etc.

Si presentamos el español de esta guisa más de uno pensará que se trata de una lengua imposible de aprender, sobre todo si se intentan memorizar una por una las decenas de formas de cada verbo. ¿Le sigue pareciendo al lector que el español es más fácil que el vasco o que el euskera es más difícil que el español? Una manera de atajar los prejuicios (lingüísticos o de cualquier otro tipo) es combatir la ignorancia, no juzgar por las apariencias, porque las apariencias engañan (y en esto sí que tiene razón la tradición).

Quienes afirman que ésta o aquella lengua es más complicada o regular que esa o aquella otra, lo suelen hacer basándose en observaciones superficiales y desde la ignorancia de alguna de las lenguas, no desde el conocimiento y la reflexión. El caso es que si hacemos un estudio empírico sobre este asunto nunca podemos llegar a la conclusión de que una lengua es más compleja que otra. Vamos a poner un ejemplo más, dentro de la comparación entre el euskera y el español, que está apoyado en unos datos que han sido recogidos en otro contexto y con un propósito muy diferente al que aquí estamos considerando.

El lingüista norteamericano J. Greenberg, nacido en 1915, propuso en 1954 un método para cuantificar las diferencias entre los sistemas morfológicos de las lenguas. El profesor A. Tovar, en un trabajo publicado en 1981, utilizó este método para ver si podría arrojar alguna luz respecto a la posición del vasco en relación con otras lenguas.

El método de comparación estadística de la morfología es el siguiente. Se selecciona un texto breve de las lenguas que se van a comparar, en este caso el euskera y el castellano, y se calculan diez índices morfológicos del siguiente modo:

El índice de síntesis (S) se obtiene dividiendo el número de morfemas (M) por el número de palabras (P): M/P. Si hay tantas palabras como unidades significativas mínimas (morfemas) en el texto, tendremos un índice 1 y la lengua no será sintética, será analítica. Si cada palabra tiene dos de esas unidades significativas: por ejemplo en español *niño*, tenemos *niñ* que indica 'persona no adulta' y *o*, que indica, 'masculino' (frente a *niña*), tendremos un valor de 2 y la lengua será menos analítica y más sintética. Conforme vaya aumentando el valor, la lengua se hará cada vez más sintética y menos analítica.

El índice de aglutinación (A) se obtiene dividiendo el número de fronteras dentro de una palabra entre las unidades significativas mínimas y el de uniones totales de las unidades significati-

vas. A/I. Por ejemplo, en *niñ-o-s*, tenemos dos fronteras entre unidades mínimas dentro de la palabra: la que separa *niñ* del indicador de masculino *o* y la que separa éste del indicador de plural *s*. Sin embargo, en *viv-o* la terminación *o* expresa diversas unidades significativas: persona, número, tiempo, sin que exista frontera alguna entre ellas. Una lengua con un valor de 1 en este índice es una lengua aglutinante perfecta, ya que todas las uniones de unidades significativas mínimas están delimitadas precisamente.

El índice de composición (C) se obtiene dividiendo el número de raíces por el número de palabras (R/P). Si la lengua tiene un valor de 1, significa que no presenta en el texto palabras compuestas. Todo valor mayor que ese indica que en el texto se han encontrado palabras que constan de más de una raíz, como, por ejemplo, el español *picapedrero*.

El índice de derivación (D) se obtiene dividiendo los marcadores de derivación de palabras por el número de palabras (D/P). Por ejemplo, el prefijo español *des* es un marcador de derivación, que sirve para obtener el verbo *deshacer* a partir del verbo *hacer*. Una lengua será derivativamente muy rica si tiene dos o más marcadores de derivación por palabra. Si tiene dos por palabra el valor del índice sería 2.

El índice de flexión (F) se obtiene dividiendo el número de marcadores que señalan la función de una oración en la frase por el número de palabras (F/P). Por ejemplo, en *Pedro vio a Juan*, la función de objeto directo del nombre propio *Juan* se marca mediante la preposición y la de sujeto no se marca de ninguna manera. Por tanto, para esta oración tenemos 1/2 = 0,5.

Los índices de prefijación (Pr) y *sufijación* (Sj) se obtienen respectivamente dividiendo el número de prefijos por el número de palabras (Pr/P) y el de sufijos por el número de palabras (Sj/P).

El índice de aislamiento (AI) se obtiene dividiendo el número de relaciones sintácticas que se expresan mediante el orden de palabras por el total de relaciones sintácticas (O/N). En el caso de *Pedro ve a Juan* tenemos dos relaciones sintácticas: sujeto y

objeto, y ninguna de las dos se expresa mediante el orden de palabras, ya que podemos decir *ve Pedro a Juan* o *a Juan ve Pedro*, luego en este caso tenemos 0/2 = 0. Tenemos un índice 0 de aislamiento.

El índice de flexión pura (FP) se obtiene dividiendo el número de relaciones gramaticales no marcadas por concordancia por el número de relaciones gramaticales (FP/R). Así en *Los niños leen el cuento*, la relación de sujeto está señalada mediante la concordancia verbal y la de objeto no. Por tanto, tenemos 1/2 = 0,5 como índice de flexión pura para esta oración.

El índice de concordancia (CN) se obtiene dividiendo el número de relaciones gramaticales marcadas por concordancia por el número total de relaciones (C/R). Si aplicamos este índice a la oración del español con la que hemos ejemplificado el índice anterior, obtendremos de nuevo 0,5.

Si aplicamos este método a un texto breve del euskera y del español obtenemos, en cálculos de A. Tovar (1981: 196-197), los siguientes datos:

Ind.	*Euskera*	*Español*
S	2,06	1,69
A	0,63	0,08
C	1,07	1,04
D	0,08	0,18
F	0,89	0,37
Pr	0,20	0,05
Sj	0,82	0,53
AI	0,53	0,61
FP	0,36	0,16
CN	0,10	0,23

Según la clasificación de los resultados que nos da Tovar (1981: 190) en el cuadro II de su trabajo, tenemos la siguiente evaluación de las cifras obtenidas:

Ind.	*Euskera*	*Español*
S	medio	bajo
A	alto	muy bajo
C	bajo	muy bajo
D	muy bajo	bajo
F	alto	bajo
Pr	medio	muy bajo
Sj	alto	medio
AI	alto	muy alto
FP	alto	bajo
CN	muy bajo	medio

Hemos obtenido una estimación de los valores de una parte de la morfología del vasco y del español, que es absolutamente objetiva y que no se basa en juicios impresionistas y personales. ¿Podemos extraer ahora alguna conclusión sobre la simplicidad, regularidad o facilidad del español frente al vasco?

Establezcamos, sin demostrarlo, un baremo de facilidad/dificultad de una lengua, en el siguiente sentido: las lenguas poco sintéticas, poco aglutinantes, poco flexivas, en las que predominen los sufijos y que no tengan concordancia ni indiquen mediante el orden de palabras las relaciones gramaticales son más fáciles que las que no tienen estas características. Según este criterio, el español sería más fácil que el vasco respecto de los índices S, A, F, Pr, FP, pero más difícil que el euskera respecto de los índices C, D, Sj, CN, AI.

Es fácil darse cuenta que según los criterios que adoptemos como punto de partida obtendremos unos resultados diferentes, dado que las dos lenguas no se polarizan del mismo modo respecto de cada índice. Establecimos arbitrariamente que las lenguas poco sintéticas y poco aglutinantes eran más fáciles que las muy sintéticas y aglutinantes, pero el criterio podría ser diferente: pudiera ser que las lenguas poco sintéticas y muy aglutinantes sean más fáciles que las muy sintéticas y poco aglutinantes. Ya hemos visto anteriormente que ninguno de estos criterios establece una facilidad o dificultad absoluta, sino que cada uno de

ellos incrementa la complejidad en unos ámbitos y la simplicidad en otros, por lo que no sirven de medidas absolutas. Cada nueva combinación daría como resultado una valoración diferente de la dificultad del vasco respecto de la del español. Y esto sólo basándonos en diez aspectos de la morfología. Si tuviéramos en cuenta la fonología, la sintaxis y la semántica, obtendríamos muchas más clasificaciones posibles, de las que poco podríamos sacar en claro sobre la complejidad o sencillez de las lenguas estudiadas.

¿Qué nos enseña todo esto? Que las lenguas tienen una complejidad global muy similar, porque las *complejidades* en unos ámbitos se compensan con las *simplicidades* en otros y se obtiene siempre un equilibrio más o menos estable.

CAPÍTULO 11

LA IRREGULARIDAD DE LAS LENGUAS NATURALES

Dicen los esperantistas que, desde el punto de vista gramatical, el esperanto es la lengua más fácil del mundo porque no tiene excepciones, es totalmente regular. La irregularidad y las excepciones se toman como imperfecciones de las lenguas que hay que evitar y solventar cuanto antes. Se dice que las irregularidades hacen difíciles a las lenguas. Pero éste es un prejuicio que habría que demostrar, y lo cierto es que esto no se ha demostrado, ni podrá demostrarse, ya que las irregularidades desempeñan un papel muy importante en las lenguas naturales; si existen es porque son necesarias.

Afirmaciones como las siguientes pueden resultar bastante razonables y sensatas para el público en general:

> Parece lógico pensar que en aquellas lenguas en que hay una gran cantidad de irregularidades el niño tarde más tiempo en dominar bien todas las variables [...] Las lenguas regulares y relativamente simples desde el punto de vista fonológico resultan más fáciles de aprender que aquellas con gran número de irregularidades y ricas en exceso desde el punto de vista estructural y fonológico. Que hay lenguas estructuralmente más complejas que otras es también un hecho que ningún lingüista suele cuestionar. (F. J. Manjón Pozas y J. D. Luque Durán 1997: 213-214.)

El sentido común parece aconsejarnos que aceptemos estas palabras. Sin embargo, como lingüistas, no tenemos noticia de ningún estudio que haya demostrado que hay lenguas estructuralmente más sencillas que otras en términos absolutos: en una misma lengua las *simplicidades* de unos aspectos se compensan con las *complejidades* de otros, tal como hemos señalado en el capítulo precedente.

Esto es precisamente lo que nos dice R. M. W. Dixon, gran lingüista y estudioso de diversas lenguas indígenas:

> Es un hallazgo de la lingüística moderna que todas las lenguas son aproximadamente iguales en términos de complejidad total. Las áreas de complejidad varían entre las lenguas: una puede tener una estructura verbal simple con nombres complejos y otra presentar la situación contraria. (R. M. W. Dixon 1997: 118. Traducción de JCMC.)

En lo mismo se insiste en una excelente enciclopedia reciente sobre las lenguas del mundo:

> Podría parecer probable que se pudiera arrojar alguna luz sobre la evolución del lenguaje humano al estudiar las lenguas humanas más y menos complejas habladas hoy. Sin embargo, *aunque es posible encontrar partes de una lengua que son más sencillas que las partes correspondientes de otra lengua, jamás se ha ofrecido prueba alguna que sugiera que una lengua determinada hablada por seres humanos modernos es más o menos compleja que alguna otra.* Si una lengua es menos compleja que otra en un aspecto, entonces en otro aspecto será más compleja. (B. Comrie, S. Matthews y M. Polinsky [eds.] 1996: 11-12. Traducción y cursiva de JCMC.)

En su excelente enciclopedia del lenguaje, D. Crystal afirma:

> Todas las lenguas tienen una gramática compleja: puede existir una relativa sencillez en algún punto (por ejemplo, la falta de desinencias en las palabras), pero siempre parece haber una relativa complejidad en lo que se refiere a otro (por ejemplo, la posición de las palabras). [...] Se suele pensar que la sencillez y la regularidad son rasgos desea-

bles en una lengua, pero ninguna lengua natural es sencilla o completamente regular. Todas las lenguas poseen intrincadas reglas gramaticales, y en todas hay excepciones a dichas reglas. (D. Crystal 1994: 6.)

A la vista de estas autorizadas opiniones y de otras que se podrían dar, en modo alguno puede aceptarse la afirmación según la cual hay lenguas estructuralmente más complejas que otras. La lingüística moderna no ofrece apoyo alguno a este supuesto, por más que se diga en una de las citas anteriores que ningún lingüista lo suele cuestionar.

El problema de la regularidad y la irregularidad se asocia al problema de la facilidad y dificultad de las lenguas y en los capítulos 9 y 10 hemos mostrado cómo uno tiende a tachar de regular y simple su lengua (porque está familiarizado con ella) y de irregular y compleja una lengua ajena (porque no está familiarizado con ella).

El verbo español está lleno de *irregularidades* verbales y sin embargo los españoles nos quejamos del inglés, que tiene una cantidad pequeña de irregularidades verbales. En efecto, cuando los que tenemos el español como primera lengua estudiamos inglés o alemán hemos de *luchar* con los verbos irregulares de estas lenguas. Consideramos un fastidio tener que aprender de memoria estas formas que no se atienen a un único modo de formación de las variantes temporales de presente, pasado o participio. Pero el caso es que no somos conscientes de que en español existen muchas más irregularidades en el verbo que en inglés y sin embargo esto no supone obstáculo alguno ni para aprender ni para manejar con soltura nuestra lengua. Lo cierto es que el verbo español está lleno de lo que a los que aprenden nuestra lengua les tienen que parecer caprichos morfológicos absolutamente molestos. Decimos *amo* pero también *carezco* (no *carezo*) o *duermo* (no *dormo*) o *caigo* (no *cayo*) o *maldigo* (no *maldizo*). Muchos verbos se ven afectados por estas diferencias y dentro de un mismo verbo encontramos que la irregularidad es a su vez irregular. Por ejemplo, decimos *crezco* (de *crecer*), *crecemos* junto a *crezca-*

mos; decimos *crece* frente a *crezca* y así sucesivamente y con centenares de verbos. Ante tal panorama, quejarnos porque en inglés haya tres docenas de verbos irregulares con tres o dos formas distintas únicamente y achacar a este particular que el inglés es difícil porque tiene verbos irregulares, no deja de ser un sinsentido.

Con todo, es cierto que en todas las lenguas existe algún grado de irregularidad, de formas que no se atienen a determinados patrones a los que en principio deberían adecuarse. En vez de quedarnos en esta pura observación, ¿por qué no nos preguntamos por el papel que tienen estas irregularidades en las lenguas? Nuestro deber como lingüistas es, una vez observado un fenómeno, preguntarnos por qué es así y no de otra manera.

Una contestación posible es que las irregularidades se deben a una imperfección de las lenguas, a una muestra de los defectos de las capacidades humanas. Esta contestación no es científica, sino ideológica. Consideramos que un lenguaje artificial totalmente regular, como, por ejemplo, la lógica de predicados, es más perfecto que una lengua natural.

Pero si los seres humanos no hemos desarrollado naturalmente un lenguaje lógico regular y totalmente sistemático, sino unas lenguas con irregularidades, debe ser por alguna razón. La razón es evidente: la lógica de predicados (o un lenguaje artificial análogo) no es adecuado para los fines para los que se utiliza una lengua natural: dar información fáctica, realizar actos de habla, clasificar el mundo y transmitirla de generación en generación sin necesidad de escuelas ni libros.

La pregunta que hay que hacerse es la siguiente: ¿Qué papel desempeña la irregularidad en las lenguas? Esta pregunta va asociada a una observación tan evidente como la de la existencia de la irregularidad misma: el lenguaje humano se ha desarrollado de modo natural sin ningún tipo de convención académica impuesta desde una instancia superior (ni divina ni humana) y se deja al libre albedrío y capricho de sus hablantes; a pesar de ello, en las lenguas naturales no impera la irregularidad y el caos, sino todo lo contrario. Notamos la irregularidad en las lenguas naturales porque hay regularidad, porque hay reglas sis-

gramaticas. Si no la hubiera no percibiríamos más que un caos incomprensible.

Creemos que responder la pregunta que hemos formulado nos puede ayudar a comprender más profundamente la naturaleza de las lenguas humanas. Es nuestro deber como lingüistas ofrecer una respuesta, por muy tentativa o preliminar que sea.

Primero, hay que decir que lo que los lingüistas consideran irregularidades muchas veces no son tales, sino más bien insuficiencias de su análisis gramatical. Cuando un gramático propone una regla gramatical y resulta que hay algunas excepciones, esto puede deberse o bien a que esa regla gramatical no está adecuadamente formulada o bien a que existe otra regla gramatical que impide que actúe la primera y que no se conoce o comprende bien. Pero no vamos a ocuparnos de esta cuestión de carácter teórico, sino del concepto de irregularidad que popularmente se tiene, que es el que justifica afirmaciones como las que comentábamos al principio de este capítulo.

¿Por qué existen irregularidades en una lengua? La primera razón es histórica; las lenguas cambian continuamente en todos los planos con el uso que se hace de ellas: fonético, morfológico, sintáctico y semántico. Tanto en la pronunciación de los sonidos como en la forma de construir las frases y los significados, hay que dejar amplio margen para la variación. Esto hace que podamos entendernos aun cuando no pronunciemos con exactitud matemática todos los sonidos de una palabra o construyamos con total exactitud y perfección todos los componentes de una frase o discurso. La comunicación no tiene siempre lugar en una sala con condiciones acústicas ideales, en la que hay un micrófono y altavoces y en las que muchas personas guardan un absoluto silencio mientras que otra lee un discurso preparado con esmero una semana antes, como ocurre en el caso de una conferencia. De hecho, la comunicación casi nunca es así, pues se desarrolla en un medio lingüísticamente hostil lleno de ruidos e interferencias de todo tipo, en donde los hablantes han de improvisar pequeños discursos de modo a veces casi instantáneo para poder llevar a cabo una tarea más o menos compleja. Si el más mínimo

titubeo sintáctico o semántico o la más mínima alteración fonética diera al traste con el mensaje, la comunicación lingüística sería imposible. Por ello, hay que dejar un gran espacio para la variación, de modo que las unidades lingüísticas puedan reconocerse aunque no se realicen de una manera invariable.

Esta variación necesaria para que la lengua sea un instrumento utilizable hace que las leyes fónicas y gramaticales nunca puedan llevarse hasta sus últimas consecuencias, de modo que las lenguas presenten una regularidad completa que uniformice y sistematice hasta el más mínimo recoveco del idioma. Ocurre muchas veces que varias leyes gramaticales tienen exigencias opuestas y crean conflictos, a los que se responde precisamente mediante la variación, para que se puedan utilizar una u otra forma, según convenga en cada caso concreto. Veamos un ejemplo muy sencillo. En español, el sujeto puede ponerse detrás o delante del verbo: *Juan lo ha dicho* frente a *lo ha dicho Juan*. ¿Por qué no establecer una única posición para el sujeto, digamos la preverbal, para simplificar el español y hacerlo más regular? De hecho, hay lenguas en las que la posición del sujeto es fija, como, por ejemplo, el inglés. Ahora bien, esta variación en español tiene una función muy concreta: cuando decimos *Juan lo ha dicho* estamos hablando de Juan y decimos de él que lo ha dicho, pero cuando decimos *lo ha dicho Juan* estamos constatando que se ha dicho algo y que quien lo ha dicho ha sido Juan. A la pregunta *¿Quién lo ha dicho?* contestamos *Lo ha dicho Juan*, pero a la pregunta *¿Qué ha hecho Juan?* contestamos *Juan lo ha dicho*. La existencia de una variación en la posición del sujeto se utiliza con fines de organización del mensaje. Pero es que además si hablamos descuidadamente y empezamos enunciando *lo ha dicho* y luego nos damos cuenta de que nos hemos saltado el sujeto, no hay problema en incluirlo al final y decir *lo ha dicho... Juan*. Esta variación nos permite este pequeño olvido o despiste, sin que por ello la interpretabilidad de nuestro mensaje se venga abajo. Esta variación crea a su vez un problema de interpretación cuando el sujeto puede ser también objeto. Por ejemplo, podríamos decir tanto *Juan ve*, como *ve Juan*, pero como Juan puede ser tanto el

que ve como el que es visto, en español se marca *Juan* cuando es objeto mediante una *a*. De modo que en *ve a Juan*, Juan sólo puede ser lo visto. Sin embargo, cuando la entidad denotada no puede ser agente de la acción, no hace falta introducir esa marca: *ve el castillo* sólo puede significar que alguien ve el castillo, no que el castillo vea a alguien.

La aparición preverbal o posverbal del sujeto es una irregularidad desde un punto de vista, pero es útil para establecer una diferencia de presentación del discurso muy importante: o bien hablamos sobre un individuo o sobre una acción. Las lenguas en las que el verbo tiene una posición fija han de expresar esta función de presentación de otra forma ya sea morfológica, sintáctica o prosódica.

En este sentido, el esperanto es tan *irregular* como el español, ya que permite cualquier orden entre el sujeto, el verbo y el objeto. Podemos decir como traducción de *el padre ama al hijo* cualquiera de estas oraciones:

La patro amas la filon
La patro la filon amas
Amas la patro la filon
Amas la filon la patro
La filon la patro amas
La filon amas la patro.

La ley de la lógica y la claridad debe prevalecer según los esperantistas y, por ello, se debería especificar qué diferencias hay entre las diversas variantes de una oración cuando tenemos un sujeto, un verbo y un objeto y cuándo debemos emplear unas y otras, sobre todo de cara a los hablantes de lenguas naturales que no tienen tantas posibilidades en el orden de palabras o que asocian diferentes significados a distintos órdenes. Hay que decir que no todas las lenguas interpretan de igual manera las diferencias de orden, si es que las hay.

Además de ser imprescindibles la irregularidad y la variación para que una lengua sea un instrumento eficiente de comunica-

ción en las adversas condiciones diarias, la irregularidad sirve para marcar aquellos aspectos de la gramática y el léxico sobre los que los que aprenden la lengua deben estar especialmente atentos. Normalmente, los verbos irregulares son precisamente los más usados y los verbos menos usados son regulares. La irregularidad de determinadas palabras es un medio de que se vale el lenguaje para marcar de una manera especial esos elementos. Los verbos de movimiento *(ir, venir)* son muy importantes en una lengua, pues se utilizan continuamente en numerosos usos; que sean irregulares es una manera de llamar la atención sobre ellos a los que aprenden la lengua: ¡Cuidado! ¡Estos verbos son importantes, mantenlos siempre accesibles y dispuestos para ser usados! Es muy difícil encontrar un verbo irregular que signifique *descorchar* o *desencuadernar*, pero es fácil encontrar verbos irregulares entre los que designan las actividades más frecuentes o útiles en una comunidad lingüística. Si hacemos regulares todos los nombres y verbos de una lengua nos encontraremos con un léxico uniforme donde ningún elemento sobresale sobre los demás, donde nada nos indica qué elementos son más útiles o frecuentes y qué elementos son más accesorios. Una lengua así es mucho más difícil de adquirir natural o artificialmente que una lengua heterogénea y variada, llena de saltos y sobresaltos, discontinua y no totalmente uniforme. Los seres humanos somos poco eficientes para aprender listas monótonas de elementos homogéneos, estamos más capacitados para adquirir, asimilar y utilizar aquellos sistemas que, dentro de ciertas regularidades, presentan saltos, discontinuidades y variaciones que llaman la atención y que nos orientan. El ser humano está más orientado a la variación que a la uniformidad y las lenguas naturales no son ajenas a este hecho. Está perfectamente demostrado que las personas comemos más cuando hay diversos platos variados en una mesa que cuando hay un único plato. La variedad también es un estímulo mental importantísimo en el desarrollo y mantenimiento de la psiquis humana.

La irregularidad, por consiguiente, desempeña un papel importante en la adquisición natural de las lenguas. Hemos dicho

que las lenguas tienen que presentar como característica fundamental el ser adquiribles naturalmente dentro del período crítico de dicha adquisición, ya que las lenguas que no se pueden transmitir de generación en generación no son viables y desaparecerían sin dejar rastro. Si las lenguas tienen irregularidades y excepciones es porque esas irregularidades cumplen una función en ese proceso de adquisición natural. Ya hemos dicho que los verbos irregulares son aquellos que más se usan y, por tanto, que su irregularidad misma es señal de su utilidad y frecuencia.

¿Cómo se puede llamar la atención del niño que adquiere naturalmente una lengua sobre el hecho de que en ésta existen generalizaciones y regularidades que es necesario asimilar? En este aspecto, las excepciones e irregularidades, más que confirmar las reglas, las señalan, indican de modo drástico la existencia de regularidades y generalizaciones. La mejor manera de llamar la atención sobre el hecho de que existe una continuidad o uniformidad es presentando algún elemento que rompa breve o momentáneamente dicha continuidad [1]. Supongamos que vamos paseando por un paseo bordeado de tilos; supongamos que de repente nos topamos a los lados con dos pinos. Este hecho, que rompe la continuidad de los tilos, nos llama la atención sobre una circunstancia en la que hasta entonces no habíamos reparado: el paseo está bordeado por tilos. Es posible que en la lengua haya irregularidades para precisamente llamar la atención del que las adquiera sobre las regularidades que las informan y estructuran. Una serie como *comido, bebido, leído, dormido, dicho, conocido, sabido, ido, reído, asistido...* presenta una excepción o irregularidad *(dicho)* que llama inmediatamente la atención sobre el hecho de que existe una regla general. Es curioso que el niño que

[1] El profesor B. Bichakjian, investigador del lenguaje humano, mantiene que el cambio lingüístico está motivado por la necesidad de que las lenguas presenten siempre aquellos rasgos que hacen posible o facilitan su adquisición por parte del niño. Esta tendencia la denomina *pedomorfosis lingüística* (Bichakjian 1988). La evidencia de que el cambio lingüístico nunca introduce una regularidad total en las lenguas podría ser indicio de que los niños necesitan algo de irregularidad en el proceso natural de adquisición lingüística.

ha escuchado *dicho* pueda emitir *decido*, que no ha oído nunca: esto muestra que las irregularidades no sólo no deshacen o imposibilitan la capacidad de asimilar las regularidades, sino que la potencian. El objetivo de *sintonizar* el niño con las regularidades de la lengua se hace más evidente y asequible precisamente gracias a las irregularidades.

Además hay otro factor que es aquí decisivo: en ninguna lengua natural las irregularidades sobrepasan a las regularidades; en ninguna lengua natural, por ejemplo, parece haber más verbos irregulares que regulares.

Los aspectos en los que una lengua presenta irregularidades no suelen coincidir con los que tiene de irregulares otras lenguas. En árabe clásico la formación del plural es mucho más irregular que en español, aunque ello no se debe a que el árabe carezca de un modelo de formación del plural, sino a que tiene varios modelos de formación y diferentes sustantivos adoptan uno o varios de esos modelos. Por contra, el árabe es más regular que el español en morfología derivativa nominal y verbal. Deducir de aquí que el árabe clásico es más regular o irregular que el español está claramente fuera de lugar.

CAPÍTULO 12

EL NÚMERO DE HABLANTES DE LAS LENGUAS

Es claro que el número de hablantes de una lengua se puede computar de modo más o menos seguro y que se trata de un dato objetivo, aunque sólo en parte, porque precisamente al hacer encuestas los prejuicios lingüísticos pueden hacer a una persona contestar algo que no es cierto. Si, pongamos por caso, habla dos lenguas, una de prestigio y otra menos favorecida, tenderá a reconocer que habla sólo la primera si quiere integrarse en una comunidad que considera superior; ocurrirá al revés si lo que desea es afirmar la validez de la comunidad a la que pertenece: afirmará hablar sólo la lengua de su comunidad aunque haga mucho que no la use o no sea competente en ella en absoluto. Supongamos, con todo, que los datos son suficientemente objetivos. A veces consideramos que cuantos más hablantes tenga una lengua, mejor será ésta:

> La lengua es el hecho social en el que resulta más evidente el famoso salto cualitativo, desde la cantidad: a mayor número de hablantes, mayor perfeccionamiento de los usos, de los mecanismos del sistema, de los resortes expresivos, más riqueza léxica, más posibilidad de elección connotativa, de discurso imitable, por ejemplar, o sea, mejor producto literario. (G. Salvador 1992: 94.)

El problema de plantear la riqueza de una lengua en función del número de hablantes que tiene radica en lo siguiente: ¿En qué cifra situar ese salto cualitativo? La respuesta es clara: cada comunidad lingüística lo establecerá como mínimo en el número de hablantes de que disponga para que su lengua obtenga siempre el mayor grado de perfección. Por eso el autor del pasaje anterior clasifica en el mismo grupo el chino, el inglés, el hindí y el español (G. Salvador 1992: 96) como las cuatro *lenguas mayores*. Eso significa que el salto cualitativo para alcanzar la excelencia debe situarse por encima de los 250 millones de hablantes.

Ahora bien, como observa Carmen Junyent (1998: 37-38), si aplicamos este criterio del número de hablantes de modo puramente objetivo, sin establecer de antemano una cifra determinada (la que convenga según la lengua de quien hace los recuentos), obtenemos un cuadro como el siguiente [1]:

LAS DIEZ LENGUAS MÁS HABLADAS DEL MUNDO

Lengua	*Millones de hablantes*
Chino mandarín	885
Español	332
Inglés	322
Bengalí	189
Hindí	182
Portugués	170
Ruso	170
Japonés	125
Alemán	98
Chino vuyú	77

FUENTE: *Ethnologue*, 1999.

[1] Los datos se extraen de B. Grimes 1996, pero están actualizados a febrero de 1999 a través de la página de internet de Ethnologue: http://www.sil.org /ftp/ethnolog13. Se consideran únicamente hablantes nativos de estas lenguas. Si tenemos en cuenta los que las hablan como lengua segunda, los datos serían diferentes (el español, por ejemplo, estaría por debajo del inglés).

Entre el español y el chino mandarín hay una diferencia de más de 500 millones de hablantes, que puede tacharse de todo menos de baladí. Según el criterio que comentamos, la lengua y literatura chinas tienen por fuerza que ser muy superiores a la lengua y literatura españolas por un mayor perfeccionamiento de los usos, unos mecanismos del sistema más elaborados, una riqueza léxica mayor y unos productos literarios más excelsos. Esto por no hablar de la diferencia respecto del francés e inglés, que sobrepasa los 700 millones de hablantes.

Es posible que más de un chino dé por buenas estas conclusiones, pero vemos muy difícil que un español, ruso, alemán o francés las acepte tal cual y ello por mucha admiración y respeto que nos ocasione la milenaria cultura china. Supongamos que estos datos y esta teoría caen en manos de un visitante de otro planeta. Si las considerara correctas, ¿perdería un segundo de su tiempo en estudiar la cultura y literatura de una lengua con tan solo 170 millones de hablantes, cuando hay una que disfruta de más de 800 y que por tanto es muy superior en todos estos aspectos?

Cuando despreciamos la lengua y cultura de una tribu de la cuenca del Sepik o de cualquier otro lugar recóndito del planeta por tener pocos hablantes o por carecer de escritura, manifestamos una actitud que expresa un manifiesto desprecio por el hombre y por su cultura, una radical incomprensión de la naturaleza humana, un egoísmo y etnocentrismo cultural que nos empobrece intelectual y espiritualmente.

Estos prejuicios también se ponen de manifiesto cuando consideramos que la lengua de tal o cual tribu tiene por necesidad que ser más pobre e imperfecta que la nuestra. Estas ideas, examinadas y criticadas en los capítulos anteriores, provienen de los prejuicios culturales y de la ignorancia: minusvaloramos lenguas indígenas que no nos hemos molestado en intentar conocer a fondo.

CAPÍTULO 13

LOS IDIOMAS LOS HACE EL PUEBLO

Decir que las lenguas las hace el pueblo no es incurrir en demagogia, sino constatar un hecho mil veces comprobado a lo largo de la historia de la humanidad. Desde que existen instancias que intentan controlar en su beneficio las lenguas naturales, se crea la idea de que el pueblo corrompe y degenera la lengua, que ha de ser preservada, fijada y pulida por los entendidos[1].

Esta idea se basa sobre un hecho indiscutible: las lenguas cambian y el cambio es parte esencial de la naturaleza de las mismas. El cambio lingüístico no se debe a la ignorancia de los hablantes, ni a su dejadez en materia gramatical. Tiene unas raíces mucho más profundas, porque las lenguas se adaptan a los mismos hablantes y a las culturas en las que se insertan y lo hacen dinámicamente. Pedir a los hablantes que se adapten a una lengua, en vez de procurar lo contrario va en contra de la propia naturaleza del idioma, que ha de definirse como un medio de adecuación al entorno y de creación y delimitación del mismo. (C. Junyent 1998: 154.)

[1] Aquí podemos hacer referencia a los *expertos* que S. Pinker 1994: 423, denomina *jeremías del lenguaje*, que no cesan de expresar «quejumbrosos lamentos» por lo mal que se habla la lengua y pronostican un negro futuro para ella si el pueblo la sigue ensuciando y corrompiendo con su ignorancia y descuido.

Eso es lo que intentan hacer los prescriptivistas: elegir un modelo de lengua estático y delimitado de una determinada manera y exigir que los hablantes se atengan a él. Pero estos intentos no impiden que la lengua siga su curso y siga cambiando indefectiblemente y que la gente siga hablando *incorrectamente*.

Continuamente se producen usos nuevos de palabras existentes, nuevas palabras, expresiones nuevas, construcciones nuevas por influencia de otras lenguas, por creación espontánea o por influencia de alguna instancia o grupo y muchas de ellas son consideradas incorrectas por los prescriptivistas, que claman (casi siempre en vano) por su erradicación.

Lo cierto es que no todas esas innovaciones sobreviven. De todas ellas sólo unas pocas pervivirán un tiempo dilatado. ¿Cuáles? Simplemente las que consigan el beneplácito de una mayoría de hablantes, independientemente, la mayor parte de las veces, de los juicios que emiten los expertos en la lengua. La influencia de los prescriptivistas en este campo es muy limitada, y lo será tanto más cuanto menos capaces sean de entrever hacia dónde va el cambio lingüístico, y eso es harto difícil, aun para el más experto en la materia.

Considerar que el habla vulgar supone una corrupción de la lengua es una actitud muy antigua, tiene mucho más tiempo que la más antigua de las instituciones actuales cuyo fin primordial es cuidar de que la lengua no se degrade y corrompa. Entre los romanistas es conocidísimo el *Appendix Probi*, texto datable quizás en el siglo IV de nuestra era y que ha llegado hasta nosotros en un manuscrito copiado en el siglo VIII. Es una lista de pronunciaciones vulgares de palabras latinas, antecedidas de la pronunciación correcta. Veamos algunas de esas correcciones:

speculum non speclum
oculus non oclus
tabula non tabla
mensa non mesa
rivus non rius

Estos y otros vulgarismos están atestiguados en inscripciones y gramáticas. En la época del latín clásico existían vulgarismos de este tipo, tal como se puede comprobar en las inscripciones de Pompeya, destruida por una erupción volcánica en el año 79 de nuestra era. (O. Wolff 1971: 32.)

Si nos fijamos en la lista de pronunciaciones incorrectas podemos comprobar fácilmente que las palabras españolas *espejo*, *ojo*, *tabla*, *mesa* y *río* proceden de malas pronunciaciones de las correspondientes palabras latinas. En efecto, la *j* de nuestro *espejo* procede de una transformación en varios pasos del grupo *cl* originado por la pronunciación vulgar *speclum*, de la forma correcta *speculum*. Lo mismo cabe decir de la *j* de *ojo*. Los casos de *tabla* y *mesa* son también claros, al igual que el de *río*.

Muchas palabras españolas proceden de vocablos latinos *mal analizados* y *confundidos* por la *ignorancia* de los usuarios. Así, por ejemplo, la palabra *milagro* es una forma incorrecta de pronunciar *miraglo*, forma a su vez vulgar del latín *miraculum* de donde procede la forma catalana más correcta *miracle*. De modo análogo, *madrugar* no es más que una forma incorrecta de pronunciar *madurgar*, a su vez deformación de *maturicare* 'apresurarse'. El verbo *enjuagar* no es más que una mala pronunciación de *enjaguar*, que procede del latín vulgar **exaquare*, es decir, 'lavar con agua'. Según nos informa J. Corominas, está atestiguada en el siglo XV la forma *enxaguar* (J. Corominas 1973: 235), con un prefijo *en* que denota quizás la influencia analógica de la preposición homónima. Las formas *contigo*, *conmigo* contienen un *go* que los hablantes no analizan como la preposición *con*, pero *migo* viene de *mecum* (literalmente 'mi-con'); por tanto, *mego* significa 'conmigo', pero como la gente dejó de reconocer el *con* en el *go* añadió ese *con* para formar la forma redundante que analizamos. No es, pues, desacertado decir que todos estos vocablos españoles son palabras latinas mal pronunciadas y analizadas por el vulgo *ignorante* y *descuidado*. ¿Quiere esto decir que tales palabras son indignas de figurar en nuestros diccionarios como vocablos perfectamente correctos? No, en absoluto. Los hablantes del

castellano han hecho que esto sea así y no de otro modo sin importar para nada si las pronunciaciones en cuestión son correctas o incorrectas (históricamente lo son). Así podríamos continuar con centenares de términos. Todas estas palabras han sido originadas por la ignorancia y descuido del vulgo, dirán algunos, pero ahora nadie duda en aceptarlas como correctas: si alguien escribe o dice *miraglo* será corregido, a pesar de ser la forma etimológicamente correcta. No hemos de avergonzarnos por esto: las lenguas son así, las hace el pueblo y el pueblo es el árbitro de la misma.

Esto nos enseña algo importante: lo que ayer era incorrecto, hoy es correcto; lo que ayer era un vulgarismo que ofendía los oídos de las personas cultivadas, hoy es un término tan digno de nuestra lengua como el cultismo más refinado y rebuscado. El pueblo es el que tiene la última palabra; a él hemos de remitirnos lo queramos o no.

El castellano no era más que un habla que *arruinó* la pronunciación latina, *destruyó* la declinación nominal y buena parte de la verbal del latín, modificó el significado de muchos términos latinos o sustituyó términos cultos por otros mucho más vulgares... ¿Impidió eso que nuestra lengua sea un idioma tan digno y hermoso como el propio latín? Los grandes escritores en nuestra lengua han partido de todas esas innovaciones vulgares que definieron en su momento al castellano y no las han negado o intentado enmendar. ¿Corrompe el pueblo realmente las lenguas? Más bien hay que decir que los grandes escritores aprovechan esa pretendida corrupción como base desde la que alcanzar las más excelsas cumbres de esa lengua creada por el pueblo. Además, el escritor llega a cumplir su fin cuando su obra vuelve de nuevo al pueblo en el que tiene su origen.

Que no existe una base científica estrictamente lingüística para atribuir a la ignorancia del vulgo los cambios sistemáticos que se observan en el habla diaria fue ya argumentado hace más de setenta años por el gran lingüista norteamericano L. Bloomfield. Creemos oportuno recoger sus observaciones sobre el habla *incorrecta* norteamericana de la época:

Las formas incorrectas no pueden ser el resultado de ignorancia o descuido, porque de ningún modo se emplean al azar sino que, por el contrario, se muestran muy estables. Por ejemplo, si una persona fuera tan ignorante que no supiera decir *I see it* (lo veo) en tiempo pasado, se podría esperar que usara toda clase de formas al azar y, especialmente, que acudiera a locuciones fáciles de formar tales como *I did see it*, o que añadiera el sufijo regular de pasado: *I seed it*. Pero, en cambio, esta gente ignorante dice sistemáticamente *I seen it*. Ahora bien, es evidente que una forma fija y persistente no será más difícil que otra: la persona que ha aprendido *I seen* como pasado de *I see* ha aprendido tanto como la que dice *I saw*. Simplemente ha aprendido algo distinto. Aunque muchos de los que dicen *I seen* sean ignorantes, la ignorancia no explica esta forma. Por otra parte, hay casos como el de una profesora de escuela que conocí, la cual, cuando hablaba cuidadosamente a veces decía *I have saw it*; y en su habla normal decía *I have seen it*. Es decir, lo que encontramos no es una actividad bien informada y ordenada opuesta a otra ignorante y descuidada, sino más bien un conflicto de locuciones definidas y fijas, de las cuales, por alguna razón, una se considera buena y las otras malas. (L. Bloomfield 1927: 267.)

El diagnóstico final del maestro estadounidense es inequívoco:

Estos detalles podrían multiplicarse, pero en conjunto el diagnóstico científico de lengua *mala* parece ser: la lengua estándar con rasgos dialectales. Así, un hablante nativo sería tan bueno como otro en el dialecto local, y serían imposibles los errores y formas *malas*. (L. Bloomfield 1927: 272.)

Más recientemente se ha expresado una opinión similar al respecto:

No hay pérdida de eficiencia comunicativa en la elección de *I have took* frente a *I have taken*. El «tiempo perfecto» está marcado adecuadamente por el auxiliar *have*. Tampoco indica la elección de la variante no estándar que el hablante no *conoce* la diferencia entre los tiempos pasado y perfecto: simplemente ha elegido una forma verbal diferente (regularizada) para expresar el tiempo/aspecto pasado o perfectivo. (J. Milroy y L. Milroy 1991: 85. Traducción de JCMC.)

En un reciente manual en inglés de la lingüística moderna vuelve a señalarse lo mismo:

> Los lingüistas también reconocen que ciertas expresiones *(I seen that, They was there, He didn't do nothing)* pueden estar restringidas a determinados grupos socioeconómicos en la comunidad anglohablante. Tal como explicamos con más detalle en el capítulo 14, el uso de estas expresiones puede tener consecuencias sociales negativas: puede hacer más difícil conseguir una beca, conseguir trabajo, ser aceptado en ciertos círculos, etc. *Sin embargo, desde un punto de vista puramente lingüístico no hay en absoluto nada incorrecto en las gramaticas que permiten esas estructuras. Como las gramáticas de otras variedades del Inglés (y de otras lenguas), permiten a los que se sirven de ellas expresar y entender el mismo abanico ilimitado de pensamientos e ideas.* (W. O'Grady, M. Dobrovolsky, F. Katamba 1997: 6. Traducción y cursiva de JCMC.)[1]

No hay ninguna base científica que justifique la idea de que hay hablantes que hablan mal y que hablan bien:

> La opinión, ampliamente extendida, de que en el seno de una comunidad de hablantes hay quien habla bien y quien lo hace mal se debe a la incidencia de una máquina educativa que cuartea el cuerpo de los hablantes: de un lado, quienes son fieles a las normas, a los modelos de comportamiento social (y lingüístico) y, de otro, quienes permanecen al margen de ellos. Estos últimos serán marcados con el estigma de la barbarie social (y lingüística) y considerados como hablantes toscos, dignos de conmiseración; tal vez menospreciados y objeto de escarnio. (J. Tusón 1989: 26.)

En el mismo sentido podemos añadir el siguiente pasaje:

> *Hablar bien*, por tanto, no es dominar la norma más *correcta* (= más formal) y aplicarla en todas las circunstancias, sino seguir en cada caso la que la situación exige. Verdad de perogrullo y que sin embargo los lingüistas y los profesores tendemos a olvidar con demasiada frecuencia. Está bien que un estudiante se exprese como la Academia manda cuando hace un examen, escribe un trabajo, diserta en

clase o expone sus puntos de vista en una reunión más o menos solemne. Pero con sus compañeros o con sus padres o cuando va de compras *debe* expresarse de manera distinta, incluso con supuestas incorrecciones. El anacoluto, por ejemplo, no es un defecto de los que se expresan espontáneamente de forma oral, sino una característica normal de este registro y de este canal, porque lo escrito y lo oral tienen leyes distintas. (J. Borrego Nieto 1992: 133.)

Si la moderna ciencia lingüística no apoya esta distinción entre formas correctas o buenas y formas incorrectas o malas de hablar, ¿de dónde surge, pues, este interés en tachar unas hablas de incultas o incorrectas?

La idea de que el vulgo inculto habla mal ha sido difundida y alentada desde el poder político y educativo para facilitar que los hablantes de variedades lingüísticas no estándares las abandonen y se sumen a los modelos de habla considerados cultos. De esa manera se consigue, a través de este prejuicio, que el propio pueblo abandone sus formas de hablar de modo voluntario y contribuya a la destrucción de sus propias señas de identidad lingüística. Esta situación da origen a muchos de los prejuicios más sangrantes que la gente tiene sobre su forma de hablar, como ha analizado muy bien el profesor Borrego Nieto, que nos resume en tres leyes el origen de estos prejuicios autoevaluativos que el hablante normal puede hacer sobre su lengua (J. Borrego Nieto 1992: 126):

— Si A percibe a B como grupo social diferente y superior juzgará los signos de B (entre ellos los lingüísticos) como *mejores* y, por tanto, como dignos de imitación.
— Si A percibe B como un grupo social diferente e inferior, juzgará los signos de B (entre ellos los lingüísticos) como *peores* y, por tanto, como desdeñables.
— Si A percibe a B como un grupo social diferente pero ni superior ni inferior a él, tenderá a asignar prestigio a los rasgos propios (entre ellos los lingüísticos) en detrimento de los de B.

Como vemos, los prejuicios lingüísticos derivan de prejuicios de carácter social y, por tanto, casi siempre surgen de ellos.

El profesor Borrego Nieto recalca que estos juicios autoevaluativos de los hablantes no tienen base lingüística alguna, aunque no por ello están desprovistos de fuerza coercitiva:

> La falta de base lingüística de estos juicios (visible incluso en la forma en que se expresan: «hablar de forma fea o bonita», «hablar como los viejos», «hablar como los analfabetos») no impide su enorme operatividad: quien crea que [arína] es preferible a [harína] o [farína] tenderá a abandonar estas formas tengan o no la misma eficacia práctica e incluso la misma prosapia histórica. Son juicios que se interiorizan, además, sorprendentemente pronto y que tienen su repercusión en los propios procesos de aprendizaje, lo cual debe poner sobre aviso a los educadores. (J. Borrego Nieto 1992: 127.)

El profesor Borrego Nieto hace referencia aquí a un ejemplo del nivel morfonológico (la pronunciación de la letra *h* como aspirada o la presencia de la *f* en vez de ésta), pero podrían ponerse ejemplos de otros niveles diferentes. El profesor Garrido Medina hace referencia a la personalización de la construcción impersonal con *haber* que manifiestan expresiones como *habemos muchos allí*, consideradas vulgares y desaconsejadas por algunos gramáticos [2]. Según el profesor Garrido, esta personalización se explica porque en construcciones como *había muchos allí*, tenemos un objeto sin sujeto y sólo hay una construcción española con estas características: la impersonal con *hay*. Se produce la nivelación de una irregularidad: el verbo *haber* se une así al grupo de verbos

[2] L. Gómez Torrego (1992: 31) describe los vulgarismos más frecuentes de la construcción impersonal con *haber*. Es interesante y especialmente revelador el dato que aporta de la forma *hayn* documentada en Argentina y que supone una regularización del paradigma defectivo de este verbo usado como verbo existencial. La generalización del sufijo *-n* para indicar tercera persona del plural es frecuente también en las variedades lingüísticas extremeñas, en las que se puede oír *dijon* (por *dijeron*), *tuvon* (por *tuvieron*), *trajon* (por *trajeron*) o *estuvon* (por estuvieron) (Zamora Vicente 1974: 335). Por supuesto, la forma *tuvon* es mucho más regular que *tuvieron*, lo cual se puede apreciar si lo que contrastamos son los pares de las formas de tercera de singular: *tuvo/tuvieron* frente a *tuvo/tuvon*.

existenciales *existir, ser y estar*, que no admiten ese uso impersonal.

Hay más. Al personalizar las construcciones, el hablante es capaz de expresar que él estaba en el grupo de personas denotado: al oír *habíamos muchos allí*, sabemos automáticamente que el hablante estaba en ese grupo, frente a (también considerado vulgar) *habían muchos allí*, que no lleva esta indicación. La asimilación de la construcción impersonal con *haber* a las demás construcciones existenciales permite, pues, una serie de matices adicionales muy útiles. A pesar de ello, los gramáticos consideran estas oraciones como erróneas e incorrectas, tal como observa el profesor Garrido Medina, que extrae la siguiente conclusión, que hay que suscribir plenamente:

> Lo más importante, y lo que más confunde, es que la idea representada por una y otra construcción (la «correcta» y la «incorrecta») es exactamente la misma. No hay ninguna razón en el funcionamiento de la propia lengua que permita preferir una construcción a la otra. En todo caso, a primera vista, tendríamos que favorecer la simplificación. (J. Garrido Medina 1997: 92.)

Acabamos de ver que una expresión vulgar como *habíamos muchos allí* es considerada incorrecta e inconveniente a pesar de que nos proporciona información que la forma estándar no nos puede dar. Esta actitud supone una estigmatización de las formas no estándares por el mero hecho de serlo, sin tomar en cuenta sus posibles ventajas. Este punto de vista es frecuente también en el caso de otros idiomas. J. Milroy y L. Milroy (1991: 14-15) observan que en los dialectos de Irlanda del Norte *you* (tú) se opone a *yous* (vosotros) y a continuación afirman:

> Es curioso que los guardianes del lenguaje no recomienden por lo general los sistemas «superiores» de los dialectos no-estándares: centran sus afirmaciones sobre la superioridad de ciertos aspectos de la gramática inglesa *estándar*. Puede deducirse, entonces, que lo que realmente les preocupa más no son los aspectos lingüísticos, sino sociales: de un modo u otro, promueven los intereses de la variedad

que se considera de mayor prestigio. (J. Milroy y L. Milroy 1991: 15. Traducción de JCMC.)

A la vista de todas estas consideraciones, lo único que científicamente podemos constatar es que hay hablantes que se atienen de modo más o menos consecuente a una norma establecida y otros que no se atienen a ella o que lo hacen sólo a veces. Establecer que el habla que sigue la norma es la correcta va dirigido no tanto a ensalzar ideológicamente dicha habla, sino a marginar, estigmatizar y, en último término, eliminar otras hablas que no se atienen a dicha norma y lo más grave es que se *lava el cerebro* a los que hablan de otra manera para convencerles de que su forma de hablar es anormal e incorrecta y de que por convencimiento propio deben abandonarla y no transmitírsela a sus hijos. Hay que decirles a estas personas que, desde un punto de vista objetivo y estrictamente lingüístico, no hay nada que haga unas formas de hablar peores o menos dignas que otras. Como observa el profesor Borrego Nieto, las instancias educativas desempeñan aquí un papel crucial. Sería interesante no identificar *correcto* con *normativo*. Si no se nos impone una norma, podemos aceptarla libremente, pero debemos tener presente que esa norma no es más correcta que otras posibles simplemente porque la acepten o ensalcen determinadas instancias sociales.

Las construcciones que cabría calificar de *incorrectas* rara vez se producen en el habla espontánea de la gente: *hombre el* o *niño tomamos pelota* son secuencias incorrectas, pero no preocupan a nadie: ni al hablante normal habitual, ni al gramático. Ambos hacen muy bien, desde luego.

CAPÍTULO 14

LENGUA ESCRITA Y LENGUA HABLADA

El disponer de una escritura no debe influir sobre los juicios que se hagan de las lenguas. La mayor parte de la existencia de las lenguas naturales en el mundo ha sido anterior a la invención de la escritura. Ello no ha impedido el surgimiento y la existencia de las lenguas. El origen del lenguaje humano es seguro que es muy anterior al de la escritura puesto que, como ya hemos visto, la lengua escrita más antiguamente atestiguada (el sumerio) tiene todas las características de una lengua moderna cualquiera. Si, tentativamente y con todas las reservas que se quieran, fechamos el surgimiento del lenguaje humano moderno hace unos 100.000 [1] años y los testimonios de escritura más antiguos que tenemos datan de hace unos 5.000 años, resulta que la humanidad ha sido ágrafa durante 95.000 años y ello no ha impedido que nuestros más remotos antepasados nos hayan

[1] En su estudio sobre el origen y diseminación de las lenguas, J. Nichols nos da como plausible esta cifra: «Anatomically modern humanity is about 100,000 years old, and, since, the modern anatomy includes a speech tract dedicated to speech production and aural and cognitive capacities dedicated to speech decoding, it is safe to estimate that human language as we know it is at least 100,000 years old.» (Nichols 1998: 128.)

transmitido el preciosísimo legado cultural de las lenguas habladas hoy en día.

La invención de la escritura ha supuesto la apertura de una nueva era para la humanidad. La escritura permite atesorar un caudal potencialmente ilimitado de nuestra experiencia y conocimientos. Ello ha permitido un avance rapidísimo de nuestras culturas y tecnologías. A través de la escritura, las personas pueden comunicar sus conocimientos y experiencias de modo más efectivo a sus más remotos descendientes y la capacidad de transmisión de la cultura se hace inmensa.

Sin embargo, la escritura no ha supuesto un cambio cualitativo de las lenguas habladas: éstas siguen teniendo las mismas características esenciales que las que tenían cuando no se escribían. Por supuesto, gracias a la escritura tenemos diccionarios en los que aparecen palabras antiguas olvidadas por los hablantes y palabras especializadas cuyo significado sólo conocen bien los entendidos. Podría pensarse que una lengua que tiene diccionarios, en los que se establece de modo preciso el significado de las palabras, es una lengua ya fijada y que por tanto no cambia, se encuentra ya en una situación estática. Eso puede ser verdad, pero sólo para la lengua escrita (una variedad específica con sus peculiaridades). La lengua hablada sigue cambiando exactamente igual que cuando no había diccionarios. Continuamente aparecen significados nuevos de palabras, palabras nuevas (normalmente importadas de otra lengua), giros nuevos y todo tipo de innovaciones.

Es sabido que, cuando se produce un invento especialmente útil, se suele extender a lo largo de amplias áreas y con él la palabra que lo designa. En la antigüedad esto se producía con bastante lentitud. Hoy en día, sin embargo, cada poco tiempo presenciamos el nacimiento de nuevos instrumentos, dispositivos, métodos, que se propagan con una rapidez vertiginosa. Ello hace que continuamente se produzcan innovaciones en el significado de nuevos términos o préstamos léxicos de las lenguas extranjeras de donde vienen esos nuevos elementos.

Consideremos, por poner un ejemplo, el empleo como sustantivos de *portátil* para denotar un ordenador y de *móvil* para

denotar un tipo de teléfono inalámbrico. Hoy en día, cuando alguien nos dice *me voy a comprar un portátil* o *me voy a comprar un móvil* sabemos perfectamente a qué se está haciendo referencia, al menos en un medio urbano. Consultemos la edición de 1992 del Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia. En *móvil* no aparece la acepción de *teléfono móvil* y la definición que se da: «que puede moverse o se mueve por sí mismo» no es adecuada para este caso, ya que para que un teléfono sea móvil no basta con que pueda moverse, sino que debe ser tal que permita la comunicación entre personas que se desplazan de un lugar a otro, sin que ese movimiento se vea limitado por cables. En *portátil* tampoco encontramos el uso específico que hace referencia a un tipo de ordenador.

Lo que esto demuestra es que por muchos diccionarios que haya y por muchas gramáticas que existan de una lengua, no se produce ningún tipo de fijación lingüística, de estabilidad: la lengua hablada sigue su ritmo y su curso exactamente igual que si esa lengua no fuera escrita. *La lengua escrita no paraliza el dinamismo y diversificación de la lengua hablada: ésta sigue su curso.* La idea contraria ha de ser descartada como un mito similar al de la lengua perfecta originaria de todas las demás:

> Es inútil añadir que la hipótesis de una lengua perfecta proyectada en la lejanía de la prehistoria, es puramente quimérica, tanto como la idea de una lengua que no cambiaría nunca, fijada para siempre en la inmovilidad. Hay que resignarse a aceptar el cambio, que es fatal, y guardarse de lamentar la edad de oro, tan vana en lingüística como en cualquier otro terreno. (J. Vendryès 1928: 345-346.)

Los diccionarios de uso se ven obligados a reflejar esos cambios, por lo que es menester actualizarlos periódicamente. Los cambios se dan desde la lengua hablada al diccionario, no al revés. El hecho de que una palabra aparezca en el diccionario no es garantía de que se use. La palabra *proloquio* aparece en el diccionario de la RAE, pero no por ello tenemos más oportunidad de oírla, verla escrita o usarla.

Tenemos derecho a enorgullecernos de tener una lengua escrita. Pero ello no nos debe llevar a menospreciar aquellos dialectos o lenguas que no conocen la escritura, bien porque no se les ha dado acceso a ella, bien porque en la comunidad en que se hablan no se necesita. La enseñanza de la lengua escrita suele ir acompañada de la enseñanza de una variedad o dialecto considerado estándar, con lo que se suele utilizar como un mecanismo más para marginar otros dialectos o variedades diferentes.

A veces despreciamos a las comunidades ágrafas y las calificamos de atrasadas, menos evolucionadas o primitivas y a su lengua como *habla, dialecto* o *jerga*. Nos olvidamos de que la escritura no la hemos inventado nosotros, ni siquiera las culturas antiguas de las que procedemos. El alfabeto no ha sido inventado ni por los españoles, ni por los ingleses, ni por los latinos, ni por los griegos. Fue un invento que se tomó de otras culturas. En nuestro caso, el alfabeto que usamos y del que nos enorgullecemos fue inventado por los cananeos hace unos 4.000 años. ¿No sería tremendamente injusto menospreciar a los griegos, a los etruscos y a los latinos por copiar de otros su sistema de escritura? ¿Es que era acaso la lengua cananea más perfecta que la griega, la etrusca o la latina? Estas preguntas habría que formularlas antes de menospreciar las lenguas que no se escriben.

El concepto de fijación y estabilización de una lengua aparece a veces asociado con la existencia de una lengua escrita. Si no existe tal variedad de lengua escrita se nos dice que no tenemos lenguas sino una simple sucesión de hablas:

> Si en los comienzos de la Edad Media en cada familia lingüística encontramos un continuo de variedades de habla, al llegar a los siglos XII y XIII ya se pueden reconocer núcleos claramente diferenciados que podemos calificar de lenguas y entre ellas están todas las que hablamos los europeos. (M. Siguan 1996: 30.)

En la Edad Media había un continuo de variedades de habla, que es exactamente lo mismo que hay ahora en Europa. Lo que no había era una situación en la que una determinada variedad

de lengua (franciano, castellano, alemánico o cualquiera otra) se impone por motivos políticos, demográficos o económicos sobre las demás. Pensar que sólo puede hablarse de lengua cuando se produce esta situación de una variedad de lengua que se elige como estándar y se impone sobre las demás, es atribuir a las propias lenguas propiedades que no son lingüísticas, sino políticas, culturales y sociales. Podemos hablar de una lengua fijada que merece el nombre de tal cuando se produce la imposición de un modo de habla sobre otros modos de hablas, lo que trae consigo una homogeneización en algunos ámbitos. Pero lo que siempre ha existido es un *continuum* de hablas, y pensar que porque exista una lengua estándar oficial se acaba con ese *continuum* de hablas que no merecen el nombre de lengua, es no conocer cómo funcionan en realidad las lenguas naturales. Aunque un grupo logre imponer su dialecto sobre los de los demás grupos, enmascarándolo como lengua estándar, ello no elimina los continuos de hablas dentro del mismo dialecto que se impone, aunque puede introducir discontinuidades allí donde antes había continuidades. En efecto, si a veces se rompe ese *continuum* de hablas, ello se debe a la desaparición de las hablas de transición:

> El paso brusco de una lengua a otra es muy frecuente. ¿De dónde proviene eso? De que las circunstancias desfavorables han impedido que subsistieran las transiciones insensibles. (F. de Saussure 1915: 325.)

De nuevo encontramos aquí el eufemismo de *circunstancias desfavorables*.

Durante siglos existió una lengua estandarizada y fijada que fue la lengua de la cultura, de la justicia, de las leyes, de la religión, de la ciencia: el latín. ¿Impidió esto la conversión del latín vulgar en las llamadas lenguas romances primero vulgares y luego elevadas (a partir de un dialecto determinado) a la categoría de lenguas en sentido *propio* de la palabra?

El mismo autor de la penúltima cita, cuando se refiere a las lenguas indígenas de Asia, África y América, dice:

> Pero hay que recordar que la mayor parte de estas lenguas tan numerosas son lenguas con escaso número de hablantes y lenguas que no han llegado a estar codificadas ni tienen uso escrito. En cambio la mayoría de las cincuenta lenguas europeas citadas, incluso cuando tienen pocos hablantes, han tenido y tienen algún uso escrito y alguna presencia en la enseñanza, lo que implica alguna forma de codificación y, lo que todavía es más importante, sus hablantes las consideran signos de identidad y de alguna manera se identifican con ellas. (M. Siguan 1996: 17.)

El argumento de la cantidad de hablantes se desecha cuando se habla de las lenguas de Europa, pero parece tener algún peso cuando se habla de lenguas indígenas no europeas. El concepto clave aquí parece ser el de *codificación*. Esta situación parece tener que ver con la existencia de lengua escrita y con la idea notada antes de la fijación y estandarización que, como hemos visto antes, supone una manipulación ideológica y política del concepto de *lengua común*.

Toda lengua natural es un código perfectamente diseñado y establecido; una lengua no codificada es una contradicción. Eso si entendemos por código el establecimiento de un conjunto de unidades significativas y de unas reglas de combinación precisas. Ya hemos dicho en el capítulo 4 que esta propiedad de ser un código la tiene toda lengua natural humana. Pero quizás aquí se interpreta *código* en un sentido ideológico. Se considera que hay código cuando una variedad lingüística se propone como modelo sobre otras variedades y los hablantes de esas otras variedades renuncian a la propia para adoptar ésa; con ello se logra una uniformidad y homogeneización inducidas. Unir este sentido de código con el de la creación de un signo de identidad es una maniobra de estricta manipulación ideológica. Toda lengua o variedad lingüística es un fuerte signo de identidad para los que la hablan, esté codificada en este segundo sentido o no lo esté, sea escrita o solamente hablada.

En conclusión, los conceptos de *codificación, normalización, estandarización* y *fijación* tienen un claro trasfondo ideológico y no son, por tanto, puramente lingüísticos. Definir el concepto

de lengua utilizándolos es la manera de la que se valen las culturas dominantes para justificar la imposición de su variedad lingüística sobre las de los demás.

La escritura, considerada por muchos como el origen último de la estandarización y homogeneización de una lengua, es un invento, es algo artificial para lo que los seres humanos no nacemos preparados. Las lenguas se adquieren de modo natural, sin instrucción específica alguna, pero la escritura debe enseñarse mediante acciones educativas específicas y ha de aprenderse a base de un esfuerzo continuado. Ese esfuerzo, normalmente, merece la pena.

No todos los sistemas de escritura son iguales. Hay tres tipos de sistemas de escritura: los que asocian un signo a cada fonema (escritura alfabética), los que asocian un signo a cada sílaba (escritura silábica) y los que asocian un signo a cada palabra (escritura logográfica). Está documentado que los sistemas de escritura más antiguos son logográficos, seguidos por los silábicos y, por último, por los alfabéticos.

La base de la escritura logográfica consiste en la asociación de un símbolo con cada palabra. Dado que el número de elementos léxicos que habitualmente se utilizan en una lengua es de varios miles, es claro que este sistema exige la provisión y utilización de varios miles de signos diferentes. A diferencia de lo que ocurre con la adquisición de una lengua natural, proceso a través del que el niño va aumentando gradualmente su vocabulario sin que tenga que aprender interminables listas de palabras, ya que está preparado biológicamente para ello, el aprendizaje de los símbolos escritos debe realizarse de forma artificial y memorística, lo que supone un titánico esfuerzo. Por esta razón, no existe ningún sistema de escritura que sea estrictamente logográfico. La escritura china tiene una amplia base logográfica, aunque no es un sistema logográfico puro. A pesar de ello, los chinos, cuando aprenden a leer y escribir, han de memorizar en el mejor de los casos unos dos mil signos. Hay que advertir no obstante que, al no ser puramente logográfica, la escritura china tiene muchos atajos y pistas que facilitan su aprendizaje. Muchísimos caracteres com-

我在中國內地的時候，有一個老人
常常有病．大夫都不知道他老人家
是甚麼病．有一天他問我，是不是
應該到外國去看大夫．我的意思是
他老人家應該拿主意．我又想，這
個老頭子要是到外國去，出國的時
候這裏有朋友可以給他買船票甚麼
的．可是到了外國連一個朋友也沒
有，而且他又不會英文，有時買東
西或出門一點法子也沒有，他去了
以後一定想回國了．比如在這裏請
有名的大夫給他看病，這裏的大夫
也不在外國大夫以下，所以我回頭
還是跟他說，最好他不要出國．

Figura 2. Texto chino elemental, para leer el cual hace falta conocer unos 500 caracteres.

FUENTE: J. DeFrancis, *Beginning Chinese*, Yale University Press 1997: 521.

plejos, por ejemplo, pueden descomponerse en dos o más caracteres más simples. Con todo, no se puede negar que el aprendizaje de la escritura china (no de la lengua china) es especialmente laborioso y más difícil que el de la escritura latina. Por supuesto, el chino puede escribirse en caracteres latinos, griegos, árabes o cirílicos, dado que, como sabemos, lengua y escritura son entidades independientes: gracias a ello, el español se puede escribir con una variante de lo que fue en su día el alfabeto de los cananeos.

Basándonos en este hecho, podríamos opinar que la escritura china es menos ventajosa que la latina. Pero hay que tener

mucho cuidado con estos juicios hechos desde otra cultura y con otra visión de las cosas. En efecto, una escritura logográfica como lo es parcialmente la china es difícil de aprender debido a la gran cantidad de signos que presenta, pero tiene una ventaja enorme sobre las escrituras alfabéticas y silábicas, que puede hacernos reconsiderar la idea de que no merece la pena aprenderla.

En una escritura logográfica pura, cada palabra tiene su signo específico. Esta escritura está basada en unidades que tienen un significado y es independiente de cómo se pronuncien esas unidades. ¿Qué significa esto a efectos prácticos? Simplemente que, por ejemplo, el signo de la palabra *automóvil* podría ser el mismo en todas las lenguas. En cada lengua se pronunciaría de un modo diferente, pero el signo sería exactamente el mismo. Sería lo mismo que ocurre con las cifras; si leemos en un periódico escrito en ruso *1999* entendemos perfectamente de qué año se trata, aunque no tengamos la menor idea de cómo se pronuncia en ruso. Imaginemos que todas las palabras escritas fueran como las cifras: ¡Podríamos leer un texto en cualquier lengua sin haberla estudiado previamente! Como la escritura china es parcialmente logográfica y está extendida por toda China, por lo que diversas lenguas sínicas se escriben mediante ella, ocurre algo parecido a lo que comentamos. Un chino puede leer un texto en una lengua diferente de la suya hablada en algún estado chino sin haberla estudiado (esto sólo es verdad con matizaciones dado que, repetimos, la escritura china es sólo parcialmente logográfica).

Quizás el esfuerzo de aprender unos cuantos miles de signos no se vea tan innecesario si gracias a él pudiéramos entender textos escritos en lenguas que no conocemos [2]. Estas consideraciones deberíamos tenerlas presentes antes de tachar un sistema milenario de escritura como el chino de inferior, menos práctico o

[2] El profesor G. Salvador reconoce sagazmente esta posibilidad y escribe: «No resulta descartable, en mi opinión, que se pudiera llegar algún día a la universalización del chino escrito como medio de comunicación interlingüística». (G. Salvador 1989: 36.)

HIRAGANA	KATAKANA		HIRAGANA	KATAKANA	
あ	ア	a	は	ハ	ha
い	イ	i	ひ	ヒ	hi
う	ウ	u	ふ	フ	fu(hu)
え	エ	e	へ	ヘ	he
お	オ	o	ほ	ホ	ho
か	カ	ka	ま	マ	ma
き	キ	ki	み	ミ	mi
く	ク	ku	む	ム	mu
け	ケ	ke	め	メ	me
こ	コ	ko	も	モ	mo
さ	サ	sa	や	ヤ	ya
し	シ	shi(si)	ゆ	ユ	yu
す	ス	su	よ	ヨ	yo
せ	セ	se	ら	ラ	ra
そ	ソ	so	り	リ	ri
た	タ	ta	る	ル	ru
ち	チ	chi(ti)	れ	レ	re
つ	ツ	tsu(tu)	ろ	ロ	ro
て	テ	te	わ	ワ	wa
と	ト	to	を	ヲ	wo
な	ナ	na	ん	ン	n
に	ニ	ni			
ぬ	ヌ	nu			
ね	ネ	ne			
の	ノ	no			

Figura 3. Los dos silabarios japoneses.

FUENTE: A. Torres i Graell, *Kanji, la escritura japonesa,* Madrid, Hiperion, 1983: 195.

menos válido que el nuestro, que ya hemos visto que no lo hemos inventado nosotros, frente a los chinos, que al parecer sí han ideado su sistema de escritura.

Nos sorprendería saber cuántos símbolos conocemos de los que aparecen en diversas señales en lugares públicos, cuántos logotipos de empresas, bancos o marcas comerciales reconocemos, tenemos acumulados en nuestra memoria. Todos estos símbolos representan un concepto, entidad o acción y en general tienen validez internacional. No estamos tan lejos como parecía de una

lengua gráfica común a muchos idiomas, tal como la que acabamos de describir en los párrafos anteriores.

La escritura silábica es, a diferencia de la logográfica, fonética y proporciona un signo para cada sílaba. En una escritura silábica hay, por ejemplo, un signo para *ma*, otro distinto para *mo*, otro para *mi*, otro para *me* y otro diferente para *mu*. Esto hace que los silabarios tengan más signos que los alfabetos. De todos modos, un silabario tiene siempre muchísimos menos signos que un sistema logográfico y, por tanto, es de mayor facilidad de aprendizaje. Además se basa en una unidad fónica natural, como la sílaba.

Los silabarios son anteriores en general a los alfabetos.

Un alfabeto tiene siempre menos signos que un silabario, ya que hay menos fonemas que sílabas en cualquier lengua. La dificultad que entraña radica en que el fonema no es una unidad fónica natural y su reconocimiento exige un análisis lingüístico mínimo.

He aquí (p. 172) el alfabeto fenicio, del que proceden la inmensa mayoría de los alfabetos que existen en el mundo actual.

Se puede reconocer la mayor facilidad de aprendizaje del alfabeto sobre el silabario y los logogramas. Sin embargo, los prejuicios siguen vivos incluso cuando comparamos varios alfabetos:

> En cuanto a los países árabes, la escritura árabe en realidad es alfabética, aunque más equívoca que la latina por el complicado trazado de sus signos y porque no representa las vocales, pero no parece que haya ninguna propuesta de simplificarla para adaptarla a las nuevas circunstancias. (M. Siguan 1996: 115.)

Estas palabras sólo pueden decirse desde el desconocimiento de la escritura árabe, tan sencilla o complicada en su trazado como pueda serlo la latina. Pedir la simplificación de la escritura árabe desde la escritura latina no deja de ser algo totalmente gratuito. La escritura árabe no tiene signos principales para designar las vocales breves, aunque sí que los tiene para las vocales largas.

Figura 4. Alfabeto fenicio, del que se derivan los alfabetos latino y griego.

FUENTE: J. L. Chunchillos y J. A. Zamora, *Gramática fenicia elemental*, Madrid, CSIC, 1997: 35.

Por otro lado, esas vocales breves se pueden indicar mediante tres simples diacríticos, que son una menudencia si los comparamos con las decenas de diacríticos que se usan en las lenguas que adoptan los caracteres latinos (eslavas, romances y germánicas) [3]. La escritura árabe no distingue mayúsculas y minúsculas, como la latina, y además los trazos de unión de las letras se pueden prolongar lo que se quiera para evitar la separación de las palabras al acabar una línea, lo que evita el espinoso y complejo problema ortográfico de la división de las palabras, característico de las len-

[3] También se utilizan diacríticos para escribir en lenguas diferentes del árabe que usan su alfabeto, pero éstos son de la misma naturaleza gráfica que los diacríticos que utiliza la propia escritura árabe: puntos y líneas, exclusivamente. Por ello, incluso la escritura árabe adaptada es más homogénea gráficamente que la latina adaptada.

Figura 5. Muestra de caligrafía artística árabe.

FUENTE: H. M. Al-jatat, *Fundamentos de caligrafía árabe,* Beirut 1986: 40.

guas que usan el alfabeto latino y que plantea dificultades diferentes y muchas veces complejas en cada una de ellas.

El alfabeto árabe es una auténtica maravilla de concisión y facilidad de escritura, tal como puede comprobar cualquier persona que se moleste en aprenderlo. Si el alfabeto árabe no predomina hoy sobre el latino se debe a motivos de dominación política, económica y cultural y no a la supuesta superioridad del alfabeto latino sobre el árabe (que, por cierto, procede como aquél del alfabeto cananeo).

Pero no hay que olvidar, con todo, que por muy perfecto que sea un sistema de escritura siempre supone un empobrecimiento manifiesto de la riqueza del habla que intenta reflejar.

La lengua escrita es muy insuficiente como representación de la lengua hablada. La entonación es fundamental para delimitar las unidades sintácticas en las lenguas además de para expresar muy diversos matices denotativos y connotativos. No hay siste-

ma de escritura alguno que sea capaz de dar cuenta adecuadamente de la entonación. En este sentido, la escritura supone un empobrecimiento de la lengua, que la priva de uno de sus mecanismos más característicos y universales. La poesía, y en menor medida la prosa, sacan partido de los aspectos prosódicos de las lenguas, que sólo pueden ponerse de manifiesto cuando se realiza una lectura vocal de la misma. No hay que olvidar nunca que en muchas ocasiones la riqueza y belleza de una obra literaria solamente puede comprobarse cuando ésta se lee de viva voz o se recita. En el teatro y en la lírica los aspectos fónicos y prosódicos son elementos constitutivos irrenunciables e imprescindibles si queremos mantener la integridad de la obra de arte literaria.

Por todo ello, podemos seguir diciendo que los productos escritos de una lengua están referidos en mayor o menor medida a la dimensión de la lengua hablada.

Por supuesto, esto no quiere decir que la lengua escrita no tenga cierta independencia y presente sus propias reglas y características e incluso influya directamente en la lengua hablada, como por ejemplo en el caso de la pronunciación ortográfica, consistente en que los hablantes se ven empujados a hacer distinciones fónicas porque existe una diferencia puramente ortográfica; por ejemplo, los hablantes que por hipercorrección hacen distinción en la pronunciación de la *b* y la *v* en español. Pero en las lenguas que conocen el alfabeto, la referencia a la lengua hablada es imposible de evitar, ya que las letras representan, no lo olvidemos, sonidos. La lengua escrita siempre será tributaria de la hablada en mucha mayor medida que la hablada de la escrita.

Sólo en los sistemas de escritura logográficos puros hay una independencia absoluta entre lengua escrita y lengua hablada. La lengua china tiene un sistema sólo parcialmente logográfico y en ella se observa, en efecto, una independencia de la lengua escrita sobre la oral mucho mayor que la que existe en las lenguas que utilizan un silabario o alfabeto. Por poner un ejemplo, en chino mandarín no se distingue el género en el pronombre personal de tercera persona; sin embargo, hay dos logogramas diferentes

(ambos pronunciados del mismo modo) que significan, respectivamente, *él* y *ella*.

Como la escritura se establece por convención explícita entre los hablantes de una comunidad, puede ser objeto de discusión. Nadie discute que a determinados animales se les denomine *perro* y si a alguien se le pasara por la cabeza hacerlo, seguramente nadie le tomaría en serio. Ello se debe a que las unidades significativas de la lengua hablada no se adoptan por convención explícita, sino que se adquieren junto con la lengua primera. Por el contrario, la escritura y la ortografía son, como decimos, convencionales y se puede argumentar a favor o en contra de sus características. Por ejemplo, es perfectamente entendible y defendible que se aduzca que la distinción ortográfica *b/v* no tiene razón de ser desde el punto de vista fonético y que debe eliminarse. Precisamente, es en estos lugares de inconsistencia donde se producen las más frecuentes faltas de ortografía, que tanto se esgrimen en contra de los que las cometen. Hay que decir que este tipo de faltas está propiciado por la incoherencia de la ortografía misma. Cualquier ortografía es en principio válida, siempre que sea consistente. Las faltas de ortografía recurrentes en la población, más que la ignorancia de la gente, ponen de manifiesto esa incoherencia e inconsistencia del propio sistema ortográfico, que hacen que el más mínimo desliz de atención pueda provocar un entuerto ortográfico hasta en el usuario de la lengua escrita más culto y experto.

Allí donde el sistema ortográfico es coherente, las faltas ortográficas son inexistentes. Examinemos brevemente el caso de la letra *ñ* frente a la *n*: esta diferencia, lejos de ser un capricho ortográfico, se da de modo sistemático, de forma que sabemos que donde está el sonido [ñ] tendremos la letra /ñ/ y viceversa: donde está la letra /ñ/ tenemos el sonido [ñ]. Esto es particularmente importante, porque varios pares de palabras se distinguen precisamente por esta correspondencia: *mono/moño*; *mano/maño*; *cano/caño*; *ano/año*; *pena/peña*; *cana/caña*; *ceno/ceño*; *cono/coño*.

Nadie con sensatez propondría eliminar esta letra de nuestro alfabeto y ningún escolar, que se sepa, se queja de su existencia.

Incluso la *ñ* adquiere significado de identidad nacional al aparecer en el nombre de *España* (véase G. Salvador y J. R. Lodares 1996: 147-152), aunque hay que hacer notar que la *ñ* se utiliza también en el alfabeto bretón para indicar la nasalidad de la vocal precedente. Hay que esperar que esto no incomode a los nacionalistas a ultranza que vean en esa *ñ* parte del «centro mismo de nuestro ser cultural» (G. Salvador y J. R. Lodares 1996: 151).

Por muy importante que consideremos la letra /ñ/ como signo de identidad nacional, no hay que olvidar que se trata de una pura convención que podría cambiarse, sin que se viera afectado ningún aspecto esencial de nuestra cultura. Por ello, se puede decir que si se sustituyera la *ñ* por una *ń* acentuada (que es la grafía que se utiliza en polaco para notar el sonido de nuestra *ñ*), la lengua española sería exactamente igual que ahora, nada importante de nuestro idioma habría cambiado: *España* seguiría siendo España. De hecho, podríamos escribir el español en ortografía inglesa, tal como se hace en una guía para el viajero inglés por nuestro país, que transcribe en esta ortografía muchas expresiones españolas para facilitar la pronunciación del viajero anglófono. He aquí un pasaje de esta guía:

> Seegah porr aystah kahrraytayrah ahstah kay lyaygay ah loass saymahforoass. Kheeray ah lah dayraychah ee seegah kondoothyayndoa oonoas kwahtroa thyayntoass oa keenyayntoass maytroass. Bayrah oonah eeglayssyah ah lah dayraychah. Igh oon ahparkahmyayntoa ayn ayl thayntroa day lah thyoodhahdh?[1].

Por supuesto, igual que podemos escribir el español en ortografía inglesa, también podríamos hacer lo inverso. He aquí una versión en ortografía española de la traducción al inglés del pasaje anterior:

[1] *Spanish Conversation Guide*, Stanley, 1996: 43 y 44-45. Por si el lector no ha reconocido su lengua en este pasaje, damos la transliteración a la ortografía española estándar: «Siga por esta carretera hasta que llegue a los semáforos. Gire a la derecha y siga conduciendo unos cuatrocientos o quinientos metros. Verá una iglesia a la derecha. ¿Hay un aparcamiento en el centro de la ciudad?»

Folou dis roud ántil yu cam tu de tráfic laits. Teen rait and draif foo abáut foo oo faif jándred mítees. Yul si a cherch on de rait. Is dea a caa paak in de Siti Senta?[5].

La mayor simplicidad de la ortografía española se puede apreciar si comparamos las transcripciones de ambos pasajes. El texto español en ortografía inglesa consta de 253 letras, frente a las 175 de ese texto en ortografía española. Por otro lado, el pasaje inglés en ortografía española consta de 132 caracteres, frente a los 151 de ese mismo pasaje en ortografía inglesa.

Las inconsistencias de la ortografía surgen en parte debido a un hecho fundamental: la lengua escrita y la hablada siguen caminos diferentes. Mientras la lengua hablada continúa cambiando de modo imparable y a veces con mucha rapidez, la lengua escrita puede continuar sin cambio alguno o con cambios mínimos durante decenios y hasta siglos. Esto explica los desajustes ortográficos del inglés, lengua en la que la distancia entre la ortografía y la pronunciación es muy grande; algo similar puede decirse del francés. Ahora bien, el problema no radica exactamente en esta separación entre lengua escrita y hablada, sino en las inconsistencias de la propia ortografía. Por ejemplo, si en inglés la letra /i/ se pronuncia [ai], nada hay que objetar. El problema se da cuando esta letra se asocia además a otros sonidos (como, por ejemplo, [i]). Aquí hay una inconsistencia que, como vemos, no surge tanto del alejamiento entre la lengua escrita y la hablada, sino de la falta de coherencia de aquélla (respecto de ésta). Este tipo de inconsistencias tiende a dificultar la enseñanza y uso de la ortografía.

Una reacción ante los puntos débiles de una ortografía podría ser la de reformarla para acercarla lo más posible a la lengua hablada actual. Esto, siendo ventajoso a corto plazo, puede ser contraproducente a largo plazo. La razón está en que, como

[5] Este es el texto en la ortografía estándar inglesa: «Follow this road until you come to the traffic lights. Turn right and drive for about four or five hundred meters. You'll see a church on the right. Is there a car park in the City Centre?»

hemos dicho, las lenguas no cesan de cambiar fonéticamente y la ortografía que está fonéticamente cercana a la lengua hablada en un determinado momento deja de estarlo en otro. Esto explica el desajuste constante que todas las ortografías de las lenguas europeas presentan. Hubo un momento en el que la ortografía del inglés y del francés reflejaban el habla de un modo más fiel que en el momento actual. Por otro lado, las lenguas que tienen una ortografía más reciente, como el finés, húngaro o vasco presentan un mayor ajuste a la lengua hablada aunque eso es porque todavía no ha transcurrido el tiempo suficiente para que existan más desajustes, si no se introduce algún cambio en la ortografía.

La reforma de la ortografía habría de ser tan constante como el cambio histórico de la lengua hablada. En comunidades dispuestas a la reforma permanente de la ortografía esto no supondría ningún problema, pero no sabemos si las sociedades futuras serán tan abiertas en este aspecto y nuestro conocimiento sobre la historia de la humanidad nos hace irremediablemente ser pesimistas en este ámbito.

La idea que mantenemos aquí es que cuanto más fielmente refleje la ortografía la lengua hablada en un determinado momento, más probable es que, en un plazo de tiempo más o menos largo, esa ortografía deje de ajustarse a la lengua hablada en un momento posterior, lo que supondrá una nueva e inevitable reforma. Sucesivas reformas pueden llegar a hacer una ortografía totalmente irreconocible o hacer que de una ortografía salgan variantes muy diferentes entre sí. Supondría trasladar a la ortografía el dinamismo imparable de la lengua hablada. Si bien no se puede parar el cambio en la lengua hablada, esto sí puede llevarse a cabo con mayor o menor fortuna en la escrita.

Una forma de paliar los efectos de las incoherencias de los sistemas ortográficos sería permitir cierta variación en algunos de los puntos conflictivos. Como nos recuerda J. Garrido Medina (1994: 125), se aceptan hoy día dobletes como *transladar* y *trasladar*, *substantivo* y *sustantivo*, *septiembre* y *setiembre*. Este autor propone generalizar este proceder:

> Hay en el diccionario académico opciones como 'hierba', 'yerba' y 'hiedra', pero faltan otras, por ejemplo 'yelo'. Sería conveniente generalizar todas estas posibilidades. (J. Garrido Medina 1994: 125.)

Esto puede aliviar algo la presión que se ejerce a través de la ortografía sobre las personas que por fuerza o necesidad han de recurrir a los medios de expresión escrita, pero debería utilizarse como una etapa de transición hacia una uniformización del sistema ortográfico que lo hiciera más coherente. En el caso que menciona Garrido Medina se podría tender hacia la generalización de /y/, aunque esta opción sería tan aceptable como la generalización de /hie/, según pese más el criterio fonético o el etimológico, respectivamente. Dado que el principio fonético puede conducir a un gran distanciamiento a largo plazo entre lengua escrita y hablada, el principio etimológico podría ser aquí preferible, máxime cuando, a través de él, pueden encontrar acomodo muy diversas variedades de la lengua de que se trate en cada caso, que quedarían marginadas si se utilizase un criterio fonético basado en una determinada variedad.

La generalización de variaciones ortográficas puede además tener consecuencias negativas para la enseñanza y uso de la ortografía. Esto puede comprobarse de modo drástico en el caso de la escritura china. Desde 1950 se adoptan oficialmente variantes más simples de los caracteres, algunas de las cuales ya habían sido utilizadas popularmente desde hacía mucho tiempo. Ello hizo que miles de caracteres adoptaran una nueva forma más sencilla. Esto ha facilitado enormemente el aprendizaje y uso de los caracteres chinos, pero tiene un grave inconveniente: para poder entender las obras escritas antes de la reforma hay que aprender también los caracteres no simplificados. Como resultado, ahora es necesario aprender casi el doble de caracteres chinos que antes (la versión compleja y la simplificada), con lo que se hace más difícil acceder a la inmensa mayoría de las obras literarias chinas. Es un ejemplo de lo que decíamos antes respecto de la implantación de una nueva ortografía perfecta que sustituya a la más o menos tradicional e imperfecta.

每	毎	佛	仏	竝	並
礻	礻	免	免	圓	円
亞	亜	兒	児	廣	広
丬	丬	兩	両	價	価
蟲	虫	爭	争	發	発
齒	歯	來	来	參	参
齊	斉	區	区	賣	売
學	学	對	対	會	会
灬	灬	體	体	醫	医
僉	僉	戀	恋	樂	楽
單	単	燈	灯	帶	帯
龍	竜	鹽	塩	爐	炉

Figura 6. Ejemplos de simplificación de algunos caracteres chinos. De cada par, el carácter chino de la derecha es una simplificación del de la izquierda.

FUENTE: A. Torres i Graell, *Kanji, la escritura japonesa,* Madrid, Hiperión, 1983: 210.

En definitiva, la ortografía y la lengua hablada son dos sistemas independientes, aunque aquélla se basa en ésta y no al revés. Como sistema convencional que es, la ortografía puede verse libre de las incoherencias y variaciones que son inevitables en la lengua hablada y que pueden significar trabas serias para su uso y aprendizaje. Hay dos criterios esenciales para determinar la cohe-

rencia de los sistemas ortográficos: el fonético y el etimológico. El etimológico parece más aconsejable, por no estar tan atado a las contingencias del cambio fonético de las lenguas y por posibilitar un tratamiento más igualitario de todas las variedades de una lengua que usan un mismo sistema ortográfico.

CAPÍTULO 15

LÉXICO E IDIOMA

El mito de que una lengua rica es aquella que tiene un léxico muy extenso se utiliza muy a menudo para evaluar las lenguas y deducir que unas son más perfectas que otras [1].

Algunos prescriptivistas se quejan de la pobreza léxica como una de las causas fundamentales del empobrecimiento y corrupción del lenguaje.

Ya hemos visto que las lenguas tienen diversos componentes y que en todas ellas hay un cierto equilibrio entre todos ellos. En las lenguas llamadas *de cultura* encontramos voluminosísimos diccionarios llenos de millares de palabras, que se consideran constituyentes de la lengua. Los usuarios normales del idioma no son capaces de atesorar en su cabeza todos esos millares y millares de palabras y siguen utilizando un vocabulario mucho más pequeño: el que necesitan para la comunicación. Veremos luego que un exceso de léxico puede llegar a empobrecer otros componentes más importantes de la lengua, como la morfología y la sintaxis.

Ante todo, podemos señalar que la riqueza de una lengua no está en el vocabulario:

[1] A quienes piensan así les conviene leer primero las páginas 72-79 de Tusón 1997.

Una lengua no es más rica porque tenga mayor número de vocablos. La riqueza nace de las combinaciones de palabras. Un idioma moderno posee alrededor de 75.000 palabras, pero una persona culta no utiliza más de 8.000 o 10.000. (A. Cuartas 1972: 197.)

De igual modo, lo importante no es el número de términos léxicos que tenga una lengua, sino la capacidad de la lengua para crearlos:

¿Existe un método o una norma de referencia para decidir si una lengua es rica o pobre? ¿Consiste la riqueza realmente en la abundancia de signos o en su *flexibilidad*, su capacidad de construir múltiples significaciones?

Fundamentalmente, toda lengua responde a las necesidades expresivas de sus hablantes, y los campos léxicos están más o menos desarrollados en función de los centros de interés de las comunidades lingüísticas. (M. Yaguello 1988: 89. Traducción de JCMC, cursiva de la autora.)

En el mismo sentido podemos aducir este otro pasaje:

Esto significa que el hombre se crea el vocabulario que necesita para vivir y no accede a un vocabulario completamente diferente si no es a través de la lectura, los viajes o el estudio. [...] De hecho, lo que es importante es que cada persona —y cada lengua— pueda adquirir el vocabulario que le es útil para afrontar una nueva fase de su vida cultural. Esta capacidad es evidente. (M. Malherbe 1995: 85. Traducción de JCMC.)

La mera acumulación del léxico no puede usarse para medir la *perfección* de las lenguas e incluso cae fuera de lo que debe considerarse como lengua. Las siguientes palabras del profesor Joaquín Garrido son bien ilustrativas al respecto:

Sin embargo, lo que suele llamar la atención en las palabras es la cantidad, es decir, que haya palabras o acepciones que se añadan a las ya conocidas. Rara vez esta adición supone un verdadero cambio. [...] Más allá del tamaño del vocabulario que ejemplifica todos los

procedimientos de una lengua, y que por cierto todos los hablantes sobrepasan ampliamente, la cantidad es irrelevante. [...] Más que la lengua en sí, es una sociedad la que históricamente acumula el vocabulario, lo amplía, lo mantiene. (J. Garrido 1997: 96-97.)

Lo que encontramos al comparar lenguas de culturas diferentes y alejadas no es una riqueza frente a una pobreza de léxico, sino que partes del léxico que en una lengua están muy desarrolladas resultan estar poco desarrolladas en otras, y *siempre* viceversa.

R. Dixon, investigador de lenguas indígenas, ha observado que en algunas lenguas indígenas australianas hay un número grande de palabras que denotan tipos de ruido. Veamos un ejemplo de la lengua yidín.

dalmba = ruido producido al cortar algo
mida = ruido de una persona que chasquea la lengua contra el paladar
maral = ruido de aplauso
ñurrugu = el ronroneo de palabras que se oyen en la lejanía sin poder entenderse
yuyurungul = ruido de la serpiente cuando se desliza por la hierba
ganga = ruido que hace una persona cuando se aproxima
gugu = ruido

(R. M. W. Dixon 1980: 105)

Dixon ha registrado unos cuarenta de estos términos en yidín, de los que los de la lista anterior no es más que una pequeña muestra.

Este tipo de observaciones dan al traste con la creencia de que las lenguas aborígenes de Australia tienen un vocabulario pobre:

Mucha gente en Australia cree que las lenguas aborígenes son simples y tienen pocas palabras, pero sus vocabularios son de hecho grandes y bien desarrollados. Por ejemplo, un diccionario de arrente

recientemente publicado supera las 750 páginas. (B. Comrie, S. Matthews y M. Polinsky [eds.] 1996: 120.)

Esto nos hace ver que la idea de que las lenguas indígenas tienen un vocabulario pobre está equivocada.

En sona, lengua bantú hablada en Zimbabwe, tenemos los siguientes verbos que indican diversas formas de caminar:

chakwair = caminar por un sitio con barro produciendo chapoteo
chwakatik = caminar haciendo ruido de quebrar ramas
dowor = caminar largo rato descalzo
donzv = caminar con un bastón
duduk = caminar hacia atrás
kokonyar = caminar encorvado
kunzvur = caminar sin descanso
mbey = recorrer un área caminando
mbwembwer = caminar arrastrando el cuerpo o el culo
minair = caminar contoneando las caderas
panh = caminar un trecho largo
pfumbur = caminar levantando polvo
pushuk = caminar con una vestimenta muy corta
rauk = caminar a zancadas
rindimar = caminar altivamente
shwitair = caminar casi desnudo
vefuk = caminar doblado por un gran peso
(B. Comrie, S. Matthews y M. Polinsky [eds.] 1996: 89)

Hay aproximadamente doscientos verbos para indicar esta actividad en sona, de los cuales la lista anterior es una breve muestra.

Por cierto, está muy extendida la idea de que en esquimal hay muchos términos para designar tipos de nieve. Esto, que en principio parece razonable, es falso y ha sido bautizado por el lingüista G. Pullum como *El Gran Fraude del Vocabulario Esquimal.* Al parecer, el antropólogo norteamericano F. Boas detectó

cuatro palabras para referirse a la nieve en esquimal. A partir de ahí se ha ido aumentando gratuitamente el número de palabras y se ha creado un mito de la lingüística moderna. (S. Pinker 1994: 66.)

La idea de la ausencia de determinado término en una lengua se ve a veces como un signo de la pobreza del léxico y además esta idea suele ir unida a la de que los términos de una lengua *primitiva* no pueden expresar ideas abstractas y a la de la necesidad de la existencia de préstamos de otras lenguas:

> El vocabulario vasco es por lo demás muy pobre. Aunque sea imperfectamente conocido [...] se puede afirmar que los términos realmente vascos no expresan ideas abstractas. Además de palabras gasconas, francesas, españolas, latinas, que se toman prestadas, no se encuentra trazas de una civilización suficientemente avanzada. (Julien Vinson, 1877. Texto aportado en J. M. Torrealdai 1998: 37. Traducción de JCMC.)

Un poco más abajo vamos a ver que ninguna de estas ideas puede mantenerse ni para el vasco, ni para ningún idioma conocido.

El dato objetivo de que los vocabularios de las diversas lenguas no coinciden exactamente ha llevado a muchos a pensar, medio en broma, medio en serio, que cuando no existe un término en una lengua con determinado significado, no existe el concepto, entidad o acción correspondiente, incluso en las lenguas de nuestra cultura. E. Barzini, en su obra *Spagne* (1966), dice lo siguiente:

> En la lengua española, no existe la palabra *torto* (error). Nadie se equivoca; quizá, a veces, alguien no tendrá razón. No se usa la palabra 'devenir'. Los españoles, dueños de su destino, no devienen, se hacen. (J. Plumyene y R. Lasierra 1970: 207.)

Ahora conviene llamar la atención sobre el mito de pensar que una persona con mucho vocabulario es mejor hablante que otro que tenga menos vocabulario:

> Con notable frecuencia, relacionamos la habilidad lingüística de una persona con la posesión de un vocabulario vasto. [...] Hay que declarar con la máxima energía que el léxico no es nada más que la periferia de una lengua, la parte más superficial de la habilidad lingüística, y que las desigualdades y diferencias en lo tocante a la riqueza del almacén de las palabras añaden muy poco a la condición fundamental de ser hablante de una lengua. [...] Cada cual posee el tesoro léxico que precisa para desenvolverse en las circunstancias normales de su existencia. El léxico de una lengua (y el de una persona) está adaptado al entorno y ello no puede entenderse como defecto. En cualquier caso, el defecto se cifraría, obviamente, en la inutilidad del exceso. (J. Tusón 1989: 27.)

Pensar que la ampliación intensiva del léxico de los hablantes enriquece la lengua no es cierto en términos absolutos. Ya vimos en el capítulo 10 que a mayor número de unidades distintivas, menor extensión de los mensajes. Cuantas más palabras haya, más cortos serán los mensajes, menos rodeos habrá que dar para expresarse y, por lo tanto, será posible reducir la sintaxis a un mínimo, ya que para expresar unos mismos contenidos habrá que utilizar menos perífrasis y circunloquios. En una palabra: se empobrecerá la sintaxis.

Como señala J. Tusón (1989: 18-19), es en la estructura formal de la morfología y la sintaxis donde está la esencia de las lenguas humanas y no en el número de elementos léxicos:

> Una lengua humana es, por encima de todo, su arquitectura formal. Esta es una verdad reconocida hoy por todo el mundo. Y la arquitectura formal de una lengua es su morfología y su sintaxis: la que nos permite aludir al pasado, al presente y al futuro; la que nos lleva a distinguir el agente del objeto, así como expresar condiciones, finalidades, causas... (J. Tusón 1989: 19.)

Que la riqueza léxica empobrece la sintaxis es algo bastante claro si nos fijamos en la bibliografía científica. Esta bibliografía es esencialmente de carácter descriptivo y precisamente el lenguaje científico se caracteriza por la existencia de un número muy elevado de tecnicismos especializados que *sólo conocen y*

usan los especialistas en cada una de las materias. La física, la química, la medicina, las matemáticas, la astronomía, la farmacología, la biología... Todas estas ciencias disponen de un amplísimo elenco de términos especializados que sólo quienes se hayan dedicado muchos años a su estudio pueden conocer y dominar. Pues bien, si leemos textos pertenecientes a obras especializadas de estas disciplinas podremos comprobar que esa enorme riqueza léxica va acompañada de una simplicidad y monotonía de la sintaxis bastante palmarias. Esto se puede tachar de empobrecimiento de la sintaxis. Es evidente que los mejores ejemplos de sintaxis no los vamos a encontrar en obras científicas especializadas, sino más bien en obras de carácter narrativo, donde predomina el relato de sucesos sobre la descripción de objetos o personas. Es claro que el habla cotidiana es más narrativa que descriptiva y ello implica necesariamente que presente una menor cantidad de vocabulario y exija un mayor uso de estructuras sintácticas. Esta idea va en contra de la suposición de que la lengua hablada es más *pobre* sintácticamente que la escrita. Si por *pobre* entendemos que difícilmente vamos a encontrar en una conversación una oración compleja con veinticinco subordinadas de diverso tipo, es decir, si utilizamos un criterio puramente cuantitativo, quizás sea acertada la afirmación. Pero si lo que queremos decir es que la lengua hablada está desprovista de sintaxis, estamos completamente equivocados. De hecho, la sintaxis coloquial es más compleja en algunos aspectos que la escrita, pues existen muchos más fenómenos de enlace implícito, truncamiento de partes de una oración o fenómenos de elisión sólo recuperable por el contexto de uso, que los que pueda presentar un texto escrito.

La idea de que en la lengua hablada predomina la coordinación sobre la subordinación y de que en la lengua escrita ocurre lo contrario es un mito que hay que desmantelar cuanto antes. El profesor A. Narbona, estudioso de la sintaxis coloquial, nos hace ver que las cosas no son tan sencillas ni claras como nos las presenta el mito aludido (véanse A. Narbona 1991 y los trabajos reunidos en A. Narbona 1989). Al analizar una oración de la

lengua coloquial como *Tan cerca como estamos y no nos vemos nunca*, que habría que contraponer a la variante más explícita *A pesar de que estamos muy cerca no nos vemos nunca*, el profesor Narbona dice lo siguiente:

> No basta con adjudicarles un sentido condicional (en los dos primeros) o concesivo (en el tercero). Menos aún, calificarlas de soluciones menos elaboradas (más elementales, pobres y primitivas), en cuanto «paratácticas», que sus «equivalentes» hipotácticas. (A. Narbona 1991: 195) [2].

Pero no sólo esto; el profesor Narbona nota cómo en la lengua hablada existen usos de la subordinación inéditos en la escrita. Un ejemplo que nos aporta este autor es la utilización de *para que+* infinitivo en un sentido muy distinto al de la expresión de fin o propósito, que puede verse en ejemplos como: *¡Para que lo haga él, lo hago yo!*, *¡Para que te vayas tú, prefiero irme yo!* (A. Narbona 1991: 202.)

Uno de los orígenes posibles de las *complejidades* sintácticas de las lenguas del mundo está precisamente en la restricción que supone que los usuarios de las lenguas tengan limitaciones respecto del número de palabras que pueden aprender y usar libremente. Un ejemplo lo constituyen las oraciones adjetivas también denominadas *de relativo*. ¿Por qué todas las lenguas conocidas del mundo presentan oraciones adjetivas, es decir oraciones que actúan como modificadores de nombres comunes? Consideremos, por ejemplo, *el chico que vino ayer*, en la que la expresión *que vino ayer* nos da una propiedad de *chico*, que aprovechamos para realizar el acto de referencia. Podríamos tener una única palabra para denotar *chico que vino ayer*, otra para *chico que vino anteayer*, otra para *chico que vendrá mañana* o *chico que vendrá pasado mañana*. Si una lengua tuviera palabras con significados como éstos sería sin duda más rica léxicamente que la

[2] Las dos primeras oraciones a las que se refiere la cita son *Esto te lo fumas y te da la neumonía* y *A ése se le toca y se queda uno pegado*; la tercera es la que mencionamos en el texto.

nuestra, pero en ella no existiría seguramente la subordinación adjetiva, por lo menos no tan desarrollada como la que presentan las lenguas que conocemos.

Los hablantes pueden pasarse sin conocer muchas de las palabras que aparecen en los diccionarios, pero no pueden prescindir de las oraciones adjetivas y, por ello, este tipo de oraciones es muy frecuente en la lengua hablada. Las posibilidades que nos dan las oraciones adjetivas son demasiado grandes para que nos permitamos el lujo de olvidar su uso.

La riqueza del léxico no es, pues, un elemento definitorio en sí de las lenguas humanas, dado que dicha riqueza tiene un límite claro: el número de palabras que puede memorizar un individuo. Sin embargo, gracias a la sintaxis, un usuario de la lengua puede construir un número ilimitado de oraciones y, por tanto, no hay límite sobre las cosas que se pueden decir en una lengua humana, porque en toda lengua hay sintaxis. La existencia de sintaxis es un universal absoluto, que coloca todas las lenguas presentes y pasadas conocidas en pie de igualdad.

La demostración de que todo elemento léxico, por complejo y preciso que sea su significado, se puede definir en términos de otros elementos léxicos más simples la constituyen los diccionarios monolingües. En estos diccionarios se definen miles de palabras especializadas que no conocen los hablantes normales a través de palabras más comunes y menos especializadas y, más concretamente, a través de la combinación sintáctica de esas palabras menos especializadas y más vulgares, que sí conocen los hablantes normales.

A veces se dice que tal lengua de esa o aquella tribu es inútil para la ciencia ya que no existen en ella palabras como *átomo* o *galaxia*. Esto lo podemos hacer desde el español o el inglés. Ahora bien, no reparamos en que la palabra *átomo* no es española ni inglesa, sino griega. Como ni el español ni el inglés disponían de palabras para denotar los átomos, hemos tenido que recurrir a otra lengua, el griego, para nombrar ese objeto. ¿Quiere esto decir que el español y el inglés son idiomas inútiles para la ciencia? Oímos a veces que el euskera es una lengua más pobre que el es-

pañol porque utiliza muchos castellanismos, palabras tomadas directamente de nuestra lengua. ¿Cómo es posible que una persona con un mínimo de cultura pueda decir esto? Si observamos el léxico del español veremos que está lleno de vocablos tomados de otras lenguas: germanismos, arabismos, cultismos griegos, cultismos latinos, galicismos, italianismos, anglicismos; es decir, de palabras que se han tomado de otras lenguas.

Palabras como *guardia, espía, ataviar, brotar, parra, ganso, gavilán* son préstamos de la lengua de los visigodos, son goticismos, un tipo de germanismos (R. Lapesa 1980: 121-122); términos como *alcachofa, algarroba, alubia, zanahoria, berenjena y alfalfa* son arabismos (R. Lapesa 1980: 136); *sublimar, hórrido, horrísono, flamígero, hercúleo* son cultismos que aparecen en el Siglo de Oro (R. Lapesa 1980: 329); *chaqueta, pantalón, corsé, sofá, secreter, neceser, engranaje, avalancha, revancha, hacerse ilusiones, hacer las delicias* son préstamos del francés, galicismos que penetraron masivamente en el siglo XVIII (R. Lapesa 1980: 454-455); *escopeta, escolta, centinela, bisoño, fragata, banca, esbozo, diseño, modelo, balcón, cornisa, cuarteto, estancia, pedante, capricho* son vocablos tomados del italiano (R. Lapesa 1980: 409). Todo esto sin mencionar los numerosos anglicismos o términos tomados del inglés que hay en nuestra lengua: *vagón, tranvía, túnel, yate, confort, mitin, líder, revólver, turista, fútbol, tenis, suéter, jersey, esmoquin, alta fidelidad, aire acondicionado, desempleo, autoservicio* son palabras o expresiones tomadas directa o indirectamente del inglés. (R. Lapesa 1980: 457-459.)

¿Qué ocurriría si despojáramos momentáneamente a nuestra lengua de todos estos elementos léxicos tomados de otras para hacerla más *pura* y *genuina* y nos quedáramos únicamente con las voces patrimoniales que hemos heredado de nuestra lengua madre, el latín vulgar? Que el español se vería reducido a un castellano con un léxico rural y que podríamos juzgar no apto para expresar la cultura urbana actual. ¿Quita esta circunstancia un ápice de valor a nuestra lengua, por muchos préstamos de otras lenguas que hayan ido enriqueciendo su patrimonio léxico? ¿Nos avergonzamos de nuestro arabismos o estamos orgullosos de

ellos? ¿No es *alcalde* una palabra tan española como *concejal* aunque una se haya tomado del árabe y la otra proceda de nuestra lengua madre? ¿Por qué utilizamos en contra de las lenguas que despreciamos los mismos criterios que utilizamos para ensalzar las que admiramos?

Imaginemos que hacemos una evaluación de las lenguas romances y le ponemos al español el *pero* de que tiene demasiadas palabras árabes para ser considerada una lengua romance *pura*. Al hablar del vasco, a veces lo único que se señala es que tiene muchas palabras españolas y latinas y se hace para dar una imagen negativa de la lengua. Si los arabismos engrandecen nuestra lengua, ¿por qué los latinismos no han de engrandecer la lengua vasca?

Cuando se habla en estos términos de la lengua vasca o de cualquier otra se suele ocultar que existen vocablos en esa lengua (como en todas las demás) que no tienen una palabra con un significado similar en el idioma supuestamente más rico léxicamente. Es fácil encontrar términos vascos que no tienen equivalencia léxica exacta en español. Por ejemplo, de *ikus* 'ver' podemos formar en euskera adjetivos como *ikusgarri* 'digno de ser visto' o *ikusgura* 'deseoso de ver' o *ikusmin* 'ansia de ver' o *ikusterrean* 'al alcance de la vista'. Y esto es sólo un ejemplo de los cientos que podrían aducirse. No hay elementos léxicos del español que traduzcan exactamente estas palabras euskéricas. ¿Significa eso que el español es más *pobre* léxicamente hablando que el euskera? No, porque también podemos encontrar palabras del español que no se pueden traducir de modo exacto al euskera. De hecho, no hay dos lenguas que tengan exactamente el mismo número de palabras, con exactamente los mismos significados.

Con todo, no siempre la existencia de préstamos es signo de buena salud de una lengua. A veces, la muerte de una lengua se ve preludiada por una corriente incontrolable de préstamos léxicos de una lengua dominante. Cuando esta situación es sentida por los hablantes, se puede producir una actitud de desánimo y desvaloración de la lengua propia frente al idioma dominante. En su estudio sobre el nahua de Tlaxcala (México), J. Hill

y K. Hill nos dan el siguiente descorazonador diagnóstico de la situación observada:

> Nuestra segunda conclusión está basada en la idea que tienen los hablantes del nahua de Tlaxcala de que la relexificación está *estropeando* su lengua. Piensan que su uso «revuelto», «mezclado», hace que no merezca la pena conservar la lengua. [...] El papel crucial que desempeña el nahua, el de servir de apoyo a la autoidentificación como un *indio* y un *campesino*, está debilitado por la relexificación. [...] A la vista de los abrumadores factores económicos y sociales que favorecen al español, abandonan su lengua *mezclada*. El prestigio del español provoca la relexificación que, para aquellos que intentan identificarse como *indios*, destruye el nahua como instrumento de tal identificación. De este modo, la *indianidad* se expresa a través de la identificación con el trabajo agrícola, de la implicación en la comunidad y de una vestimenta tradicional, más que a través del uso del nahua. (J. Hill y K. Hill 1977: 67. Traducción de JCMC[3].)

Todas las lenguas tienen un vocabulario en parte prestado de otras, pero el préstamo masivo y rápido puede ser una amenaza para la supervivencia de una lengua, sobre todo si la comunidad que la habla se halla en una situación de inferioridad respecto de la comunidad que usa la lengua de la que proceden esos préstamos.

[3] Para un estudio de otros síntomas de falta de vitalidad lingüística en diversos componentes de la gramática de una lengua, puede consultarse L. Campbell y M. C. Muntzel 1989: 197-210.

CAPÍTULO 16

EL ORIGEN DE LAS LENGUAS GRANDES ES MUY HUMILDE

Los españoles, ingleses, franceses, alemanes y rusos solemos enorgullecernos de la riqueza, flexibilidad y poder expresivo de nuestras lenguas; a ninguno nos falta razón y todos tenemos derecho a ello. Estas lenguas son idiomas considerados como portadores de cultura, de ciencia, de excelencia literaria. Nada que objetar. Lo que sí es totalmente criticable es que al considerar lenguas pequeñas habladas por comunidades lingüísticas diminutas en lugares situados en la periferia del mundo conceptuado como civilizado y que suele identificarse como *Tercer Mundo*, sea bastante generalizado pensar que no merece la pena preocuparse por su suerte, aunque ésta sea adversa, ya que parece entenderse que poco pueden aportar a nuestra cultura y a nuestro conocimiento.

La idea de que una lengua de una tribu africana perdida en la selva o en el desierto pueda tener exactamente el mismo potencial expresivo y conceptual que el latín o griego clásico podemos verla a veces como resultado de un prejuicio igualitarista tan insensato como el prejuicio de la desigualdad:

> Tan dañino es un apriorismo sin pruebas que proclama la superioridad de una lengua o un tipo de lenguas sobre las demás como el

apriorismo igualitarista que no esté basado en estudios científicos. (F. J. Manjón Pozas y J. D. Luque Durán 1997: 218.)

Hemos visto ya casos en los que se decía que unas lenguas son más fáciles que otras porque tienen menos o más fonemas, porque son más o menos irregulares o porque tienen menos o más hablantes. Hemos intentado mostrar que los razonamientos sobre los que se basan estos juicios de valor no tienen una base científica sólida. Estos razonamientos nos llevan al igualitarismo lingüístico. O, si se quiere ver el igualitarismo como un prejuicio, ese igualitarismo nos ha llevado a esos razonamientos. En realidad más que demostrar que todas las lenguas son iguales, hemos mostrado que todos los criterios aducidos para establecer prelaciones de excelencia en las lenguas no resisten un análisis mínimamente científico, que escape a la pura apariencia. Ante esto, hay que seguir insistiendo en el igualitarismo.

Nos queda el hecho mismo del confinamiento de una lengua a una tribu pequeña con poca o ninguna influencia sobre otras comunidades cercanas o lejanas. ¿Cómo puede resistir la más mínima comparación una lengua hablada por cientos de millones de hablantes, con una tradición escrita literaria y científica apabullante y con una enorme extensión territorial y ámbitos de influencia en gran parte de los centros de poder económico, social, político y cultural del mundo con otra hablada por unos escasos mil hablantes, por una comunidad lingüística que vive en el Neolítico y que no parece tener la más mínima influencia en nuestra maravillosa civilización?

Pero hay un hecho históricamente comprobado que nos dice que todas estas lenguas tan poderosas (el inglés, el francés, el alemán, etc.) empezaron siendo unos modestos dialectos hablados por pequeñas etnias, tribus o comunidades sin ninguna influencia sobre los centros culturales y políticos imperantes en determinado momento. Es decir, fueron lenguas del mismo cariz que esas lenguas de tribus perdidas en el Amazonas o en la cuenca del Sepik:

> Hasta mediados del siglo X, el castellano sólo era uno más de los oscuros dialectos hablados en el norte de la Península, en una especie de provincia fronteriza fortificada situada en la cordillera Cantábrica, al este de León. (H. Walter 1997: 193.)

La Reconquista, un hecho fundamentalmente militar, fue decisiva para la expansión territorial de este dialecto. Aun así, en el siglo XIII el castellano no podía rivalizar en el terreno de la poesía lírica culta con el gallego o el occitano. Poco a poco el castellano o, mejor dicho, quienes lo hablaban o lo adoptaron como lengua propia fueron abriéndose camino en este terreno.

El francés tiene su origen en una variedad lingüística local de la Isla de Francia, y el franciano y el inglés era la lengua de una etnia germánica: los anglos, que junto con los jutos y sajones ocuparon Gran Bretaña en el siglo V[1].

Absolutamente todas las lenguas grandes de la actualidad proceden de variedades lingüísticas locales y circunstancias políticas, militares, culturales e históricas han hecho que estas lenguas hayan ampliado enormemente su territorio, sus hablantes y su influencia, normalmente a costa de otros muchos dialectos y lenguas menos favorecidos por esas circunstancias.

No podemos minusvalorar o despreciar una lengua pequeña simplemente porque la comunidad que la habla no ha vencido en una guerra, no ha establecido un vasto imperio, ni se ha dedicado a eliminar toda la variedad lingüística que ha encontrado en ese imperio para imponer su lengua como único medio admisible de comunicación y de cultura.

Habitualmente criticamos costumbres de los pueblos indígenas calificándolas de bárbaras e inhumanas. ¿Cómo nosotros, que pertenecemos a una civilización responsable de dos guerras mundiales en las que hemos matado a millones de nuestros semejantes, la mayor parte inocentes de crimen alguno, nos atrevemos a calificar de salvajes prácticas de pequeñas comunidades indígenas? ¿Con qué autoridad moral podemos hacer eso? ¿Cómo

[1] Sobre este punto véase O. Robinson 1992, 136 ss, y P. Tejada Caller 1999: 118 ss.

nosotros que hemos contribuido decisivamente a arrinconar, eliminar y despreciar cientos de culturas y lenguas indígenas, asfixiándolas y haciéndolas desaparecer del mapa, encima justificamos nuestro proceder diciendo que esas culturas y lenguas no aportan nada interesante y constituyen un estorbo para el progreso de la humanidad?

CAPÍTULO 17

LITERATURA E IDIOMA

Debemos recordar lo que hemos dicho en el capítulo dedicado a la escritura. La escritura es un reflejo imperfecto y empobrecedor respecto de la lengua hablada. En ésta pueden alcanzarse unos matices y una riqueza expresiva imposibles de transmitir a través de signos gráficos.

Exceptuando los experimentos literarios basados casi exclusivamente en la forma visual de las letras, la mayor parte de la literatura de una lengua se asienta sobre la lengua hablada en mayor o menor medida. La lírica, el cuento y el teatro son ejemplos clarísimos, pero la prosa en modo alguno escapa a este aspecto: una descripción o narración sacada de una obra maestra y leída de viva voz por un buen declamador adquiere una riqueza de matices expresivos que engrandece ese pasaje de formas a veces insospechadas. Esto es un ejemplo de la idea que mantenemos aquí: la lengua escrita literaria está continuamente referida a la lengua hablada y esa referencia es inevitable. La razón, como hemos dicho, está en la naturaleza misma de la escritura alfabética: los signos de que se compone representan sonidos, es decir, elementos de la lengua hablada.

Volvemos a insistir en que esto no significa que la lengua literaria sea un mero parásito de la lengua hablada; es sin duda algo

más, tiene una autonomía que la hace especial y que la provee de sus propias reglas, lo que a veces se denomina *norma escrita* frente a *norma hablada.* Aun así, los teóricos de la teoría de la literatura siempre han encontrado dificultades para definir la lengua literaria respecto de la lengua hablada:

> Y así, frente al lenguaje no literario o usual, se han atribuido al literario diferencias de grado y de cantidad: propiedad, pureza y corrección mayores, más figuras y mayor invención de ellas. Pero siempre, como hemos dicho, con la salvedad de que tales cualidades podían apreciarse también en la lengua estándar, y de que, por tanto, los usos habituales y los artísticos de un idioma no ofrecían diferencias radicales. (F. Lázaro Carreter 1976: 150-151.)

F. Lázaro Carreter, en el artículo del que extraemos la cita anterior, ha propuesto que para entender la esencia de la lengua literaria no hay que recurrir a la dicotomía *oral/escrito*, sino a otra que se entrecruza con ésta: *no literal/literal.* Según Lázaro Carreter, el lenguaje literal es «el empleado en comunicaciones que deben ser descifradas en sus propios términos, y que así deben conservarse» (F. Lázaro Carreter 1976: 160). Lázaro nos dice que hay lenguaje oral literal: el lenguaje mágico o religioso son lenguajes rigurosamente literales; la fórmula mágica sólo hará efecto si se emite exactamente en sus propios términos, sin variar ni un ápice. No podemos decir *abracardaba* ni *abarcadraba,* sino sólo *abracadabra,* si queremos obtener los efectos mágicos deseados. Este autor nos recuerda también que la primera literatura fue oral, y no sólo esto, sino que en un principio no necesitó de la escritura:

> Es seguro —los hechos históricos lo demuestran— que la literatura oral careció de energía para forzar la invención de la escritura, y que sólo tardíamente se benefició de las ventajas que ésta ofrecía. En realidad, no la necesitaba, por su modo especial de vivir como parte del tesoro cultural de una comunidad. Un capítulo enigmático en la historia de todas las literaturas es el de sus orígenes, precisamente por su carencia de textos literarios escritos, mientras que suelen

abundar los de naturaleza práctica. Desconocemos casi completamente cómo fue la primitiva lírica castellana; nos ha llegado el *Poema del Cid* por el cuadernillo que usaba como recordatorio un juglar; muy poco sabemos del teatro de la Edad Media, aunque abundan los testimonios de su existencia. En cambio, hay centenares de documentos jurídicos de aquellas épocas. Decididamente, mientras otras manifestaciones del lenguaje literal necesitaban la escritura, el artístico podía pasarse sin su mediación: todos los indicios apuntan a que fue el último de los lenguajes literales que la precisó. La causa parece clara: la primitiva literatura fue lírica; esta creencia, normal desde Vico, sigue contando con la adhesión de los más importantes teóricos de la literatura. (F. Lázaro Carreter 1976: 160.)

A partir de estas palabras, fundamentadas en un conocimiento profundo y reflexivo de la naturaleza del hecho literario, no creemos que se pueda mantener ninguna descalificación de ninguna lengua porque no se escriba. Del hecho de que una lengua no conozca la escritura no se sigue que desconozca la literatura, ni tampoco que ese idioma no sea lengua de cultura, tal como alguna vez nos podemos sentir tentados a afirmar, sin duda, deslumbrados y apabullados por la grandeza de nuestra cultura escrita:

Las lenguas sin libros son lenguas analfabetas y no basta proveerlas de gramáticas y diccionario, que eso siempre es posible, para convertirlas, de la noche a la mañana, en lenguas de cultura, porque la cultura de la que una lengua es manifestación, suele ser fruto de un largo acarreo de siglos y se sostiene con pilares de volúmenes escritos, se fundamenta en la enorme extensión de textos acumulados. (G. Salvador 1992: 95.)

Según los expertos, los himnos védicos, uno de los pilares de la literatura universal, que se pueden fechar hacia el año 1000 antes de Cristo, recogen una tradición oral muchísimo más antigua; esos himnos védicos que se han preservado por escrito son el reflejo de una cultura *analfabeta*, según la cita anterior, que no parece asentarse sobre una acumulación de textos escritos, sobre los que el profesor Adrados dice:

> Los himnos védicos [...] constituyen un testimonio inestimable de un pueblo primitivo dedicado a la agricultura y sobre todo a la ganadería, de su fe politeísta en múltiples divinidades de fondo natural aun evidente, aunque evolucionadas a concepciones morales en algunos casos, así como una frescura y fuerza poética primitiva junto a cierta monotonía inevitable en una composición de este tipo... (F. R. Adrados 1953: 10.)

Los no especialistas en estas cuestiones apenas podemos llegar a comprender lo que ha supuesto la transmisión de estos textos védicos para conocer el origen y naturaleza de las culturas y lenguas de nuestro entorno, desde luego muchísimo más que las pilas de libros que durante siglos nos han presentado las lenguas diferentes de las propias desde perspectivas etnocentristas, chovinistas, imperialistas y en los que se ha minusvalorado y ridiculizado el idioma y la lengua del vecino desde una posición de pretendida superioridad cultural y cuya acumulación ha empobrecido nuestra cultura. La cultura se sustenta en algo mucho más auténtico que en un apilamiento de libros. Se pueden quemar miles de libros, pero sólo se acabará con una cultura cuando se extermine a las comunidades que se valen de una lengua para sustentar una cultura oral tan rica, auténtica y profunda como la que se atesora en una biblioteca de millones de volúmenes, que ningún ser humano puede llegar a leer y asimilar en doscientos años de vida. Como nos cuenta Carmen Junyent (1989: 89-90), se atribuye a Amadou Hampaté Bâ el siguiente dicho: «Cada vez que muere un anciano de África es como si se quemase una biblioteca.» Una biblioteca, por cierto, harto difícil de recuperar y que puede contener tesoros que se perderán para siempre. Sólo los autores literarios que han encontrado en los romances y cuentos populares una fuente inagotable de inspiración, disfrute y admiración pueden entender el profundo contenido de este dicho.

Este tipo de prejuicios sobre las bondades literarias de una lengua se aplica incluso a los idiomas europeos que tienen una tradición de literatura escrita secular:

> El idioma castellano tiene grandes recursos para escribir. Tiende, sí, a la anfibología y hay que evitarla. El francés posee menos rigor, pero es más preciso y seguro. Nosotros tenemos más sonoridad; ellos más finura y hondura. (A. Cuartas 1972: 27.)

Los conceptos que se manejan aquí de *rigor*, *precisión*, *seguridad*, *sonoridad*, *finura* y *hondura* son demasiado vagos y subjetivos para poder tener una mínima utilidad. Las impresiones subjetivas no deben servir de base para una discriminación lingüística como ésta.

A veces, este tipo de opiniones se matiza y se enuncia como hipótesis pendientes de comprobación y se concreta en parámetros objetivos:

> La lengua rusa probablemente esté mejor dotada [para la poesía] que el polaco y el checo, que tienen acento fijo, y quizás incluso que el español. Aunque, naturalmente, esto es solamente una hipótesis y sólo la investigación adecuada podrá determinar si esto es cierto o falso. (F. J. Manjón Pozas y J. D. Luque Durán 1997: 219.)

Pero debajo de este ropaje retórico se esconden los mismos prejuicios que hemos visto en la cita anterior.

En efecto, el concepto de *mejor dotado para algo* en este contexto no es objetivo, sino subjetivo, y se podrá confirmar o no según la valoración subjetiva que hagamos de las correspondientes poesías. Es algo como preguntar si un español está mejor dotado para la pintura y un alemán está mejor dotado para la música. Es posible que haya más pintores famosos españoles que alemanes y más compositores famosos alemanes que españoles. Pero las obras de arte se insertan en una determinada tradición y han de juzgarse dentro de esa tradición y, sobre todo, en sus propios términos. Puede haber circunstancias históricas, ideológicas, políticas o económicas que hagan que determinado arte florezca más en unos sitios que en otros, pero de ahí a preguntarse si tal o cual pueblo o tal o cual lengua está *más dotada* para tal o cual arte que otro, nos lleva inevitablemente a una forma más o menos matizada de racismo o sexismo, como cuando nos pregunta-

mos si los hombres están más dotados que las mujeres para la música o la pintura. Si durante siglos a la mujer se le ha escatimado, prohibido o impedido la posibilidad de realizarse como música o pintora, no vale señalar que hay pocas compositoras o pintoras famosas como justificación de ese tipo de preguntas y menos aún como prueba de que las mujeres están menos dotadas que los hombres para estas tareas.

Pongamos ahora un ejemplo lingüístico. En el Islam, por cuestiones religiosas y culturales, existe un desarrollo artístico de la caligrafía: las caligrafías árabes (véase la figura 5 del capítulo 4), como las chinas, son auténticas obras de arte. La caligrafía es en estas culturas un objeto artístico y religioso de primera magnitud. ¿Quiere esto decir que los no islámicos o chinos no estamos tan dotados como ellos para la caligrafía? Menos sentido aún tendría decir que el árabe o el chino son lenguas más propias para desarrollar el arte caligráfico que el español o el alemán.

Pero volvamos a la poesía. El mismo concepto de poesía es relativo a la cultura: lo que en una cultura se considera poético puede no considerarse poético en otra. Por tanto, hablar de poesía en general, sin la correspondiente relativización, es peligroso, sobre todo cuando lo que se quiere comprobar es si una lengua está más dotada para la poesía que otra y no se sabe a ciencia cierta cómo definir la poesía de modo absoluto y definitivo (es posible que un trovador provenzal del siglo XIII no considerase poesía *Poeta en Nueva York* de Lorca, que no se atiene a ninguna regla lírica conocida por entonces).

Hablar de la poesía como si fuera un concepto objetivo e interculturalmente válido es tan peligroso como generalizar los juicios de valor estéticos:

> Si se dice «eso es bello, aquello es feo» se califica, se describe; pero si se dice: «es lo bello, aquello es lo feo», se sustantiva, se normativiza, adentrándonos en la esfera de las categorías estéticas. Se supone que las categorías estéticas remiten a relaciones objetivas, a realidades universales, transculturales y si de algo es consciente la disciplina antropológica es de lo peligroso que resulta asumir semejante hipóte-

sis. Así, progresivamente, la antropología empezará a preguntarse qué es lo que sucede con los sistemas estéticos no occidentales y cuáles son sus categorías y contenidos. (L. Méndez 1995: 39.)

Por tanto, no podemos tomar un modelo de lo que es poesía y pasar por ese rasero a todas las sociedades actuales y pasadas del planeta, para ver si sus lenguas están más o menos dotadas para la poesía.

Volvamos a la consideración de la posibilidad de que el ruso esté mejor dotado para la poesía que otras lenguas europeas. Es fácil ver que ni siquiera desde una concepción etnocentrista de lo que es la poesía tiene mucho sentido ni siquiera considerar esta posibilidad.

En efecto, es cierto que el ruso es una lengua con acento libre y que el polaco y el checo tienen acento fijo. Ahora bien, es sabido que los patrones de la poesía lírica pueden determinarse a partir del acento o a partir de la cantidad. La poesía griega y latina clásicas basan sus patrones métricos en la cantidad (sílabas breves y sílabas largas) y no en el acento. Los patrones rítmicos basados en el acento de intensidad los presentan aquellas lenguas en las que la cantidad no es un valor fonético pertinente. Si consideramos como más perfecta aquella poesía que se atiene a los patrones clásicos, entonces ni el español ni el ruso pueden considerarse más aptos para la poesía que el checo o el húngaro, que sí conocen distinciones de cantidad y que, por tanto, podrían adaptarse mejor a esos patrones. Pero es claro que este criterio está sesgado a favor de un determinado modelo literario y no puede ser aceptado de modo absoluto. Hay obras maestras de la poesía española, rusa, checa o húngara que no se atienen a los patrones clásicos y no por ello tienen menos méritos (o más) que otras obras maestras que sí se atienen a ellos.

Por otro lado, atenerse a un patrón clásico tampoco es garantía de que se va a producir una obra maestra. Los patrones clásicos están óptimamente adaptados a las lenguas clásicas, pues fueron creados desde ellas y para ellas. Evidentemente, una lengua

diferente puede tener dificultades para atenerse a los patrones establecidos *para otra lengua*. Si aceptamos que sólo puede hacerse lírica imitando los patrones de la métrica latina, entonces es claro que la lengua más apta para la lírica es el latín. En este sentido, el checo es menos apto que el ruso para la literatura en lengua rusa y ésta es menos apta que el checo para la literatura en lengua checa. Es algo equivalente a decir que la lengua más apta para los trabalenguas en ruso es el ruso y la más apta para los trabalenguas en checo es el checo y afirmar a continuación que el checo es menos apto que el ruso para hacer trabalenguas en lengua rusa. Esto es lo máximo que podemos decir sobre este asunto y, desde luego, es una cosa tan obvia y circular que realmente no hace ninguna falta decirla.

Lo que sí es cierto es que toda lengua tiene unas peculiaridades fónicas, morfológicas, sintácticas y semánticas explotando las cuales, tanto en poesía como en prosa, pueden crearse obras de arte literario valiosísimas en su individualidad irreductible y que sólo pueden disfrutarse y apreciarse conociendo la lengua en la que están escritas (y la cultura asociada a ella). Es posible que esta afirmación proceda de un igualitarismo lingüístico indiscriminado. Pero si nos molestáramos en aprender checo, polaco o húngaro y leyéramos las grandes obras de poesía compuestas en estas lenguas (no dude el lector que las hay, aunque no figuren en los manuales introductorios de literatura), a lo mejor nos quedábamos admirados con su belleza y profundidad y las admiraríamos tanto como con sobradísima razón admiramos las excelencias de la poesía en lengua española, catalana, gallega, occitana o rusa.

La poesía no es algo a lo que se llega a partir de la lengua, sino que es algo que surge de la propia lengua: de sus características, de su hechura morfológica, sintáctica y semántica. Como no hay dos lenguas iguales, tampoco hay dos poesías iguales. La poesía es estrictamente intraducible. Todas las lenguas sin excepción tienen características susceptibles de un tratamiento estético: en todas las lenguas se puede hacer desde juegos de palabras hasta aliteraciones, repeticiones de patrones

rítmicos y silábicos pasando por metáforas, metonimias o sinécdoques[1]. Esto ya lo enunciamos en el capítulo 4. De aquí y de la genialidad individual surge la poesía y esto lo encontramos por doquier: los genios no son patrimonio exclusivo de las culturas dominantes.

Desde estas líneas *proclamamos en voz alta y en tono decidido que todas las lenguas humanas son igualmente aptas para la poesía* y que todas, absolutamente todas, contribuyen al quehacer poético con su genio y posibilidades particulares y únicas.

Hay hipótesis cuyo solo planteamiento es insultante. Alguien puede plantearse estudiar si los negros son más inteligentes que los blancos, o las mujeres son menos inteligentes que los hombres, o los gitanos menos honrados que los payos, o si tal lengua es menos apta que tal otra para determinado fin y, de hecho, se ha venido haciendo desde hace mucho. Lo objetable procede de que estas hipótesis se enuncian desde prejuicios que nos vienen dados por situaciones de injusticia social y que su mero planteamiento está ya impregnado de dichos prejuicios.

Analicemos las literaturas orales o escritas de las lenguas del mundo en sí y por sí. Lo que encontraremos son motivos para el asombro y la admiración sobre las formas tan variadas, ricas y profundas en las que se pueden expresar los conocimientos y los sentimientos humanos.

Recomendaciones como la siguiente, basada en prejuicios cuya falta de razón hemos mostrado en las páginas anteriores, son especialmente hirientes:

> A los buenos escritores en euskera, sí les daría un consejo, es que pasen al español. [...] Creo que van a tener una acogida mucho más gratificante, más posibilidades de desarrollo, en una lengua mucho más rica, más maleable, una lengua literaria, entiéndase, no en una lengua en sentido general. Ahora, ¿que quieren escribir en euskera?

[1] Véase el apéndice D para el análisis de un texto poético de una lengua indígena africana.

Hay tanto escritor malo en euskera que es preferible que lo hagan en español[2].

Es claro que el consejo que hay que dar a los buenos escritores en euskera, es que creen y sigan escribiendo en esta lengua. La idea de que el español es una lengua más rica, más maleable que el euskera, sólo puede mantenerla alguien que no domine suficientemente la lengua vasca; para esa persona, sin duda, el español, si es la lengua que domina, le ofrece muchas más posibilidades. Pero esto no depende de la lengua en sí, sino de los que la usan. Es una manipulación inadmisible adscribir a las lenguas las posibles o supuestas limitaciones de las personas para la creación literaria. Es posible que haya escritores *malos* en euskera, pero, aunque sólo sea por razones cuantitativas, debe haber muchísimos más escritores malos en español.

Combatir nuestra ignorancia sobre las literaturas (escritas u orales) de los demás nos hará más sabios y nos liberará de los prejuicios que nos empobrecen y limitan; nos hará, en una palabra, más libres y más humanos.

A veces, con el fin de ser máximamente objetivos, afirmamos cosas como ésta:

> Que entre las lenguas existen diferencias y que estas diferencias pueden consistir en que unas lenguas sean más ágiles, más musicales, mejor dotadas léxicamente en este o aquel aspecto, etc., son cuestiones que de ser probadas no deberían de irritar ni escandalizar a nadie. (F. J. Manjón Pozas y J. D.-Luque Durán 1997: 217.)

De hecho, estas cuestiones no han escandalizado ni irritado aun no habiendo sido probadas, porque durante siglos se ha pensado que el latín y griego clásicos eran lenguas mucho más perfectas, dotadas, musicales y ágiles que cualquiera de las lenguas vulgares que se fueron formando a través de variedades incultas y

[2] J. Juaristi en *El Correo Español*, 25 de septiembre de 1987, recogido en J. M. Torrealdai 1998: 206.

vulgares del mismo latín. Muchos consideraron esto durante mucho tiempo como un hecho demostrado: no había más que admirar la rica y bella literatura latina. Recordemos que Alfonso X componía poesía en gallego, por considerar que esta lengua era más apta para la lírica que el castellano. Es posible que haya gente que piense así aun hoy día. Por fortuna, ni A. Machado, ni F. García Lorca, ni Fray Luis de León, ni Francisco de Quevedo fueron de esta opinión.

Lo realmente negativo del asunto es que la irritación dependerá de qué lengua se juzgue más ágil, musical o dotada léxicamente. Imaginemos que alguien logra mostrar que el pascuense (lengua austronesia hablada en la isla de Pascua por escasamente 2.000 personas) es una lengua mucho más ágil, musical y dotada para la poesía que el ruso (cosa que, según nuestro punto de vista, es estrictamente indemostrable). Esto ocasionaría no ya irritación y escándalo, sino más bien la risa y el desprecio de muchos, pues no es fácil que quepa en la cabeza de un europeo que unos isleños incultos e ignorantes puedan tener una lengua mejor o más apropiada que la suya. Desde luego, no ocasionaría que se introdujera el pascuense en la escuela como lengua de cultura para que en un futuro los rusos pudieran expresarse líricamente en esa lengua.

Si se dijera lo contrario, es decir, que el pascuense es una lengua más pobre y menos dotada para la poesía que el ruso, ¿a quién le importa la indignación y la irritación que puedan mostrar ante ellos unos pobres nativos de una isla perdida? ¿Cuántas personalidades relevantes saldrán en defensa de los pascuenses?

La cuestión es que es muy fácil sospechar que las lenguas de los demás son peores que la lengua propia y muy difícil considerar lo contrario.

De hecho, cuando planteamos estas cuestiones de que es posible que unas lenguas sean mejores que otras en algunos aspectos, nunca lo hacemos porque tengamos dudas de que las lenguas europeas llamadas *de cultura* y que son las que conocemos más a fondo sean suficientemente ricas léxica, musical, sintáctica o semánticamente (de ser así debiéramos hacer públicas esas dudas

cuanto antes para ser honrados intelectualmente), sino más bien porque esperamos encontrar que otras lenguas europeas menos favorecidas social o políticamente o lenguas indígenas de otros continentes, no lleguen a igualar la riqueza y ductilidad de las lenguas europeas mayoritarias. Si se plantea la superioridad del ruso sobre el checo en un aspecto de la literatura, quizás es porque la literatura rusa está más difundida o es objeto de más alta consideración que la checa en determinados círculos, pero nunca puede ser porque la lengua checa sea menos apta para la poesía que la rusa. Como ya hemos dicho, la poesía en una lengua sale o surge de esa misma lengua y no de ningún otro sitio y no cabe hacer comparaciones al respecto; sólo la maestría de los autores puede explotar con mayor o menor pericia esta o aquella característica de la lengua con la que realiza creaciones literarias.

Una de las tesis de este libro consiste en decir que no hay ningún dato que nos lleve a pensar que se puedan plantear estas cuestiones. Estas preguntas con juicios de valor sólo se pueden formular desde prejuicios que no se basan en pruebas científicas, sino en otros factores ideológicos y culturales sobre los que fundamentamos y decidimos lo que es mejor y peor; y no vale enmascarar esos prejuicios a través de consideraciones aparentemente objetivas y neutrales.

En general, todas las cuestiones relativas a la perfección total o parcial de las lenguas están fuera de lugar, tal como vio el lingüista francés J. Vendryès:

> Pero el hecho de que lenguas de tipo diferente hayan podido bastar a las necesidades varias de pensamientos igualmente ricos y exigentes enseña que no debe buscarse ideal de perfección en un determinado tipo de lengua. Sería gracioso querer demostrar que la lengua usada por Homero, Platón o Arquímedes es inferior o superior a la de Shakespeare, de Newton o de Darwin. Todos han dicho perfectamente lo que debían decir, aunque empleando medios distintos. Y el mérito es igual en unos y en otros, puesto que han sabido encontrar en su lengua respectiva la expresión adecuada a su pensamiento. En realidad nunca una lengua ha rehusado servir al que tenía un pensamiento que expresar. No hagáis caso de autores que atribuyen

a su lengua los defectos de sus obras; la falta, en general, está en ellos mismos. (J. Vendryès 1928: 346-347.)

En la misma línea pueden citarse las siguientes palabras más recientes:

Así pues, si mi expresión resulta tosca o carece de pulimento, la culpa será sólo mía y no de la lengua en que me expreso, que permite decir, matizadamente, todo lo que se quiera decir. (G. Salvador 1992: 95.)

En efecto, toda lengua humana sirve para expresar lo que uno quiera decir, siempre y cuando se tenga la habilidad de conformar el mensaje adecuado. No cabe, pues, hablar de lenguas más o menos perfectas, más o menos útiles para la comunicación, más o menos capaces de expresar los sentimientos y las emociones; mucho menos, de lenguas más o menos evolucionadas o perfeccionadas. Que unas lenguas se impongan sobre otras nada tiene que ver con estas pretendidas propiedades de los idiomas, tal como hemos venido razonando en las secciones anteriores.

Todo ello hace que entre los objetivos de la teoría lingüística moderna no quepa establecer consideraciones de excelencia lingüística, tal como señalan acertadamente W. O'Grady, M. Dobrovolsky y F. Katamba en su magnífica introducción a la lingüística contemporánea:

Cuando hay más de una variedad de una lengua particular, surge la pregunta de si una es más correcta o mejor que la otra en algún aspecto. Desde el punto de vista de la lingüística moderna, no tiene más sentido decir que una variedad del inglés es mejor que otra que afirmar que la gramática del inglés es mejor (o peor) que la gramática del tai. [...] *La meta de la lingüística actual no es situar a las lenguas en una escala imaginaria de superioridad.* Más bien, los lingüistas intentan entender la naturaleza de los sistemas gramaticales que permiten a la gente hablar y entender una lengua. (W. O'Grady, M. Dobrovolsky y F. Katamba 1997: 6. Traducción y cursiva de JCMC.)

Para terminar, podemos aportar la siguiente cita de una autora que ha dedicado un libro a los prejuicios lingüísticos:

> Hay una cosa segura, en todo caso: la vitalidad de una lengua, su capacidad de extenderse, de imponerse, de conservar su territorio, no está ligada a pretendidas *cualidades*, que le serían propias. No hay ninguna lengua que sea más bella, más lógica, más flexible, más fácil, más armoniosa ni más eficaz para la comunicación que otra. La vitalidad de una lengua es el reflejo fiel de la vitalidad de los pueblos que la hablan. (M. Yaguello 1988: 117. Traducción de JCMC.)

CAPÍTULO 18

LENGUAS EN PELIGRO Y POLÍTICA LINGÜÍSTICA

Hay dos maneras en las que una lengua puede desaparecer. Una de ellas se puede conceptuar como lingüísticamente natural y se produce cuando las diversas variedades de una lengua se van diversificando paulatinamente y acaban convirtiéndose en lenguas diferenciadas. La lengua madre se disuelve en sus descendientes. Esto es lo que ha ocurrido con el latín y las lenguas románicas. Las lenguas, como todo en esta vida, tienen un comienzo y un fin y el español, si no desaparece por alguna catástrofe, se irá diversificando y acabará convirtiéndose en lenguas diferentes, como ocurrió con el latín. Nada hay eterno en este mundo y las lenguas son de este mundo.

El latín, en efecto, ha desaparecido, pero ha dejado un legado lingüístico del que debemos sentirnos orgullosos. Nunca debemos dejar de ser fieles a ese legado y debemos hacer cuanto esté en nuestra mano para que ninguna comunidad deje de ser fiel a su propia herencia cultural y lingüística. Para ello no hace falta ser paternalistas, sino simplemente no inducirle la creencia de que nuestra cultura y lengua son superiores, de mayor valor, total o parcialmente que la suya.

Hay otras maneras en las que puede morir una lengua, dialecto o variedad: por una catástrofe natural o provocada por el hombre pueden desaparecer de golpe los hablantes que la usaban; o por cuestiones de dominio cultural y de menosprecio inducido de la lengua propia, los mismos hablantes pueden dejar de transmitírsela a sus hijos y, como ya hemos observado anteriormente, las lenguas que no se transmiten de generación en generación se mueren irremediablemente. Estos modos de muerte de las lenguas no son lingüísticamente naturales y, desde luego, pueden evitarse en mayor o menor medida. Lo importante es tener en cuenta que, de no ser por estos factores sustancialmente extralingüísticos, las lenguas sólo morirían del modo natural descrito en el párrafo anterior.

Hemos visto en el capítulo 16 que las lenguas grandes han tenido unos orígenes muy humildes, dado que han empezado siendo idiomas de minorías con una extensión muy pequeña. El latín empezó de esa manera. De hecho:

> Nada permitía prever un destino tan excepcional para la lengua de este pequeño pueblo de agricultores establecidos en unos poblados que, a mediados del siglo VIII a.C., sólo constituían un modesto lugar de paso en el corazón del Lacio, en el pantanoso valle del Tíber. (H. Walter 1997: 111.)

En esa época habría sido perfectamente factible que los etruscos hubieran barrido del mapa a los habitantes del Lacio o hubieran impuesto su lengua a esos poblados de agricultores, induciendo a éstos a abandonar la suya. Esto seguramente no hubiera preocupado gran cosa al propio pueblo etrusco o a sus vecinos. Pero calculemos lo que hubiera supuesto la desaparición del latín, desde nuestra perspectiva actual. No existiría ninguna lengua romance: jamás se habría escrito *El Quijote*, ni la *Divina Comedia*, ni *Poeta en Nueva York*, ni *Cántico*, ni *Las Flores del Mal*, ni *La Comedia Humana*. La pérdida para la humanidad habría sido incalculable.

Cuando una lengua muere bruscamente por factores extralingüísticos, es decir, cuando no queda ninguna huella suya en for-

ma de nuevas lenguas, se pierde no sólo un tesoro desarrollado durante milenios, sino un futuro de diversidad lingüística con un potencial incalculable. Tesoro que es imposible ya recuperar y cuyos frutos nunca podremos ver. Y en el hecho de que no hay dos lenguas iguales está el valor de esa pérdida.

Insistimos. Si el latín hubiera desaparecido, no existiría el español, ni tampoco *El Quijote* y no tendría sentido esperar para ver si esta obra se llega a escribir en otra lengua, una descendiente del etrusco, por ejemplo. En esas hipotéticas lenguas descendientes del etrusco se habrían escrito sin duda grandes obras maestras; pero nunca *El Quijote*.

Como dice C. Junyent:

> La mort d'una llengua no és tan sols la pèrdua d'un mitjà de comunicació, sinó un sistema simbòlic creat al llarg del segles per una comunitat que ha de tenir el dret a interpretar el món de la seva manera. (C. Junyent 1992: 93.)

Del mismo tenor es la siguiente afirmación de I. Zaldua:

> Herri batentzat hizkuntza ez da bakarrik elkar ulertzeko tresna bat, taldearen ohituren artxibo eta bilduma baizik. Mintzaira da taldeak egin duen inguruko mundiaren irudi bereziaren adierazpena; Herri baten historia bizia, barneko bizitzaren legamia. Gurasoen hizkuntza uzte duenak haien arima du ukatzen.» (I. Zaldua 1995: 44 [1].)

R. M. W. Dixon insiste en lo mismo:

> Cada lengua encierra la visión del mundo de sus hablantes: cómo piensan, qué valoran, en qué creen, cómo clasifican el mundo que les rodea, cómo organizan sus vidas. Cuando muere una lengua, se pierde una parte de la cultura humana para siempre. (R. M. W. Dixon 1997: 144. Traducción de JCMC.)

[1] He aquí nuestra traducción del párrafo: «La lengua, para un pueblo, no es sólo un instrumento de entendimiento, un archivo y colección de las costumbres de una colectividad. El idioma es la expresión de la imagen particular del mundo que se ha creado esa colectividad; la historia viva de un pueblo, la levadura de su vida interior. El que abandona la lengua de sus padres, reniega de su alma.»

En un reciente atlas de las lenguas en peligro se vuelve a resaltar este punto:

> Cada lengua refleja una visión del mundo y una cultura particulares, que traducen la forma en que una comunidad lingüística ha resuelto los problemas que ha podido encontrar en su relación con el mundo y en su compresión del universo que le rodea. De este modo, toda lengua es el medio de expresión del patrimonio cultural inmaterial de un pueblo. Esta sigue reflejando esta cultura durante algún tiempo después de conocer su declive y decadencia, frecuentemente ante el empuje de otra cultura poderosa y normalmente urbana. *Cuando una lengua muere y desaparece, lo hace un aspecto irreemplazable de nuestro conocimiento y de nuestra comprensión del pensamiento humano y de las diferentes visiones del mundo, que se pierden para siempre.* (S. A. Wurm [ed.] 1996: 1. Traducción de JCMC.)

En la actualidad hay muchísimas lenguas que están a punto de desaparecer de modo brusco por factores extralingüísticos y no de cambio lingüístico natural. Es uno de los problemas culturales más graves con los que se enfrenta el mundo actualmente:

> La extinción de las lenguas es uno de los problemas graves de este siglo y, además, es irreversible. Cuando una lengua deja de ser hablada y es sustituida por otra, nada —ni siquiera los textos, gramáticas y diccionarios que de ella puedan quedar— puede hacer que reaparezca. Si a eso añadimos el hecho de que los hablantes no suelen darse cuenta de que su lengua está muriendo hasta que el proceso es irreversible, parece evidente que es urgente encontrar una solución. Tal vez la respuesta sólo esté en la solidaridad, en la búsqueda de una solución global que, indudablemente, pasa por el respeto a las minorías. (C. Junyent 1993: 17.)

El lingüista K. Hale, que ha estudiado intensamente durante los treinta pasados años ocho lenguas indígenas que en el momento actual ya están extintas, asocia la muerte de las lenguas en la actualidad con una importante pérdida de la diversidad cultural e intelectual:

> La pérdida de lenguas en el momento actual [...] es parte de un proceso mucho más amplio de pérdida de la DIVERSIDAD CULTURAL E INTELECTUAL en la que las lenguas y culturas políticamente dominantes sencillamente aplastan las lenguas y culturas indígenas locales, colocándolas en una situación que sólo puede describirse como de acorralamiento. (K. Hale 1992: 1. Traducción de JCMC.)

Sobre el carácter acelerado y global de la muerte de las lenguas en el mundo actual nos advierte igualmente un autor de nuestro entorno:

> La sustitución de las lenguas ha dejado de ser un asunto local, es global, con el resultado de que lo que se está poniendo en peligro es la supervivencia de la diversidad lingüística *tout court*, más que la supervivencia de una u otra lengua «local». Esto debería ser un motivo de preocupación para los sociolingüistas, lingüistas, planificadores de la lengua, educadores, políticos y para la gente corriente. [...] El esfuerzo por mantener la diversidad lingüística debe implicar a todos aquellos que opinan que merece la pena que la herencia dada de un grupo humano, de hecho, de la humanidad, se transmita a las siguientes generaciones. (J. A. Argente 1995: 56. Traducción de JCMC.)

La situación del mundo al respecto es realmente alarmante. Siguiendo a M. Krauss (1992) definimos como *moribundas* aquellas lenguas que no son ya adquiridas por los niños, es decir, que no se transmiten ya a la siguiente generación. Este autor nos da los siguientes datos sobre lenguas moribundas. En Alaska solo 2 de las 20 lenguas nativas son actualmente adquiridas por los niños y de las 30 lenguas de las minorías septentrionales de Rusia, sólo 3 son adquiridas por los niños. En esta zona septentrional del mundo, por tanto, el 90 por ciento de las lenguas son idiomas moribundos. Respecto de Estados Unidos y Canadá, 149 lenguas de 187 están moribundas, es decir, un 80 por ciento. La situación de México, América Central y del Sur es bastante mejor; en las dos primeras zonas hay un 17 por ciento de lenguas moribundas (50 de 300) y en la tercera se están muriendo

110 de 400, es decir, un 27 por ciento. En total para América, de 900 lenguas hay 300 heridas ya de muerte. En Australia las cosas están muchísimo peor, con un 90 por ciento de lenguas moribundas. En Rusia hay aproximadamente un 50 por ciento de lenguas en esta situación [2]. Basándose en estos cálculos y en otros que aquí no mencionamos, Krauss estima como realista que en el siglo que viene la mitad de las lenguas existentes ahora (unas 6.000) desaparecerá para siempre. Estamos hablando de una pérdida de 3.000 lenguas en pocos años; lo cual es una catástrofe cultural de una magnitud absolutamente desconocida en la historia de la humanidad.

Pero además de las lenguas moribundas están las lenguas amenazadas, que Krauss define como aquellas que aunque aún son adquiridas por los niños, dejarán de serlo durante el próximo siglo. Es muy difícil calcular el número de lenguas que se encuentran en esta preocupante situación. Krauss considera que hay que incluir en este grupo las lenguas que tengan en la actualidad menos de 100.000 hablantes; de hecho, la mayoría de las lenguas del mundo tiene entre 5.000 o 6.000 hablantes. Sobre esta base la conclusión de Krauss es escalofriante: el siglo que viene asistiremos a la muerte o a la condena irremisible del 90 por ciento de las lenguas humanas.

¿Cómo permanecer insensible ante tanta barbarie? ¿Cómo precisamente un lingüista puede quedarse indiferente ante tan aterrador panorama?

Como dice R. M. Dixon, lingüista que ha dedicado su vida al estudio de las lenguas indígenas australianas y de otras partes del mundo, existe una respuesta típica a esta situación como la que se caracteriza a continuación:

> Son lenguas insignificantes habladas por pueblos insignificantes, extrañas tribus y grupos de minorías que desaparecerán simplemente gracias al imparable avance hacia una comunidad global de las gran-

[2] Puede verse un catálogo de algunas lenguas amenazadas con indicación de su número actual de hablantes en C. Junyent 1992: 99-116.

> dos naciones civilizadas del mundo. ¿Qué interés puede tener una lengua de un grupo de cazadores y recolectores que se pasan el día paleando la arena caliente del desierto en busca de lagartijas y semillas de hierbas? [...] ¿Cómo pueden estas lenguas decirnos algo que no sepamos ya gracias al estudio de los ricos recursos del francés, alemán, español, inglés y ruso [...]? Que estas lenguas insignificantes pasen al olvido sin que nadie lo impida. Quizás se deba registrar un poco de algunas de ellas, como muestra, pero es una pérdida de tiempo y recursos intentar algo más. (R. M. W. Dixon 1997: 117.)

Según Dixon, hay en esta actitud muchos prejuicios. Primero está la falsa idea de que los pueblos con una cultura material limitada han de tener una lengua proporcionalmente sencilla. Ocurre exactamente lo contrario. Dixon ha estudiado muchos de estos grupos indígenas y ha observado una intrincada estructura social que va asociada con rasgos lingüísticos que en modo alguno pueden considerarse primitivos, sino tan desarrollados o incluso más que los de las lenguas europeas dominantes. Este autor pone un ejemplo (R. M. W. Dixon 1997: 120). Las lenguas europeas se contentan con dos o tres modos verbales (indicativo, subjuntivo); sin embargo, la familia tucana de lenguas incluye algunos idiomas hablados entre Colombia y Brasil que tienen un sistema modal denominado *evidencial*, ausente por completo en las lenguas europeas. He aquí uno de esos sistemas de modos evidenciales:

Visual: Se usa para señalar que lo contado ha sido visto.

No-visual: Se usa para señalar que lo contado ha sido percibido por un sentido diferente del de la vista (por ejemplo, oído).

Indicial: Se usa cuando lo contado ha sido deducido por indicios.

Referido: Se usa para cuando lo contado lo sabemos porque alguien nos lo ha dicho.

Supuesto: Se usa cuando lo contado se basa en suposiciones del hablante.

En estas lenguas toda oración ha de llevar un indicador que especifique de cuál de los cinco casos se trata. Dixon nos hace ver lo

útil que sería en inglés o español disponer de estos marcadores. Supongamos que se ha producido el robo de una sucursal bancaria y le decimos a un policía: *el ladrón se ha ido por esa calle*. Si el español tuviera este sistema evidencial, un simple marcador morfológico le haría ver al policía la fiabilidad de nuestro testimonio. Sabría si hemos visto al ladrón escapando por la calle en cuestión; si simplemente lo hemos oído, pero no visto; si lo hemos deducido de algún indicio que haya podido dejar el ladrón; si un testigo ocular nos lo ha contado o, simplemente, si es una suposición nuestra.

A continuación nos argumenta Dixon que si los lingüistas no se hubieran aventurado en la selva amazónica (después de haberse vacunado contra la fiebre amarilla, el tifus, el tétanos y contra todas las variedades de la hepatitis y con una buena provisión de píldoras contra la malaria) para estudiar estas lenguas, ni nos habríamos siquiera percatado de un interesantísimo rasgo de las lenguas humanas: el sistema modal de evidenciales. ¿Cuántas características de las lenguas humanas se perderán para siempre con la muerte de cientos de lenguas prácticamente desconocidas por los lingüistas? [3].

M. Krauss (1992) nos aporta datos sobre las especies animales en peligro de extinción: un 7,4 por ciento de mamíferos y un 2,7 por ciento de aves. Pocos se extrañan de que haya sociedades, agrupaciones, instituciones e incluso partidos políticos ecologistas que batallen nacional e internacionalmente para proteger las especies animales en peligro. Pero la amenaza sobre las lenguas minoritarias es muchísimo mayor y afecta directamente a nuestra especie. ¿Cómo es posible que la reacción ante esta pérdida sea comparativamente mucho más pequeña, si es que existe? Nos estamos destruyendo a nosotros mismos y ni siquiera somos conscientes de ello.

Los lingüistas tenemos la obligación de promover la lucha en favor de las minorías, de sus culturas y de sus lenguas. Si no lo

[3] En el apéndice D examinamos un texto del chucoto y ponemos de manifiesto la riqueza de afijos aspectuales que existe en esta lengua, además de otras particularidades de interés.

hacemos, nuestros colegas del futuro se preguntarán desconcertados: ¿Qué hicieron los lingüistas de entonces? ¿Por qué permanecieron impasibles, como si la cosa no fuera con ellos?

M. Krauss nos ha dado la clave de la muerte de las lenguas: las lenguas mueren irremisiblemente cuando los padres consideran que no merece la pena transmitírsela a sus hijos; mueren cuando dejan de pasar de generación a generación.

Es absolutamente fundamental que las instituciones responsables planifiquen una política lingüística que tenga como objetivo acabar con el menosprecio hacia sus lenguas de muchas comunidades. En este sentido es imprescindible que la educación se realice en la lengua propia de cada comunidad lingüística. Es en la educación donde hay que actuar porque es en el momento de la transmisión de la lengua donde se produce la situación de amenaza. Si la lengua que hay que proteger de la amenaza de muerte no se utiliza como medio primordial para la educación, no se podrán cambiar las actitudes que consideran ciertas lenguas de minorías como menos adecuadas para la vida actual. No vale para nada decir que tal lengua dominada es tan válida como tal lengua dominante si luego la mayor parte de la educación se produce en esta última. Esto seguirá influyendo en la idea de que la lengua dominada realmente no merece la pena, con lo que pueden producirse situaciones de *desprecio hacia la propia lengua* que muchas veces llega a ser *odio hacia la propia lengua* cuando no existe ni siquiera esa actitud positiva hacia el idioma dominado, que es precisamente lo más habitual:

> ¿Quién puede extrañarse que tras siglos de machacar al euskera y a su comunidad lingüística desde la escuela hasta la tumba, desde el Estado, los periódicos, la intelectualidad, la Iglesia, tras haberse insistido en su inutilidad y torpeza, tras tanta represión, persecución, vejación y burla, quién se extrañará —repito— de que el vascoparlante abandone («libremente») su lengua, la odie, no la transmita a sus hijos? [...] El orgullo de los vascoparlantes en los últimos años es ahora de nuevo objeto de burlas y diatribas, tachado de fanatismo. (J. M. Torrealdai 1998: 10.)

Es absolutamente imprescindible que las comunidades lingüísticas minoritarias, accedan a un espacio multicultural *a través de su propia lengua y cultura*; esto no sólo ayudará a preservar esa lengua minoritaria, sino que hará que esa minoría haga su aportación original y, por tanto, enriquezca significativamente ese espacio cultural. Claro que esto es difícil de conseguir en espacios dominados de arriba abajo por una determinada cultura y lengua, cuyo objetivo, declarado o no declarado, es conseguir la homogeneización y la uniformización totales.

Tal como está la situación actual, incluso en ámbitos económicamente privilegiados como la Comunidad Europea, plantear que las lenguas minoritarias se estudien en las escuelas como una lengua segunda más, en un entorno donde predomina una lengua mayoritaria es condenarlas a corto, medio o largo plazo (según los casos) a la categoría de lenguas amenazadas.

M. Siguan (1996) propone que la educación lingüística en la Comunidad Europea debe hacerse desde el principio del mantenimiento de la variedad. Estamos totalmente de acuerdo con ello. Ahora bien, el realismo que adopta este autor va claramente en detrimento de las lenguas minoritarias:

> Mantener la variedad no sólo exige aumentar el tiempo dedicado a la enseñanza de lenguas y mejorar la calidad de esta enseñanza, sino evitar también que esta enseñanza se concentre exclusivamente en unas lenguas determinadas, las que calificamos de «lenguas más enseñadas». Pero a la hora de proponer este objetivo hay que ser extremadamente realistas. Cualquier intento de imponer el aprendizaje de unas lenguas en vez de otras o de suponer que el aumento del número de estudiantes de las «lenguas menos enseñadas» puede ser el resultado de disminuir el número de los estudiantes de «las más enseñadas» está condenado al fracaso. (M. Siguan 1996: 186-187.)

De estas palabras se desprende que no podemos esperar que la existencia de una lengua mayoritaria en un sistema educativo deje un espacio razonable a las lenguas pequeñas. Y, en efecto, así es. De modo que la propuesta de tratar estas lenguas minoritarias como segundas lenguas las condena irremisiblemente:

> Y al tratar de la oferta educativa de segundas lenguas hay que pensar también en las lenguas que no son extranjeras y que por razones políticas y culturales han de estar presentes en la enseñanza. Me refiero con ello a las lenguas de las minorías lingüísticas y a las lenguas de los inmigrantes.
>
> Si se reconoce a la lengua de una minoría el derecho a estar presente en la enseñanza esto significa que los miembros de esa minoría han de practicar esta lengua en la escuela y también la lengua oficial del Estado, lo que significa para ellos un esfuerzo suplementario, pero un esfuerzo que no debe limitar sus oportunidades para adquirir lenguas extranjeras. (M. Siguan 1996: 172.)

Proponer esto en una situación en la que una lengua dominante está omnipresente en el sistema educativo (y no sólo en él) es condenar a esa lengua minoritaria.

El hablante de una lengua minoritaria tiene igual derecho que el de una lengua mayoritaria a educarse en su propia lengua, y no sólo en la escuela, sino también en instancias de educación superior. Sólo cuando una persona pueda acceder a todos los niveles de educación en su propia lengua, se habrá respetado este derecho que tenemos todos los seres humanos (hablemos una lengua mayoritaria o minoritaria).

Incluir la enseñanza de una lengua minoritaria en el apartado de segundas lenguas, para que ésta se *practique* en la escuela, dada la situación de manifiesta desigualdad al respecto, supone en la práctica la lesión de ese derecho a formarse en todos los niveles de la enseñanza en la lengua primera de cada uno. Más aún, hablar de esfuerzo suplementario, porque los hablantes de las lenguas minoritarias deben aprender, además de la oficial del estado, una extranjera, es condenar a estas comunidades a un esfuerzo superior simplemente para ejercer un derecho para el que todos hemos de tener exactamente la misma facilidad, pero que sólo pueden hacer valer con comodidad los hablantes de una lengua mayoritaria. Ésta es una situación clamorosamente injusta.

Como ha observado C. Junyent (1998), el programa bilingüe en el que una de las lenguas es dominante (todos lo son) no tiene otro fin habitualmente que el de imponer esa lengua dominante:

L'ensenyament «bilingüe» destinat a reforçar els models de comunicació vertical o, dit en altres paraules, l'ensenyament bilingüe que contempla l'ús de la llengua subordinada com una concessió als drets lingüístics del nen [...] no deixa de ser la transmissió de la percepció jerarquitzada de les llengües, amb la qual cosa el missatge és evident: «aquí tens la teva llengua, però nosaltres no et deixarem sense la 'bona'». (C. Junyent 1998: 53.)

En el mismo sentido se pronuncian otros autores:

Sin embargo, un sistema escolar bilingüe por lo general sólo aparentemente es igualitario. Incluso cuando está equilibrado respecto de los cursos está de hecho desequilibrado en favor de la lengua dominante que domina el entorno exterior a la escuela. El bilingüismo en la educación es, así, por lo general un bilingüismo de transición, que a largo plazo facilita la asimilación lingüística al grupo dominante. (J. A. Laponce 1987: 170. Traducción de JCMC.)

Ante esto es absolutamente necesario conseguir una enseñanza bilingüe en la que la lengua minoritaria tenga consideración de primera lengua y no de segunda lengua:

Para preservar y reproducir la lengua minoritaria en el joven, una forma «fuerte» de enseñanza bilingüe que apoye la lengua patrimonial exige un programa de «primera lengua» con metas y objetivos lingüísticos explícitos y una estructura secuencial. [...] Cuando los niños reciben clases (por ejemplo, de sociales y de ciencias) en su lengua materna, en desarrollo de la lengua en esas áreas curriculares puede ser protegido manifiesta y conscientemente. La lengua materna del niño se desarrolla cuando se cultiva y se promueve de forma deliberada en todas las áreas curriculares. (C. Baker 1993: 272.)

Además, este protagonismo de la lengua patrimonial debe ir unido a un protagonismo de la cultura asociada a la misma:

A veces se argumenta que una lengua minoritaria tiene que ser protegida para preservar la cultura que comporta. Lo contrario también se puede mantener. La cultura que comporta tiene que ser protegida

en la clase para preservar la lengua minoritaria. [...] Las destrezas lingüísticas en la lengua minoritaria no son garantía de un empleo continuado de esa lengua en los años de la adolescencia y en la edad adulta [...] Proteger una lengua minoritaria en la escuela sin proteger la cultura que comporta puede ser financiar una máquina costosa de corazón-pulmón adosada a un organismo moribundo. Promover la cultura que comporta una lengua junto con la enseñanza de la lengua minoritaria puede dar una inyección de vida a esa lengua y a esa cultura. (C. Baker 1993: 278.)

Ante una situación de desigualdad, es evidente que hay que promover políticas que ayuden especialmente al más débil para nivelar esos grandes desniveles existentes:

En aquest àmbit és fonamental el principi bàsic de l'ecolingüística: la protecció dels més dèbils, perquè ja hem vist que els organismes invasors aprofitaran qualsevol oportunitat per ocupar l'ecosistema, i això en les relacions de l'ecologia cultural no té cap raó de ser. (C. Junyent 1998: 178.)

La situación de desequilibrio manifiesto obliga a proteger especialmente a las lenguas minoritarias:

Al capdavall, la reciprocitat implica que el coneixement de qualsevol llengua sigui incentivat i, atès que el coneixement de les llengües dominants ja és incentivat, la protecció del més dèbil implica un incentiu afegit. (C. Junyent 1998: 179.)

Con todo, no hay que ser ingenuos: la ocupación de nuevos espacios y ámbitos por parte de las lenguas minoritarias supondrá necesariamente el cese del predominio de la lengua dominante en esos espacios y los hablantes e instituciones que la promueven harán lo posible para no dejar esa posición predominante: nadie renuncia al dominio de buen grado. En estos casos hablarán de imposición y de violación de derechos.

En Europa tenemos multitud de lenguas que languidecen sin que se haga gran cosa por ellas: el bretón, el occitano, los llama-

dos dialectos de Italia, el sardo, el ladino, el romaní en sus diversas variedades, el frisón, el faroés, el gaélico escocés, muchas lenguas del Cáucaso [4]... Mientras tanto el francés, inglés, alemán, ruso o español siguen gozando de una situación privilegiada que hace que sus hablantes puedan ejercer fácilmente unos derechos que otros sólo pueden hacer valer, cuando pueden, a costa de grandes esfuerzos.

[4] Una panorámica de la situación de algunas de estas lenguas se da en H. Giordan (dir.) 1992. Véase el apéndice B de la presente obra, para un repaso rápido de las lenguas en peligro en Europa.

CAPÍTULO 19

LA RESPONSABILIDAD DE LOS LINGÜISTAS

Existe desde el siglo XIX una disciplina científica (la lingüística) y una profesión (la de lingüista), que supone o debería suponer un avance enorme en el reconocimiento del patrimonio lingüístico de la humanidad. Hasta el siglo XIX existían los gramáticos de las lenguas y las disciplinas de la gramática y la retórica, preocupadas por estudiar las lenguas de la cultura occidental y su uso eficaz y persuasivo. Materias dignas de ser estudiadas y que han enriquecido el conocimiento de nuestro patrimonio cultural de modo definitivo. También los filósofos se han ocupado del lenguaje humano a lo largo de los siglos y han puesto de relieve su inmenso potencial en el proceso del conocimiento de la naturaleza y del propio hombre.

Pero es en el siglo XIX cuando surge una especialidad científica específicamente lingüística, no centrada en ninguna lengua concreta, sino destinada a estudiar en profundidad el fenómeno del lenguaje humano por sí mismo y desde sí mismo en su inmensa variedad y en su profunda unidad. Si tenemos en cuenta que el lenguaje es la base de toda nuestra cultura y de todos nuestros adelantos científicos, técnicos, literarios, jurídicos y en otros muchos aspectos de nuestra realidad, no cabe duda de que

una disciplina dedicada de lleno al estudio del lenguaje humano ha de ocupar un lugar central en nuestra cultura, porque es uno de los medios de que disponemos para conocernos mejor a nosotros mismos y para conocer mejor nuestras culturas y nuestras sociedades.

La lingüística misma es, pues, una disciplina que por su amplitud y profundidad debe ser considerada como una materia profundamente humanista.

El objeto de la lingüística no puede ser otro que las lenguas humanas, y todas ellas merecen el estudio detenido de los lingüistas. La lingüística misma nació en el siglo XIX del estudio de las lenguas, no de los enfoques filosóficos del lenguaje, que han existido desde la Grecia clásica e incluso desde antes. Cuando los lingüistas nos olvidamos de que nuestro objeto de estudio son *todas* las lenguas y de que *todas* merecen nuestra atención o cuando nos olvidamos de las lenguas para centrarnos *exclusivamente* en aspectos puramente teóricos y formales, estamos desvirtuando nuestra propia disciplina.

Constatada la precaria situación del 90 por ciento de las lenguas que se hablan en el mundo hoy día, que pueden estar ya desaparecidas hacia el año 2100, es claro que hay una tarea urgentísima y a todas luces prioritaria:

> La tarea más importante de la lingüística hoy día —de hecho, la única tarea realmente importante— es salir ahí fuera y describir lenguas, mientras todavía pueda hacerse. La autoadmiración en el espejo de las teorías formales puede esperar; siempre podremos hacerlo. Hay que acometer ahora la tarea de la descripción lingüística. (R. M. W. Dixon 1997: 144. Traducción de JCMC.)

De modo análogo:

> Y debo decir en este contexto que los lingüistas, aun siendo un colectivo directamente implicado en esta cuestión, se han preocupado muy poco de ella. La preocupación por las lenguas al margen de sus hablantes —en definitiva, de los portadores de la lengua— que ha caracterizado casi todas las orientaciones de la lingüística del

siglo XX es uno de los aspectos que deben ser corregidos, tanto porque como profesionales de la lengua no podemos rehuir nuestra responsabilidad, como porque, al fin y al cabo, esta actitud está llevando a la propia disciplina a un callejón sin salida. (C. Junyent 1997: 171 [1].)

Esta indiferencia no puede estar anclada más que en la discriminación lingüística, y precisamente aquí, tal como hemos intentado mostrar a lo largo de este libro, los lingüistas tienen también un papel fundamental que desempeñar para desmontar ese racismo lingüístico como caso particular del racismo general, que nos lleva a desatender y despreciar la muerte de lo que consideramos inferior y de escaso valor. La siguiente cita es un llamamiento significativo:

> Muchos de los argumentos que se han apuntado para *probar* que el inglés de los negros norteamericanos es una representación inferior (menos lógica y abstracta) del inglés estándar han sido también utilizados para llegar a la misma conclusión sobre otras lenguas y dialectos propios de grupos raciales oprimidos. Armados con la convicción de que el racismo es inmoral, los lingüistas deben estar dispuestos a continuar aportando argumentos científicos objetivos sobre el lenguaje que descubran imperfecciones indiscutibles en los insostenibles puntos de vista lingüísticos que destilan racismo. Los lingüistas cumplen un papel esencialmente importante siempre que las diferencias lingüísticas en grupos raciales socialmente dispares sean consideradas la causa, y no el síntoma, de los limitados resultados académicos entre los miembros de tales grupos. [...] Los lingüistas pueden ser, como hemos visto, un arma decisiva en la guerra contra el racismo. (J. Baugh 1988: 96-97.)

Que la tarea del lingüista, por muy descriptiva o teórica que sea, debe insertarse en un contexto social determinado, es algo cuyo no reconocimiento explícito posibilita que las opiniones y resultados a que llegamos los lingüistas puedan contribuir al mantenimiento y a la justificación de situaciones injustas. Las si-

[1] Pueden encontrarse algunas declaraciones más de este tipo en C. Junyent 1992: 89-92. Véase también J. Argente 1994.

guientes reflexiones son de denuncia y deberíamos sentirnos afectados por ellas todos los lingüistas:

> Los lingüistas ¿podemos permanecer indiferentes a las situaciones sociolingüísticas de las comunidades de habla de lenguas indígenas, situaciones que son vinculadas a su desarrollo o atraso socioeconómico? ¿Existe la investigación lingüística pura sin implicaciones para la planificación y desarrollo de las lenguas investigadas? ¿O podría ser, como indica Cojtí, que una posición de supuesta *neutralidad* que sirve los intereses de los gobiernos o sectores a favor de la asimilación de los hablantes de lenguas amerindias, no es ninguna neutralidad, sino una posición de complicidad con lo que está ocurriendo? Los lingüistas debemos tener en cuenta que las investigaciones lingüísticas supuestamente *objetivas* podrían tener implicaciones políticas y sociolingüísticas para la promoción o no de una lengua estigmatizada. No estamos jugando con algo inánime y descontextualizado sino con las claves de las culturas, pensamientos y posible desarrollo de comunidades y sociedades enteras que en su mayor parte son económicamente y políticamente suprimidas. Así que podemos llegar a ser más que meros testigos del fallecimiento y entierro de estas lenguas. (M. Prosser 1994:175.)

Además de esta actitud que hemos de adoptar los lingüistas ante la diversidad de lenguas, debemos demostrar que nos importa el estudio de todas las lenguas, pues todas las lenguas son de la misma especie, pero debemos demostrarlo de modo más inmediato respecto de las lenguas que van con seguridad a desaparecer en pocos años; otra actitud conllevará indefectiblemente un desprecio que no puede radicar en otro sitio que no sea la discriminación lingüística contra la que estamos obligados a luchar ética y científicamente.

Si tenemos en cuenta las tesis doctorales que se hacen anualmente en todo el mundo sobre aspectos de las lenguas mayoritarias o de mayor peso: inglés, francés, español, alemán, ruso, japonés o chino, podremos con seguridad contabilizar centenares, si no miles. Si todos estos esfuerzos se dirigieran al estudio de lenguas de las que nada o poco sabemos, prácticamente en un quin-

quenio tendríamos información sobre todas las lenguas que se hablan en el mundo actualmente y, si esto no puede impedir su desaparición, al menos quedará algún testimonio de formas de comunicación únicas y preciosas.

Para conseguir esto habría que cambiar la mentalidad de los lingüistas y la política de las instituciones que apoyan económicamente y difunden la actividad investigadora, especialmente las universidades.

En cuanto al primer punto, es necesario terminar con uno de los mitos más persistentes en la actividad investigadora dentro de la lingüística. El mito consiste en entender que el trabajo de los lingüistas teóricos es más difícil, más importante, de un nivel superior al trabajo de los lingüistas que describen lenguas (R. M. W. Dixon 1997: 134). Según R. M. W. Dixon, que, como hemos dicho, ha escrito varias gramáticas descriptivas de diversas lenguas indígenas, esto es radicalmente falso: toda persona que describe una lengua es también un teórico y no tiene más remedio que serlo, porque ha de realizar decisiones analíticas continuamente y además de modo más perentorio cuanto más diferente estructuralmente sea la lengua descrita respecto de las lenguas europeas, para las que se ha desarrollado la mayoría de los conceptos analíticos de la lingüística moderna. Como dice este autor:

> No hay duda alguna de que emprender la descripción de una lengua que nunca ha sido descrita es la tarea más difícil en lingüística. Es también el trabajo más interesante y gratificante. (R. M. W. Dixon 1997: 134. Traducción de JCMC.)

Ya señalamos en otro lugar que muchos de los avances más espectaculares de la actual teoría lingüística se han debido al estudio de lenguas tipológicamente inhabituales en nuestra cultura, algunas de ellas llamadas *lenguas exóticas* (J. C. Moreno Cabrera 1995: 32).

Por tanto, es imprescindible hacer ver a los estudiantes la importancia de la tarea de describir lenguas ignotas y prepararles

para esta tarea, para lo cual es necesaria una preparación teórica y práctica muy sólida en todas las especializaciones lingüísticas, desde la fonética a la pragmática. Hay también que estimularles para que su investigación vaya dirigida hacia este objetivo, y ello se puede conseguir si los profesores creen que merece la pena dirigir trabajos de este tipo.

Ahora bien, todo esto es inútil si no va acompañado de una política de ayudas a la investigación que premie, estimule y apoye económicamente estas tareas. Supone un coste nada despreciable el traslado y la manutención necesarias para ir al lugar en donde se habla la lengua que va a ser objeto de trabajo de campo. Dixon (1997: 138) calcula que para este tipo de tarea se necesita, además de la ayuda económica para el propio investigador, compensaciones económicas para los informantes, ayudas para el viaje y la estancia, el equipamiento necesario y los medios para confeccionar una gramática y/o un diccionario. Se necesitan al menos, según este autor, unos tres años de trabajo, lo que en dinero de 1997 supondría unos 200.000 dólares (unos 3 millones de pesetas). No parece algo imposible de asumir en la práctica.

En el ámbito hispánico tenemos un campo muy rico en las lenguas indígenas de América: desde México hasta Chile. Estimular en los departamentos universitarios en los que hay una licenciatura de lingüística proyectos de investigación dirigidos a describir lenguas indígenas americanas de las que poco o nada sabemos debería ser una prioridad absoluta, dentro, claro es, de los escasos medios con los que contamos en las universidades españolas (por no hablar de los de las universidades de la América Hispana) [2].

[2] En esta línea iniciativas como la del Instituto Valenciano de Lenguas y Culturas Amerindias (IVALCA) suponen un paso adelante muy importante en este proceso de concienciación de los lingüistas del futuro próximo y un ejemplo que debería ser paradigmático.

CAPÍTULO 20

CONCLUSIÓN

No existe ningún dato estrictamente lingüístico que permita considerar que unas lenguas son parcial o totalmente mejores que otras. No hay razas lingüísticas superiores igual que no hay razas humanas superiores.

La idea según la cual «el igualitarismo es doctrina aplicable a los hombres, pero no en absoluto a los idiomas» (G. Salvador 1992: 97) no tiene base lingüística alguna, tal como hemos intentado mostrar en las páginas anteriores.

Las desigualdades entre las lenguas proceden de factores no lingüísticos: se trata de circunstancias históricas, políticas, culturales, demográficas o sociales. Ante estas desigualdades hay que proclamar, defender y hacer valer los derechos lingüísticos universales, análogos a los derechos humanos universales, sobre todo en aquellas situaciones en que una comunidad lingüística ve seriamente restringido, si no explícitamente prohibido, su ejercicio. Como apéndice (véase el apéndice E) de este libro hemos seleccionado algunos artículos de la Declaración Universal de Derechos Lingüísticos.

Los lingüistas deberíamos ser los primeros en insistir en la importancia que tiene preservar el patrimonio lingüístico de la hu-

manidad, en la importancia que tiene considerar las lenguas de pequeñas comunidades perdidas en los lugares más lejanos —y también, por supuesto, las de las comunidades pequeñas cercanas a nosotros—, como nuestras, como patrimonio de todos, como un tesoro que no podemos permitirnos el lujo de perder.

En este sentido debemos promover el estudio de todas las lenguas del mundo y no sólo de unas pocas, deberíamos utilizar nuestra posible influencia en la sociedad para infundir en la gente el amor y respeto por las lenguas y culturas de los demás y no inducirla a confusión preguntando si tal o cual lengua es más o menos perfecta que tal o cual otra.

Los lingüistas deberíamos intentar convencer racionalmente a la gente de que los juicios de valor que hacen sobre otras lenguas y culturas se basan en prejuicios derivados de la ignorancia y no deberíamos contribuir al afianzamiento de esos mismos prejuicios. Es claro que los lingüistas somos seres humanos como los demás y que no estamos libres de ideas preconcebidas falsas, pero es a nosotros a quienes con más empeño ha de exigírsenos la tarea de estar siempre vigilantes para que muchas de esas ideas preconcebidas no se deslicen inadvertidamente en nuestras afirmaciones y de esa manera adquieran el carácter de verdades científicas ante el público en general. La actividad de los lingüistas, como la de los especialistas de cualquier otro campo científico, no está exenta, por el mero hecho de ser reconocida como tal, de los mismos mitos y prejuicios que están difundidos entre el público no experto. (En el apéndice A enumeramos y comentamos brevemente cien de esos mitos y prejuicios sobre las lenguas.) Por ello, debemos hacer todo lo posible por evitarlos, por salir de ellos, por liberar de ellos nuestra actividad y, sobre todo, por no transmitirlos a las nuevas generaciones.

Si este libro contribuye a este fin, aunque sea mínima e imperfectamente, habrá cumplido su objetivo.

APÉNDICES

A. CIEN MITOS, PREJUICIOS Y TÓPICOS SOBRE LAS LENGUAS

Vamos a enumerar y comentar cien prejuicios, mitos y lugares comunes relacionados con las lenguas. Comentaremos uno por uno en particular para, en su caso, matizar su grado de equivocación y aclarar al lector las cuestiones lingüísticas que se ven implicadas en cada uno de ellos.

No se pretende alcanzar la exhaustividad, porque es seguro que hay muchos más tópicos claramente equivocados además de aquellos que podemos considerar total o parcialmente correctos, por más que en realidad no lo sean.

El idioma es algo con lo que todos estamos familiarizados de una u otra forma y ello nos lleva a emitir juicios apresurados y no basados en la reflexión y el estudio, sino más bien en impresiones subjetivas, la mayor parte de las veces engañosas, y en ideas inculcadas desde arriba o desde abajo. Esto explica lo extendidos que están muchos de los prejuicios, estereotipos y tópicos que vamos a enumerar y explicar a continuación.

ORIGEN DE LAS LENGUAS Y DEL LENGUAJE HUMANO

1. Es imposible investigar el origen del lenguaje humano.

Dada la gran cantidad de mitos y fantasías sobre el origen de las lenguas que han proliferado durante siglos, muchos estudiosos piensan que es imposible decir nada científico sobre este asunto. De hecho, la Sociedad Lingüística de París prohibió en 1866 que se tratara en sus reuniones de este problema. Pero lo cierto es que también ha habido muchos mitos sobre el origen del universo y, a pesar de ello, los físicos no consideran que estudiarlo sea imposible ni acientífico.

2. En una época muy lejana la humanidad hablaba una lengua única y perfecta.

Es un mito muy común en diversas culturas y civilizaciones. Como la diferencia de lenguas plantea problemas de comprensión, el ser humano siempre ha soñado con un mundo en el que todos hablan la misma lengua. La idea de la corrupción de la lengua originaria muy frecuentemente va unida a la de un paraíso terrenal o de una utopía.

3. Las lenguas del pasado más remoto que conocemos habrán de ser más primitivas que las lenguas actuales.

Las lenguas más antiguas que conocemos razonablemente bien (sumerio, acadio, egipcio, hetita...) poseen características gramaticales similares a las de las lenguas actuales. En ningún caso se ha encontrado el menor atisbo de primitivismo.

4. Las lenguas han surgido de la imitación de los sonidos de la naturaleza.

Si bien no se puede negar que existe algún tipo de imitación de los sonidos naturales en las lenguas, los mecanismos gramaticales no pueden surgir de una mera extensión de esas imitaciones. El lenguaje humano requiere un tipo de actividad intelectiva que excede con mucho la mera imitación.

5. En las lenguas primitivas predominan los sonidos onomatopéyicos.

En todas las lenguas conocidas hay onomatopeyas, aunque no en todas se usan en la misma medida. Las lenguas de comunida-

des indígenas de África, América, Asia u Oceanía no tienen más sonidos onomatopéyicos que, por ejemplo, el inglés o el japonés. Es posible que los sonidos onomatopéyicos predominaran en los primeros embriones del lenguaje, de los que no tenemos ningún testimonio, pero ello es sólo una especulación no demostrada.

6. *Los hablantes de lenguas primitivas se apoyan en los gestos para poder entenderse.*

Se discute mucho si la expresión gestual es anterior o no al lenguaje hablado. Lo único que se puede decir con seguridad es que la gesticulación es característica del ser humano y que nada tiene que ver con la lengua que se utilice. Los italianos parecen gesticular más que los coreanos, pero esto no se puede poner en relación con los rasgos gramaticales de sus lenguas respectivas. Esto es independiente del hecho de que cuando intentamos expresarnos en una lengua que no conocemos bien incrementamos la frecuencia o intensidad de nuestros gestos con el fin de conseguir la comunicación.

7. *Los lenguajes gestuales de los sordos son inferiores a las lenguas naturales.*

Los estudios recientes sobre los diversos lenguajes gestuales existentes han puesto de manifiesto que se trata de lenguas perfectamente desarrolladas y con características similares *mutatis mutandis* a las de las lenguas naturales habladas. No hay que olvidar que el lenguaje gestual es al menos tan antiguo como el lenguaje hablado. Algunos autores mantienen que es incluso anterior.

8. *Hay lenguas más avanzadas o evolucionadas que otras.*

La opinión generalizada que hay sociedades menos avanzadas tecnológicamente que la nuestra. Es muy común extrapolar estas consideraciones a otros ámbitos, como el de la cultura y el de la lengua. Las sociedades tecnológicamente más atrasadas habrían de tener una lengua también más rudimentaria que la nuestra. Para convencernos de que esto no es así, basta con mirar la antigüedad. Las sociedades del primer milenio antes de Cristo no cabe duda de que estaban mucho menos avanzadas tecnológicamente que muchas de las actuales. Sin embargo, las lenguas que conocemos de esa época tienen características análogas a las de

las que usamos en la actualidad. También se han estudiado muchas lenguas de tribus perdidas en los rincones más remotos de los cinco continentes y no se ha encontrado ningún idioma más primitivo o sencillo que los que utilizamos habitualmente en nuestra cultura.

9. Las lenguas llegan a veces a una culminación a partir de la cual sólo hay corrupción y decadencia.

La confusión entre cultura y lengua supone a veces que lo que se considera decadencia de una cultura u organización social, económica o política determinada, se pueda asociar a una decadencia y corrupción de la lengua a ella asociada. Por ejemplo, la caída del Imperio romano podría ponerse en relación con el desmembramiento del latín y su *corrupción* para dar lugar a las diversas lenguas romances. Hoy día, sin embargo, ningún lingüista serio piensa que las lenguas romances no son otra cosa que meras corrupciones de la lengua latina. Al esplendor de la lengua latina le han sucedido los diversos esplendores en diversas épocas de las lenguas romances.

10. Hay lenguas de cultura y otras que no lo son.

Toda lengua humana se asocia a una comunidad que la habla y toda comunidad humana tiene cultura. Por tanto, está fuera de lugar pensar que hay lenguas incultas frente a lenguas cultas. Todas las lenguas son cultivadas por sus hablantes de una u otra forma. Por tanto, todas las lenguas son cultas.

11. Las lenguas primitivas son más asistemáticas e irregulares que las lenguas avanzadas de la sociedad industrializada.

Esta idea es totalmente falsa. La sistematicidad y regularidad de las lenguas de las sociedades tecnológicamente atrasadas es exactamente la misma que las de las sociedades industrializadas. Esto puede parecerles sorprendente a muchos, pero la lingüística moderna lo ha demostrado fehacientemente.

12. En las lenguas primitivas la gramática está muy poco desarrollada o en ellas no hay gramática en absoluto.

No se han encontrado hasta ahora lenguas indígenas cuya gramática no tenga un desarrollo comparable al de las lenguas europeas.

13. Las lenguas de los pueblos indígenas no son adecuadas para expresar los valores de las sociedades occidentales industrializadas.

Ni las lenguas de las sociedades occidentales lo son para expresar los valores de las sociedades indígenas. Pero pudiera ser verdad únicamente en acto, no en potencia. Tanto unas como las otras tienen los mecanismos adecuados para llevar a cabo esa tarea de expresión de valores.

14. En un futuro, en el mundo sólo se hablará una lengua y desaparecerán los efectos de la maldición bíblica.

La contrapartida al estado primigenio monolingüe del ser humano está en la idea de que en el futuro se habrán solventado las diferencias entre las lenguas y la humanidad se servirá de un único idioma común, sea éste natural o artificial. Muchos creen ver en el predominio actual de la lengua inglesa una especie de confirmación de esta profecía. Sin embargo, la idea de que el inglés es la lengua internacional más hablada y de que puede convertirse en la lengua del mundo, no tiene en cuenta el hecho de que ese idioma tiene cada vez más variedades distintas entre sí. Suponiendo que en los próximos cien años se imponga el inglés como única lengua, tendrá lugar el nacimiento de muchas variedades del inglés no inteligibles entre sí, que volverán a dar variedad lingüística al mundo. La variedad y variación es algo intrínseco a las lenguas y no hay signos en el mundo actual de que las lenguas empiecen a funcionar de otro modo.

NÚMERO DE HABLANTES DE LAS LENGUAS

15. Hay lenguas grandes (que tienen muchos hablantes) y lenguas pequeñas (que tienen pocos hablantes).

Disponer de muchos o pocos hablantes es algo que no afecta esencialmente a la hechura de una lengua. Un idioma que tenga tan sólo veinte hablantes es tan lengua como el que disponga de doscientos millones. De hecho, las lenguas que tienen tantos hablantes no son nunca homogéneas: se dan en muchas variedades (más cuantos más hablantes y mayor extensión geográfica

tengan). Estas variedades pueden localizarse muy precisamente y, desde luego, tienen muchos menos hablantes que el conjunto total de usuarios de la lengua. Es un gran error pensar que, porque se diga que el inglés tiene 400 o 500 millones de hablantes, todos esos hablantes hablan exactamente igual. Más bien se distribuyen en un sinnúmero de variedades no todas las cuales son inmediatamente inteligibles entre sí, por lo que muchas veces lo que calificamos como una sola lengua se podría ver, siendo más restrictivos, como varios idiomas cercanos entre sí.

16. Hay lenguas de comunicación y otras que no lo son.

Las lenguas son, entre otras cosas, sistemas de comunicación. Una lengua que no sea un sistema de comunicación no puede ser una lengua. Se dice que las lenguas de uso internacional lo son de comunicación. Nadie puede dudar de esto. Lo que no es de recibo es la implicación que ello tiene, pues se da a entender que las lenguas que no tienen un ámbito internacional no son de comunicación, lo cual es radicalmente falso.

17. Hay lenguas útiles e inútiles.

Muchas personas consideran que el inglés es una lengua útil y que el vasco no lo es. La utilidad de una lengua no tiene nada que ver con la lengua en sí, sino con las circunstancias sociales que la rodean. Si el inglés es útil no es por su estructura gramatical, sino por circunstancias económicas, políticas y sociales que hacen que los individuos que hablan inglés tengan determinadas ventajas en muy diversos lugares. Las lenguas que no se ven favorecidas por esos factores, o lo están en menor grado, estarán en inferioridad de condiciones. Por tanto, no hay que cambiar las lenguas, sino las circunstancias en las que se usan, para lograr un equilibrio mayor que el que hay en la actualidad.

18. Si una lengua tiene pocos hablantes es porque es muy difícil de aprender.

Las circunstancias que influyen en que una lengua tenga pocos hablantes son normalmente sociales y nunca lingüísticas. Una lengua natural nunca desaparece o tiene pocos hablantes porque sea difícil de aprender.

19. Si una lengua tiene pocos hablantes es porque es demasiado primitiva para ser utilizable en la vida actual.

La progresiva desaparición de las culturas y lenguas de minorías étnicas en el mundo actual está propiciada por el imperialismo político y económico y no por ningún factor de carácter puramente lingüístico.

20. Cuantos más hablantes tenga una lengua, más rica y perfecta será ésta.

El número de hablantes de una lengua no tiene nada que ver con sus características estructurales. Lo único que se puede decir con seguridad es que cuantos más hablantes tenga una lengua, más diversidad de hablas encontraremos dentro de ella. Cada una de las variantes será en sí lo suficientemente rica y poderosa como para servir a los fines para los que se utilice.

21. Una lengua con muchos hablantes goza de buena salud.

Esto no siempre es así. El romaní, lengua de los gitanos (véase el apéndice B), tiene más o menos el mismo número de hablantes que el finés. Pero debido a que el pueblo gitano está desperdigado por muchas zonas de Europa (y del mundo) y a que es habitualmente marginado y menospreciado, no se puede decir que su lengua goce de buena salud. Al no ser reconocida oficialmente, en cada país sufre la influencia imparable de sus lenguas oficiales y esto hace que se vaya diversificando y vaya perdiendo indefectiblemente su unidad. El menosprecio hacia el romaní es consecuencia del menosprecio hacia el pueblo gitano, y hasta que este no acabe, la lengua romaní no podrá estar en condiciones de ponerse en pie de igualdad respecto de otras lenguas europeas.

El curdo tiene más de seis millones de hablantes, repartidos entre Turquía, Irán e Iraq. Sin embargo, tampoco puede considerarse como una lengua que goce de mejor salud que otras lenguas europeas con muchos menos hablantes. El sometimiento y persecución que padece el pueblo curdo, al que se le niegan los más elementales derechos sociales y lingüísticos, hace que su lengua y su cultura sigan hoy en día seriamente amenazadas.

22. El plurilingüismo introduce confusión y desgracia entre las personas.

Hablar varias lenguas no sólo no es un estorbo para el entendimiento entre las personas, sino que propicia una actitud receptiva y comprensiva hacia los demás. Sobre todo, nos ayuda a superar las ideas etnocentristas del lenguaje, que consisten en considerar que nuestra forma de hablar es más natural, normal, fácil o lógica que la de los demás.

ESTADO, NACIÓN Y LENGUA ESTÁNDAR

23. A una lengua le corresponde siempre una nación, y viceversa.

La identidad entre lengua y nación ha sido mantenida por muchos autores, pero no se corresponde siempre con la realidad. Una nación puede abandonar su lengua para adoptar otra o diversas naciones o etnias pueden adoptar una lengua ajena a ellas en un determinado momento. Las lenguas que se hablan en la Península Ibérica, excepto el vasco, fueron introducidas en última instancia por el pueblo romano e hicieron desaparecer otros idiomas que estaban en esa zona cuando la dominación romana. La población autóctona abandonó sus lenguas propias y adoptó la extranjera. A veces, cuando una comunidad quiere significarse como nación o etnia independiente, desea reafirmar esto proclamando que su forma de hablar constituye una lengua diferenciada. Este deseo proviene de la idea de la identificación necesaria entre lengua y nación.

24. Las lenguas que no están estandarizadas no sirven como seña de identidad de una nación.

Toda forma de habla de una comunidad lingüística constituye un potente signo de identidad de la misma. Incluso dentro de diversos grupos de esta comunidad hay diversas formas de hablar o sociolectos que también constituyen formas de identificación. Una lengua estándar puede servir como signo de identidad entre varias lenguas estrechamente emparentadas. Pero ello no supone que éstas no sean a su vez signos de identidad tan potentes o más que aquélla.

25. Si un estado adopta oficialmente una lengua estándar, ésta está a salvo de todo peligro.

A veces la situación en la que se encuentra una lengua es tan grave que, aun gozando de un reconocimiento oficial por parte de un estado, no se consigue sacarla de una situación de peligro. Es lo que ocurre, por ejemplo, con el gaélico irlandés, el primer idioma oficial de la República de Irlanda. En Irlanda hay más de dos millones y medio de hablantes de inglés y solamente unos ciento veinte mil utilizan el gaélico como medio habitual de comunicación. Incluso el uso del gaélico irlandés es extremadamente restringido, comparado con el del inglés, segunda lengua oficial. Es posible que, a pesar de la protección especial que el gobierno irlandés presta al gaélico, este idioma esté en peligro de extinción.

26. Una lengua que no logre ser reconocida oficialmente como lengua de estado está en peligro.

Esto no es así necesariamente. Una lengua está en peligro cuando las comunidades lingüísticas que la usan empiezan a considerar que no merece la pena transmitírsela a sus hijos. Ser reconocida como lengua oficial en un estado puede sin duda ser ventajoso y hasta imprescindible en muchos casos, pero no necesariamente en todos.

27. La multiplicidad de lenguas es un obstáculo para el desarrollo de la humanidad.

Esta opinión es la versión moderna del mito de la maldición de Babel. ¿Realmente puede desarrollarse la humanidad renunciando a la diversidad lingüística y cultural, consustancial a las comunidades humanas?

28. Es necesario que una sociedad avanzada disponga de una uniformidad lingüística muy grande.

Pensar que el avance de la sociedad supone una uniformización creciente de la misma nos puede llevar a un futuro desolador como el que nos han descrito algunos novelistas de ciencia-ficción.

29. La variación dentro de una lengua es negativa, ya que introduce inseguridad y es un obstáculo para el desarrollo cultural de una nación.

La variación es consustancial al funcionamiento de la lengua misma. Una lengua que no permita variación no puede sobrevivir como lengua natural de uso efectivo. La variación es precisamente lo que hace de una lengua un instrumento extremadamente flexible y rico y adaptable a cualquier situación que pueda imaginarse.

30. Hay pueblos mejor dotados para las lenguas.

Si un pueblo o comunidad lingüística necesita aprender otra u otras lenguas para comunicarse, lo hará. Las comunidades que hablan lenguas muy extendidas geográficamente pueden permitirse el lujo de no aprender otras lenguas. Curiosamente, los pueblos de los que se dice que están menos dotados para las lenguas hablan siempre una lengua dominante en algún o algunos ámbitos importantes.

31. La lengua estándar es mejor y más perfecta que otras variedades de lengua.

Es absolutamente falsa la idea de que una lengua estándar es más perfecta o mejor que otras variedades. Primero, porque la lengua estándar es más un marco más o menos definido que una lengua real. En segundo lugar, porque la lengua estándar tiene como base una variedad lingüística determinada, que puede enriquecerse con diversos aspectos de otras variedades lingüísticas. En tercer lugar, que en ámbitos como el derecho, la ciencia, la política , la literatura o la enseñanza se utilice únicamente la lengua estándar no quiere decir que en ellos sea imposible el uso de otras variedades lingüísticas. Si una comunidad lingüística llega a un acuerdo libre y no condicionado sobre el uso de una lengua estándar, estamos ante una pura convención y ante nada más. Que esa comunidad tenga respeto y admiración por esa lengua estándar no se debe a sus excelencias lingüísticas, sino más bien al hecho de que se basa en un acuerdo o consenso social. De modo análogo, cuando la lengua estándar es una imposición de una determinada capa social dominante, el odio o aversión que puedan sentir hacia ella los miembros de las comunidades dominadas u oprimidas no se puede basar en los defectos lingüísticos de esa lengua estándar, sino en las circunstancias sociales de opresión y lucha de clases.

32. El estado debe procurar que se use la variedad estándar en detrimento de otras variedades.

La utilización de una lengua estándar consensuada democráticamente nunca debe conducir a la marginación, estigmatización y erradicación de las diversas variedades lingüísticas existentes en la comunidad o comunidades en que se adopta. Si se hace así, estamos ante una imposición y un dominio social, cultural y político.

33. Los dialectos son más inestables, incultos y pobres que las lenguas.

Las variedades de una lengua que no se identifican como la lengua estándar, no suelen aparecer en forma escrita. Ello produce la impresión de que lo único fijo y estable es la lengua estándar, que es la que suele utilizarse para escribir en los ámbitos sociales más influyentes. Lo escrito siempre da una sensación de mayor estabilidad, fijeza y permanencia que lo hablado, que nos parece evanescente, inestable y ocasional. Hay que decir que cualquier variedad lingüística puede escribirse en todos los niveles y que si no se hace, es por imposición o por consenso, pero no porque las variedades no sean susceptibles de quedar fijadas como lenguas escritas.

34. Las variedades no estándares carecen de gramática y, por tanto, son incorrectas.

La gramática que se estudia y enseña en una comunidad lingüística suele ser la de la lengua estándar. Esto puede inducir a pensar a más de uno que las demás variedades no tienen gramática. Pero no es así. Si no hay gramáticas escritas y publicadas sobre esas variedades es porque nadie se ha tomado la molestia de hacerlas. La corrección se suele determinar normalmente a partir de las reglas de la gramática de la lengua estándar. Es claro que las demás variedades no cumplen todas y cada una de esas reglas. Pero no por ello son incorrectas. Ello es debido a que, en los casos de desviación, esas variedades cumplen otras reglas diferentes u otras variantes posibles de esas reglas. Por ejemplo, la gramática estándar del español obliga a considerar correcto *se me cayó* frente al incorrecto *me se cayó*. Pero la secuencia *me se* es tan po-

sible e impecable gramaticalmente como *se me* (de hecho, el italiano opta por ella). Nada hay en la gramática que nos diga que la secuencia *se me* está mal. Simplemente, hay una regla de orden de pronombres clíticos con dos formulaciones. Una de ellas es la de la lengua estándar, pero podría perfectamente haber sido la otra.

35. La pureza lingüística debe ser una cualidad de la lengua estándar.

La noción de «pureza» es totalmente ajena al funcionamiento real de las lenguas. Los intentos de extirpar de una lengua todo rastro de la influencia de otras lenguas con las que ha tenido en algún momento algún contacto conducen siempre al fracaso, a no ser que se apliquen a parcelas pequeñas del idioma (por ejemplo, la terminología gramatical o la terminología meteorológica). Esto no quiere decir que en situaciones de dominio aplastante de una lengua sobre otra, ésta última sufra tal influencia que acabe desapareciendo como tal. Por ello, una cierta exigencia de purismo puede, en estos casos, ser positiva y debe considerarse necesaria para la supervivencia de la lengua amenazada.

36. Hay lenguas puras y lenguas mixtas.

No existen lenguas naturales totalmente puras, como hemos visto en el punto anterior. Las lenguas mixtas son lenguas en las que se observa un grado mayor de confluencia entre varias lenguas, pero al fin y al cabo estamos ante diferencias de grado y no ante compartimentos estancos, que harían que las lenguas criollas fueran lenguas de segunda fila o categoría, respecto de las que no se consideran mixtas. El inglés y el español pertenecen a las familias germánica y romance, respectivamente, pero presentan rasgos que las hacen singulares dentro de dichas familias. El inglés, con su abundante vocabulario francés, y el español, con su abundante vocabulario árabe, muestran claramente cierto grado de criollización que no les quita ni un ápice de su valor como lenguas.

37. Las lenguas mixtas o criollas, surgidas de la convergencia de dos o más lenguas, son inferiores a las demás lenguas, por ser más pobres y elementales.

Los estudios modernos sobre las lenguas criollas han puesto de manifiesto que no hay ni un solo rasgo gramatical de estas lenguas que no aparezca también en los idiomas que no se consideran criollos. Ya hemos dicho en el punto anterior que todas las lenguas presentan un grado mayor o menor de mezcla, de criollización. Se ha observado, por ejemplo, que en las lenguas criollas se pierde la morfología flexiva (nominal y/o verbal). Pero esto está ocurriendo continuamente y ha ocurrido en la historia de las lenguas no conceptuadas como criollas. De la compleja flexión del inglés antiguo no queda prácticamente nada en inglés moderno. Poco queda de la flexión nominal latina en las lenguas romances. La flexión verbal latina ha desaparecido totalmente en el francés hablado.

FACILIDAD Y DIFICULTAD DE LAS LENGUAS

38. Hay lenguas fáciles y difíciles. Las primeras se difunden más fácilmente.

La dificultad o facilidad de una lengua es un concepto relativo. Depende siempre del idioma del que se parta. A un portugués, el español le parecerá mucho más fácil que el alemán, y a un alemán, el neerlandés le parecerá mucho más fácil que el portugués. A veces se oye que tal lengua es muy complicada en términos absolutos. Es imposible aplicar el adjetivo «complejo» a un idioma en términos absolutos; esta aplicación siempre depende de un juicio hecho en y desde una lengua determinada.

39. Los hablantes de idiomas difíciles tienen más capacidad para aprender lenguas.

Como no existen idiomas fáciles o difíciles de modo absoluto, no tiene sentido proclamar esta idea. Aprender una lengua extranjera se ve facilitado por la proximidad de ese idioma al que uno conoce. Un alemán está más dotado para aprender neerlandés que portugués, sencillamente porque los dos primeros idiomas son muy similares. De igual modo, un portugués está más dotado para aprender español que neerlandés, por la misma ra-

zón. Se dice que los hablantes eslavos tienen gran facilidad para los idiomas. La razón de esta idea está en que un polaco, checo o esloveno no tiene más remedio que aprender otra lengua para entenderse fuera de su país. Pero los rusos, cuyo idioma es dominante en muchos lugares del mundo, no tienen al parecer tanta *capacidad* como los polacos y son eslavos igualmente.

40. Hay lenguas que tienen sonidos que sólo pueden pronunciar sus hablantes nativos.

Todo ser humano tiene un mismo tipo de órganos articulatorios. Por ello, no existe ningún sonido lingüístico que no pueda pronunciar un ser humano. Otra cosa es que los sonidos que no se adquieren en la infancia cueste realizarlos de modo automático. Hay personas que piensan que los chasquidos o clics de las lenguas africanas son difíciles de pronunciar, pero basta ser observador para darse cuenta de que entre nosotros se usan constantemente esos sonidos (aunque no tengan función gramatical alguna).

41. Hay lenguas que tienen una morfología complicadísima.

Cuando se habla así, se piensa habitualmente en lenguas que tienen muchas terminaciones nominales casuales (como el húngaro, el finés o el vasco). La idea de la dificultad de estas lenguas nace del modo en el que se suele presentar, y a veces enseñar, su morfología: normalmente con interminables tablas difíciles de aprender de memoria. Sin embargo, estas lenguas de morfología nominal o verbal compleja suelen ser muy regulares en este aspecto y es posible dominar sencillamente todas esas formas, aplicando unas pocas reglas muy simples. A veces se da una imagen falseada de una lengua para hacerla más impresionante y respetable ante el extranjero que se acerca a ella.

42. Hay lenguas que tienen una sintaxis muy pobre.

A veces se piensa que las lenguas en las que parece haber un orden de palabras muy libre y en las que hay una rica morfología no tienen prácticamente sintaxis. La lingüística moderna ha demostrado que esto no es así. Todas las lenguas conocidas tienen una sintaxis plenamente desarrollada. De hecho, sin una sintaxis plena no es posible el funcionamiento de una lengua natural.

43. El chino, el japonés y otras lenguas con una escritura compleja son idiomas muy difíciles.

Es muy frecuente atribuir a una lengua las dificultades o facilidades de la escritura que se utiliza para transcribirla. En efecto, la escritura china es bastante más difícil de aprender y usar que la escritura latina, pero ello no significa que la lengua china sea más difícil de aprender y usar que la lengua latina, por ejemplo. La lengua china se puede escribir perfectamente en alfabeto latino. De hecho, el gobierno chino ha establecido una transcripción latina oficial de esta lengua conocida como *pin-yin*.

44. Hay lenguas prácticamente imposibles de aprender como lengua segunda.

Esta idea es radicalmente falsa. Toda lengua humana se puede aprender como lengua segunda con mayor o menor esfuerzo (según su diferencia con la lengua o lenguas de las que se parta en el aprendizaje). A veces, los hablantes nativos de un idioma, para afirmar su valía cultural y la del idioma, insisten en que su lengua es imposible de aprender por un extranjero y ponen como ejemplo personas que lo han intentado aprender pero no lo han conseguido. Este argumento no es válido, ya que no todos los que aprenden lenguas consideradas *aprendibles como lengua segunda,* como el inglés o francés, llegan a hablarlas fluidamente. Por otro lado, estas lenguas que se reputan imposibles de aprender suelen ser idiomas de ámbito restringido o dominados, que no suelen ser estudiados por muchas personas. Esta poca cantidad de estudiantes no se debe, como se quiere a veces hacer ver, a que sean lenguas muy difíciles, sino a que no hay incentivos suficientes para aprenderlas.

45. Las irregularidades de las lenguas muestran su imperfección y es necesario erradicarlas.

Contrariamente a lo que se cree, lo que concebimos como irregularidades son aspectos esenciales de las lenguas naturales de la humanidad. La irregularidad procede de la variación y, como sabemos, ésta es vital para el funcionamiento y mantenimiento de una lengua y su adaptación a realidades cambiantes. Si la lengua no diera cabida a la variabilidad individual, grupal o social,

sería un medio de comunicación y cultura inútil. Los hablantes nativos de una lengua no son conscientes de las irregularidades de la misma, y esas irregularidades nunca impiden que existan muchísimas reglas lingüísticas sistemáticas y sistematizables. Muchas veces, la irregularidad surge de la interacción de dos o más reglas, todas ellas regulares, pero con distintos requisitos y resultados. No existe ninguna lengua en la que lo irregular prevalezca sobre lo regular. La irregularidad no contribuye a la imperfección de una lengua, sino a su perfección. Erradicarla es ir contra su esencia misma.

46. Hay lenguas que tienen muchas irregularidades.

Esta falsa impresión surge cuando comparamos una lengua que no conocemos con la nuestra. No somos conscientes de las irregularidades de nuestra propia lengua y lo somos mucho más de las de las lenguas que no conocemos. Además, al no conocerlas, conceptuamos como irregularidades fenómenos que no lo son en absoluto. Ante ello, es casi inevitable pensar que una lengua desconocida para nosotros es más irregular que la nuestra.

47. Una lengua sin irregularidades sería más adecuada para el aprendizaje y la comunicación que una lengua con irregularidades.

No necesariamente. Existen lenguajes totalmente sistemáticos, sin irregularidad de ningún tipo como la matemática o la lógica de predicados. Pero aprender estos lenguajes es bastante difícil y además son inútiles para la comunicación diaria.

48. El esperanto es la lengua más fácil porque no tiene irregularidades.

El esperanto es totalmente regular porque no se usa como lengua nativa. Para hablarlo correctamente es necesario atenerse a una serie de normas rígidamente establecidas de las que no nos podemos apartar ni un milímetro. Por ello, podría servir como lengua auxiliar entrenada, utilizada por personas que son conscientes de las normas y hacen todos los esfuerzos posibles para atenerse escrupulosamente a ellas, pero desde el momento en que se convirtiera en lengua nativa aparecería la variación y la irregularidad. Eso sería de todo punto inevitable.

49. Hay lenguas que pueden aprenderse sin apenas esfuerzo.

Falso. Aprender una lengua segunda requiere un esfuerzo. La magnitud de ese esfuerzo dependerá de la lejanía estructural y/o genética de dicha lengua respecto de la propia y además de los objetivos del aprendizaje. Cuanto más fluidamente quiera usarse una lengua, más esfuerzo hará falta. La motivación y las aptitudes personales también son factores que hay que tener en cuenta en este terreno.

50. Hay métodos para aprender lenguas en pocos meses sin esfuerzo.

Hay diversos métodos para iniciarse en el aprendizaje de una lengua segunda. Pero hay que tener en cuenta que se trata de una tarea personal y que es el método el que habrá de adaptarse a la persona y no al revés. Un método que le ha dado muy buen resultado a una persona puede haber sido ineficaz para otra. Llevando esto a un extremo, podría decirse que hay tantos métodos como personas.

51. Aprender una lengua es algo similar a estudiar una asignatura curricular: basta con ir a clase, estudiar y examinarse.

Hay personas que creen que aprender una lengua consiste en ir a clase y hacer los deberes. Pero en realidad, si se quiere dominar una lengua, es necesario vivir en ella y con ella en todos los ámbitos y no sólo en la clase y a la hora de examinarse.

52. Para hablar bien una lengua es necesario tener un título que lo acredite.

Este prejuicio concierne tanto a hablantes nativos como no nativos. Hay personas que hablan fluidamente una lengua sin tener ningún título y también personas que disponen de título y no hablan fluidamente la lengua de dicho título.

53. Para aprender una lengua es imprescindible ir al país donde se habla.

La interacción con hablantes de esa lengua es suficiente aunque no se esté en el país o zona geográfica donde esa lengua es predominante.

54. Para aprender bien una lengua es necesario acceder a un método audiovisual y multimedia.

La forma natural de aprender una lengua está en la interacción con quienes la hablan. Los métodos audiovisuales y *multi-*

media son un auxiliar prescindible y nunca totalmente sustituible por la interacción comunicativa persona-persona.

55. *Un profesor de idiomas es mejor si es hablante nativo de esa lengua.*

El mero hecho de ser hablante nativo no hace que una persona sea un buen profesor de su lengua. Las dificultades que pueda tener un extranjero para aprender una lengua las conoce bien quien no tenga dicha lengua como nativa, es decir, quien se haya encontrado en una situación similar a la del alumno. Si se trata de enseñar gramática, un hablante nativo sin preparación especial no es capaz de explicar la gramática de su propia lengua a otra persona. En cuanto a la fonética y pronunciación, una persona que sepa y enseñe fonética a los estudiantes podrá hacer que éstos intenten la pronunciación correcta por medios de planificación articulatoria más que por medio de la mera imitación, ya que la percepción de sonidos de otra lengua está mediatizada por los sonidos de la propia y dicha imitación no siempre llega a los resultados apetecidos. Ni que decir tiene que los hablantes nativos de una lengua no saben nada de fonética (ni falta que les hace); sólo alguien que haya estudiado esta disciplina (sea nativo o no) está en condiciones de enseñar la fonética de la lengua que se imparte. Tampoco debe pretenderse que la fonética del estudiante sea exactamente igual a la de un hablante nativo, en todo caso, que sea reconocible por éste.

56. *Para entender una lengua es necesario hablarla.*

Se puede perfectamente entender una lengua sin hablarla. Sin embargo, hablar una lengua sin entenderla parece algo poco factible.

57. *Para leer en una lengua es necesario hablarla.*

Se puede aprender una lengua escrita, sin tener la menor idea de cómo pronunciarla. Los investigadores de lenguas muertas, que conocemos sólo por los textos, tienen un buen conocimiento de las mismas y pueden leer con facilidad los textos redactados en ellas, pero no necesariamente tienen una idea lo suficientemente precisa de cómo hablarlas. Un filósofo francés o español

puede leer obras filosóficas en alemán sin saber utilizar este idioma en una conversación.

58. Al hablar una lengua segunda con algunos rasgos de nuestra lengua primera, la estamos contaminando, degradando y empobreciendo.

Esto no es cierto. ¿Por qué el latín hablado dio origen a diferentes lenguas según el territorio? Sencillamente, porque los hablantes de cada territorio pronunciaban el latín con algunos de los rasgos de sus lenguas nativas autóctonas (aparte de por la variación misma de los dialectos latinos). De estas diferentes pronunciaciones salieron las diversas lenguas romances: es decir, no hubo ni contaminación, ni degradación, ni empobrecimiento. La idea de hablar una lengua segunda exactamente igual que un nativo de determinada variedad es un objetivo loable, pero la historia de las lenguas demuestra que éste no es el caso más general.

59. Las variedades de una lengua habladas por comunidades que no la tienen como primera lengua son inferiores, menos sistemáticas e incorrectas.

En consonancia con el punto anterior, queda claro que cuando una comunidad adopta una lengua determinada como suya, desarrollará una variedad particular y distintiva de la misma. Esa variedad puede constituir la base de una nueva lengua estándar. Es decir, es sistematizable y desde luego no podría calificarse de incorrecta.

VARIEDADES LINGÜÍSTICAS Y PRESTIGIO SOCIAL

60. Para entenderse es necesario hablar la misma lengua o, mejor aún, la misma variedad de esa lengua.

El ser humano está dotado para entender el mundo que le rodea y, dentro de él, a sus semejantes. Para entender a otros es necesario ante todo hacer un esfuerzo con este fin. Estamos hartos de ver discusiones de gente que habla la misma variedad lingüística y que, sin embargo, no llega a entenderse satisfactoriamente. Podemos entender lo que dice una persona que habla una varie-

dad lingüística cercana a la nuestra, sin que nosotros sepamos usar activamente dicha variedad. Cuando la variedad lingüística de nuestro interlocutor está muy alejada de la nuestra, tendremos que hacer (los dos) un esfuerzo mayor para entendernos. Lo que no es de recibo es que basándose en la idea de que hablar la misma lengua facilita el entendimiento, uno de los interlocutores tenga que aprender la lengua del otro, con lo cual estará, pues, en inferioridad de condiciones. Si hablar la misma lengua facilita el entendimiento, ¿por qué cuando se encuentran un inglés y un catalán es el catalán el que ha de hablar en inglés y no el inglés el que ha de hablar catalán? Lo equitativo sería que el inglés hablara catalán, y el catalán, inglés.

61. Cuando alguien nos habla en su lengua nativa aun conociendo la nuestra, está cometiendo una descortesía.

Una manera que tienen los hablantes de una lengua de dignificarla y de mostrar que es tan útil o digna como las demás, es la de utilizarla como signo de identidad cultural y, por tanto, usarla aun en el caso de que se pueda utilizar otra lengua segunda. Por otro lado, a veces sólo somos capaces de expresarnos con total exactitud y precisión en nuestra lengua nativa. Esto lo sabe cualquier persona que haya aprendido una lengua segunda. Si la lengua de nuestro interlocutor está próxima a la nuestra, es posible que aquél utilice en ocasiones su lengua nativa, aunque conozca también la nuestra. Excepto en casos aislados de hostilidad manifiesta, esto no debe tomarse como un signo de descortesía o de enemistad, sino como un factor de sinceridad y espontaneidad. Si nosotros podemos ser espontáneos porque nos expresamos en nuestra lengua nativa, ¿por qué no admitimos muchas veces lo mismo respecto de nuestro interlocutor?

62. Es preferible utilizar la misma lengua y variedad en todas las situaciones que diversas lenguas o variedades según los diversos contextos de uso.

La monotonía consistente en emplear siempre la misma variedad lingüística en todos los contextos de uso, además de empobrecer considerablemente nuestra interacción comunicativa, haría

que nuestra forma de expresarnos fuera inconveniente e inadecuada en muchas ocasiones.

63. *Los delincuentes y grupos marginados hablan jergas que son corrupciones soeces e incultas de las lenguas.*

Lejos de ser formas corruptas y despreciables de las lenguas, las jergas constituyen variedades sociales o sociolectos perfectamente sistemáticos y coherentes, desde el punto de vista lingüístico y gramatical. Quien crea que sólo los delincuentes y los estamentos marginados de la sociedad hablan jergas está equivocado. Las personas que ejercen diversas profesiones: medicina, arquitectura, enseñanza, policía, abogacía, carrera militar, informática, tienen también sus jergas o sociolectos, cada uno con sus características peculiares. Mal haríamos en pensar que la delincuencia es ajena a esas profesiones. Como en los demás ámbitos de la vida, hay personas honradas que ejercen la abogacía o la venta a domicilio y personas que delinquen ejerciendo esas actividades. Prácticamente todo el mundo conoce y usa más o menos algún tipo de jerga y no sólo los *delincuentes o marginados sociales.*

64. *La gente de las capas sociales superiores habla mejor que la de las capas sociales inferiores.*

Las personas que han tenido acceso a la educación pueden conocer mejor la variedad lingüística estándar que las que no han podido acceder a ella. Que éstas hablen variedades lingüísticas no estándar no quiere decir que hablen peor o incorrectamente. Simplemente, hablan de distinta forma.

65. *Si no hay una lengua estándar única que se enseñe en las escuelas, estamos expuestos al caos comunicativo.*

La variedad lingüística no necesariamente tiene que llevar al caos y a la desorganización, por más que esta suposición hunda sus raíces en el mito de Babel.

66. *Aprender varias lenguas es negativo e induce en las personas dificultades intelectuales de todo tipo.*

La idea de que el aprendizaje de dos o más lenguas en la infancia puede suponer un obstáculo para el desarrollo intelectual del niño es totalmente falsa.

67. Para hablar una lengua es necesario atenerse a la norma que los hablantes nativos de esa lengua reconocen como la correcta.

La necesidad de seguir una determinada norma para aprender una lengua no viene dada por consideraciones estrictamente lingüísticas, sino de tipo social, político, cultural o similares.

LA LENGUA MATERNA

68. La lengua materna es la lengua de la madre.

Es preferible hablar de lengua nativa o lengua primera en vez de *lengua materna*. No siempre es la lengua de la madre la que primero se aprende. Por otro lado, los niños cuyo padre y madre hablan una lengua cada uno, pueden adquirir de modo natural las dos: ambas serán lenguas nativas o primeras, pero no lenguas maternas.

69. La lengua materna nunca se olvida.

No es cierto que la lengua nativa esté siempre disponible como lengua primera. Si no se usa durante un período prolongado de tiempo, puede perderse gran parte de la competencia en favor de otra lengua segunda de mayor uso.

70. La lengua materna sólo puede ser una.

Un ser humano está capacitado para adquirir dos o más lenguas como lenguas primeras.

71. La lengua materna es la que mejor se habla.

No necesariamente la lengua nativa es la que se habla con más fluidez.

72. Los padres siempren enseñan a sus hijos su propia lengua materna.

Esto no siempre ocurre así. Cuando una lengua está marginada, minusvalorada y perseguida puede convertirse en una desventaja y un motivo de problemas. Por ello, a veces, los padres deciden no transmitir a sus hijos su propia lengua.

IDIOMA Y LÉXICO

73. Hay lenguas que tienen menor riqueza léxica que otras.

Toda lengua tiene un elenco de elementos léxicos básicos que contiene varios miles de palabras. Aparte de ello, una persona o un grupo puede inventar o utilizar muchas palabras más adicionales. Pero ello no afecta a la lengua. Un médico conoce miles de palabras de las que la gente no especialista no tiene la menor noción, pero ello no supone necesariamente que su uso y conocimiento de la lengua sea más rico que el de un hablante no versado en medicina.

74. Las lenguas primitivas carecen de las palabras adecuadas para expresar los conocimientos científicos actuales y tienen que tomar esas palabras prestadas de las lenguas de cultura del mundo occidental.

Las comunidades lingüísticas utilizan las palabras que necesitan en su cultura y sociedad. Las palabras que denotan conceptos científicos prácticamente se toman siempre prestadas de otra lengua, considerada de prestigio. Palabras como *telescopio*, *estetoscopio*, *termómetro* no son propiamente españolas. Hemos tomado del griego las raíces de que constan. ¿Significa esto que nuestra lengua es primitiva, ya que en ella no hay términos para los útiles científicos?

75. Hay lenguas que no tienen términos para expresar nociones abstractas y en las que, por tanto, es imposible llevar a cabo razonamientos abstractos.

Esta idea es radicalmente falsa. Por ejemplo, en ciertas lenguas indígenas de diversas partes del globo hay términos que denotan cosas como: 'cualquier cosa que vuela distinta de un pájaro' o 'cualquier animal comestible'. También en las lenguas indígenas encontramos palabras que denotan conceptos abstractos como *amistad* u *odio*.

76. La riqueza de las lenguas se mide por el número de palabras que contienen.

Más que las lenguas, quienes memorizan y tienen palabras son las personas que las usan. Por supuesto, existe un acervo co-

mún de vocablos, la mayoría de los cuales son conocidos por todos los hablantes competentes; se cifra normalmente en varios miles. Pero a partir de ahí cada persona puede disponer de un vocabulario adicional muy específico. Ese vocabulario adicional no enriquece la estructura de la lengua, ni su gramática. Si tomamos todas las palabras de un diccionario amplio de una lengua, es posible que no haya ninguna persona que conozca todas las acepciones de todas las palabras. Las palabras que se van acumulando a lo largo de los siglos pueden ser cientos de miles. Pero aquí estamos en el terreno de la cultura más que en el terreno de la lengua propiamente dicha.

77. La cultura de las personas depende del número de palabras que conocen.

Una gran cultura puede ir unida al conocimiento de muchas palabras. Pero la mera memorización de muchas palabras no garantiza *per se* que se tenga una cultura amplia. Si lo consideráramos así, sería como pensar que una persona que se sepa de memoria la lista de los reyes godos, por ese solo hecho es un experto historiador.

78. Las palabras que no están en el diccionario son incorrectas o no existen.

Por muy grande que sea un diccionario nunca podrá recoger todas las palabras y acepciones de las palabras que se usan en una comunidad lingüística, ya que continuamente surgen nuevas palabras y nuevas acepciones. Si una palabra o una acepción de una palabra no figura en un diccionario, es un defecto del diccionario y no de la palabra.

79. Todas las palabras que están en el diccionario son correctas y existen.

En muchas ocasiones, los diccionarios incluyen palabras o acepciones de palabras que ya no se usan y cuya utilización podría ser inadecuada dependiendo del contexto de uso. Por ello, no por el hecho de que una palabra o acepción figure en el diccionario, es siempre de uso adecuado o correcto.

80. Las expresiones que no están sancionadas por las gramáticas son incorrectas.

Las lenguas son tan ricas, y tienen tantos aspectos y facetas en todos y cada uno de sus niveles de estructuración, que es prácticamente imposible que en una gramática se recojan de modo exhaustivo todos ellos. Si una determinada construcción no se halla en una gramática, es una limitación (intencionada o no intencionada) de esa gramática, no un defecto de la construcción en sí.

LENGUA ESCRITA Y CAMBIO LINGÜÍSTICO

81. La variación y el cambio lingüístico se deben al descuido e incultura de los hablantes.

El cambio y la transformación es una cualidad intrínseca de las lenguas. Las lenguas en uso están continuamente transformándose y cambiando. Nada tiene que ver esto con el descuido e incultura de los hablantes. Si fuera así, las lenguas, dejadas al arbitrio del pueblo inculto, derivarían en galimatías.

82. Las lenguas escritas cambian más lentamente que las que sólo se hablan.

La lengua escrita, en efecto, cambia más lentamente que la hablada. Pero el hecho de que una lengua se escriba no sólo no frena el cambio de la variedad hablada de esa lengua, sino que a veces puede acelerarlo. Las pronunciaciones que se derivan de la escritura suponen un factor más del cambio lingüístico.

83. La escritura hace que una lengua sea superior a otra lengua no escrita.

La escritura no introduce ningún aspecto esencial nuevo en la estructura de la lengua. Sí tiene una influencia determinante en otros aspectos de la cultura.

84. En una lengua no escrita no hay criterios para establecer algún tipo de norma.

Esta idea es falsa. La norma escrita se establece a partir de una variedad lingüística hablada y casi nunca al revés.

85. Las lenguas no escritas no tienen literatura.

Está completamente equivocado pensar que las lenguas sin escritura carecen de literatura. La literatura oral no sólo es an-

terior a la escrita, sino que ésta se nutre constantemente de aquélla.

86. La literatura escrita es superior estética y técnicamente a la literatura oral.

Es falso pensar que la literatura oral es inferior a la escrita. Cualquier investigador de la primera puede dar argumentos en contra de esta opinión. Es claro que la literatura oral y escrita tienen distintas características, pero esto no hace que una sea mejor o más válida estéticamente que la otra.

87. Sin libros es imposible tener cultura.

Es falso que no se pueda tener cultura sin libros. La cultura oral es anterior a la escrita y de ningún modo se puede decir que haya desaparecido en las sociedades que tienen una cultura escrita.

FILÓLOGOS, TRADUCTORES, LINGÜISTAS Y OTRAS ESPECIES INTELECTUALES

88. La traducción entre las lenguas es imposible.

Todavía no se ha encontrado un mensaje en una lengua natural que sea estrictamente intraducible a cualquier otra lengua natural, si se conocen ambas lenguas. Por *traducción* ha de entenderse aquí *explicación del contenido del mensaje.*

89. Las traducciones entre las lenguas son exactas si están bien hechas.

No es posible conseguir una traducción totalmente exacta de todos los tipos de mensajes en las lenguas, ya que cada una presenta idiosincrasias y peculiaridades que la hacen única. Sin embargo, las traducciones aproximadas son siempre posibles. Este tipo de traducciones basan toda nuestra vida. No hay forma de expresar nuestros pensamientos de forma totalmente exacta a través de las palabras (si es que la lengua se limita a traducir nuestros pensamientos). El significado completo que damos a las palabras es peculiar de cada persona y puede variar incluso para una persona en diversos momentos y épocas de su vida. Por tan-

to, la falta de traducción exacta entre las lenguas no es más que un aspecto de un fenómeno mucho más general que configura la idiosincrasia comunicativa del ser humano. Todas nuestras interacciones comunicativas son aproximativas. No somos máquinas, no somos ordenadores. Y no sabemos si algún día éstos serán como nosotros.

90. Los periodistas son responsables de que se extiendan los usos incorrectos de la lengua.

Los medios de comunicación, sin duda, pueden ejercer una poderosa influencia en las variedades lingüísticas (aunque más en unas que en otras). Los periodistas son, además de profesionales, usuarios de la lengua y su forma de hablar sigue por lo común las leyes generales del cambio lingüístico, como no podría ser de otra forma. Que sean modelos imitables y que, por tanto, sus usos puedan generalizarse es algo que en el pasado ha ocurrido con otros estamentos. Es que la lengua funciona así, queramos reconocerlo o no.

91. Un lingüista sólo puede estudiar las lenguas que habla y escribe con soltura y fluidez.

La idea de que sólo se pueden estudiar las lenguas que se dominan prácticamente, de aplicarse estrictamente, nos impediría estudiar lenguas que no conocemos y, por tanto, imposibilitaría el conocimiento de lenguas ignotas. El ser humano tiene la capacidad de aprender sobre cosas desconocidas y lo ha demostrado durante siglos de modo fehaciente. No se ve por qué no habría de aplicarse esto a las lenguas.

92. El filólogo conoce el origen de todas las palabras de una lengua.

Entre los cometidos de los filólogos, lexicógrafos y etimólogos está el estudio del origen de las palabras de una lengua. Ahora bien, no siempre puede conocerse este origen. Por tanto, estos especialistas no necesariamente conocen el origen de todas las palabras de una lengua.

93. El gramático debe decidir cómo ha de hablar la gente y debe enfadarse cuando la gente hable mal y debe corregirla.

Los gramáticos han de describir las reglas que configuran la gramática de una lengua natural. Todavía no se han logrado for-

mular adecuadamente todas las reglas que dan cuenta de la gramática de ninguna lengua natural. Es tarea del gramático investigar en este terreno. Cuando el gramático encuentra una construcción que no se atiene a lo que se considera la norma, debe estudiar sus características y debe descubrir la nueva regla gramatical que se aplica. En ningún caso, la actitud de enfadarse con la gente por ello tiene nada que ver con lo que se debe entender como ciencia gramatical.

94. Un teórico del lenguaje debe dominar prácticamente un buen número de lenguas.

Uno de los más grandes teóricos del lenguaje del siglo XX es Noam Chomsky y es público que este gran intelectual de nuestra época encuentra particularmente aburrido y poco interesante aprender lenguas para su uso práctico en la conversación diaria. Por supuesto, otros teóricos del lenguaje dominan varias lenguas y encuentran interesante aprenderlas para la comunicación diaria.

95. Un políglota debe ser un excelente lingüista.

Una persona que conozca diversas lenguas no tiene por qué ser un excelente lingüista. Lo que sí es seguro es que una persona con esos conocimientos estará en condiciones de comprender mucho mejor la labor de los lingüistas generales que una persona que sólo conoce una lengua.

96. Un especialista en lengua española habla y escribe el español mejor que una persona no especialista.

Para hablar y escribir con soltura, fluidez y brillantez una lengua no hace falta ser especialista en esa lengua. Estas actividades tienen mucho de arte y los conocimientos técnicos no bastan para ser un escritor excelente.

97. Los grandes literatos conocen mejor la lengua que las personas de la calle.

Un literato es ante todo un artista y no un técnico de la lengua. Los grandes literatos tienen profundas intuiciones gramaticales, que les permiten sacar gran rendimiento artístico a su lengua. Pero un artista no es necesariamente consciente de esas intuiciones. Su mérito está en que es capaz de guiarse por ellas

adecuadamente para obtener excelentes resultados literarios. Muy rara vez se crean obras maestras mediante una planificación científica consciente basada en conocimientos puramente técnicos sobre la estructura de la lengua que se utilice.

98. Como ningún lingüista es capaz de conocer satisfactoriamente a efectos prácticos la mayoría de las lenguas del mundo, el estudio de los universales del lenguaje humano es imposible.

El lingüista que estudia los universales del lenguaje humano ha de partir necesariamente de lo que los especialistas en cada una de las familias y lenguas del mundo nos dicen, así como de lo que nos dicen los teóricos de las lenguas humanas. En ninguna ciencia se da que un especialista conozca de primera mano todos los datos y ámbitos relevantes para su investigación.

99. Los hablantes nativos de un idioma saben más gramática de ese idioma que los lingüistas que la han descrito, pero no la hablan con fluidez.

El conocimiento que de su lengua tiene un hablante nativo es inconsciente. Precisamente los gramáticos intentan hacernos conscientes de dicho conocimiento. Todos *sabemos* hacer la digestión, por más que no seamos capaces de detallar las complejas reacciones químicas que tienen lugar en ese proceso. La labor del químico orgánico es precisamente hacer explícitas esas reacciones mediante un sistema formal: el lenguaje de la química. Algo parecido ha de hacer el gramático. Por supuesto, un científico puede describir algo que es incapaz de llevar a cabo prácticamente. La ciencia es así.

100. El lingüista y el filológo, por el hecho de serlo, están libres de prejuicios lingüísticos.

Ya hemos visto en el presente libro que los filólogos y los especialistas en el lenguaje y las lenguas no estamos libres de prejuicios lingüísticos.

B. LENGUAS EUROPEAS EN PELIGRO

Cuando se habla de las lenguas en peligro, tendemos a pensar que estamos aludiendo únicamente a idiomas utilizados por pequeñas comunidades situadas en lo que se considera la periferia del mundo moderno. Pero igual que hay gente muy cerca de nuestra casa que carece de los más elementales medios para vivir dignamente, lo mismo que en muchas zonas lejanas de esa periferia, también en nuestra Europa moderna del bienestar hay minorías que ven seriamente amenazada una parte tan importante de su cultura como su lengua característica.

Vamos a dar un repaso a algunas de las lenguas de los países de Europa cuya precaria situación hace prever un futuro nada alentador de cara a la conservación de la riqueza cultural y lingüística de nuestra sociedad.

Una de las lenguas más características de Europa y menos consideradas a todos los efectos es el romaní, que ha estado presente y sigue estándolo a pesar de todo en la mayoría de los países europeos. El romaní es una lengua indoeuropea de pleno derecho, extendida por medio mundo; es la lengua del pueblo gitano, vilipendiado, menospreciado, perseguido y marginado en gran parte de los lugares en los que ha vivido o por los que ha pasado.

Encontramos diversas variedades de romaní en Europa. Vamos a enumerarlas indicando para cada una de ellas los países en que se habla y su número de hablantes aproximado. Los datos se extraen de B. F. Grimes (ed.) 1996.

Romaní válaco: Albania, 60.000; Bosnia-Herzegovina, 400.000; Bulgaria, 500; Repúblicas Checa y Eslovaca, 500; España, 1.000; Francia, 10.000; Alemania, 6.000; Grecia, 1.000; Hungría, 20.000; Italia, 4.000; Países Bajos, 1.000; Noruega, 500; Portugal, 500; Rumanía, 250.000; Suecia, 500; Ucrania; Reino Unido.

Romaní sintí: Austria, 500; Repúblicas Checa y Eslovaca, 200.000; Francia, 30.000; Alemania, 30.500; Italia, 14.000; Países Bajos, 1.000; Polonia; Suiza, 20.000; Yugoslavia.

Romaní balcánico: Bulgaria, 187.900; Francia, 10.500; Alemania, 3.500; Grecia, 40.000; Hungría; Italia, 5.000; Moldavia; Rumanía; Yugoslavia, 120.000.

Romaní cárpato: Repúblicas Checa y Eslovaca, 220.000; Hungría, 3.000; Polonia, 25.000; Rumanía; Ucrania.

Romaní caló: Francia, 20.000; España, 140.000; Portugal, 5.000.

Anglorromaní: Reino Unido, 90.000.

Galorromaní: Inglaterra y Gales.

Helenorromaní: Grecia.

Baltorromaní: Letonia, 24.000; Polonia, 30.000.

Finorromaní: Suecia, 2.000.

Como vemos, si hay una lengua que podría considerarse realmente europea es el romaní. Pero el hecho de que el pueblo gitano se halle desperdigado y repartido entre muchos estados con lenguas dominantes diferentes ha hecho que no se vea reconocida social, política y económicamente su unidad y su especificidad cultural y lingüística. El desprecio por la lengua y cultura gitanas o, como poco, el desinterés absoluto por preservarla es lo que hace peligrar la continuidad de esta lengua. Llama la atención el descuido y la falta de interés que muestran los estados eu-

ropeos ante este pueblo y su lengua, y aún más todavía, el poco espacio que ocupa su estudio en las universidades europeas, si es que se puede decir que ocupa algún lugar. La situación de España, caracterizada en la siguiente cita, es ilustrativa de lo que ocurre en el resto de Europa:

> Los gitanos no aparecen en los textos escolares españoles, lo cual constituye una omisión grave tratándose de una comunidad de más de 800.000 ciudadanos españoles. Lógicamente pasa lo mismo con su lengua, el romaní; no tiene existencia reconocida fuera del grupo —cada vez más reducido— de hablantes, no aparece en ningún libro escolar, ni se admite en ningún organismo oficial. (R. Morant y M. Peñarroya i Prats 1997: 134.)

La lengua romaní sufre las consecuencias de la situación de marginación del pueblo gitano, que la pone en grave peligro. Así lo han reconocido los estudiosos de esta lengua:

> No obstante, se percibe una pérdida de este lenguaje, del caló. Tanto Clavería (1951) como Martín Rojo (1988) coinciden en afirmar que la lengua de los gitanos se encuentra en proceso de desintegración por sus numerosas irregularidades y deformaciones, como la pérdida de parte de sus categorías gramaticales por influencia del castellano. El dialecto gitano ha perdido la estructura de su propio sistema lingüístico para adaptar su vocabulario a la lengua que se habla en el país donde los gitanos viven y se establecen. (J. Sanmartín 1997: 220.)

Aparte del romaní, hay otras muchas lenguas europeas que carecen del apoyo y reconocimiento necesarios para que puedan salir adelante ante el dominio de las lenguas oficiales. Veamos, en primer lugar, algunas de las que se encuentran en una situación más grave de cara a su supervivencia futura. Incluimos las lenguas señaladas en el primer mapa de S. A. Wurm (ed.) 1996 como *sérieusement en péril.*

En Francia encontramos siete lenguas en grave peligro: el vasco, el bretón, el franco-provenzal, el lemosín, el auvernés, el provenzal, el gascón y el languedociano.

El vasco se habla en Francia en los departamentos de Labourd, Baja-Navarra y Soule. Cuenta únicamente con unos 90.000 hablantes y aproximadamente un 90 por ciento son personas mayores. Urge que el gobierno francés tome medidas para asegurar la supervivencia de esta lengua en su territorio. No hay que olvidar que el vasco, casi con toda seguridad, es la única lengua europea preindoeuropea que ha logrado sobrevivir hasta nuestros días. Esto es algo absolutamente excepcional, y sólo por ello, la preservación de este idioma debería ser uno de los objetivos culturales prioritarios de la Europa moderna. Es evidente que no es así.

El bretón es una lengua celta hablada en la península de Bretaña por aproximadamente medio millón de personas. Su tasa de aprendizaje por parte de los niños es alarmantemente baja: sólo la hablan unos 18.000 niños menores de catorce años y unos 56.000 jóvenes entre quince y veinticuatro años. La situación de esta lengua es, pues, extremadamente preocupante.

El franco-provenzal es un conjunto de variedades romances habladas en torno a una amplia zona alrededor de Lyon y Grenoble y alrededor de las fronteras con Suiza e Italia. Su situación es hoy día muy endeble.

El provenzal, lengua romance de gran abolengo cultural, cuenta en Provenza con tan sólo 250.000 hablantes, la mayoría de los cuales tiene más de cincuenta años.

El gascón, otra lengua romance, cercanamente relacionada con el provenzal, cuenta también con unos 250.000 hablantes, incluyendo unos 4.800 hablantes de la variedad aranesa, en España. Se habla en la parte sur de Gascuña.

El languedociano es también una lengua romance muy relacionada con el gascón y el provenzal, aunque no mutuamente inteligible con ellos, hablada en la provincia de Languedoc por aproximadamente el 10 por ciento de la población, la mayoría mayores de cincuenta años.

El auvernés es una lengua romance, relacionada con las anteriores, y hablada en el Auvergne. Su situación es similar a la de sus hermanas mencionadas.

El lemosín es una lengua romance hermana de las anteriores, hablada por un 10 por ciento de la población de la región de Limoges.

Estas cinco lenguas normalmente se conciben como variedades de un único idioma denominado occitano.

La pronta división de las hablas romances de la Galia en dos grupos: la llamada lengua d'oïl en el norte, a la que pertenece el francés actual, y la lengua d'oc en el sur, de donde proceden las variedades occitanas, se vio sucedida por una progresiva dominación de una variedad de la lengua d'oïl, el franciano, sobre las demás, por factores políticos y sociales. Hoy en día el francés estándar, basado en la antigua variedad franciana, ha terminado por arrinconar a las demás variedades galorromances, que se ven día a día asfixiadas y reducidas cada vez más a hablas rurales usadas casi exclusivamente por personas mayores.

Otra lengua europea en grave peligro de desaparición es el frisón, sobre todo en las variedades oriental y septentrional. El frisón es una lengua germánica, la lengua germánica más próxima al inglés. Se habla en los Países Bajos, Alemania Oriental y Dinamarca.

El frisón oriental se habla en Alemania en la región de Frisia oriental en Schleswig-Holstein, en el área alrededor de los pueblos de Emden y Oldenburg en la Baja Sajonia y en Saterland, Jeverland y Butjadingen. Cuenta únicamente con unos 11.000 hablantes, casi exclusivamente personas mayores.

El frisón septentrional es hablado por unas 10.000 personas en Schleswig-Holstein a lo largo de la línea costera entre los ríos Eider en el sur y Wiedau en el norte e islas adyacentes de Föhr, Amrum, Sylt, Norstrand, Pellworm, las diez islas del grupo Halligen y Helgoland. La situación de esta lengua es muy precaria.

El casubio es una lengua eslava hablada en la parte norte de Polonia, en el banco izquierdo de la desembocadura del Vístula, cerca de la costa báltica, al oeste de la bahía de Gdansk. Cuenta con unos 150.000 hablantes.

El samí es una lengua ugrofinesa, de la rama finesa, que conoce diversas variedades habladas en Suecia, Noruega y Finlan-

dia. La variedad conocida como lule, hablada junto al río Lule, en el norte de Suecia, cuenta con unos 8.000 hablantes. La variedad meridional es hablada en la parte centrooccidental de Suecia y tiene unos 2.500 hablantes (más otros 2.500 en la zona colindante de Noruega). El samí se conoce habitualmente como *lapón*, pero es un apelativo peyorativo que debería ser evitado.

El empuje del ruso hace peligrar a otras lenguas minoritarias de esta misma familia. Enumeremos tres de ellas.

El ludio es una lengua ugrofinesa hablada en la Región Autónoma de Carelia (Rusia). Es un idioma del que se sabe muy poco y parece estar al borde la extinción.

El vepsio es también una lengua ugrofinesa, de la rama fínnica, hablada por unas 2.000 personas. Se usa hacia la zona de los municipios de San Petersburgo y Vologda.

El vótico pertenece a la misma familia que la anterior y se habla también en el área de San Petersburgo. Está ya prácticamente extinto.

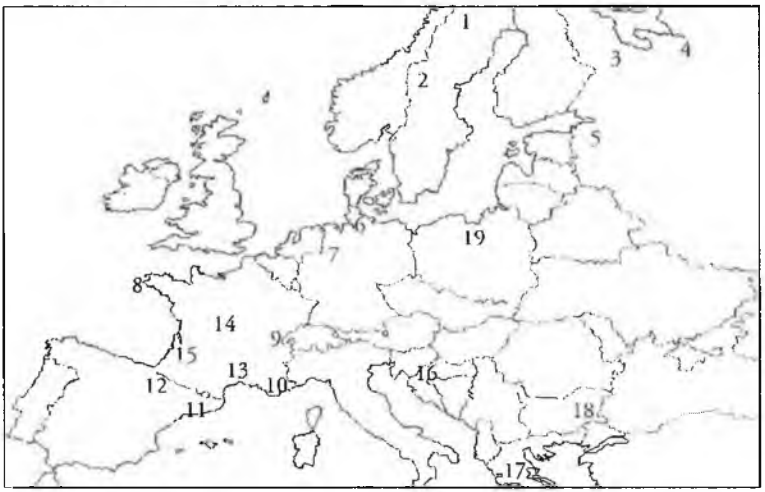
El gagauso es una lengua túrcica que se habla en Moldavia, Bulgaria, Rumanía, Ucrania y Kazajistán. En Bulgaria cuenta sólo con 12.000 hablantes y en Moldavia, con unos 170.000

El tsakonio es una lengua griega derivada del dialecto dorio hablado en Lakonia por los antiguos espartanos. Se habla en los pueblos de Kastanitas, Sitena, Prastos, Karakovonve, Leonidi, Pramatefti, Sapounakeida y Tyros, costa oriental del Peloponeso. Es usado habitualmente por unos 300 pastores. Algunos autores le concedieron unos 10.000 hablantes en 1977.

El istrorrumano se habla en la Península de Istria y está cercanamente emparentado con el rumano, lengua romance oriental.

En esta pequeña lista no figuran ni mucho menos todas las lenguas europeas que se pueden considerar en peligro. Las seleccionadas son de las más amenazadas, pero se podrían haber incluido más.

En el mapa 5 damos la localización aproximada de las lenguas que hemos enumerado. Este mapa es una simplificación y adaptación del que se da en S. A. Wurm 1996: 29.



1. Samí lule
2. Samí meridional
3. Ludio
4. Vepsio
5. Vótico
6. Frisón septentrional
7. Frisón oriental
8. Bretón
9. Franco-provenzal
10. Provenzal
11. Gascón
12. Vasco (en Francia)
13. Languedociano
14. Auvernés
15. Lemosín
16. Istrorrumano
17. Tsakonio
18. Gagauso
19. Casubio

Mapa 5. Algunas lenguas europeas en peligro inminente.

A continuación, enumeramos otras lenguas que se hallan en una situación mejor que las anteriormente mencionadas, pero de las que no se puede decir que estén completamente fuera de peligro.

En España tenemos al menos tres lenguas cuya situación debe caracterizarse como *muy preocupante*. Se trata de tres lenguas romances (aragonés, bable y aranés). El euskera, por su parte, goza de una situación mucho mejor, aunque para asegurar su futuro haya que trabajar todavía mucho.

El aragonés es hablado en los valles pirenaicos en torno a Jaca, Huesca y Barbastro, sólo por aproximadamente unas 30.000 personas y, por tanto, está en una situación que puede conceptuarse como precaria, en el mejor de los casos.

El bable, en Asturias, se encuentra en una situación similar, incluso peor. Del censo de Asturias de 1984, que da una población de un poco más de un millón de personas, sólo un 26 por ciento habla bable, es decir, algo más de 20.000 personas. Este dato se da en M. Siguan 1992: 263.

El aranés, variedad del gascón que se habla en el Valle de Arán, es utilizado por un 55 por ciento de una población estimada en un poco más de 5.000 personas y su uso habitual disminuye progresivamente conforme lo hace la edad de los hablantes. Los datos pertenecen también a M. Siguan 1992: 265.

El euskera es la lengua que se encuentra en mejor posición respecto de las anteriores, ya que cuenta con al menos 700.000 hablantes y es una de las lenguas oficiales del País Vasco y Navarra. De momento, su supervivencia parece estar asegurada, pues es adquirida regularmente por los niños.

Los idiomas romances de Cerdeña también se encuentran en una situación precaria. En el norte de la isla se hablan dos lenguas romances, variedades del italiano (quizás del corso, más concretamente): el galurés y el sasarés. En el centro y sur de la isla se hablan diferentes variedades del sardo, lengua también romance: el sardo logudorés en la zona centrooccidental, el campidanés en el sur y el nuorés en la zona centrooriental. La supervivencia de estas lenguas en un futuro inmediato no está en modo alguno garantizada hoy por hoy.

Hay más lenguas romances en una situación difícil. En Italia tenemos el friulano y el ladino. Esta última lengua, hablada en el Alto Adige y en los Dolomitas, cuenta tan sólo con unos 30.000 hablantes. El friulano, hablado en la región del Friuli, tiene una mejor situación, con aproximadamente medio millón de hablantes.

En Italia hay una lengua germánica también en una situación de peligro. Se trata del cimbrio, hablado por unas 5.000 personas en el sur de Trento.

En Suiza, el romanche, lengua romance, cuenta tan sólo con unos 65.000 hablantes. Normalmente se considera que Suiza es un modelo de convivencia de diversas lenguas, pero lo cierto es

que el romanche, aunque goza de cierta igualdad jurídica respecto de las demás lenguas de Suiza (ha sido proclamada lengua nacional, aunque no oficial), se encuentra amenazado de extinción. No hay que olvidar que las lenguas con las que convive el romanche son idiomas dominantes, tales como el alemán, el italiano y el francés.

Otra lengua romance en peligro es el macedorrumano, hablado en Grecia, Albania, Bulgaria y Yugoslavia por unas 50.000 personas.

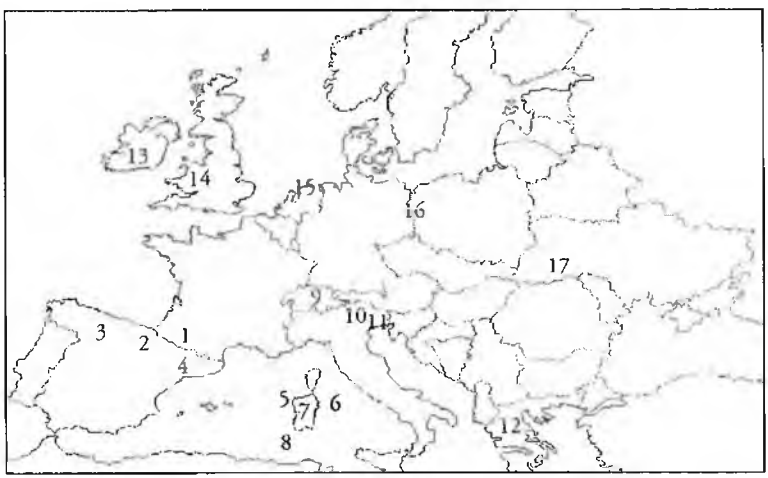
Las lenguas celtas tampoco gozan de una situación muy buena. En Irlanda, el gaélico irlandés, a pesar de ser la primera lengua oficial del país, es usado en la vida diaria por tan sólo 120.000 personas. Esta cifra es, según R. Hindley (1990), excesivamente optimista. La cruda realidad, según un estudio realizado por este autor, es que no hay más de 10.000 hablantes de gaélico irlandés como primera lengua y que el irlandés es una lengua ya condenada (R. Hindley 1990: 248). El gaélico escocés tiene únicamente unos 80.000 hablantes, de los cuales sólo unos pocos cientos son monolingües.

El galés, hablado en el País de Gales, tiene aproximadamente medio millón de hablantes de los que tan sólo unos 32.000 son monolingües. El inglés también en este caso ejerce un empuje demasiado fuerte para poder ser suficientemente contrarrestado.

En la familia de las lenguas germánicas encontramos como lengua amenazada el frisón occidental, hablado en los Países Bajos por unas 700.000 personas. El neerlandés, que conocen todos los hablantes de frisón, está reemplazando de modo inquietante a esta lengua, cuyo futuro no está en modo alguno asegurado hoy por hoy.

Hay también lenguas eslavas en una situación precaria. En Alemania encontramos el sorabio superior e inferior que cuentan con menos de 100.000 hablantes. En Ucrania tenemos el ruteno, considerado por algunos como dialecto del ucraniano y que carece de presencia en los ámbitos culturales y en los medios de comunicación.

Damos la localización aproximada de estas lenguas en el mapa 6. Este mapa es una simplificación y adaptación del que se da en S. A. Wurm (ed.) 1996: 29.



1. Gascón
2. Vasco
3. Bable
4. Aragonés
5. Sasarés
6. Galurés
7. Logudorés
8. Campidanés
9. Romanche
10. Ladino
11. Friulano
12. Macedorrumano
13. Gaélico irlandés
14. Galés
15. Frisón occidental
16. Sorabio
17. Ruteno

Mapa 6. Algunas lenguas europeas en peligro.

C. LA VARIEDAD DEL INGLÉS EN INGLATERRA

Para mostrar la variedad que se esconde detrás de etiquetas como *lengua inglesa*, vamos a dar un pequeño pasaje del Cantar de los Cantares en diversas variedades del inglés de Inglaterra. Los textos se extraen de E. M. North 1938:121-124.

El pasaje es el siguiente:

> Salid, hijas de Sión, a ver al rey Salomón con la corona de que le coronó su madre el día de sus bodas, el día de la alegría de su corazón. (*El Cantar de los Cantares* 3,11.)

Inglés Estándar

> Go forth, O ye daughters of Zion, and behold king Solomon with the crown wherewith his mother crowned him in the day of his espousals, and in the day of the gladness of his heart. (*Song of Songs* 3.11, King James version.)

Inglés Córnico (Cornualles)

> Go foathe, Aw you dafters of Zion, and behowld King Solamun weth th' crown weth which hes mother crowned un in the day of hes espousals, and in th' day of th' gladness of hes heart.

Inglés de Cumberland

Gang furth, O ye dowters o' Zion, an' behauld King Solomon wi' the crwoun wharewi' his mudder crwounet him in the day o' his espuusals, an' in the day o' the gladness o' his heart.

Inglés de Cumberland central

Gang forrat, O ye dowters o' Zion, an' see King Solomon wid t' crown 'at his mudder crown't am wid on his weddin' day, an' t' day 'at he was fain at heart.

Inglés de Devonshire

Geu voäth, eu yeue maaid'ns o' Zion, an' leuke at King Solomon crown'd as ez meuther'd a-crown'd 'en th' day ee was morried, th' day when ez hort was za glad.

Inglés de Dorset

Goo vwo'th, O you da'ters o' Zion, an' look on King Solomon, a-wearèn the crown that his mother zet on en the day ov his weddèn, the day ov his gladness ov heart»

Inglés de Durham

Gan furth, O ye dowters uv Zion, an behowld King Solomun wih t' croon 'at his mudder croon'd im wih id day uv his espousals, an id day ud gladness uv his heart.

Inglés del norte de Lancashire

Ga owt, O ye dowters a Zion, an see king Solumun we t' crown whahrwith hiz muther crowned him on hiz weddin day, an e t' day a t' gladness ov hiz heart.

Inglés de Bolton en Lancashire

Goo eawt, O yoa dowters o' Jerusalem, un behowd King Solomon wi' th' creawn uz his mother creawnt him wi' ith' day uv his espeawsals, un ith' day oht' gladness uv his hert.

Inglés de Norfolk

Go out, O ye darters o' Zion, and behold King Sorlomun, wi' the crownd as his mother crown'd him with in the daa when his sibrets wor out axed, and i' the daa o' the gladness o' his heart.

Inglés de Northumberland

Gan yor ways oot, O ye dowtors o' Zion, an' see it King Solomon weerin' the croon 'it his muthor croon'd 'im wiv on his weddin'-day, an' i' the day o' the great plishur' iv his heart.

Inglés de Newcastle en Northumberland

Gan oot, O ye dowtors o' Zion, an' luik it king Solomon wi' the croon thit his muthor croon'd him wiv i' the day iv his mairige, an' i' the day o' the plishur iv his hairt.

Inglés de Tyneside en Northumberland

How! Zion's dowters, a' turn oot! King Solomon is here! Leuk at his bonny goolden croon, his mother meyd him weer, i' the day when he wes newly wed, when nowt he had to fear!

Inglés de Somerset

Goo voäth, ye darters o' Zion, an' zee King Zolomin crown'd wi' th' crown hiz mother crown'd un wi' i' th' day o' hiz weddin, an' i' th' day o' th' gladness o' hiz heart.

Inglés de Westmorland

Oot wi' ye, O ye dowght'rs o' Zion, an' glooar at king Solomon wi' t' croo'n his mudd'r croo'n'd um wi' o' t' day uv his weddin, an' o' t' day o' t' meriness uv his heart.

Inglés de la zona septentrional de Wiltshire

Gwo vwo'th, aw ye da'ters o' Zion, an' zee King Zolomon wi' th' crown as huz mother crowned un wi' in th' day o' huz weddun', an' in th' day when huz heart wer' glad.

Inglés de la zona norte de Yorkshire

Gan forth, O ye dowters o' Zion, and leeuk at king Solomon wi' the croon whorwith his mother croon'd him the daay of his weddin, and in the daay of the gladness of his heart.

Inglés de la parte occidental de Yorkshire

Goa foorth, O yo dowters a' Zion, an' behowd King Solomon wi't' crahn wi' which hiz muther crahned him i' t' day on his espahsals, an' i't' day a't' gladness on hiz heart.

Inglés del distrito de Craven en Yorkshire

Goo lang foorth, O yah dowhters o' Zion, an' see King Solomon wi' 't creown wheerwi' as muther creowned um in as weddin'-day, an' i' 't day o' 't gladness o's hart.

Inglés de Sheffield en Yorkshire

Gooa forrad, O yo dowters a' Zoion, an behold king Solomon we t' crahn wot his muther crahned him i' t' day on his espousals, an i' t' day a' t' gladness on his heart.

En el mapa siguiente notamos la localización aproximada de cada una de estas variedades del inglés en Inglaterra.

1. Inglés de Cornualles
2. Inglés de Cumberland
3. Inglés de Devonshire
4. Inglés de Dorset
5. Inglés de Durham
6. Inglés de Lancashire
7. Inglés de Norfolk
8. Inglés de Northumberland
9. Inglés de Somerset
10. Inglés de Westmorland
11. Inglés de Wiltshire
12. Inglés de Yorkshire

Mapa 7. Algunas variedades del inglés en Inglaterra.

D. LITERATURA INDÍGENA

Comentario gramatical de un cuento popular chucoto

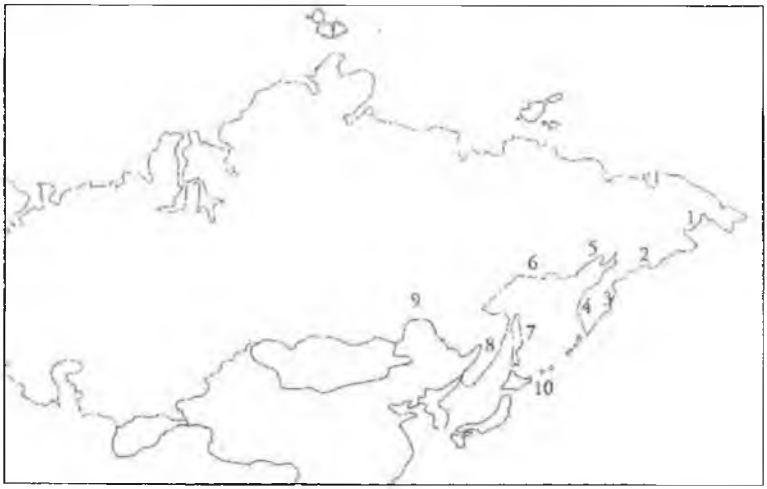
Para mostrar la riqueza y originalidad gramaticales que tiene una lengua hablada por un grupo étnico perdido en uno de los confines más remotos de la Tierra, vamos a analizar un texto de literatura popular de los chucotos.

El chucoto es una lengua de la familia chucoto-kamchadal que se habla en la península de Chukotka (en la zona costera y en el interior) y tiene hoy en día solamente unos 10.900 hablantes. Se considera en la actualidad que es un idioma en grave peligro de extinción. En el mapa 8 señalamos la situación del chucoto y la de algunas lenguas vecinas también en grave peligro.

Damos el texto primero en su transcripción fonética (el chucoto se escribe en caracteres cirílicos). Este texto se extrae de B. Comrie (ed.) 1981: 274.

Qoren 'aqagərgət ənk'am korgəgərgət

Qol itg'i qoraŋə eimekv'i vaameto ekvechenvə. Ekvechenŋog'e ənk'am l'unin mimlək chinitkin viilviil. Getaŋŋonenat chinitkinet



Familia chucoto-kamchadal
1. Chucoto
2. Koriako
3. Aliutor
4. Kamchadal

Familia tungusa
5. Evén
8. Nanái
9. Evenki

Familia yucaguira
6. Yucaguiro

Familia Nivejí
7. Nivejí

Familia Ainú
10. Ainú

Mapa 8. Situación del chucoto y de algunas otras lenguas amenazadas de la misma zona.

maiŋərənnət. Kach'aravəŋŋog'e chenetrənnetə iŋqun ətri nəmeyəŋqinet ənk'am vərəmkəl'ət. ənqorəəm giteninet chinitkinet gətkat ənk'am ikv'i:

—Gətkatəm gəmninet e'tkiŋət chama nərulqinet.

Luur e'gəchga penrinen qoraŋɔ. Qoraŋɔ r'ileg'i notayekve. R'ilepkirgi omketə. Umkəchəku gəvag'e ənəkrənna kərgok ənk'am i'ge pirinin ətlon.

Veamos ahora un análisis gramatical pormenorizado de este breve cuento popular. Los datos para el análisis se han obtenido de P. Y. Skorik 1961 y 1977.

Qoren es una forma declinada para caso genitivo del sustantivo *qoraŋɔ*, que significa 'reno'. La terminación *-en* denota pose-

sión y equivale a nuestra preposición *en*. Los sustantivos del chucoto tienen una terminación especial que se utiliza para indicar posesión; esta terminación es diferente según sea el posesor humano o no humano. Así, en esta lengua se distinguen casos como: *Miliutin vinə* 'huella del conejo' donde *miliutin* es la forma posesiva de 'conejo' de *Rultənin kupren* 'la red de Rultən', siendo *Rultən* un nombre de persona. Se ve que la terminación de la forma posesiva para humanos es *-nin* y para no humanos *-in*.

'Aqagərgət es la forma plural del sustantivo *'aqagərgən* 'desdicha'. *ənk'am* es la conjunción copulativa *y*, literalmente, es 'más lejos'. Por último *korgəgərgət* es una palabra plural que significa 'alegrías'. Por tanto, la traducción de este título es 'Desdichas y alegrías de un reno'.

Pasamos ahora a analizar el texto propiamente dicho.

Qol es aquí un adverbio que significa 'una vez'; *itg'i* es el verbo *it* 'ser' provisto de la terminación de tercera persona del tiempo pasado. Por tanto, estas dos palabras se traducen como 'Érase una vez', comienzo típico también de los cuentos en español. *Qoraŋə* ya la hemos aclarado antes. *eimekv'i* se analiza como *eimek+v'i*, el primer elemento es el verbo que significa 'aproximarse' y el segundo es otra terminación de tercera persona del singular del tiempo pasado; se traduce como 'se acercó'. *Vaametə* es el sustantivo *veem* 'río' con la terminación *-etə*, que indica lugar a donde, como los casos de las lenguas europeas que conocemos. Por tanto, esta palabra se traduce como 'al río'. Una peculiaridad digna de mención está en que al añadir al sustantivo *veem* esta terminación de caso, las vocales del mismo cambian y se obtiene *vaam*; es un ejemplo interesantísimo de armonía vocálica regresiva morfológicamente condicionada, que muy pocas lenguas en el mundo tienen. He aquí, por tanto, un fenómeno caracterizador de esta lengua.

Ekvechenvə es una forma subordinada del verbo *ikvichik* 'beber', donde observamos el mismo fenómeno de armonía vocálica morfológicamente condicionada que en el caso anterior. El sufijo verbal *—nvə* indica propósito y se utiliza para construir la forma

verbal del supino, que tiene diversos y variados usos. Por tanto, esta primera frase se analiza de la siguiente manera:

Fórmula introductoria: *Qol itg'i* 'Erase una vez'
Sujeto: *qoraŋə* 'el reno'
Predicado: *eimekv'i vaametə ekvechenvə*
Sintagma verbal: *eimekv'i vaametə*
Verbo: *eimekv'i* 'se acercó'
Complemento: *vaametə* 'a un río'
Subordinada adverbial final: *ekvechenvə* 'para beber'

Ekvecheŋŋog'e es otra forma flexionada del verbo *ikvichik* 'beber'. La terminación *g'e* indica la tercera persona del singular del pasado. Y el afijo *-ŋŋo* señala el aspecto incoativo, se deriva del verbo *ŋoo*, que significa 'comenzar' e indica que la acción está comenzando a llevarse a cabo. La lengua chucota es muy rica en afijos aspectuales. Veamos una lista de ellos:

1. Afijo raritivo (*-ch'et*): indica que la acción raramente se realiza.
2. Afijo recíproco (*-chit*): indica que la acción se realiza recíprocamente entre dos agentes.
3. Afijo aumentativo (*-r'u*): indica que la acción se produce de modo masivo o abundante.
4. Afijo acelerativo (*-sqɔchet*): indica que la acción tiene lugar de modo muy rápido.
5. Afijo gradativo (*-təle*): indica que la acción se produce paso a paso.
6. Afijo intensivo (*-yiv*): indica que la acción tiene lugar con especial insistencia, cuidado o elaboración.
7. Afijo debilitativo (*-tku*): indica que la acción se produce intermitente y debilitadamente.
8. Afijo incoativo (*-ŋŋo*): indica que la acción está comenzando.
9. Afijo terminativo (*-plətku*): indica la terminación de una acción.

10. Afijo culminativo (*-teŋ*): indica que la acción ha llegado a su culminación.

11. Afijo incompletivo (*mech-*): indica que la acción es incompleta o se da pocas veces.

12. Afijo partitivo (*chik-*): indica que se produce únicamente parte de la acción o que ésta sólo se da ligeramente.

13. Afijo delimitativo (*em-*): indica que sólo se da la acción denotada por el verbo en cuanto tal acción, sin ninguna otra que pueda normalmente acompañarla.

Es fácil imaginar la cantidad de matices que se pueden expresar en chucoto mediante el uso de estos trece afijos aspectuales. Matices que sólo podrán traducirse a una lengua como el español mediante la utilización de adverbios y de todo tipo de perífrasis, e incluso oraciones completas.

L'unin es una forma del verbo *l'uk* 'ver'. La terminación *-nin* indica a la vez un agente de tercera persona del singular y un paciente de la misma persona y número. *Mimlək* es la forma locativa de *miməl* 'agua', se traduce como 'en el agua'. *Chinitkin*, consta de *chinit* 'mismo' y la terminación *kin* de posesivo. Por último *viilviil* significa 'reflejo'. Por tanto, esta oración se traduce como 'Se puso a beber y vio su reflejo en el agua'.

Getaŋŋonenat es la forma incoativa del verbo *gitek*, en la que la terminación *nenat* indica un agente singular de tercera persona y un paciente plural de tercera persona. *Chinitkinet* es la forma plural de *chinitkin*, que, por tanto, se traduce como 'sus'. La palabra *maiŋərənənt* es un vocablo complejo que consta de la raíz adjetival *maiŋə* 'grande', *rənn* 'cuernas' y la terminación de plural *-ət*. En chucoto, los adjetivos pueden unirse a los nombres para obtener sustantivos adjetivados como el que comentamos. La traducción es, por tanto, 'Se puso a mirar sus grandes cuernas'.

Kach'aravə-ŋŋog'e es la forma incoativa del verbo que significa 'alborozarse'. *Chenetrənnetə* se traduce como 'su cornamenta' y consta de *chenet* 'su', palabra que ya ha sido explicada, *rənn* 'cuernas' y el afijo que indica 'lugar a dónde' *-etə*. Esto se traduce

literalmente como 'empezó a alborozarse a su cornamenta'. Como ocurre en muchas lenguas europeas, los indicadores de lugar se usan también en sentido figurado para señalar, como en este caso, *movimientos del ánimo*. En español, por ejemplo, decimos *insistir en* con la preposición que indica propiamente lugar en donde. *Iŋqun* es una conjunción que significa aquí 'ya que'; *ətri* es el pronombre de tercera persona del plural (ellas/ellos) y *nəmeyəŋqinet* se deriva de la raíz adjetival *meiŋə* 'grande'. En chucoto los adjetivos se conjugan como los verbos, de modo que *nəmeyəŋqinet* significa 'ellos son grandes'; *qinet* es la terminación de tercera persona del plural para los adjetivos. No hace falta, pues, verbo copulativo, como en español. *Vərəmkəl'ət* es una forma que se deriva de *vərəmk* 'rama' más el sufijo participial *l'*, que se puede traducir como 'que tiene' y *ət*, terminación de plural. Por tanto *vərəmkəl'ət* significa literalmente 'que tiene ramas', es decir, 'ramificados'. *ənqorəəm* es un adverbio que significa 'después'. *Giteninet* es un verbo que ya hemos explicado, 'los miró', *chinitkinet* es 'sus' y *gətkat* es 'patas'. Por su parte *ikv'i* significa 'dijo'. Por tanto, la traducción de este pasaje es: 'Comenzó a admirarse de sus cuernas, ya que eran grandes y ramificadas'. Después se miró las patas y dijo'.

Gətkatəm es 'patas', *gəmninet* consta de *gəm* 'yo' más el afijo posesivo *nine* seguido del morfema de plural; por su lado *e'tkiŋət* y *nərulqinet* son los adjetivos 'feo' y 'débil' respectivamente; *chama* significa 'también'. Por tanto, la traducción es 'Mis patas son feas y también débiles'.

Luur es el adverbio 'de repente', *e'gəcha* significa 'lobo', *penrinen* significa 'atacó' y *qoraŋə* 'reno'. En esta frase, que significa 'De repente, un lobo atacó al reno', la palabra que significa 'reno' no lleva marca de caso (está en el caso no marcado) y la palabra que significa 'lobo' va provista de la terminación *-a*, que indica agente. Esta construcción, en la que se marca el agente pero no el paciente (lo contrario de lo que ocurre en español en una oración como *Juan vio a Pedro*, donde lo que se marca, mediante la preposición, es el paciente), se denomina *ergativa* y, por ello, se dice que el chucoto es una lengua ergativa (como, por ejemplo,

el euskera). La siguiente oración: *qoraŋə r'ileg'i notayekve* contiene la forma verbal *r'ileg'i* 'corrió' y *notayekve*, que consta de *nota* 'tundra' y *yekve* 'a lo largo de'. *R'ilepkirg'i omketə* significa 'llegó al bosque'; *omketə* procede de *umkuum* 'bosque' y la terminación de caso locativo *etə*. Obsérvese de nuevo el fenómeno de la armonía vocálica que cambia las vocales de *umkuum*. En *umkəchəku* vemos una nueva forma de *umkuum* 'bosque' provista del sufijo *chəku* 'dentro de'. La forma verbal *gəvag'e*, significa 'se enganchó'; *ənəkrənna* procede de *rənna* 'cuernas' más *ənək*, que es el caso locativo de *ətlon* 'él/ella'; tenemos, pues, literalmente 'cuernas en él', es decir, 'sus cuernas'. *Kərgok*, significa 'en un cedro', *i'ge* es 'lobo' y *pirinin* es 'cogió' y *ətlon* 'él'. Se observa que, como tenemos una construcción ergativa, el paciente *ətlon* aparece en el caso nominativo o no marcado, mientras que el agente *i'ge* 'lobo' está en caso ergativo, señalado aquí mediante la terminación *-e*.

He aquí la traducción completa del cuento:

Las desventuras y gozos de un reno

Una vez un reno se acercó a un río para beber. Empezó a beber y vio su reflejo en el agua. Se puso a mirar sus largas cuernas. Se puso a admirar su cornamenta, pues era grande y ramificada. Luego se miró las patas y dijo:

— Mis patas son horribles y débiles.

De repente un gran lobo atacó al reno. El reno corrió a través de la tundra. Corriendo llegó al bosque. Dentro del bosque se enganchó la cornamenta en un cedro y el lobo lo cogió.

Este pequeño análisis del texto chucoto puede dar una idea al lector de la hechura y la idiosincrasia de la lengua chucota. Por lo que se ve, nada tiene que envidiar a las de lenguas como el latín, el griego, el francés o el español. Es un hecho absolutamente significativo que una lengua local, sin tradición escrita, que jamás se ha estandarizado y que es hablada por una pequeña población de gente humilde que vive de la pesca y del reno en unas

condiciones climatológicas durísimas, que les ha obligado a luchar durante siglos por su supervivencia, presente al lingüista una compleja estructura morfológica y sintáctica, llena de posibilidades en cuanto a la expresión de los más variados matices significativos. Lo absolutamente impresionante es que la lengua chucota sea cualitativamente tan rica como el griego o el latín, cuya tradición cultural e influencia es mayor, por lo menos cuantitativamente, que la de los chucotos.

Comentario de un poema akano

El akano es una lengua nígero-congoleña hablada en Ghana por unos siete millones de personas.

Los versos que siguen fueron declamados en un funeral. Los versos sangrados son cantados por un coro:

1. Yema wo dammirifua due
2. Yema wo dammirifua oburu
3. Etuo to a, yema wo dammirifua due
4. Etuo anto a, yema wo dammirifua due
5. Wo mma resu saa
6. Osuo-aboro-boo na merefre no
7. Nana Kwaadu Yiadom Adusa ba Bonsu barima
8. Ne yere ne ne mma fre fre no
9. Se Nyankonton fre fre nsu anopatutu
10. Nana e
11. Ne mma fre fre no e
12. Hm
13. Nana Dwomo nua nana e
14. Hm
15. Ohemmaa ba e
16. Ne mma fre fre no o
17. Onyankopon, Tete Kwaframoa boo mu kruda
18. Na opae mu krada
19. Yehuui a anka ye ne Nana kooe, amen

20. Osenamani,
21. Obre-nya-ni
22. Nana ayera nammon
23. E, barima ayera nammon o
24. Hm
25. Yepe Nana a yenhu no o
26. Hm
27. Ohemmaa nua e
28. Nana ayera nammon o
29. Hm
30. Oko-ne-ko ara na onya ko ara
31. Ekaa ono nko a, kampese yereko
32. Otopreko a
33. Topen dwampan
34. Mpobi a anka agya agu agoro yi
35. Assase Yaa Nana Bonsu Barima
36. Nana ma merefre no
37. Etuo to a, yema wo dammirifua
38. Etuo anto a, yema wo dammirifua amu
39. Awisiaa e
40. Awisiaa e
41. Onwunu adwo
42. Meresu ape agya o
43. E, ono a wanya obi awo no o
44. Nana e
45. Na meresu afre no o
46. Barima e
47. Awisiaa e
48. Awisiaa e
49. Onwunu adwo
50. Meresu afre agya o

Damos el pésame
De corazón, damos el pésame
Al sonido de la pistola, damos el pésame
En silencio, damos el pésame

Tus hijos lloran y gimen
Llamamos al inmutable
Biznieto del abuelo Kwaku Yiadom Adusa, Bonsu
el gran hombre
Su mujer e hijos le están buscando
Como el arco iris busca la lluvia matutina
Abuelo,
Sus hijos le están buscando
¡Ay!
La hermana de la reina madre Dwomo, la real
¡Ay!
Hijos de la reina
Sus hijos le están llamando
El viejo dios Kwaframoa ha tronado
También ha traído relámpagos
Si lo hubiéramos sabido, nos habríamos ido con el abuelo
Él es de Osenema
El que trabaja para tener éxito
Hemos perdido de vista las huellas del abuelo
Ya no está el más grande
¡Ay!
Lo buscamos pero no lo encontramos
¡Ay!
La hermana de la Reina Madre
Ya no está el gran señor
¡Ay!
Era un luchador que luchó en su propia guerra
Abandonada a él, habría una guerra incesante
Él, que mató a varios hombres con una bala
Él, que no mató nada de varios disparos
Bonsu, el hombre, nieto de la Madre Tierra
Estoy buscando al gran señor
Al sonido de la pistola, damos el pésame
En silencio damos el pésame
El huérfano
El huérfano

El sol se ha puesto
Estoy llorando y buscando a mi padre
Él me dio la vida
Abuelo
Estoy llorando y llamándole
El hombre
  El huérfano
  El huérfano
  El sol se ha puesto
  Estoy buscando a mi padre

Esta canción es analizada por A. Anyidoho (1995). Esta autora resalta una serie de puntos que merece la pena que saquemos aquí a colación.

Aunque no se comprenda la lengua akana, hay multitud de rasgos típicos de la poesía occidental que aparecen aquí de modo palmario. Uno de ellos es la repetición, uno de los mecanismos esenciales del quehacer poético. En esta canción, la repetición se da en todos los niveles. En el nivel sintáctico observa la autora la recurrencia de paralelismos, homeoteleutones y similicadencias sintáctico-morfológicas como los que son evidentes en los versos 1/2, 3/4, 6/8, 20/21, 22/23, 42/45 y 44/46.

En cada caso se observa una repetición parcial: hay una parte idéntica y otra variable, típica de las figuras retóricas a que acabamos de hacer referencia.

Hay casos de emparejamiento más sutiles, como el que se da en los versos 17 y 18:

Onyankopon, Tete Kwaframoa *boo mu kruda* 'El dios ancestral Kwaframoa tronó'
Na *opae mu krada* 'También relampagueó'

El paralelismo se da en este caso respecto de los sintagmas verbales de los dos versos. Los dos sintagmas verbales subrayados no sólo son semejantes desde el punto de vista sintáctico, sino que también tienen el mismo número de sílabas y el mismo pa-

trón tonal. Por su parte, las palabras *kruda* y *krada*, son elementos onomatopéyicos que imitan el sonido del trueno y del rayo y que sólo se diferencian por las vocales. Tenemos una repetición y una variación reproducida en el mismo núcleo de cada uno de los sintagmas verbales paralelos.

La aliteración es también un procedimiento que se emplea con profusión en esta canción. Comparemos las líneas 30 y 31:

Oko-ne-ko ara na onya ko ara
Ekaa ono nko a, kampese yereko

La sílaba *ko* aparece repetida varias veces en los dos versos, pero con diferentes significados. En el primer verso, el primer *ko* significa '(él) lucha' y los otros dos significan 'guerra'. En el segundo verso, el primer *ko* significa 'sólo' y el segundo 'lucha'. Se produce una clara asociación de la sílaba *ko* en este contexto con la noción de lucha e intrepidez.

En la canción también se pueden observar otros procedimientos de carácter léxico que también merece la pena resaltar. Primero, hay un uso generalizado de palabras arcaicas y obsoletas, que no se encuentran en la lengua coloquial. En segundo lugar, se emplean procedimientos de composición de palabras para crear vocablos nuevos, que no aparecen en la lengua coloquial y que dan a la canción una hechura poética muy especial. Las siguientes palabras aparecen en los versos 6, 20, 21 y 30.

Osuoaboroboo 'el inmutable'
Osenemani 'persona de Osenema'
Obrenyami 'una persona que trabaja duro'
Okoneko 'un gran soldado'

Estas palabras son artificiosas y proceden de oraciones completas. Por ejemplo, la primera de ellas se analiza como *osuo* 'la lluvia' más *aboro eboo* 'ha caído en las rocas'. Es decir, la lluvia tiene poco efecto en las rocas y, por ello, se utiliza este símil para denotar la inmutabilidad o inamovilidad.

No hace falta seguir para darse cuenta de que estamos ante unos procesos de creación poética que no parecen desmerecer en nada respecto de los que conocemos en nuestra cultura literaria. Es claro, por lo que acabamos de ver, que la tradición poética de los akanos, como la de otros muchos pueblos de tradición exclusivamente oral, parece ofrecernos materiales interesantes para el estudio del quehacer poético del ser humano. Limitarnos únicamente a estudiar los resultados de ese quehacer en una determinada cultura de tradición escrita, sin duda, nos puede llevar a tener una visión empobrecida y sesgada de la auténtica variedad y profundidad de la capacidad de creación artística de la humanidad. No sabremos, dentro de esta limitación, discriminar lo que es ocasional y variable entre las literaturas y aquellos otros aspectos que hemos de considerar universales.

Urge registrar y estudiar a fondo las literaturas de los pueblos de tradición oral antes de que su desaparición haga que perdamos de modo irremediable un caudal artístico cuyo estudio, conocimiento y deleite no puede más que enriquecernos material y espiritualmente.

E. EXTRACTO DE LA DECLARACIÓN UNIVERSAL DE DERECHOS LINGÜÍSTICOS

Proclamada en Barcelona el 6 de junio de 1996
(Véase DUDL 1998: 21-31)

Artículo 7

Todas las lenguas son la expresión de una identidad colectiva y de una manera distinta de percibir y de describir la realidad, por tanto tienen que poder gozar de las condiciones necesarias para su desarrollo en todas las funciones.

Artículo 8

1. Todas las comunidades lingüísticas tienen derecho a organizar y gestionar los recursos propios con el fin de asegurar el uso de su lengua en todas las funciones sociales.
2. Todas las comunidades lingüísticas tienen derecho a disponer de los medios necesarios para asegurar la transmisión y la proyección futuras de la lengua.

Artículo 10

Esta Declaración considera inadmisibles las discriminaciones contra las comunidades lingüísticas basadas en criterios como su grado de soberanía política, su situación social, económica, o cualquier otra, así como el nivel de codificación, actualización o modernización que han conseguido sus lenguas.

Artículo 12

En el ámbito público, todo el mundo tiene derecho a desarrollar todas las actividades en su lengua, si es la lengua propia del territorio donde reside.

Artículo 23

1. La educación debe contribuir a fomentar la capacidad de autoexpresión lingüística y cultural de la comunidad lingüística del territorio donde es impartida.
2. La educación debe contribuir al mantenimiento y desarrollo de la lengua hablada por la comunidad lingüística del territorio donde es impartida.
3. La educación debe estar siempre al servicio de la diversidad lingüística y cultural, y las relaciones armoniosas entre diferentes comunidades lingüísticas de todo el mundo.
4. En el marco de los principios anteriores, todo el mundo tiene derecho a aprender cualquier lengua.

Artículo 24

Toda comunidad lingüística tiene derecho a decidir cuál debe ser el grado de presencia de su lengua, como lengua vehicular y como objeto de estudio, en todos los niveles de la educación dentro de su territorio: preescolar, primaria, secundario, técnico y profesional, universitario y formación de adultos.

Artículo 26

Toda comunidad lingüística tiene derecho a una educación que permita a todos sus miembros adquirir el pleno dominio de su propia lengua, con las diversas capacidades relativas a todos los ámbitos de uso habituales, así como el mejor dominio posible de cualquier otra lengua que deseen conocer.

Artículo 29

1. Toda persona tiene derecho a recibir la educación en la lengua propia del territorio donde reside.

2. Este derecho no excluye el derecho de acceso al conocimiento oral y escrito de cualquier lengua que le sirva de herramienta de comunicación con otras comunidades lingüísticas.

Artículo 30

La lengua y la cultura de cada comunidad lingüística deben ser objeto de estudio y de investigación a nivel universitario.

Artículo 41

1. Toda comunidad lingüística tiene derecho a usar su lengua y a mantenerla y potenciarla en todas las expresiones culturales.

2. El ejercicio de este derecho debe poder desplegarse plenamente sin que el espacio de ninguna comunidad sea ocupado de manera hegemónica por una cultura ajena.

BIBLIOGRAFÍA

ABRAHAM, R. C., y M. M. KANO (1949): *Dictionary of the Hausa language*, Londres, Crown Agents for the Colonies.

ADRADOS, F. R. (1953): *Védico y sánscrito clásico (Gramática, textos anotados y vocabulario etimológico)*, Madrid, CSIC [2.ª ed. 1992].

**— (1999): *Historia de la lengua griega. Desde los orígenes a nuestro días*, Madrid, Gredos.

ADRIANI, N. (1928): *Bare'e woordenboek met Nederlandsch-Bare'e register*, Leiden, Brill.

**AITCHISON, J. (1991): *El cambio en las lenguas: ¿progreso o decadencia?*, Barcelona, Ariel, 1993.

*— (1996): *The Seeds of Language. Language Origin and Evolution*, Cambridge, Cambridge University Press.

AL-JATAT, M. H. (1986): *Qawa'id 'al-jat 'al'arabi* [Fundamentos de caligrafía árabe], Beirut, 'alim l-kutub.

ANYIDOHO, A. (1995): «Stylistic features of *nnwonkoro*, an Akan female song tradition», *Text*, 15 (2): 317-336.

ARGENTE, J. (1994): «Els llingüistes i les llengües amenaçades», *Els Marges*, 50, pp. 75-81.

* Lecturas recomendadas para iniciarse.

** Lecturas recomendadas.

— (1995): «Language shift: an overview», *International Journal of Catalan Culture*, IX, n.º 2, pp. 39-59.

— (1996): «El lenguaje y la cultura: lingüística y antropología», en C. M. Vide (ed.), *Elementos de Lingüística*, Barcelona, Octaedro, 1996, pp. 361-392.

AVERMAET, E. VAN (1954): *Dictionnaire kiluba-français*, Tervuren.

BAKAR, A., et al. (1985): *Kamus Aceh Indonesia*, Yakarta, Pusat Pembinaan dan Pengembangan Bahasa.

**BAKER, C. (1993): *Fundamentos de educación bilingüe y bilingüismo*, Madrid, Cátedra, 1997.

BARBOSA, A. (1989): *Diccionário cokwe-português*, Coimbra, Instituto de Antropologia, Universidade de Coimbra.

*BAUER, L., y P. TRUDGILL (eds.) (1998): *Language Myths*, Penguin Books.

BAUGH, J. (1988): «Lenguaje y raza: implicaciones para la teoría lingüística», en F. J. Newmeyer (comp.), *Panorama de la Lingüística Moderna de la Universidad de Cambridge. IV: El lenguaje: contexto socio-cultural*, Madrid, Visor, 1992: 87-98.

*BERNÁRDEZ, E. (1999): *¿Qué son las lenguas?*, Madrid, Alianza Editorial.

BICHAKJIAN, B. H. (1988): *Evolution in Language*, Ann Arbor, Karoma.

**BICKERTON, D. (1990): *Lenguaje y especies*, Madrid, Alianza Editorial.

BLEEK, D. F. (1956): *A Bushman dictionary*, New Haven, American Oriental Society.

*BLOOMFIELD, L. (1927): «Habla culta e inculta», en P. L. Garvin e Y. Lastra de Suárez, *Antología de Estudios de Etnolingüística y Sociolingüística*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974, pp. 266-277.

BORREGO NIETO, J. (1992): «Actitudes y prejuicios lingüísticos: la norma interna del hablante», en J. A. Bartol Hernández, J. F. García Santos y J. de Santiago Guervós (eds.), *Estudios Filológicos en Homenaje a Eugenio de Bustos Tovar, Vol. I*, Acta Salmanticensia. Estudios Filológicos 250, Universidad de Salamanca, 1992, pp. 121-136.

**BORST, A. (1957-1963): *Der Turmbau von Babel. Geschichte der Meinungen über Ursprung und Vielfalt der Sprachen und Völker*, Múnich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1995, 6 vols.

**CALVET, J. L. (1981): *Lingüística y colonialismo. Breve tratado de glotofagia*, Madrid, Júcar.

CAMPBELL, L., y M. C. MUNTZEL (1989): «The structural consequences of language death», en N. Dorian (ed.), *Investigating obsolescence. Studies in language contraction and death*, Cambridge University Press, 1989, pp. 197-210.

*CAVALLI-SFORZA, L. y F. (1993): *Quiénes somos. Historia de la diversidad humana*, Barcelona, Crítica, 1994.

*— (1996): *Genes, pueblos y lenguas*, Barcelona, Crítica.

ČERNÝ, J. (1998): *Historia de la Lingüística*, Universidad de Extremadura.

CLARKE, M. L. (1971): *A Limba-English Dictionary*, Gregg International Publishers.

CLAVERÍA, C. (1951): *Estudio sobre los gitanismos del español*, Madrid, CSIC.

COMRIE, B. (ed.) (1981): *The Languages of the Soviet Union*, Londres, Cambridge University Press.

*—, S. MATTHEWS y M. POLINSKY (eds.) (1997): *The Atlas of Languages. The Origin and Development of Languages Troughout the World*, Londers, Bloomsbury.

COOPER, R. L. (1989): *La planificación lingüística y el cambio social*, Cambridge University Press, 1997.

COROMINAS, J. (1973): *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos.

CRAIG, C. (ed.) (1986): *Noun Classes and Categorization*, Amsterdam, John Benjamins.

CROFT, W. (1995): «Modern Syntactic Typology», en M. Shibatani y T. Bynon (eds.), *Approaches to Language Typology*, Oxford, Clarendon Press, 1995, pp. 85-144.

*CRYSTAL, D. (1994): *Enciclopedia del lenguaje de la Universidad de Cambridge*, Madrid, Taurus.

— (1997): *English as a Global Language*, Cambridge University Press.

CUARTAS, A. (1972): *Curiosidades del lenguaje*, Madrid, Paraninfo.

CUNCHILLOS, J. L., y J. A. ZAMORA (1997): *Gramática fenicia elemental*, Madrid, CSIC.

DALBY, A. (1998): *A Guide to World Language Dictionaries*, Londres, Library Association Publishing.

DAVIS, F. (1976): *La comunicación no verbal*, Madrid, Alianza Editorial.

DEFRANCIS, J. (1977): *Beginning Chinese Reader*, Londres, Yale University Press.

**DUDL (1998): *Declaración Universal de Derechos Lingüísticos*, Barcelona, Institut d'Edicions de la Diputació de Barcelona.

*DIAMOND, J. (1998): *Armas, gérmenes y acero. La sociedad humana y sus destinos*, Madrid, Debate.

DIXON, R. M. W. (1980): *The Languages of Australia*, Cambridge University Press.

— (1997): *The Rise and Fall of Languages*, Cambridge University Press.

D'INTRONO, F., E. del TESO, y R. WESTON (1995): *Fonética y fonología del español*, Madrid, Cátedra.

DOERFER, G., y W. HESCHE (1980): *Lamutisches Wörterbuch*, Wiesbaden, Harrasowitz.

DOKE, C. M., y B. W. VILAKAZI (1953): *Zulu-English dictionary*, Johannesburgo, Witwatersrand University Press.

DORIAN, N. (1998): «Western language ideologies and small-language prospects», en L. A. Grenoble y L. J. Whaley (eds.), 1998, pp. 3-21.

DUCROT, O., y J.-M. SCHAEFFER (1995): *Nuevo diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, edición española dirigida por Marta Tordesillas, Madrid, Arrecife, 1998.

**ECO, U. (1994): *La búsqueda de la lengua perfecta*, Barcelona, Crítica.

FARRIES, R. (1938): *A dictionary of the Cree language*, Toronto.

FISCHER, A. (1985): *English-Xhosa dictionary*, Ciudad del Cabo, Oxford University Press.

FOLEY, W. A. (1986): *The Papuan languages of New Guinea*, Cambridge University Press.

GARRIDO MEDINA, J. (1994): *Idioma e información. La lengua española de la comunicación*, Madrid, Síntesis.

**— (1997): *Estilo y texto en la lengua*, Madrid, Gredos.

GIORDAN, H. (dir.) (1992): *Les Minorités en Europe. Droits Linguistiques e Droits de L'homme*, París, Editions Kimé.

GÓMEZ TORREGO, L. (1992): *La impersonalidad gramatical: Descripción y norma*, Madrid, Arco.

GREENBERG, J. (1954): «A Quantitative approach to the morphological typology of language», en K. Denning y S. Kemmer (eds.), *On Language. Selected Writings of Joseph H. Greenberg*, Stanford University Press, 1990, pp. 3-25.

— (1957): «Language and Evolutionary Theory», en J. Greenberg, *Essays in Linguistics*, The University of Chicago Press, 1957, pp. 56-65.

**GRENOBLE, L. A., y L. J. WHALEY (eds.) (1998): *Endangered Languages. Current Issues and Future Prospects*, Cambridge University Press.

GRIMES, B. (1996) (ed.): *Ethnologue. Languages of the World*, Dallas, Summer Institute of Linguistics, 13.ª edición.

HALL, Jr., R. A. (1972): «Pidgins and Creoles as Standard Languages», en J. B. Pride y J. Holmes (eds.), 1972, pp. 142-154.

HERNÁNDEZ ALONSO, C. (1996): *Gramática funcional del español*, Madrid, Gredos.

HERNÁNDEZ SACRISTÁN, C., y R. MORANT MARCO (1997): *Lenguaje y emigración*, Universidad de Valencia.

HERVÁS Y PANDURO, L. (1800-1805): *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeración, división y clases de éstas según la diversidad de sus idiomas y dialectos*, Madrid, Atlas, 1979.

HILL, J., y K. HILL (1977): «Language death and relexification in Tlaxcan Nahuatl», *Linguistics*, 191, pp. 55-71.

HINDLEY, R. (1990): *The Death of the Irish Language*, Londres, Routledge.

*HOCKETT, Ch. F. (1972): *Curso de Lingüística Moderna*, Buenos Aires, EUDEBA.

HOLM, J. (1988): *Pidgins and Creoles. Volume I. Theory and Structure*, Cambridge University Press.

— (1989): *Pidgins and Creoles. Volume II. Reference Survey*, Cambridge University Press.

—, et al. (1999): «A comparison of serial verb constructions in Cape Verdean an other creoles», en K. Zimmermann (ed.), 1999, *Las lenguas criollas de base lexical española y portuguesa*, Madrid, Iberoamericana, pp. 297-320.

HORROCKS, G. (1997): *Greek. A History of the Language and its Speakers*. Londres, Longman.

HUETING, A. (1908): *Tobèloreesch-Hollandsch woordenboek met Hollandsch-Tobèloreesch inhoudsopgave*, La Haya, Nijhoff.

HUMBOLDT, W. (1836): *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad*, Barcelona, Anthropos, 1990.

HALE, K. (1992): «On endangered languages and the safeguarding of diversity», *Language* 68, n.º 1, pp. 1-3.

JESPERSEN, O. (1922): *Language. Its Nature, Development and Origin*, Londres, George Allen and Unwin.

JIMÉNEZ ZAMUDIO, R. (1998): *Gramática de la lengua Sumeria*, Madrid, Ediciones Clásicas.

JONKER, J. C. G. (1908): *Rottinesch-Hollandsch woordenboek*, Leiden, Brill.

*JUNYENT, C. (1989): *Les Llengües del Món*, Barcelona, Empúries.

**— (1992): *Vida i Mort de les Llengües*, Barcelona, Empúries.

* — (1993): *Las lenguas del mundo. Una introducción*, Barcelona, Octaedro.

— (1996): *Estudis Africans*, Barcelona, Empúries.

— (1997): «Los derechos lingüísticos. La perspectiva ecológica», en J. A. de Molina Redondo y J. de Dios Luque Durán (eds.), *Estudios de Lingüística General (II)*, Granada, Método, 1997, pp. 165-171.

**— (1998): *Contra la Planificació. Una proposta ecolingüística*, Barcelona, Empúries.

*— (1999): *La diversidad lingüística. Didáctica y recorrido de las lenguas del mundo*, Barcelona, Octaedro.

KARJALAINEN, K. F. (1948): *Ostjakisches Wörterbuch*, Helsinki, Suomalais-Ugrilainen Seura.

KRAUSS, M. (1992): «The world's languages in crisis», *Language 68*, n.º 1, pp. 4-10.

KROCH, A. (1978): «Toward a theory of social dialect-variation», *Language in Society*, 7: 17-36.

LAGERCRANTZ, E. (1939): *Lappischer Wortschatz*, Helsinki, Suomalais-Ugrilainen Seura.

LAPESA, R. (1980): *Historia de la lengua española.* (8.ª edición refundida y muy aumentada), Madrid, Gredos.

LAPONCE, J. A. (1987): *Languages and Their Territories*, University of Toronto Press.

LÁZARO CARRETER, F. (1949): *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, 1985.

**— (1976): «El mensaje literal», en F. Lázaro Carreter, *Estudios de Lingüística*, Barcelona, Crítica, 1980, pp. 149-171.

*LYONS, J. (1969): *Introducción en la Lingüística teórica*, Barcelona, Teide, 1973 (2.ª).

MADDIESON, I. (1984): *Patterns of sounds*, Cambridge, Cambridge University Press.

**MALHERBE, M. (1995): *Les Langages de l'Humanité. Une encyclopédie des 3000 langues parlées dans le monde*, París, Robert Laffont.

MANJÓN POZAS, F. J., y J. LUQUE DURÁN (1997): «Aspectos lingüísticos e ideológicos en la valoración de la diversidad y perfección de las lenguas del mundo», en J. A. de Molina Redondo y J. de Dios Luque Durán (eds.), *Estudios de Lingüística General (II)*, Granada, Método, 1997, pp. 203-222.

*MARCOS MARÍN, F., F. J. SATORRE GRAU y M.ª LUISA VIEJO SÁNCHEZ (1998): *Gramática española*, Madrid, Síntesis.

MARINA, J. A. (1998): *La selva del lenguaje. Introducción a un diccionario de los sentimientos*, Barcelona, Anagrama.

MARTÍN ROJO, L. (1988): *Para una sociolingüística de la jerga delincuente*, Tesis doctoral, Universidad de Valladolid.

MARTÍNEZ CELDRÁN, E. (1989): *Fonética*, Barcelona, Teide.

MATTHES, B. F. (1874): *Boegineesch-Hollandsch woordenboek met Hollandsch-Boegineesche woordenlijst*, La Haya, Nijhoff.

**McCarthur, T. (1998): *The English Languages*, Cambridge University Press.

Méndez, L. (1995): *Antropología de la producción artística*, Madrid, Síntesis.

**Milroy, J., y L. Milroy (1991): *Authority in Language: Investigating Language Prescription and Standardisation*, Londres, Routledge.

Morant R., y M. Peñarroya i Prats (1997): «Sobre el racismo lingüístico», en C. Hernández Sacristán y R. Morant Marco, 1997.

Moreno Cabrera, J. C. (1995): *La lingüística teórico-tipológica*, Madrid, Gredos.

*— (1997): *Introducción a la Lingüística. Enfoque tipológico y universalista*, Madrid, Síntesis.

— (1998): *Diccionario de lingüística neológico y multilingüe*, Madrid, Síntesis.

Moreno Fernández, F. (1998): *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*, Barcelona, Ariel.

Moussay, G. (1995): *Dictionnaire minangkabau indonésien français*, París, L'Harmattan.

**Mühlhäusler, P. (1996) *Linguistic Ecology. Language Change and Linguistic Imperialism in the Pacific Region*, Londres, Routledge.

**Munteanu, D. (1996): *El papiamento, lengua criolla hispánica*, Madrid, Gredos.

Murphy, J. D. (1972): *Luganda-English dictionary*, Washington, Consortium Press.

Narbona, A. (1989): *Sintaxis española: nuevos y viejos enfoques*, Barcelona, Ariel.

— (1991): «Sintaxis coloquial y análisis del discurso», *Revista Española de Lingüística*, 21, 2, pp. 187-204.

Navarro Tomás (1972): *Manual de pronunciación española*, Madrid, CSIC.

**Nettle, D. (1999): *Linguistic Diversity*, Oxford, Oxford University Press.

**Nichols, J. (1992): *Linguistic Diversity in Space and Time*, The University of Chicago Press.

**— (1998): «The Origin and Dispersal of Languages: Linguistic Evidence», en N. G. Jablonski y L. C. Aiello (eds.), *The Origin and Diversification of Language*, San Francisco, Memoirs of the California Academy of Sciences, 24.

North, E. M. (1938): *The Book of a Thousand Tongues. Being some account of the translation and publication of all or part of the Holy Scriptures into more than a thousand languages and dialects with over 1100 examples from the text*, Nueva York, Harper & Brothers.

O'GRADY, W., M. DOBROVOLSKY y F. KATAMBA (1997): *Contemporary Linguistics. An Introduction*, Londres, Longman.

PARAKRAMA, A. (1995): *De-Hegemonizing Language Standards. Learning from (Post) Colonial Englishes about 'English'*, Londres, Macmillan Press.

PEKARSKII, E. K. (1881-1930): *Slovar' yakutskogo yazika*, Leningrado, Akademia Nauk SSSR, 1958-1959.

PHILLIPSON, R. (1992): *Linguistic Imperialism*, Oxford, Oxford University Press.

*PINKER, S. (1994): *El instinto del lenguaje. Cómo la mente crea el lenguaje*, Madrid, Alianza Editorial.

PLUMYENE, J., y R. LASIERRA (1970): *Catálogo de necedades que los europeos se aplican mutuamente*, Barcelona, Barral, 1973.

*POSNER, R. (1996): *The Romance Languages*, Cambridge University Press. [Ed. cast.: *Las lenguas romances*, Madrid, Cátedra, 1998.]

PRIDE, J. B., y J. HOLMES (eds.) (1972): *Sociolinguistics. Selected Readings*, Harmondsworth, Penguin Books.

PROSSER, M. (1994): «Apuntes sobre la puesta en práctica de políticas lingüísticas bilingües-biculturales en las lenguas indígenas en cuatro países de América Latina», en J. Calvo Pérez (ed.), *Estudios de lengua y cultura amerindias I*, Universidad de Valencia, 1994, pp. 167-178.

QUILIS, A. (1993): *Tratado de fonología y fonética españolas*, Madrid, Gredos.

**RAMAT, A. G. y P. (eds.) (1995): *Las lenguas indoeuropeas*, Madrid, Cátedra.

RIGGS, S. R. (1890): *A Dakota-English Dictionary*, Washington.

ROBINSON, O. W. (1992): *Old English and its closest relatives. A survey of the earliest Germanic languages*, Londres, Routledge.

*ROMAINE, S. (1994): *El lenguaje en la sociedad. Una introducción a la sociolingüística*, Barcelona, Ariel.

*ROTAETXE AMUSATEGUI, K. (1990): *Sociolingüística*, Madrid, Síntesis.

RULE, C. (1967): «A theory of human behavior based on studies of non human primates», *Perspectives in Biology and Medicine*, vol. X, pp. 153-176 [citado en J. A. Marina 1998: 227].

RUNGRUANGSI, U. (1991): *Photchananukrom Lanna-Thai*. Bangkok, Munnithi Mae Fa Luang.

SALABURU, P. (1987): *Ikaslearen Esku-Gramatika*, Bilbao, Mensajero.

SALVADOR, G. (1988): «Política lingüística», en G. Salvador, *Política lingüística y sentido común*, Madrid, Istmo, pp. 69-91.

— (1989): «Situación y futuro de la lengua española», en G. Salvador, *Política lingüística y Sentido Común*, Madrid, Istmo, pp. 33-46.

— (1992): «La esencial desigualdad de las lenguas», en G. Salvador, *Política lingüística y sentido común*, Madrid, Istmo, pp. 93-98.

—, y J. R. LODARES (1996): *Historia de las letras*, Madrid, Espasa-Calpe.

SAMUELS, M. L. (1972): *Linguistic Evolution with Special Reference to English*, Cambridge University Press.

SANMARTÍN, J. (1997): «Contraste lingüístico y cultural: *gitanas, mercheras y payas*», en C. Hernández Sacristán y R. Morant Marco, 1997.

SANKOFF, G. (1972): «Language use in multilingual societies: some alternative approaches», en J. B. Pride y J. Holmes (eds.), 1972, pp. 33-51.

**SANTOS DOMÍNGUEZ, L., y R. M. ESPINOSA (1996): *Manual de semántica histórica.*

*SAUSSURE, F. de (1915): *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1972 (11.ª edición).

SCHLEICHER, A. (1850): *Die Sprachen Europas in Systematischer Übersicht. Linguistische Untersuchungen*, Amsterdam, John Benjamins, 1983.

SEILER, H. (1986): *Apprehension. Language, Object and Order. Part III: The Universal Dimension of Apprehension*, Tubinga, Gunter Narr.

—, y Ch. LEHMANN (eds.) (1982): *Apprehension. Das Sprachliche Erfassen von Gegenständen. Teil I: Bereich und Ordnung der Phänomene*, Tubinga, Gunter Narr.

—, y F. J. STACHOWIAK (eds.) (1982): *Apprehension. Das Sprachliche Erfassen von Gegenständen. Teil II. Die Techniken und Ihr Zusammenhang in Einzelsprachen*, Tubinga, Gunter Narr.

SIGUAN, M. (1992): *España plurilingüe*, Madrid, Alianza Editorial.

— (1996): *La Europa de las lenguas*, Madrid, Alianza Editorial.

SKORIK, P. Y. (1961): *Grammatika Chukotskogo Yazîka. Chast' Piérvaya. Fonetika i Morfologiya. Imennîj Chasteï Rechi* [Gramática de la lengua chucota. Primera parte. Fonética y morfología de las partes del discurso nominales], Moscú, Editorial de la Academia de Ciencias de la URSS.

— (1977): *Grammatika Chukotskogo Yazîka. Chast' Vtoraya. Glagol. Narechiye, Sluzhebnîye Slova* [Gramática de la lengua chucota. Segunda parte. Verbo, adverbio, partículas auxiliares], Leningrado, Editorial Nauka.

STELLER, K. G. F., y W. E. AEBERSOLD (1959): *Sangirees-Nederlands woordenboek met Nederlands-Sangirees register*, La Haya, Nijhoff.

TEJADA CALLER, P. (1999): *El cambio lingüístico. Claves para interpretar la historia de la lengua inglesa*, Madrid. Alianza Editorial.

TENISHEV, E. R., y J. I. SUYUNCHEV (eds.) (1989): *Karachayevo-balkarsko-russkiï slovar'*, Moscú, Russkii Yazîk.

TORREALDAI, J. M. (1998): *El Libro Negro del euskera*, Donostia, Ttarttalo.

TORRES I GRAELL, A. (1983): *Kanji, La escritura japonesa*, Madrid, Hiperión.

**TOVAR, A. (1980): *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*, Madrid, Alianza Editorial.

— (1981): «Comparación: léxico-estadística y tipología», en A. Tovar, *Estudios de tipología lingüística*, Madrid, Istmo, 1997, pp. 173-204.

TSINTSIUS, V. I. (1982):, *Negidal'skiĭ Yazîk* [Lengua neguidal], Leningrado, Nauka.

*TUSÓN, J. (1989): *El lujo del lenguaje*, Barcelona, Paidós.

*— (1994): *El Llenguatge*, Barcelona, Empúries.

*— (1997): *Los prejuicios lingüísticos*, Barcelona, Octaedro.

VENDRYÈS, J. (1923): *El lenguaje. Introducción lingüística a la historia*, México, UTEHA, 1958.

VERHEIJEN, J. A. J. (1967-70): *Kamus Manggarai*. La Haya, Nijhoff.

*VILLAR, F. (1996): *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, Madrid, Gredos.

*WALTER, H. (1997): *La aventura de las lenguas en Occidente*, Madrid, Espasa-Calpe.

WESTERMANN, D. (1905-5): *Wörterbuch der Ewe-Sprache*, Berlín.

WHITE FATHERS, The (1991): *The White Fathers' Bemba-English dictionary*, Lusaka, White Fathers.

*WOLFF, Ph. (1971): *Origen de las lenguas occidentales 100-1500 d. C.*, Madrid, Guadarrama.

WOLFF, J. U. (1972): *A dictionary of Cebuano Visayan*, Ithaca: Cornell University.

WURM, S. A. (ed.) (1996): *Atlas des Langues en Péril dans le Monde*, Editions UNESCO/ Pacific Linguistics, París / Canberra.

*YAGUELLO, M. (1988): *Catalogue des Idées Reçues sur la Langue*, París, Seuil.

YOUNG, R. W., y W. MORGAN (1987): *The Navajo Language. A Grammar and Colloquial Dictionary*, University of New Mexico Press.

ZALDUA, I. (1995): *Noiz Arte Iraungo Du Euskarak?*, Bilbao, Ediciones Mensajero.

ZAMORA VICENTE, A. (1974): *Dialectología española*, Madrid, Gredos.

ZUBIRI, I. (1991): *Gramática didáctica del euskera*, Donostia, HABE.

ÍNDICE DE AUTORES

Abraham, R. C., 43
Adán, 83, 84
Adrados, F. R., 34, 120, 201-202
Adriani, N., 43
Aitchison, J., 20, 21
Al-jatat, M. H., 173
Alejandro Magno, 27
Anyidoho, A., 291
Argente, J., 96, 217
Aristóteles, 93
Avermaet, E. van, 43

Bakar, A., 43
Baker, C., 224, 225
Barbosa, A., 43
Barzini, E., 187
Baugh, J., 58, 229
Becanus, G., 83
Bichakjian, B., 145
Bickerton, D., 39, 40
Bleek, D. F., 43
Bloomfield, L., 82, 154, 155
Boas, F., 186
Borrego Niero, J., 157-158, 160
Borst, A., 78

Calvet, L. J., 27, 48, 96
Campbell, L., 194
Cavalli-Sforza, L. y F., 17, 18
Cerný J., 104
Clarke, M. L., 42
Clavería, C., 269
Comrie, B., 138, 186, 281
Cook, capitán, 89, 101, 102
Cooper, R. L., 50
Corominas, J., 153
Craig, C., 110
Croft, W, 21, 23
Crystal, D., 29, 61, 62, 116, 138, 139
Cuartas, A., 184, 203
Cunchillos, J.-L., 172

D'Introno, F., 123
Dalby, A., 42
Davis, F., 104, 105
DeFrancis, J., 168
Diamond, J., 28

Dixon, R. M. W., 101, 102, 138, 185, 215, 218, 219, 220, 228, 231, 232
Dobrovolsky, M., 41, 156, 211
Doerfer, G., 43
Doke, C. M., 43
Dorian, N., 49
Ducrot, O., 92

Eco, U., 83, 118
Espinosa, R. M., 114

Faeries, R, 43
Farrell, Th., 59
Fischer, A., 43
Foley, W., 111, 112

Garrido Medina, J., 36, 48, 51, 87, 123, 158, 159, 178, 179, 184, 185
Giordan, H., 226
Gómez Torrego, L., 158
Greenberg, J., 36, 132
Grimes, B., 148

Hale, K., 216, 217
Hall, Jr, R. A., 70
Hamparé Bá, A., 202
Hernández Alonso, C., 129
Hervás y Panduro, L., 89-90
Hesche, W., 43
Hill, J. y K., 193-194
Hindley, R., 275
Holm, J., 62, 68, 71, 72
Hockett, Ch. F., 67
Horrocks, G., 34
Huering, A., 43
Humboldt, W. von, 93, 94

Ithurry, Padre, 130

Jafet, 83
Jensen, A., 58
Jespersen, O., 97, 98, 99
Jiménez Zamudio, R., 33
Jones, R., 83
Jonker, J. C. G., 43
Juaristi, J., 208
Junyent, C., 61, 77, 109, 117, 148, 151, 202, 215, 216, 218, 223, 225, 229

Kano, M. M., 43
Karjalainen, K. F., 43
Katamba, F., 41, 156, 211
King, P. P., 101, 103
Krauss, M., 217, 218, 220, 221

Lagercrantz, E., 43
Lapesa, R., 192
Laponce, J. A., 29, 224
Larramendi, M., 84, 128
Lasierra, R., 187
Lázaro Carreter, F., 84, 200-201
Lehmann, Ch., 110
Lodares, J. R., 176
Lomonósov, M., 85
Luque Durán, J. D., 20, 22, 31, 84, 85, 86, 121, 137, 196, 203, 208
Lyons, J., 127

Maddieson, I., 122
Magallanes, 89
Malherbe, M., 184
Manjón Pozas, F. J, 20, 22, 31, 84, 85, 86, 121, 137, 196, 203, 208
Marcos Marín, F., 129
Marina, J. A., 42, 104
Martín Rojo, L., 269
Martínez Celdrán, E., 123
Masdéu, 84
Matthes, B. F., 43
Matthews, S., 138, 186
McCarthur, T., 34, 35, 64, 69, 73
Méndez, L., 205
Milroy, J. y L., 50, 52, 57, 62, 155, 159, 160
Morant, R., 269

Moreno Cabrera, 44, 72, 231
Moreno Fernández, F., 52
Morgan, W., 43, 106
Moussay, G., 43
Munteanu, D., 69, 70
Muntzel, M. C., 194
Murphy, J. D, 43

Narbona, A., 189-190
Navarro Tomás, T., 122
Nichols, J., 19, 20, 33, 161
North, E. M., 277

O'Grady, W., 41, 156, 211

Parakrama, A., 56, 61, 65
Peñarroya i Prats, M., 269
Pekarskii, E., 43
Phillip, A., 101
Pinker, S., 151, 187
Plumyene, J., 187
Polinsky, M., 138, 186
Posner, R., 73
Prosser, M., 230
Pullum, G., 186

Quilis, A., 122, 123

Ramat, P. y G., 24
Riggs, S. R., 43
Robinson, O., 197
Romaine, S., 28, 57, 74
Rotaetxe Amusategui, K., 15
Rule, C., 42, 104
Rungruangsi, U., 43
Ryckholt, barón de, 83

Salaburu, P., 130
Salvador, G., 18, 20, 55, 119, 120, 122, 147, 148, 169, 176, 201, 211, 233
Samuels, M. L., 20, 21
Sankoff, G., 74
Sanmartín, J., 269
Santos, L. A., 114
Sapir, E., 96
Satorre, F. J., 129
Saussure, F. de, 47
Schaeffer, J.-M., 92
Schleicher, A., 95
Seiler, H., 110
Siguan, M., 164, 166, 171, 222, 223
Skorik, P. Y., 282
Stachowiak, F. J., 110
Steller, K. G. F., 43
Sweet, H., 34

Tejada Caller, P., 30, 34, 62, 197
Tenishev, E. R., 43
Teso, E. del, 123
Torrealdai, J. M., 187, 208, 221
Torres i Graell, A., 170, 180
Tovar, A., 84, 132, 134
Tsintsius V. I., 42
Tusón, J., 156, 183, 188

Vendryès, J., 56, 111, 163, 210, 211
Verheijen, J. A. J., 43
Viejo, M.ª Luisa, 129
Vilakazi, B. W., 43
Villar, F., 24, 27
Vinson, J., 187

Walter, H., 197, 214
Westermann, D., 43
White Fathers, The, 43
Wiston, R., 123
Wolff, J. U., 43
Wolff, O., 153
Wurm, S. A., 216, 272, 276

Yagello, M., 116, 184, 212
Young, R. W., 43, 106

Zaldua, I., 215
Zamora, J.-A., 172
Zamora Vicenre, A., 158
Zubiri, I., 130

ÍNDICE DE LENGUAS

achenés, 43
akano, 288-293
alamblaco, 111, 113
albanés, 26, 120
alemán, 24, 26, 31, 96, 115, 118, 122, 139, 196, 219, 226, 230, 249, 275
alemánico, 165
anatolias, 28
anglorromaní, 268
anglosajón, 34
arabana-huanganura, 122
árabe, 82, 85, 122, 146, 171-173, 193, 204
aragonés, 273, 276
aranda, 122
aranés, 273, 274
armenio, 26
arrente, 185
asamés, 26
auvernés, 269, 270, 273

bable, 273, 274, 276
baltorromaní, 268
bardí, 122
bemba, 43
bengalí, 26
bielorruso, 26
black English, 58
bosquimano, 43
bretón, 26, 225, 269, 270, 273
buango, 75
buguinés, 43
búlgaro, 26, 54

caló, *véase* romaní
campidanés, 275, 276
carduchara, 122
castellano, 48, 165
casubio, 271, 273
catalán, 26, 54, 81, 128
cebuano, 43
celtas, 27, 84
checo, 26, 118, 203, 205, 206, 210
chino, 54, 71, 72, 90, 119, 148, 149, 168, 174, 204, 230, 251
chino vuyú, 148
zxchokué, 43
chucoto, 281-287

cimbrio, 274
clisteno, 43
coreano, 71
corso, 274
croata, 26, 54
curdo, 26, 243

dakota, 43
danés, 26, 54
daní, 112, 113
daruk, 102
diyarí, 122
dorio, 272

ebe, 43
enga, 111, 113
enyuka, 62
esloveno, 26
español, 21, 24, 26, 27, 35, 42, 53, 64, 71, 73, 81, 84, 85, 87, 103, 108, 109, 115, 119, 120, 121-124, 128-136, 142, 148, 149, 153-154, 191, 192, 205, 207, 208, 219, 220, 226, 230, 247-248
esperanto, 118, 119, 143
estonio, 90
etrusco, 215
euskera, 66, 84, 128-136, 178, 187, 191, 193, 207, 208, 221, 242, 250, 269, 270, 274, 276
even, 43

faroés, 26, 226
finés, 178, 243, 250
finorromaní, 268
flamenco, 83
foré, 112, 113
francés, 21, 24, 26, 27, 31, 35, 48, 64, 68, 71, 73, 81, 84, 96, 116, 118, 119, 120, 121-124, 128, 177, 192, 196, 197, 219, 226, 230, 271, 275
franciano, 48, 165, 197
franco-provenzal, 269, 270, 273
frisón, 26, 226, 271, 273, 275, 276
friulano, 274, 276

gagauso, 272, 273
gaélico escocés, 26, 226, 275
gaélico irlandés, 26, 245, 275, 276
galés, 26, 275, 276
galurés, 274, 276
galorromaní, 268
gallego, 26, 54, 128, 197, 209
ganda, 43
gascón, 269, 270, 273, 276
griego, 26, 27, 33-35, 83, 90, 91, 96, 191, 195, 208
griego moderno, 120
gugu-yalanyí, 122
gugu yimidir, 101, 103
guyanés, 62
guyaratí, 26

haitiano, 72
hausa, 43
helenorromaní, 268
hindí, 26, 54, 148
húngaro, 90, 129, 178, 205, 250

indoeuropeas, 24, 28
indoiranias, 27
inglés, 24, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 34, 35, 42, 52, 53, 54, 57, 58, 61, 62, 64, 65, 66, 69, 71, 73, 83, 84, 103, 116, 118, 119, 121, 122, 139, 142, 148, 177, 191, 192, 196, 197, 219, 220, 226, 229, 230, 239, 241, 242, 249, 275, 277-280
irlandés, 26, 72
islandés, 26
istrorrumano, 272, 273
italiano, 26, 34, 84, 118, 122, 128, 192, 247-248, 275

jamaicano, 62, 72
jantí, 43

japonés, 71, 119, 230, 239, 251
josa, 43

karachái-balkar, 43
kazajo, 90
koisanas, 32
krío, 62
kunimaipa, 28, 31

ladino, 226, 274, 276
languedociano, 269, 270, 273
lanna, 43
lapón, *véase* samí
latín, 21, 27, 33, 34, 35, 84, 89, 90, 91, 96, 112, 129, 152-153, 154, 165, 195, 206, 208, 213, 214, 255
letón, 26
liberiano, 62
limba, 42
lemosín, 269, 270, 273
lituano, 26
logudorés, 274, 276
luba, 43
ludio, 272, 273
lule, *véase* samí

macedonio, 26, 54
macedorrumano, 275, 276
mangarái, 43
marindo, 111, 113
maratí, 26
micénico, 33, 34
minankabáu, 43
moldavo, 54

nahua, 193
navajo, 43, 106-109
neerlandés, 24, 26, 118, 249
neguidal, 42
neomelanesio, 62, 64, 75
nepalí, 26
noruego, 26, 54
nungubuyú, 122

nuorés, 274
ñangumata, 122

occitano, 26, 81, 128, 197, 225
oriya, 26

pamona, 43
papiamento, 69, 73
pascuense, 209
pasto, 26
paumarí, 31
penyabí, 26
persa, 26
pidgin, 39, 68
pitcairnés, 62
polaco, 26, 118, 203, 205
portugués, 24, 26, 27, 54, 67, 68, 118, 128, 249
provenzal, 269, 270, 273

rayastaní, 26
romances, 26, 240, 249
romanche, 274, 275, 276
romaní, 226, 243, 267-269
romaní balcánico, 268
romaní caló, 268
romaní cárpato, 268
romaní sintí, 268
romaní válaco, 268
rotí, 43
rumano, 26, 54, 73, 120
ruso, 24, 26, 31, 42, 72, 85, 169, 203, 205, 206, 209, 210, 219, 226, 230
ruteno, 275, 276

sabires, 39, 68, 69
samaná, 62
samoano, 121
samí, 43, 90, 271, 273
sanguir, 43
sánscrito, 93
saramacano, 62, 72
sardo, 226, 274

sasarés, 274, 276
semíticas, 26, 28
serbio, 26, 54
sindí, 26
sino-tibetanas, 24, 28, 71
sona, 186
sorabio, 275, 276
succo, 26, 54
sumerio, 33
surinamés, 62

tai, 90
tobelo, 43
tocario, 28
tsakonio, 272
tucanas, 219
tucano, 219
túrquicas, 24, 28, 90
turco, 90, 120, 129
ucraniano, 26

urdú, 26, 54
uzbeco, 90

valenciano, 53-54
vasco, *véase* euskera
vascuence, *véase* euskera
vepsio, 272, 273
vietnamita, 90
vótico, 272, 273
yabén, 75

yakuto, 34
yidín, 185

zulú, 34

Alianza
Editorial
ensayo

Antropología
Arte
Biología
Ciencia política
Crítica literaria
Economía
Educación
Filosofía
Física
Geografía
Historia
Lingüística
Matemáticas
Música
Psicología
Química
Sociología

Este libro parte de uno de los descubrimientos más importantes de la lingüística contemporánea: la constatación de que todas las lenguas humanas conocidas, pasadas y presentes, tienen un grado similar de desarrollo. No hay lenguas humanas más simples o más complejas, más ricas o más pobres, más cultas o menos cultas, más o menos útiles para la comunicación. Sin embargo, todavía circulan entre nosotros muchas ideas y afirmaciones que tienen su origen en prejuicios. Este libro analiza dichos prejuicios e intenta mostrar que se basan en errores de apreciación o en presupuestos ideológicos ajenos a la estructura lingüística.

Juan Carlos Moreno Cabrera es catedrático de Lingüística en la Universidad Autónoma de Madrid.

El libro universitario
Alianza Editorial